SILVIA CRUZ

LAZOS DE FUEGO Y HIELO



SILVIA CRUZ

LAZOS DE FUEGO Y HIELO



LISTADO DE CANCIONES

“Infinity” (Jaymes Young)

“Moth to a flame” (Swedich House Mafia, The Weeknd)

“Don’t Blame Me (Taylor Swift)

“Formula” (Labrinth)

“Morally Grey” (April Jai)

“Like You Meant It” (Steven Rodriguez)

“How Villains Are Made” (Madalen Duke)

“Trouble” (Camylio)

“Aphrodite” (Sam Short)

“Cravin” (Stileto, Kendyle Paige)

“To The Boy” (Kylie Muse)

“God’s Game” (Dove Cameron)

“The Devil Wears Lace” (Steven Rodriguez)

“Touchin’ Me” (Chandler Leighton)

“Nightmares” (Ellise)

“Dangerous Hands” (Austin Giorgio)

“I Wouldn’t Love Me” (Sam Short)

“Killer” (Valerie Broussard)

“I’m The Sinner” (Jared Benjamin)

“House On Fire” (Donzell Taggart)


“Mount Everest” (Labrinth)

“A Little Wicked” (Valerie Broussard)

“Set Fire To The Rain” (Adele)

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
EPÍLOGO 1
EPÍLOGO 2

No pretendas apagar con fuego un incendio
ni remediar con agua una inundación
(Confucio)

A Mariló, mi alma gemela en el mundo de los libros
y mi mentora en el mundo del romance oscuro.
Encontrarte ha sido de los mejores regalos que he tenido.

CAPÍTULO 1



Valeria

Sus manos recorren la curva de mi cintura hasta llegar a mis senos y los estruja con fiereza, mientras yo lo monto con brío. Nuestros alientos han ocupado toda la habitación, haciendo el aire pesado y turbio. Me esmero en hacerlo entrar y salir de mí con fuerzas, a la vez contoneo mis caderas cuando siento su polla alcanzar el punto más interno de mi cuerpo que su longitud le permite, procurando avivar el roce con el centro de mi cuerpo, con ese punto exacto que hace que pierda el control y me permita al fin alcanzar el clímax.

Me desconcentro un segundo cuando escucho que su respiración se vuelve más agitada y descoordinada de la mía.

—Ni se te ocurra correrte todavía —le advierto mientras acelero el ritmo sobre él para intentar alcanzarlo en la carrera por alcanzar la cima del placer.

—Mierda, Valeria, estoy haciendo lo que puedo por esperarte, pero si sigues moviéndote así… yo —pronuncia a trompicones con los ojos apretados y haciendo una mueca de verdadero esfuerzo.

—Te juro que, si te corres sin esperarme, te corto los huevos, Simon —amenazo y lo digo muy en serio mientras me acerco a su boca y deposito mi amenaza en sus labios. Simon se muerde los labios y no dice nada. Este maldito se va a correr y yo aún no he llegado ni a la mitad. Me saco su polla rápidamente y es entonces cuando abre los ojos. No le doy tiempo a preguntarme qué hago, me siento a horcajadas sobre su cara y lo miro con fiereza. —Cómeme el coño como si tu vida dependiera de ello y, si lo haces bien, a lo mejor te dejo acabar a ti y correrte en mis tetas.

No me hace falta decirle nada más. La mente de un hombre es demasiado simple. A mis veintisiete años es algo que he aprendido bien. Únicamente prométele hacer realidad cualquier típica escena de una peli porno y, *voilà*, lo tendrás a tus pies.

Como yo ya sabía surte efecto y la lengua de Simon comienza a avivar con rapidez las llamas de mi cuerpo. Succiona y rodea mi clítoris con su lengua, en suaves círculos. Necesitaría un poco más de rudeza para hacerlo perfecto, pero me sirve. Voy poco a poco recorriendo el camino al orgasmo. Siento cómo se va construyendo hasta que al fin exploto en su boca. Como

quiero alargar la sensación un poco más, rápidamente me muevo y me vuelvo a subir sobre su polla, pero en dos movimientos de cadera, Simon se corre, impidiéndome disfrutar unos segundo más de tan divina sensación.

A pesar de todo, he conseguido correrme y eso era lo que más necesitaba después de una semana de mierda como la que he tenido. Despego nuestros cuerpos sudorosos y me tiendo junto a él en mi colchón.

Nuestras respiraciones van bajando de ritmo, la mía antes que la de Simon.

Noto que se mueve a mi lado y sé que está observándome sin siquiera mirarlo.

—Val…

—Ha estado bien, Simon. Tenemos que repetirlo. Escríbeme cuando llegues a casa para que sepa que has llegado bien —le corto antes de que tenga tiempo a decir nada más. No se mueve un ápice. Mierda. Otra vez no. Lo miro ceñuda. ¿Qué quiere ahora?

—¿En serio vas a echarme después de echar un polvo, Val? Joder, no soy un extraño para ti. Nos hemos visto ya… no sé unas…

—Y quizás no deberíamos seguir viéndonos así —digo para cortar su penoso discurso. —No quiero complicaciones con hombres y tú no eres una excepción, Simon —confieso por enésima vez, porque no es la primera vez que el atractivo Simon Bells, que trabaja como *segurata* en el *Departamento de Comercio de Chicago*, y gracias al cual he conseguido mucha información bastante relevante para llevar a cabo mi trabajo con éxito, me saca el tema de las formalidades absurdas en el amor. Así que cuando veo la ira reflejada en su rostro trato de suavizar los términos de nuestra no relación. —Piénsalo bien, no soy buena para ti —susurro de forma seductora mientras le acaricio el rostro y dejo un rápido y cálido beso en sus labios. —Dejemos nuestro destino al azar, como siempre, y si la suerte está de nuestra parte, volveremos a compartir colchón por unas horas.

—Por unas horas —repite mis últimas palabras dejándolas flotar en el aire y dándole vueltas otra vez a lo que, según él, deberíamos ser o no.

Como yo sí lo tengo muy claro, me acurruco en mi cama, me tapo con las sábanas y me giro para darle la espalda y que me deje dormir. Normalmente cuando follo no tengo que recurrir a las dichosas pastillas para dormir y caigo rendida a los brazos de Morfeo sin grandes problemas.

Esta noche no es una excepción y me duermo rápidamente. Mis problemas para dormir vienen de años atrás, cuando las cosas no eran tan fáciles como ahora, ni mi futuro tan prometedor. Es la única herencia que ha quedado de esa época en que las complicaciones me asfixiaban tanto que no me dejaban ni respirar. Otra herencia ha sido la frialdad que sin lugar a dudas abriga mi alma desde entonces, pero no puedo ni quiero evitarlo. No somos solo nuestras decisiones, la gente está muy equivocada con eso. También somos producto de las decisiones de los que nos rodean, en mayor o menor medida. Pero esa es la realidad. Por eso ya no confío en nadie.

Al menos ahora, aunque me cueste conciliar el sueño, una vez lo hago, me sumerjo profundamente en la inconsciencia y solo una pesadilla de las jodidas consigue despertarme, cada vez más de vez en cuando, de mi letargo.

Esa es la razón por la que no escucho cuando Simon cierra la puerta al salir de mi apartamento.



Por la mañana me despierto solo veinte minutos antes de que suene mi despertador. No sé si llamar pesadilla o solo recuerdos del pasado al sueño que he tenido, pero me deshago de su todavía presencia en mi pecho y en mi mente arrastrándome hacia la ducha y metiéndome bajo el chorro de agua fría, como cada mañana. El frío destensa mis músculos y apaga las brasas de lo que fue que no dejo que se aviven jamás. Lenguas de agua helada lamen mi cuerpo y sonrío un poco cuando siento que dejo atrás de nuevo el pasado y me centro en mi futuro. Hoy tengo una entrevista con un cliente nuevo que creo que puede reportarme muchos beneficios si la cosa sale bien. Me encanta mi trabajo y me encanta que requiera de mí que mantenga la mente fría y el cuerpo bajo control.

Salgo de la ducha y me enfundo en una toalla. Me alegra no ver ni rastro de Simon por ningún lado en mi apartamento. A veces ha empleado la estúpida técnica de fingir que olvida algo entre las cuatro paredes de mi apartamento con la absurda excusa de contactar conmigo después y así poder vernos pronto otra vez. Quizá esta vez sí que le llegó el mensaje. Sea como sea, creo que tengo que buscarme a alguien menos joven y menos ingenuo para mi próximo encuentro sexual. Estoy ya cansada de dar explicaciones y acabar siempre sintiéndome como la mala de la situación, cuando lo que verdaderamente soy siempre es honesta, tanto conmigo misma como con los hombres con los que me relaciono. No busco nada duradero. No me fío de nadie. Ni siquiera de mí. Las personas que pensé que jamás me fallarían lo hicieron de la manera más injusta y ahora tengo que vivir con las consecuencias de ello.

Pongo la cafetera italiana y me adentro en mi habitación en busca del atuendo ideal para afrontar la nueva jornada laboral.

Sin embargo, cuando abro el cajón de las bragas, para mi estupor, veo que está completamente vacío.

—¡Hijo de la grandísima puta! —grito a los cuatro vientos cuando soy consciente de que esa ha sido la jugada maestra del maldito Simon Bells para vengarse de mi frialdad y falta de compromiso con los hombres. —¡Me cago en su estirpe! ¡Se ha llevado también mis vibradores! —grito aún más fuerte. Eso sí que ha sido un golpe bajo.

Gruño con fuerza y me hago de nuevo la promesa de no volver a follarme a un puto niñato que no sabe escuchar a las mujeres y que se piensa que sabe lo que necesitamos mejor que

una misma.

Me visto con un vestido negro entallado, cuello en V, que me llega por encima de las rodillas y que tiene una pequeña raja sobre un muslo para agilizar el movimiento. Menos mal mis sujetadores siguen en su sitio y puedo realzar mi escote con uno de mis sujetadores favoritos. Me enfundo de mala gana una gabardina larga roja fuego y unos tacones del mismo color. No tengo muchas ganas de maquillarme así que simplemente aplico máscara de pestañas negra que resalta mucho más el clarísimo azul de mis ojos y labial rojo fuego también.

Hoy el fuego está siendo complicado de domar en mi interior. Normalmente el frío siempre gana, pero el cabrón de Simon me ha hecho enfadarme de verás y perder un poquito el control sobre mis emociones. Aunque seguro que antes de que llegue el mediodía habré conseguido aplacar las brasas de nuevo que se mueren por cobrar vida de nuevo en mí, cosa que nunca pasará.

Ni siquiera me molesto en secar mi larga y negra cabellera, el frescor de su humedad me ayudará a mantener el calor corporal de la ira a raya.

Me bebo el café de tres tragos con rabia mientras pienso en ese maldito, cojo mi bolso y mi carpeta con la información que he recabado sobre las reuniones que tendré hoy y salgo de mi apartamento dando un portazo.

La cotilla de la vecina que vive frente a mí, como siempre, está con la puerta de casa abierta para verme salir y darme un repasito de arriba abajo. Seguramente pase la mañana entera despotricando sobre mi aspecto con alguien o consigo misma, no sé, pero debe tener una vida de lo más aburrida. Le dedico una sonrisa falsa e intencionada y aparto los ojos de ella mientras bajo por las escaleras, porque no tengo ni ganas de esperar el ascensor.

Ya en la calle le escribo a Clarise, mi secretaria, para que me tenga preparado otro café con hielo para cuando llegue a la oficina. Espero que el día empiece a mejorar nada más ponga el pie en la oficina y pueda volver a controlar mis emociones como siempre.

CAPÍTULO 2



Dominic

Dicen que uno no elige a la familia. En mi caso, eso es cierto. Nací en la sangre y el dinero de los Volkov, un apellido que lleva consigo tanto respeto como temor. Desde que tengo memoria, mi mundo ha estado moldeado por dos cosas: *poder y violencia*. Chicago, con sus calles duras y su aire de ambición, fue el campo de entrenamiento perfecto para un niño que aprendió a hacer cualquier cosa por sobrevivir. Lo que no me enseñaron mis padres, me lo enseñó la vida. O, más bien, la calle.

Crecí rodeado de hombres que hablaban en susurros, pero actuaban con fuerza. En la mesa familiar, las conversaciones sobre negocios eran encubiertas, llenas de códigos y amenazas veladas. Lo entendí rápido: la información es la moneda más valiosa. Y el que la controla, lo controla todo. No tardé en aprender que no se trataba solo de hacer negocios limpios; las decisiones importantes siempre estaban manchadas de algo más sucio. A los veinte años, dos años después del trágico fallecimiento de mis progenitores, ya era mucho más que el hijo heredero del magnate; era el hombre al que acudían cuando las cosas se ponían feas. Aunque eso en parte se lo debo a una bruja que no quiero nombrar.

Pero hay una línea que nunca pensé cruzar. Mi padre, el viejo Volkov, siempre decía que un hombre inteligente sabe cómo hacer que otros se ensucien las manos por él. Creí que yo también podría hacerlo. Mantenerme lo suficientemente limpio, oculto bajo la fachada de empresario legítimo, mientras las sombras operaban a mi favor. Por un tiempo, funcionó. Amplié el imperio, diversifiqué las inversiones, compré a los mejores. Parecía que estaba fuera de alcance.

Hasta que cometí un error. Uno pequeño, casi imperceptible, pero suficiente para que los ojos equivocados empezaran a volverse hacia mí. Ahora, soy más que una sombra en los negocios. Soy el blanco. Y no es solo una cuestión de dinero o poder, es una cuestión de supervivencia.

Nebula. Un nombre que resuena en la penumbra de la noche como un canto seductor, pero también como un presagio de destrucción. Cuando compré este club, *Nebula*, no solo adquirí un espacio; me hice con un imperio de sombras y placeres prohibidos. Desde la entrada, el lugar atrapa a las almas perdidas: luces tenues, música que retumba en el pecho y una atmósfera cargada de deseos ocultos. Cada rincón tiene su historia oscura, cada susurro, un secreto que podría hacer temblar a los más valientes.

Pero lo que la mayoría ignora es lo que ocurre bajo la superficie. En las profundidades de *Nebula*, donde solo los elegidos tienen acceso a través de puertas camufladas y códigos secretos, se llevan a cabo negocios que desafían a la ley y a la moral. Allí, la élite se mezcla con los más peligrosos, donde las transacciones ilegales y los pactos se firman en sangre. Es un mundo donde la vida y la muerte son meras fichas en un juego macabro, y yo soy el dealer en esta mesa de apuestas.

En *Nebula*, no solo soy el dueño; soy el nexo de unión, el intermediario en un juego peligroso donde las reglas cambian constantemente. Aquí, las alianzas se forjan y se rompen en un abrir y cerrar de ojos. Mi papel es mantener el equilibrio entre los diversos actores que se mueven en la sombra.

Cada noche, el club se transforma en un escenario donde se entrelazan los destinos de mafiosos, políticos y empresarios corruptos. Mi trabajo es conocer a cada uno de ellos, entender sus deseos y temores, y luego, actuar como un puente entre sus intereses. Cuando dos poderosos se encuentran, yo soy el que dirige la conversación, el que sugiere una estrategia o una solución que beneficie a ambos.

Esto no es solo cuestión de cerrar tratos; es cuestión de confianza. La mafia opera bajo un código no escrito: la lealtad es sagrada, pero la traición puede ocurrir en un instante. Mi habilidad para leer a las personas es lo que me ha mantenido vivo y en el poder. Sé cuándo un socio está desesperado y necesita un salvavidas, o cuándo otro está buscando una oportunidad para derribar a alguien.

Las transacciones en *Nebula* son sutiles. No hay contratos escritos; todo se maneja a través de miradas y gestos, en rincones oscuros donde las palabras pueden ser tan venenosas como un puñal. A veces, una simple copa de whisky puede sellar un pacto que determina la vida o la muerte. En esos momentos, yo soy el maestro de ceremonias, el que sabe cuándo hacer una oferta y cuándo retirarse.

Pero este juego tiene un precio. Cada decisión que tomo puede desencadenar una cadena de consecuencias. Cada traición que evito me acerca un paso más a mi propia condena. En un mundo tan volátil como este, no hay espacio para los errores. Y así, mientras la música suena y las luces parpadean, sigo moviendo las piezas del tablero, siempre consciente de que el siguiente movimiento podría ser el último.

El día que recibí la noticia de que estaba siendo investigado fue como un puñal en la espalda. Estaba en mi reservado personal del club, desde el cual tengo todo controlado a la vista, aunque yo esté en la penumbra, recibiendo una deliciosa mamada de una de las bailarinas del club, cuando uno de mis hombres, Leonid, un tipo que había visto demasiadas cosas, entró con una expresión que jamás querrías ver en el rostro de alguien a quien consideras leal. *'Dominic'*, murmuró, su voz temblando, *'tienes que escuchar esto'*. Me pasó su teléfono y presionó la tecla de reproducción de un archivo de audio con datos inquietantes. Las palabras 'FBI' resonaron y deslumbraron en mi cerebro como un faro de advertencia, y en un instante, el mundo que había construido comenzó a desmoronarse, como un castillo de naipes en medio de una tormenta. Le saqué la polla de la boca a la chica que tenía entre las piernas y me la guardé en la bragueta mientras me dirigía a mi oficina. Los nervios me hicieron tener que teclear hasta tres veces el

código de acceso. Sentía un sudor helado recorrerme la espina dorsal mientras entraba a trompicones en la oficina, encendía mi ordenador personal y esperaba impacientemente hasta poder abrir el archivo con el contacto de la única persona que podría protegerme.

Desde ese momento, cada paso se ha convertido en una danza mortal entre sombras, tratando de ocultar la verdad mientras los buitres rondan, deseando que mi imperio caiga. No puedo permitir que *Nebula* se convierta en un blanco fácil, porque es más que un club; es mi legado, mi refugio en un mar de caos. Lo único que la vida me ha enseñado a ser.

Hace dos días que contacté con ella. Tenía su contacto desde hace tiempo, y alguna vez me imaginé marcando su número, pero nunca para pedirle lo que estoy a punto de pedirle. ¡Dos putos días me ha hecho esperar la maldita! Y mi ansiedad no ha parado de crecer. No he pegado ojo en estas dos noches. Podría haberla presionado para que me atendiera antes, pues tengo en mi poder información confidencial de ella lo bastante oscura para hacerla temblar por su reputación y su porvenir. Sin embargo, no voy a hacer uso de ella por ahora. Necesito que confíe en mí. Necesito llevármela a mi terreno. Aunque, sin duda, guardaré esa información sobre ella por si se pone intensa o difícil, lo cual me consta que es bastante factible.

Sonrío y mi polla también lo hace al imaginármela furiosa e intensa mientras le doy el último sorbo a mi tercer café de la mañana.

Bueno, se acabaron las esperas, quería Valeria Santoro. O, ¿debería llamarte Crystal? Mi frío y duro *'cristalito'* que puede quebrarse en mil pedazos si no lo cuidas bien y lo presionas con demasiada dureza. No lo haré. Intentaré cuidarte si tú me cuidas a mí también. Te ofreceré mi protección a cambio de tu ayuda. Ha llegado la hora de que por fin nos conozcamos; cara a cara.

Lo que necesito de Valeria… es simple: protección. Legalmente. La conozco desde hace un tiempo, aunque ella no lo sabe. La he estudiado, la he visto enfrentarse a enemigos mucho más grandes que ella y salir ilesa. Su frialdad, su profesionalismo, todo en ella me fascina. Es el tipo de mujer que no se deja intimidar, ni siquiera cuando está en presencia de alguien como yo. Quizá por eso la necesito. Ella es mi mejor escudo. Nadie como una abogada impecable para hacerte intocable cuando las cosas empiezan a derrumbarse.

No soy ingenuo. Sé que detrás de sus ojos gélidos hay algo roto, algo que usa como armadura. No me importa. De hecho, me interesa aún más. Valeria es buena en lo que hace, pero su sentido de la justicia está deformado por algo más. Algo oscuro que no he terminado de descubrir. Y ese algo es lo que me hace confiar en que me será leal, al menos mientras nuestras necesidades estén alineadas.

Esta cita es solo el primer paso. Tengo que hacerla entender que nuestros destinos están entrelazados, aunque todavía no lo sepa. No vine aquí solo a pedir ayuda legal; quiero que vea que, conmigo, tiene mucho más que perder. Y, del mismo modo, mucho más que ganar.

El juego ha comenzado, y yo sé exactamente cómo mover las piezas.

La necesito. Pero sé que al final, ella también me necesitará a mí.

CAPÍTULO 3



Valeria

Me sudan las manos mientras busco en mis contactos el número de teléfono de ese gilipollas. Cuando lo encuentro, de hecho, lo primero que hago es renombrarlo. Borro "Simon Bells" y tecleo su nuevo y apropiado apelativo "El Gilipollas integral de las bragas". Ya he tenido dos reuniones esta mañana, una con uno de los grandes accionistas de un banco neozelandés que quiere abrir sucursales en EEUU empezando por Chicago, Nueva York y Los Ángeles, y otra con un maldito pederasta que niega serlo y que ha visto como el FBI está intentado investigar el contenido de los ordenadores de su negocio. He aceptado el primer caso, aunque no podré ponerme a ello hasta dentro de cuatro meses, esas han sido mis condiciones y las han aceptado. Al pederasta, sin embargo, le he enseñado el dedo corazón desde el principio.

Como abogada, debería darme igual a el delito del que se le acuse a mi cliente, y, normalmente me da igual, porque yo no estoy aquí para juzgar ni para ser Dios. Yo solo me aseguro de que cualquier acusado que acuda a mí pueda disponer de un juicio justo y una defensa impecable.

Sin embargo, hoy las llamas están durando en mi pecho más de lo normal desde que descubrí la jugadita de Simon esta mañana contra mí. Y lo que más me molesta no son las bragas, en ese cajón tenía a mi maldito vibrador favorito. He probado decenas, pero ese… joder, mi querido y muy eficaz vibrador azul me hacía correrme en décimas de segundo.

Pulso la tecla de "El Gilipollas integral de las bragas" mientras me levanto y me acerco al enorme ventanal que muestra las nubes grises que cubren el cielo de Chicago hoy. Miro por la ventana mientras espero a que conteste. Como no lo haga, la que lo voy a acosar esta vez seré yo.

—Val —oigo su voz decir mi nombre finalmente.

—Eres un puto pervertido y un estúpido acosador que no sabe lo que significan las palabras "solo sexo". ¡Te has llevado todas mis bragas, demente! ¡He tenido que venir sin bragas a trabajar por tu culpa! ¡Pero lo que nunca te perdonaré es que te llevases mis vibradores! ¡¿Quién cojones te crees que eres?! ¡Te pienso demandar por… por… GILIPOLLAS Y ABSURDO! —Grito enervada, perdiendo los estribos.

—No te pongas así, Val. Solo quería captar tu atención para que me tomases en serio de

una vez. ¡Dijiste solo sexo, pero sé que te gusto! El sexo entre nosotros es bueno y podemos ser mucho más. Yo…

—¡¿Sexo bueno?! ¡Si te tengo que obligar a que me esperes porque siempre quieres correrte tú solito sin importarte nadie más! ¡Mira, olvídate de mí! ¡No quiero nada con un puto pervertido estúpido que se lleva mis bragas y me obliga a ir sin ropa interior a mi trabajo! Solo necesitaba gritarte lo absurdamente retrasado que pareces con todo esto para llamar mi atención. Y ahora, por fin, puedo centrarme en mis cosas y dejarte a ti y a las estúpidas bragas donde debo, en el pasado. Espero que al menos sean de tu taya.

—Val, escu…

—Adiós, gilipollas. —Cuelgo y suspiro con fuerza mientras siento que por fin voy aplacando las brasas en mi interior.

Cierro los ojos y suelto el aire poco a poco por la boca mientras visualizo que estoy expulsando las cenizas por la boca de la hoguera de ira que se estaba empezando a formar en mi pecho. Sonrío cuando ya estoy completamente destensada, aún con los ojos cerrados.

—Buenos días —una voz ronca y profunda me da un susto de infarto y de un salto doy un giro de 180 grados para enfrentarme al dueño de esa voz. ¡¿Qué cojones?! ¿Quién es este… este…? Joder… Mierda.

—Per… perdone. ¿Quién es usted? ¿Quién le ha dejado entrar aquí? —Miro por encima de sus hombros en busca de mi secretaria, Clarise, pero la puerta de mi despacho está cerrada. Frunzo el ceño y vuelvo a mirarlo.

Esta vez no me corto. Tiene pinta de empresario estirado por el tipo de traje que lleva, hecho a medida y de un gris verdáceo que combina demasiado bien con unos ojos verdes claros merecedores del mismísimo Lucifer. Aunque uno de sus iris es una combinación irreal de colores, mitad verde clarísimo, mitad café oscuro. Es como si la oscuridad luchara por hacerse con su mirada, pero la luz siguiera cegando a la vez de igual forma. Tiene la mandíbula cuadrada, unos labios carnosos, el pelo oscuro y revuelto, pero con cuidado. Su pelo no es lo único que resta algo de seriedad a su imperiosa apariencia. Tras ese traje impoluto, un físico imponente se esconde y tengo que regañarme mentalmente por intentar escudriñar con mis ojos lo que esas prendas ocultan. Cuando carraspea, vuelvo a centrar la atención en sus ojos. Grave error. Esos ojos tan insólitos y misteriosos son un abismo de perdición.

—Soy Dominic Volkov, señorita Santoro —me tiende la mano y yo me pongo nerviosa solo con tener que tocarlo, especialmente tras la conversación que acabo de tener con “El Gilipollas integral de las bragas”.

¿La habrá oído? ¿Sabrá que voy sin bragas? ¡Arg! Voy a despedir a la estúpida de Clarise. Finalmente me armo de valor y le estrecho la mano con firmeza y clavando mi fría mirada en él, deshaciéndome de un plumazo de todo lo que acaba de suceder. No he hecho nada malo. Ha sido él quien ha invadido mi privacidad sin que yo lo supiese.

—Señor Volkov —digo con tono medido—. Siéntese, por favor. —Digo con profesionalidad a la vez que pulso la tecla en el teléfono de mi despacho que da directamente con

mi secretaria. Ella contesta enseguida. —Clarise, estás despedida. Habla con Arthur, de recursos humanos, para que te de la carta de despido. —Digo y cuelgo antes de que la estúpida esa se me ponga a llorar y a suplicar.

Devuelvo mi atención al hombre que está frente a mí, ocupando consciente o inconscientemente mucho más espacio del que su propia figura ocupa.

Él me observa por un instante, sus ojos recorriendo cada rincón del despacho antes de fijarse en mí, evaluándome, buscando algo. Se sienta sin romper el contacto visual. Hay un leve rastro de una sonrisa en sus labios, uno de esos gestos que no sé si se debe a satisfacción o porque ya siente que tiene la ventaja. Seguro que ha escuchado más de lo que debería. No me amedrento. Tomo asiento yo también y permanezco impertérrita ante su descarado escrutinio.

—Valeria... —dice, casi en un susurro, pronunciando mi nombre con una familiaridad que no le he concedido—. Es un placer, finalmente, conocerte en persona.

Agarro la carpeta que pone su nombre sobre ella y que sin duda ha visto, ojeo rápidamente la parte que dice su edad (30 años) y la dejo a un lado. No tengo tiempo para juegos de poder. Ya leí hace dos días todo lo que tenía que saber de este individuo de aspecto muy apetecible, pero no lo es tanto su perfil empresarial. A simple vista, es solo un empresario más al que la suerte y las buenas decisiones le han ayudado mucho en poco tiempo, haciéndole posible amasar un imperio de considerables dimensiones. Pero todos sabemos que tal suerte y astucia no existe. Me imagino cómo habrá llegado tan alto en tan poco tiempo. No hay que ser muy perspicaz para hacerlo. Solo introduciéndote en las sombras eres capaz de dar un giro tan dramático de los acontecimientos en tu vida. Lo sé porque lo he visto. Mi vida antes de al fin conseguir mi meta de ser abogada era muy distinta, y los lugares que frecuentaba y las personas con las que me codeaba desprendían un halo muy similar al que desprende el persuasivo Volkov.

—¿Qué necesitas de mí, Volkov? —pregunto directamente, saltándome las formalidades. Quiero saber por qué un hombre como él, con tantos recursos y contactos, ha recurrido a mí.

Su sonrisa se amplía un poco más, casi como si estuviera disfrutando de la tensión. Se inclina ligeramente hacia adelante, apoyando los codos en sus rodillas.

—Franca. Me gusta. Bien, vayamos al grano, entonces. Ya me ha hecho esperar demasiado, señorita Santoro. —Su voz es suave, pero cargada de un peso que no puede ocultar —. Necesito protección, Valeria. No de cualquiera, sino de ti. Tu reputación te precede, y tus victorias me han demostrado que eres la mejor opción.

—Protección legal. —No es una pregunta.

Él asiente lentamente.

—Eso. Pero es más complicado que un simple caso de fraude corporativo o una demanda de empleados molestos. Estoy en la mira, y no solo del gobierno. Algunos de mis... *asociados* piensan que he estado jugando demasiado limpio últimamente. Y algunos competidores creen que es su oportunidad de derribarme.

Frunzo el ceño, manteniéndome impasible.

—¿Qué has hecho exactamente para estar en esa posición? —No puedo ayudar a alguien si no sé en qué tipo de lío está metido.

Volkov se recuesta en la silla, cruzando una pierna sobre la otra con una calma que casi me molesta.

—Esa es la cuestión. No se trata de lo que he hecho, sino de lo que están intentando hacerme parecer. Quieren vincularme directamente con ciertas operaciones... más turbias. —Hace una pausa, dejando que el silencio llene el espacio—. Pero tú y yo sabemos cómo funciona esto. La percepción es la realidad, y alguien ha decidido que es mi turno de caer.

Miro la carpeta a mi derecha, aunque ya sé lo suficiente sin abrirla. Volkov tiene un pie en ambos mundos, el legal y el oscuro. No necesito más detalles para entender que el fuego está acercándose demasiado.

Dominic posee varias empresas, pero una en particular, su club nocturno más exclusivo y famoso, *Nebula*, ha debido ser la que ha captado la atención de las autoridades. *Nebula* es más que solo un lugar de entretenimiento: es un club de élite, conocido por sus clientes ricos y poderosos, pero si investigas bien y sabes por dónde moverte para recabar cierta información más a la sombra, descubres que ese club también es conocido por lo que sucede fuera de la vista del público. Y yo, gracias al cielo, sigo manteniendo algún contacto en las sombras para que me proporcione dicha información.

Nebula es el centro neurálgico de las operaciones clandestinas de Dominic Volkov, un lugar donde se celebran reuniones privadas con socios, otros líderes, al parecer mafiosos y políticos corruptos. En una zona exclusiva, detrás de puertas secretas, se llevan a cabo reuniones clandestinas, protegidas por varios niveles de seguridad y solo accesibles a los miembros más confiables de su red de *asociados*, como él los llama, para no usar el apelativo que más les retrata: *criminales*.

—No suelo trabajar con alguien como tú, Volkov. Mis clientes suelen ser... distintos. —Digo sabiendo que, si acepto, aunque me muera de ganas de hacerlo, en algún momento me pedirá que cometa alguna ilegalidad y eso podría dar al traste con mi reputación.

—Ah, pero ahí es donde te equivocas. —Se inclina hacia adelante, su voz bajando un tono. Joder, me pone cachonda en el acto—. Yo soy exactamente el tipo de cliente con el que deberías trabajar. Alguien que entiende lo que realmente necesitas. De dónde vienes y a dónde quieres ir. Todo lo que podrías ser. Tienes potencial, Valeria. Yo podría ayudarte a exprimirlo.

Levanto una ceja, escéptica.

—¿Y qué es lo que necesito? ¿Qué sabes tú de mí? —Maldición, esa última pregunta ha sonado cargada de miedo. Muestro con mi mirada el valor que no siento ante una posible contestación sobre cosas que dejé atrás y que nadie más que yo debería saber.

—Control —responde sin titubear, sus ojos oscuros y claros a la vez reflejando algo peligroso y tentador—. Control sobre tus propios términos. Yo puedo darte eso. Conmigo, las reglas del juego cambian, Valeria. Esto ya no es un juego de malos y buenos. En el mundo hay grises de los que nadie, ni tú ni yo, ni el mismísimo presidente, estamos exentos de experimentar.

Puedes desafiar conmigo el bien y el mal, si quieres. Te ofrezco un mundo más… gris, por así decirlo. Donde algunos aspectos depravados no sean tan duramente castigados si no son completamente dañinos, y podrás también seguir disfrutando de cierta claridad.

Sus palabras no me sorprenden, pero la seguridad con la que lo dice despierta algo en mí. Aun así, no lo dejo ver.

—¿Qué te hace pensar que no tengo ya el control?

—Porque aún sigues las reglas. A tu manera, sí, pero las reglas, al fin y al cabo. —Se inclina un poco más, sus ojos atravesándome—. Yo te ofrezco un juego nuevo. Uno en el que tú decides hasta dónde puedes llegar. Las reglas necesitan a veces ser reacondicionadas, ¿no crees? Los que nos dedicamos a mi sector no somos tan diferentes del resto de los humanos. Cometemos alguna ilegalidad que otra, sí, pero ¿y quién no? Nadie está libre por completo de pecado, ¿verdad, Valeria? Sé que sabes de lo que estoy hablando. La diferencia entre los que nos dedicamos a lo que yo me dedico y el resto es simplemente que nosotros sí llamamos a las cosas por su nombre. Abrazamos nuestra oscuridad. La reconocemos como parte inherente de nosotros. No le damos la espalda.

Lo observo por un momento, dejando que sus palabras floten en el aire. Dominic Volkov es peligroso, no solo por lo que ha hecho, sino por lo que es capaz de hacer creer. Pero sé que tiene razón en algo: los límites a veces los ponemos nosotros mismos.

—Sigues sin decirme qué esperas exactamente de mí —digo, cambiando de tema.

—Te necesito como mi escudo, Valeria. Necesito que me mantengas fuera de las manos equivocadas y, al mismo tiempo, que me des el margen necesario para seguir adelante con mis planes. Nada que te comprometa demasiado. Solo... protección. —Hace una pausa y sus ojos se clavan en los míos—. Al menos, por ahora. Y créeme, te pagaré ridículamente bien por ello. Superaré cualquier honorario que hayas cobrado en tu insulsa vida.

Cruzo las piernas, apoyando una mano sobre el escritorio.

—¿Y qué te hace pensar que aceptaría solo por dinero y… por poder? Porque el control es eso, ¿no? Poder—pregunto. Quiero saber hasta dónde está dispuesto a llegar.

—Porque tú no eres tan diferente de mí —dice, su voz baja pero firme—. Puede que actúes dentro de la ley, pero en el fondo, sabes que las reglas son para los débiles. Tú tomas lo que necesitas. Y yo puedo darte lo que estás buscando, aunque todavía no lo sepas. Prometo que a mi lado serás indestructible. Que todos temerán pronunciar tu nombre si no va seguido de palabras únicamente de respeto y admiración. Prometo que nadie, nunca más, será capaz de hacerte daño.

Su confianza es casi irritante. Pero sé que tiene razón en una cosa: hay algo en mí que lo entiende. Quizá no quiera admitirlo, pero lo siento. A pesar de que él no sepa cuánto daño me hicieron en el pasado ni lo poco que estoy dispuesta a admitirlo ni a que se vuelva a producir. Por eso, y por mucho más, lo que dicen sus gruesos y apetecibles labios suena tentador… muy tentador… Aun así, no soy una pieza más en su tablero. No lo seré.

—Si trabajamos juntos —digo, manteniendo mi voz firme—, habrá condiciones. No pienso cubrir tus huellas en actividades ilegales. No soy tu cómplice.

Volkov sonríe, como si hubiera estado esperando esa respuesta.

—Por supuesto. Tú manejas la parte legal. Yo me encargaré del resto. Pero créeme, Valeria... necesitas a alguien como yo en tu vida. Y cuando todo esto termine, ambos saldremos ganando.

Me recuesto en la silla, observándolo en silencio por unos segundos. Dominic Volkov es más que una amenaza. Es una tentación, un peligro envuelto en promesas que no puedo ignorar del todo. Pero sé que este trato, si lo acepto, me llevará por un camino del que no hay vuelta atrás.

—Haré un análisis de tu situación y te enviaré mis términos. Si todo está claro, empezamos. Pero si veo algo que no me gusta, no dudaré en retirarme. ¿Entendido?

Volkov se levanta, inclinando la cabeza ligeramente, satisfecho.

—Más que entendido, Valeria. Esto es solo el principio. Te haré llegar tus honorarios en media hora. Mañana mismo quiero que empieces. No tengo más tiempo que perder, señorita Santoro, y tú ya me has costado dos días enteros de mi valioso tiempo. —Dice poniéndose en pie y ajustándose la chaqueta del traje. ¿Qué parte de me lo pensaré no habrá entendido? —Pero ha valido la pena el tiempo esperado. Por cierto —susurra esta vez a media voz y se inclina sobre mi mesa, invadiendo mi espacio personal y mis fosas nasales con el delicioso y viril aroma que emana su cuerpo —el hecho de que vayas sin bragas me la ha tenido prácticamente dura durante toda la jodida reunión. Te agradecería que para próximas reuniones sí dispongas de ellas y no tenga que estar todo el rato intentando imaginar a qué huele tu precioso coñito, o, de lo contrario, me entrarán ganas de follarte tan duro que no puedas sentarte en una semana.

Me quedo helada ante sus palabras. Jamás, nunca, un cliente se ha dirigido a mí en esos términos. Y, para más inri, las palabras no salen de mi boca cuando intento quejarme de su osadía y falta de respeto, sino que, por el contrario, mis ojos van directos a su boca, después a su entrepierna, y cierro los muslos con fuerza al encontrarme con el bulto que lucha por sobresalir de sus pantalones. Se me seca la boca y vuelvo a mirar a esos endemoniados ojos, sobre todo a su ojo izquierdo, ese medio oscuridad medio claridad. Es de locos. Su belleza y su aura es de locos.

Sonríe victorioso cuando descubre que se ha ganado por completo mi atención y mi curiosidad y acto seguido se da la vuelta.

Sale del despacho sin decir una palabra más, dejando tras de sí una atmósfera cargada de peligro y oscura morbosidad. Mientras la puerta se cierra, sé que acabo de aceptar mucho más que un simple caso legal.

He aceptado trabajar para un secuaz del mismísimo diablo. Mi propio juego ha comenzado.

CAPÍTULO 4



Valeria

En cuanto llego a casa me doy otra ducha helada que baja la temperatura de mi cuerpo otros tantos grados. Pero no los suficiente. Ese maldito de Volkov y sus eróticas palabras han vuelvo a ponerme taquicárdica durante el resto de la jornada laboral. Nunca me había pasado algo así, pero me he pasado el resto de las tres reuniones que tenía programada, el almuerzo con los jefes y el camino de vuelta a casa pensando únicamente en sus palabras, en sus llenos labios pronunciándolas tan cerca de mí, en sus ojos de colores imposibles, en su olor, en el tamaño del bulto que aprecié en su entrepierna… Maldita sea. Estoy jodida.

<<No. No. No es para tanto. ¡Vamos, joder, Valeria! Lo único que pasa es que llevas todo el día descontrolada por culpa del capullo de Simon. Habías creído superarlo cuando lo llamaste para mandarlo a la mierda. Pero sin duda no lo habías superado.>>

<<Y tener calentón por un tipo que está como le da la maldita gana es normal, mujer.>>

<<Tampoco pasa nada si te masturbas una vez en su nombre. El tipo está bueno. Alegra la vista. Y da morbo. Mucho morbo. Es la maldita definición del morbo en estado puro. Eso es lo que es>>

Mantengo dicha conversación conmigo misma mientras estoy bajo el chorro de agua fría, sin ser para nada consciente de lo poco que me está sirviendo la ducha fría. Hasta que finalmente lo soy y cierro el grifo de mal humor para después salir de la ducha echando chispas. Estoy muy enfadada conmigo misma. Fuera de control.

Aunque llevo mucho tiempo sin perder los estribos como hoy. Debería en el fondo estar orgullosa de mí misma.

Resoplo cuando inconscientemente abro el cajón de las bragas buscando unas y lo cierro de golpe. Con tanta distracción, he olvidado comprarme algunas nuevas de camino a casa y mañana tendré que ir a la oficina sin bragas de nuevo. ¡Joder! Aunque podría informar en la oficina que tengo trabajo en casa que hacer y así podría evitar otra incomodidad como la de hoy.

De hecho, no estaría mal pasar el día sopesando la oferta de Volkov. Podría mover algunos hilos… enterarme de cosas que no se ven a simple vista… por si, en el hipotético caso

de que aceptase su oferta, tengo que echar mano de ciertos datos de interés.

Me pongo unos minúsculos pantaloncitos de pijama que hacen las veces de bragas y una camiseta básica de algodón de tirantas, abro mi portátil y me sirvo una copa de vino.

Veamos. ¿Por dónde empiezo a buscar? Lo primero que hago, y sin duda alguna es una mala idea, es buscar fotos de el individuo en sí que haya de dominio público en internet.

No se me escapa por alto que hay varias fotos de Volkov en actos públicos de relevancia, rodeado de políticos de nombre, actores de moda y en gran parte de esas fotos aparece acompañado de alguna top model que haría sentirse ridícula a cualquier mujer de la faz de la tierra.

A cualquiera menos a mí.

A pesar del rugido que suelto entre dientes y que ignoro porque no sé a qué se debe mi incomodidad. Debería ser consciente, a estas alturas, del tipo de hombre con quien la vida me ha cruzado. Pero no lo voy a negar. Me molesta verlo tan bien acompañado.

Estoy a punto de cerrar el portátil con exaspero cuando una notificación me avisa de que he recibido un email.

Abro la aplicación del correo, intrigada.

Joder.

Lo primero que veo es el nombre del remitente. Dominic Volkov. Y mi corazón palpita con tanta fuerza que temo que mis vecinos puedan oírlo.

Con pulso tembloroso pincho en abrir el email y comienzo a leer, mitad intrigada y deseosa de entrar en su juego, mitad alterada y percibiendo una señal de alerta profunda encendiéndose en mi interior.

Remitente: Dominic Volkov

Asunto: Propuesta de colaboración y términos de nuestro acuerdo

Valeria,

Conocerte en persona ha sido un verdadero placer, más de lo que esperaba. No es frecuente que alguien logre captar mi atención de manera tan instantánea, pero creo que ambos sabemos que, en nuestro breve encuentro, algo quedó en el aire. Algo más que simples formalidades. Me intrigas, y eso no es algo que ocurra a menudo.

Tras reflexionar sobre nuestra conversación, creo que es el momento adecuado para que unamos nuestras fuerzas. He delineado los términos de nuestra colaboración, que estoy seguro encontrarán eco en tus ambiciones.

Términos y condiciones del acuerdo:

Honorarios:

Tus habilidades son excepcionales, y estoy dispuesto a compensarte de una forma que ninguna otra oferta podría igualar. Te ofrezco tres veces más de tus honorarios habituales. Y estarás obligada a aceptar mis regalos como parte de tus honorarios también. Sé que lo que menos quieres es estar vinculada a dinero manchado de corrupción, por lo que prometo que el único dinero que depositaré en tus manos será completamente legal y fuera de investigación. Sin embargo, hay formas más retributivas de poner en valor tu trabajo como joyas u obras de arte que aumentan su valor con los años; tal y como tú lo haces. Lo que te propongo no es solo una retribución, es una apuesta por tu futuro. Una inversión estratégica que beneficiará a ambos.

Estancia en mi mansión:

La información que manejamos es tan valiosa como peligrosa, y no puedo permitirme errores. Para garantizar tu acceso a ella en las mejores condiciones y mantener el control de todos los datos, te alojarás en mi mansión al menos dos días en semana. Dejo la elección de tales días en tus manos. Pero es una condición *sine qua non*. Tendrás una habitación

exclusivamente para ti, en un entorno donde la seguridad es absoluta y las distracciones no existen. Y pondré a tus pies todos los lujos y facilidades que tenga a mi disposición. Solo tendrás que pedir por esa hermosa boquita y tus deseos serán órdenes para mí.

Seguridad personal:

He tomado la decisión de asignar a uno de mis hombres de confianza, Leonid, a cargo de tu seguridad personal. Leonid es más que un guardaespaldas; es alguien que ha sido leal durante años y que conoce mejor que nadie los peligros que se esconden en cada esquina de mi mundo. Estará contigo todo el tiempo. No tendrás que preocuparte por nada más que tu trabajo, el resto está en sus manos.

Acceso a documentación:

Te otorgaré acceso completo a mis archivos más confidenciales, documentos que no pueden ser copiados ni llevados fuera de mis dominios. Esto no es una simple advertencia; te aseguro que cualquier filtración, intencionada o accidental, tendrá consecuencias que no estarías dispuesta a enfrentar.

Asistencia a reuniones y eventos:

Tu presencia será esencial en varias reuniones y eventos políticos que no pueden dejarse al azar. No te llevaré como una simple espectadora, quiero que observes, escuches, y entiendas lo que otros no perciben. Necesito tu mente analítica para desentrañar las tramas que se tejen en las sombras, y tu capacidad para prever los movimientos más peligrosos.

Citas mensuales:

Además, sugiero que organicemos al menos una cena o encuentro íntimo al mes. No lo veas como un detalle banal, esto será parte de nuestra alianza. En ocasiones, las mejores decisiones no se toman en despachos o juntas, sino en momentos de verdadera conexión.

Sé que sabes valorar lo que ofrezco. Lo que construyamos juntos marcará una diferencia, no solo en nuestros mundos, sino en aquellos que

osen cruzarse en nuestro camino.

Nos veremos mañana a primera hora en mi mansión. Allí podremos discutir los términos en detalle, firmar el acuerdo y cerrar esta negociación en un entorno más… personal. Estaré esperándote.

Dominic Volkov

Cuando he abierto el correo de Dominic Volkov lo he hecho con una mezcla de curiosidad y cautela. Ver mi nombre en el asunto ya me dejaba claro que lo que estoy a punto de leer no es una simple propuesta profesional. Conforme mis ojos avanzan por las primeras líneas, siento una punzada en el estómago, una alerta instintiva que no sentía desde hace tiempo.

"Ha sido un enorme placer conocerte en persona".

Intento mantener la frialdad profesional, pero esas palabras ya empiezan a desarmarme. El recuerdo de nuestro primer encuentro me golpea con fuerza. Volkov, con esa presencia arrolladora y esa mirada que me perfora, logró algo que nadie más había conseguido: me hizo perder pie, aunque fuera por un instante. Y ahora, con solo unas frases, parece estar haciéndolo de nuevo.

Cuando leo sobre los "honorarios desorbitados", no puedo evitar esbozar una sonrisa irónica. Sabía que no iba a escatimar en gastos, que Dominic se aseguraría de que no tuviera razones para rechazar la oferta. Pero lo que realmente me hace fruncir el ceño es la mención de su mansión. Dos días a la semana, bajo el mismo techo que él. La idea de trabajar tan cerca de Volkov me resulta peligrosa en más de un sentido. No solo por los secretos que estoy segura de que esconde, sino por lo que él ya está provocando en mí. Hay una atracción innegable, y eso me irrita. Odio sentir que estoy perdiendo el control, *mi* control.

Sigo leyendo, y cuando llego al nombre de "Leonid", me detengo un segundo. "Uno de sus hombres a cargo de mi seguridad... ¿Leonid?" Sé quién es. No es un simple guardaespaldas. Es la sombra de Volkov, uno de sus peones más leales, su ejecutor personal. Dominic quiere que esté vigilada, controlada. Está claro.

El siguiente párrafo es un golpe aún más directo. Reuniones, eventos, cenas... Lo disfraza de necesidad laboral, pero no soy ingenua. Sé perfectamente lo que significa. No quiere solo a un abogado. Me quiere a mí. Toda mi mente, mi cuerpo, mi tiempo. Absolutamente todo. Lo he visto en sus fotos con esas top models que circulan por internet.

Y luego llego a la “cita mensual”. Qué eufemismo más descarado. Por un segundo, casi me río. Dominic Volkov no *pide*, *exige*. Esa "actividad íntima" no es un simple favor o formalidad. Es un recordatorio de su poder. Un recordatorio de que, aunque yo crea estar entrando en este acuerdo con los ojos abiertos, es él quien está dictando las reglas del juego.

Cierro los ojos por un momento. Siento cómo la incomodidad y la atracción se mezclan dentro de mí. He lidiado con hombres poderosos antes, pero ninguno como Volkov. Ninguno

había intentado llegar tan profundo, tan rápido, tan directo. Ninguno había pretendido adentrarse tanto en mi espacio personal, en mi mente.

Respiro hondo, abro los ojos y sigo leyendo. Aceptar este trato significa mucho más que recibir una compensación exorbitante o elevar mi carrera. Significa adentrarme en el mundo de Volkov. Un mundo oscuro, peligroso. Pero lo que más me inquieta no es el riesgo que representa él, sino la chispa que está encendiendo dentro de mí. Un fuego que creía haber apagado hace mucho tiempo.

Finalmente, llego a la última frase: *"Mañana por la mañana te espero en mi casa. Discutiremos los términos, firmaremos el acuerdo y cerraremos esta negociación en un lugar íntimo."*

Un escalofrío recorre mi espalda. *¿Intimidad?* Es más una promesa que una simple palabra. Dominic Volkov no me va a dejar escapar. Y lo más inquietante de todo es que, en el fondo, no estoy segura de querer huir.

Cierro la aplicación de mensajería y me quedo durante varios minutos pensando. No le he escrito mi respuesta, ni contraoferta. Supongo que lo mejor será hacer todo eso en persona y cuando por fin consiga recuperar mi mente fría y calculadora.

En una segunda reunión su imperiosa presencia ya no me tomará de sorpresa. Ya iré sobre aviso y preparada.

¿Cómo no se me ocurrió buscar información acerca de su aspecto físico al igual que del resto de cosas que he indagado sobre él?

Muchos minutos más tarde, sigo frente a la pantalla, observando cada foto que encuentro de él. Dominic Volkov en galas benéficas, en eventos exclusivos, rodeado de políticos de renombre y celebridades que parecen inclinarse hacia él como si fuera un imán. Sonrisa calculada, impecable. Mujeres que podrían ser diosas griegas se cuelgan de su brazo, riendo, tan perfectas que irritan. Me sorprendo a mí misma sintiendo algo que no debería, una punzada de celos. ¿Por qué me molesta? Ni siquiera lo conozco... O eso me repito.

Pero la sensación no se va.

Aparto la vista de esas mujeres y me centro en él. Mi mirada regresa a su rostro, a esa mezcla de luz y oscuridad que lo habita. Dominic tiene una belleza peligrosa, una atracción que no nace solo de su físico, aunque eso por sí solo podría derribar murallas. Es mucho más. Hay algo salvaje en esos ojos verdes imposibles, uno de ellos dividido entre el verde claro y ese tono marrón profundo. Es como si el caos y el control convivieran en su mirada, siempre en constante lucha por dominar.

La mandíbula marcada y severa no deja espacio para sonrisas fáciles. Sus labios carnosos, casi arrogantes, esconden secretos, y cada vez que los veo, me pregunto qué sería escucharle confesarlos entre gemidos vertidos en mi boca. Su pelo oscuro, un tanto rebelde, contradice la perfección del traje que siempre lleva puesto, como si en el fondo ni siquiera a él le importara la pulcritud con la que aparece en público. Es una contradicción constante. Elegante hasta la médula, pero con esa chispa desordenada que se escapa por los detalles que parecen casi

intencionales.

Bajo ese traje caro que lleva como si fuera su segunda piel, sé que se esconde un físico imponente. Se mueve como alguien que sabe el poder que tiene, no solo sobre las personas, sino sobre sí mismo. Es intimidante, sí, pero no de la manera en la que lo es un hombre que se esfuerza por parecer fuerte. Con él es distinto. Dominic no necesita demostrarse a nadie. El poder lo lleva en cada paso que da, en cada gesto medido y en ese maldito parpadeo lento que parece leer hasta el fondo de mi alma cuando se me queda mirando.

Miro la foto de él estrechando la mano de un político que parece sonreír con más nervios que orgullo, y me doy cuenta de lo que realmente me inquieta. Dominic no solo es un hombre hermoso. Es un hombre que no necesita esforzarse para que lo sigas con la mirada. Su presencia exige atención, pero más allá de eso... te atrapa. Te obliga a preguntarte qué pasaría si alguna vez dejaras que sus manos recorrieran cada uno de tus secretos, si le mostraras cada sombra que intentas ocultar.

Siento una especie de vértigo mientras lo observo en esas fotos. Como si una parte de mí ya estuviera cayendo hacia él. Hacia el fuego que sé que me quemará si me acerco demasiado.

Cierro el portátil, pero esa imagen de sus ojos, esa lucha eterna entre luz y oscuridad, se queda conmigo. Y algo me dice que no será fácil olvidarlo.

No. No lo será.

Ya en la cama, trato de no dar demasiadas vueltas a la situación, pero es del todo inevitable. Un zumbido me distrae, proveniente de mi teléfono móvil. Lo acerco a mi rango de visión y deslizo el dedo por la pantalla para desbloquearlo.

“Buenas noches, cristalito. Estoy deseando volver a verte mañana, en mis dominios esta vez y bajo mis reglas. Leonid irá a recogerte mañana a las diez de la mañana a tu apartamento. Por favor, no le hagas esperar. He anulado la segunda reunión de la mañana solo por y para ti. Descansa. D.V.”

Bufo y pongo los ojos en blanco. ¿Cristalito? ¿Se está refiriendo a mí con ese ridículo apelativo? Un momento… no sabrá que… no. No puede ser. Imposible. Y… ¿cómo ha conseguido mi teléfono personal? ¿Y cómo cojones sabe donde vivo? ¡Si yo tengo siempre especial cuidado en eso! Para ello tengo un teléfono de trabajo y otro personal. El de trabajo siempre suelo apagarlo al terminar mi jornada laboral, porque no me gusta llevarme el trabajo a mi vida y terreno personal. Pero, al parecer, esa división será prácticamente imposible de hacer para el “Señor Controlador y Obsesivo Volkov”. Aunque no se lo pienso poner fácil.

Empieza el juego de poder.

CAPÍTULO 5



Valeria

Leonid llega puntual a la puerta de mi apartamento, exactamente a la hora que Dominic había especificado. No esperaba menos. Su presencia, imponente y fría, me recuerda que este no es un simple paseo de negocios, sino la entrada a un mundo del que no sé si quiero formar parte, pero del que, de alguna manera, no puedo apartarme.

A mi mente acude directamente la ficha que tengo sobre el perfil psicológico de Leonid en mi poder con información sobre él. Así como del resto de personas que trabajan para Volkov.

Leonid Ivanov —*El Guardián Silencioso*

Leonid es la sombra más cercana a Dominic Volkov, su hombre de confianza, encargado de la seguridad personal de Volkov. Un exmilitar ruso, con una imponente estatura de casi 1.90 m y una complexión robusta, que intimida a cualquiera que lo mire. Su cabello rapado y cicatrices que atraviesan parte de su rostro y cuerpo cuentan historias de una vida en las zonas más peligrosas del mundo. Aunque su mirada parece vacía y carente de emoción, detrás de sus ojos grises helados hay una mente meticulosa y calculadora. Leonid no habla mucho, solo cuando es necesario, y nunca muestra debilidad.

Su lealtad a Volkov es inquebrantable, pues le debe la vida. Nunca ha fallado en ninguna misión de protección. A pesar de su frialdad, hay una especie de código de honor que sigue al pie de la letra: nadie bajo su protección sufrirá daño, aunque eso implique enfrentarse a las mismas sombras que lo acechan.

Leonid hace un brevísimo, casi imperceptible repaso a la indumentaria que he escogido llevar para tal importante reunión con su jefe. Sé que le ha impactado un poco, a pesar de que es

un hombre bastante inexpresivo, pero he captado el brillo que por un momento sus oscuros ojos han enviado a mi dirección al verme.

El vestido por encima de las rodillas de seda de un azul tan claro como el hielo es casi como una segunda piel para mí. No llevo ropa interior y el frescor de la mañana acaricia mis pezones irguiéndolos y apuntando a cualquier individuo que se ponga en mi campo de visión. Llevo mis mejores tacones negros de ejecutiva. Me he enfundado mi abrigo largo de terciopelo negro que se ciñe a mi cintura. Hoy sí me he maquillado a conciencia. Ojos delineados de forma felina y un labial rosa pálido muy jugoso que provoca el efecto de tener aún más rellenos los labios. He trenzado mi pelo a un lado y he dejado mi cuello al aire. Sobre el cuello llevo mi colgante favorito: una obra de arte de Swarovski, un copo de nieve, una estrella de cristal. Volkov me llamó *cristalito*, y debe saber que el cristal puede parecer frágil, pero no lo es. Si se quiebra, sus afiladas puntas pueden hacerte desangrar desde dentro.

Voy a entrar en su juego, peno no sin antes hacer que él entre en el mío. No le tengo miedo. No me doblego ante nada ni nadie. Así que sí, mi indumentaria es toda una declaración de guerra ante él. Y, que gane el mejor.

El trayecto en coche transcurre en silencio, solo interrumpido por la vibración ocasional del motor. Afuera, la ciudad parece alejarse, como si cada calle que dejamos atrás fuera un paso más profundo hacia la guarida de Dominic Volkov. El paisaje cambia, tornándose más aislado, más exclusivo. Y luego aparece ante mí.

La mansión de Dominic surge entre los árboles como una criatura que ha estado esperando en las sombras. Es una estructura antigua, majestuosa y sombría, como un castillo olvidado por el tiempo, pero con detalles que revelan su restauración impecable. Las piedras oscuras de la fachada parecen absorber la luz del atardecer, mientras las altas ventanas reflejan un brillo tenue, como si algo más acechara desde dentro.

Leonid me guía por la entrada principal, las puertas de hierro chirriando levemente al abrirse. El vestíbulo me recibe con un aire de solemnidad que parece imposible de sacudir. La decoración es opulenta, pero no ostentosa. Mármol oscuro en el suelo, con alfombras gruesas que amortiguan los pasos, y enormes candelabros que cuelgan del techo como espadas suspendidas. Hay cuadros antiguos en las paredes, paisajes sombríos y retratos que parecen mirar directamente a mi alma. El silencio pesa, roto solo por el eco suave de mis tacones.

—Este lugar... —murmuro, más para mí misma que para Leonid, pero él me escucha.

—Es más antiguo de lo que parece. Ha sido restaurado varias veces, pero mantiene su esencia original —dice sin emoción, como si estuviera describiendo el tiempo.

Me guía por un largo pasillo situado a la derecha flanqueado por puertas cerradas. La iluminación es tenue, como si toda la mansión estuviera envuelta en una penumbra que solo Dominic controla. La madera oscura cruje bajo nuestros pies. Me pregunto qué hay detrás de esas puertas. ¿Cuántos secretos puede esconder un lugar como este? La mansión parece un reflejo de Dominic: una fachada de perfección impenetrable, pero con sombras acechando justo debajo de la superficie.

—¿Toda esta propiedad es suya? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Leonid asiente.

—Todo lo que ves. Y lo que no ves. Nadie entra o sale sin su autorización.

Su respuesta me recuerda la naturaleza controladora de Volkov. La idea de que él controle cada aspecto de este mundo no debería sorprenderme, pero ahora, estando aquí, lo siento de una manera más visceral. Todo está bajo su mando, incluso yo, al menos mientras esté aquí.

Pasamos por un gran salón con ventanales enormes que, aunque cerrados, dejan entrar la luz suficiente para iluminar el espacio con un resplandor tenue. Los muebles son de un estilo antiguo, cuero oscuro y madera maciza. No puedo evitar fijarme en el piano de cola negro en una esquina, brillante como un cuervo al acecho.

Finalmente, llegamos al comedor. Las puertas dobles se abren con un leve empuje de Leonid, y ahí está él. Dominic Volkov.

La luz de las lámparas crea un ambiente cálido, casi íntimo, pero no engañoso. El ambiente está cargado de una tensión palpable. Dominic está de pie junto a la mesa, vestido con una camisa blanca remangada hasta los codos, el tejido estirándose ligeramente sobre sus músculos. Su pantalón oscuro contrasta con la claridad de la camisa, y por un momento, parece una figura sacada de otro tiempo, pero peligrosamente presente en este.

Sobre la mesa, un aperitivo suntuoso espera: uvas moradas y verdes, un surtido de quesos de aspecto exótico, una botella de vino tinto abierta, respirando. Todo está dispuesto con una precisión que me recuerda que cada detalle, hasta el más mínimo, está bajo su control.

Cuando Dominic levanta la mirada y me ve entrar, una sonrisa ladeada cruza su rostro. Una sonrisa que no es ni cálida ni amable, sino un reconocimiento. Sabe que he cruzado el umbral de su dominio. Sabe que ahora estoy aquí, en su terreno, bajo sus reglas.

—Valeria —su voz me envuelve, como si pronunciara mi nombre no con los labios, sino con una autoridad que atraviesa la piel—. Bienvenida.

Leonid se retira en silencio, dejándonos a solas. Siento que mis nervios se tensan, pero lo oculto tras una expresión neutral. Dominic me observa como un depredador que ha conseguido llevar a su presa justo donde la quería, y yo... yo no sé si he venido aquí por mi propio pie o si, de alguna manera, él me ha arrastrado desde el principio.

Me siento, y mientras mis ojos recorren la mesa, no puedo evitar sentir que, aunque el escenario es perfecto, hay algo más oscuro escondido entre las sombras de esta mansión.

—Valeria, es un verdadero placer tenerte en mi hogar. Espero que te sientas lo suficientemente cómoda para reclamar de mí todo lo que necesites. Y cuando digo todo, me refiero a todo. —Sus palabras tienen un tinte oscuro y están cargadas de promesas lascivas que una parte de mi cuerpo entiende al instante. Presiono mis muslos y le mantengo la mirada, intentando no sentirme intimidada, pero a la vez maravillada por el rostro que tengo delante.

Ayer me pareció más peligroso que guapo. Hoy… no sé. No es que el peligro haya mermado. Es solo que su peligro me atrae mucho más que ayer. Y eso debería hacerme correr en

sentido opuesto. No obstante, no me caracterizo por dejarme ganar tan fácilmente.

—¿Vuelvo a ser Valeria? ¿Ya he dejado de ser…? ¿Cómo era? Ah sí, *cristalito*. —Volkov me dedica una sonrisa de medio lado muy pícara. Le encanta sentir que tiene el poder sobre mí. Por eso me ha puesto un apelativo solo suyo, algo que me describa por lo que soy y también a quién cree que pertenezco.

—Eso depende, *cristalito*. Si quieres que te llame como todos los demás, o quieres que te llame por lo que representas para mí.

—¿Y qué represento para ti? Creí que nuestro acuerdo era meramente profesional. —Le reto. Veo el brillo del juego en su peculiar mirada. Le gustan los retos. Pero lo siento, Volkov. No creo que te gusten más que a mí.

—Eres como… Eres como hielo puro. Frío, impenetrable, pero brillante bajo la luz. Intocable para cualquiera que no se atreva a enfrentarte —su voz es un susurro bajo, cargado de un desafío tan seductor como peligroso—. Pero ya sabes lo que pasa con el hielo... si lo tocas el tiempo suficiente, empieza a derretirse.

Sus palabras me envuelven como un humo espeso, y aunque su mirada es penetrante, lo que más me inquieta es lo tranquila que me siento. Estoy acostumbrada a lidiar con hombres poderosos, hombres que piensan que pueden dominarme con una mirada, pero Dominic Volkov es diferente. Su poder no radica solo en el control. Su poder es... magnético. Y me doy cuenta, horrorizada y fascinada, de que una parte de mí quiere saber hasta dónde llega ese magnetismo.

—Te advierto, Volkov —digo, manteniéndole la mirada, sin dejar que vea la pequeña fisura que se ha abierto dentro de mí—, algunos se han acercado demasiado al hielo y lo han pagado caro. No te conviene jugar con lo que no puedes controlar.

La sonrisa en sus labios se ensancha, más oscura ahora. El hombre frente a mí no se deja intimidar, no se asusta ante la idea de lo peligroso. Parece que le divierte, que le alimenta.

—Ah, pero ahí es donde te equivocas, Valeria. —Me llama por mi nombre esta vez, y su voz vibra con una seriedad que me golpea con fuerza—. El control es lo único que me interesa. Y contigo, el reto es tan tentador... que estoy dispuesto a arriesgarlo todo.

Mi corazón da un pequeño vuelco, pero no dejo que lo vea. No ahora. No cuando todo en mí grita que me mantenga firme, que no baje la guardia, ni siquiera un segundo.

—Qué curioso —le respondo, inclinándome ligeramente hacia la mesa sin apartar la mirada de la suya—. Porque yo no tengo ningún interés en ser controlada.

Dominic se reclina en su silla, estudiándome con esos ojos suyos, donde la luz y la oscuridad parecen librar una batalla eterna. No dice nada durante un momento, y la tensión que crece entre nosotros es palpable, como una cuerda tirante que podría romperse en cualquier segundo.

—No me malinterpretes, Valeria —dice al fin—. No busco destruir tu independencia. De hecho, es tu fuerza lo que me fascina. —Su tono se suaviza, pero no pierde ni un ápice de la intensidad que le caracteriza—. Pero en mi mundo, no hay lugar para el azar. El caos no es mi

aliado. Y tú... —hace una pausa, inclinando la cabeza hacia un lado mientras me observa con una intensidad que me provoca un leve escalofrío—, eres la excepción que podría desestabilizarlo todo.

Frunzo el ceño. No estoy segura si lo que acaba de decir es un cumplido o una advertencia. Quizá sea ambas cosas.

—Suena a que te arrepientes de haberme contratado —comento, midiendo cada palabra. No es que lo piense realmente, pero quiero ver cómo reacciona, quiero entender hasta dónde está dispuesto a llegar conmigo.

—Arrepentirme... —Volkov suelta una pequeña risa, un sonido bajo y grave que vibra en mi pecho—. No, Valeria, en absoluto. —Se inclina hacia adelante ahora, sus ojos atrapando los míos como si fueran garras. Levanta una mano y la acerca a la parte visible de mi pecho, pues aún llevo el abrigo puesto, aunque empiezo a morirme de calor, y atrapa mi colgante entre sus dedos mientras yo lucho porque no note cómo mis latidos se han acelerado por ese leve contacto y cercanía—. Más bien, empiezo a pensar que contratarte fue la decisión más... interesante que he tomado en mucho tiempo.

Su proximidad me golpea de manera inesperada. Hay algo en la forma en que habla, en la manera en que me mira, que amenaza con desarmarme. Pero no puedo permitirlo. No debo.

—Me alegra escuchar eso —digo, manteniéndome impasible—, porque soy mucho más de lo que ves. Y no seré moldeada para encajar en tu mundo, Dominic. Si vamos a trabajar juntos, será bajo mis términos tanto como bajo los tuyos.

Mi desafío está sobre la mesa, claro y fuerte. Pero en lugar de frustración, veo un brillo de satisfacción en sus ojos. Como si este intercambio fuera lo que realmente buscaba desde el principio.

—Entonces parece que estamos de acuerdo —dice, apoyándose de nuevo en su silla con esa elegancia fría que le caracteriza—. Tú eres hielo, Valeria. Y yo... bueno, ya sabes lo que soy.

Un ligero escalofrío recorre mi columna antes de que pueda detenerlo. Porque sí, sé exactamente lo que es Dominic Volkov. Fuego. Desgarrador, peligroso, pero imposible de ignorar.

Él levanta una copa de vino, mirándome por encima del borde con una sonrisa que no es más que una promesa envuelta en sombras.

—Por nuestra colaboración —brinda, y aunque lo sigo con la mirada, no levanto mi copa. No lo haré hasta que esté segura de que no he caído en una trampa que, en el fondo, temo haber empezado a disfrutar demasiado.

—Antes de brindar y de dar este acuerdo por zanjado, quiero exponer mis términos y condiciones.

Digo y veo como a Volkov se le infla el pecho de algo parecido a la excitación y el orgullo.

Ahora empieza mi juego.

CAPÍTULO 6



Dominic

Me quedo perdido por un momento en sus labios cuando dice algo de revisar términos y condiciones de nuestro acuerdo. Pero rápidamente reacciono y vuelvo a mirar a sus ojos del color del hielo. Los ojos más hermosos y enigmáticos que he visto en mi vida. Siempre soñé con poder verlos de cerca y, ahora que por fin puedo hacerlo, no me canso de mirarlos.

Valeria Santoro… yo conozco tu historia.

El destino tiene una manera retorcida de entrelazar las vidas de las personas, incluso cuando ellas no tienen idea de lo que las une. Valeria... No tiene idea de hasta qué punto su vida y la mía están conectadas. Pero llegará el momento en que lo sepa, aunque no será fácil para ninguno de los dos.

Su familia, los Santoro, fue una de las muchas que cayeron durante una de las purgas económicas que mi círculo de poder facilitó. No fue nada personal, solo negocios. Así es como lo justificamos en su momento. Un movimiento estratégico que acabó con los sueños y los recursos de decenas de familias. Los Santoro eran ricos, influyentes, pero estaban en el lugar equivocado, y se asociaron con la persona equivocada. Los errores de su padre le costaron todo: su empresa, su dinero, y por extensión, su hija. Lo que Valeria no sabe es que ese error lo cometió conmigo. Su padre fue uno de los tantos que se cruzaron en mi camino, un peón que fue arrastrado por las decisiones que hice para expandir mi imperio.

Nunca me acerqué a la familia directamente, claro. Siempre preferí mantenerme a la sombra. Fue un acuerdo entre hombres poderosos: su padre jugó mal sus cartas, y yo simplemente hice lo necesario para proteger mis intereses. La compañía de los Santoro cayó en bancarrota en cuestión de semanas, su reputación se evaporó, y todo lo que tenían se desvaneció. Incluida la estabilidad de Valeria. Me imagino el duro golpe que sería para alguien como ella descubrir que su amado padre era en realidad un jodido cabrón que estaba incluso dispuesto a mercadear con la vida de su única hija. Y, lo peor de todo es que su madre se posicionó de lado de su esposo. Esa mujer es ambiciosa, no al mismo nivel de Valeria, sino de las jodidas. Valeria todo lo que ambiciona es ser siempre una versión mejor de sí misma, más poderosa y absolutamente independiente. La Señora Santoro era, es y será siempre una manipuladora y consentida.

Mi *cristalito*, siendo apenas una estudiante de derecho en ese momento, tuvo que

abandonar sus estudios. Se quedó sin recursos, y su familia, que la había fallado en tantos niveles, la dejó sin apoyo. Eso fue lo peor para ella, el sentimiento de traición de aquellos en quienes confiaba. Y sobre todo la más absoluta decepción y el desarraigo han convertido a Valeria Santoro en una carcasa de hielo y cristal que yo quiero proteger con todo lo que soy. Porque se lo debo. Y ahí es donde entra la ironía: ese golpe que recibieron los Santoro fue indirectamente mi culpa, y sin saberlo, yo arruiné su vida.

Sin embargo, fue entonces cuando la conocí por primera vez. No en los tribunales, no como la implacable abogada que es ahora, sino en un club nocturno. Un club afamado de Chicago, uno que frecuentaban personas como yo, políticos, empresarios. La primera vez que la vi, Valeria estaba en el escenario, bajo el pseudónimo de *Crystal*, girando en un poste de metal bajo una luz tenue. No pude apartar la vista de ella. Su belleza era imposible de ignorar, claro, pero había algo más. Algo en su forma de moverse, una combinación de fuerza y dolor. Lo supe en ese mismo instante: ella no pertenecía a ese mundo, no estaba hecha para ser observada y admirada por hombres que no tenían ni idea de quién era en realidad.

Y, sin embargo, yo era uno de ellos. Iba casi a diario a verla contonear sus imperiosas curvas en escasa indumentaria para deleite de tantos ojos que se posaban en ella. Pero nadie podía mirar a su alma. Solo yo veía su dolor. Al principio ese dolor me cautivaba, me hacía sentir unido a ella por un hilo invisible. Yo sé que no tengo derecho a hablar de dolor cuando, al parecer, todo en mi vida ha sido fácil y no he tenido jamás problemas económicos. Pero eso no es del todo cierto. Algún día puede que le cuente mi verdadera historia, la que me hizo tal y como soy ahora, pero ahora, el foco es Ella. Siempre Ella.

Recuerdo que un día me armé de valor para ir a buscarla y pedirle una “reunión privada” conmigo. Necesitaba sentir su piel contra la mía, y hundirme en su coño como si me hundiera en las más oscuras, excitantes y lascivas profundidades del infierno. Quería arder y hacerla arder en mis manos. Pero, alguien se me adelantó. Un jodido pijo banquero estaba hablando con ella y yo escuché en la penumbra la conversación. Él le ofrecía una obscena cantidad de dinero por un poco de su tiempo. Ella accedió, pero puso como condición que nada de follar, que ella no era una prostituta.

Dos cosas quedaron claras de esa conversación: la primera era su verdadero nombre, Valeria Santoro, y con ese nombre la culpa y la vergüenza por ser responsable de que se tuviera que ver en tan atroces circunstancias. También me quedó clara la dirección a la que se verían en privado.

Envié a uno de mis hombres a dicha reunión y le ordené que ejecutara al tipo, sin dejar huellas, cuando me informaron que pretendían forzarla a tener sexo no consentido.

Nadie. Nunca. La tocaría sin su consentimiento. Me lo prometí a mí mismo y no he fallado nunca a dicha promesa.

La obsesión por Crystal fue tal, que fue la inspiradora de mi joya preferida: el club Nebula.

Empecé a indagar sobre ella, algo que suelo hacer cuando algo capta mi interés de esa manera. Me enteré de lo que había sucedido con su familia, sabiéndome en parte responsable, de

cómo había sido arrastrada a la ruina por los errores de su padre y cómo se vio forzada a encontrar la forma de sobrevivir. Bailarina de pole dance por necesidad, una manera rápida de conseguir dinero fácil. Pero lo que más me sorprendió fue lo que vino después.

Valeria no se hundió en la miseria como muchos lo habrían hecho. No. Ella luchó. Se levantó y consiguió regresar a sus estudios, incluso cuando todo estaba en su contra. Terminó su carrera de derecho con honores y se forjó una reputación como abogada. Una maldita guerrera, eso es lo que es. Se abrió camino desde el fondo del pozo en el que su familia la había dejado.

Durante años, la observé desde la distancia, admirando lo que había conseguido, pero sin atreverme a acercarme. No era por miedo, sino porque sabía que, si lo hacía, corría el riesgo de corromperla, de arrastrarla al mundo oscuro al que pertenezco, como lo habían hecho conmigo años atrás. Ella había logrado lo imposible, había mantenido su integridad intacta a pesar de todo, y yo... yo no quería ser el hombre que destruyera lo que había construido. Yo nunca fui tan fuerte como ella.

Pero entonces, el destino intervino de nuevo. Hace poco se presentó una oportunidad. Una excusa perfecta para acercarme a ella, para tenerla en mi órbita. Le ofrezco un trabajo, una colaboración que a simple vista parece profesional, pero que ambos sabemos tiene tintes mucho más oscuros. Y ahora, Valeria está aquí, en mi vida, y no tengo intención de dejar que se escape. Ella ya no es una niña ni es débil. Ella será siempre consciente de quien soy y dónde se mete. Y ella será la que elija el fuego y no el hielo. Si consigo hacerle ver lo que yo veo en ella. Nunca le fallaré. No haré lo que a mí me hicieron.

No sabe quién soy en realidad, ni lo que mi nombre significa para su pasado. No todavía. Pero llegará el momento en que lo descubra, y cuando eso ocurra, sé que será el verdadero punto de inflexión. ¿Me odiará? Probablemente. Pero también sé que algo más nos une, algo más poderoso que el rencor. Y cuando el fuego y el hielo finalmente choquen, nada podrá detener lo que venga después.

—Dime, *cristalito*. ¿Qué quieres discutir sobre los términos y condiciones de nuestro acuerdo? —Pregunto tragando de parecer participativo, aunque quiera esto con todas mis fuerzas a mí manera.

—No vamos a follar —su condición inesperada hace que abra los ojos de par en par y que tosa por la sorpresa.

—¿No? ¿Estás segura de eso?

—Demasiado segura —me duele horrores que me pida esa tortura, porque quizá sea lo único que no le puedo prometer. Todo lo demás que ella pida se lo daría. Pero en sus fríos ojos veo que cree tenerlo claro.

Sin embargo, el hecho de que lo pida como condición implica que tiene miedo de caer y no ser capaz de decir que no. No sé cómo es su vida sexual, es sobre lo único que no he querido indagar simplemente porque no quiero hacerme daño innecesario. Mataría a quien la tocara, pero no he de olvidar que es una mujer adulta, libre y muy atractiva. Demasiado, la verdad. Pero ella no ha sido consciente de mi existencia hasta ahora. Ni de la clase de obsesión oscura que despierta en mí. No tiene nada que ver con sentimientos, pero es el ser más follable que mis ojos

han visto jamás. No puedo ser tan ruin de no dejarla vivir durante el tiempo en que decidí no ser parte activa de su vida. Ahora la cosa ha cambiado. Tendrá que dejarme muy claro que no se siente atraída por mí si quiere que la deje ser de otro. Porque si ella siente algo mínimamente parecido a lo que su mera presencia me hace sentir, lucharé con uñas, dientes y balas contra cualquiera que obstaculice lo nuestro.

Su condición de no follar, no obstante, me hace tener, de repente, una brillante idea bastante sórdida y oscura sobre cómo actuar con ella. Sonrío con maldad y cojo el contrato, que tengo sobre la mesa y sobre el que no ha prestado la mínima atención desde que ha llegado, porque no ha apartado los ojos de mí. Cojo una pluma que tengo junto a él y escribo.

—**Anexo 1**: el contratante Dominic Volkov no penetrará con su polla el delicioso coñito de su trabajadora Valeria Santoro a no ser que la señorita Santoro lo suplique —escribo de puño y letra mientras le informo de los "términos" en los que estoy dispuesto a aceptar su propuesta en voz alta.

Ella mira mi mano escribir y después recorre lentamente mi torso con sus pupilas del color del hielo hasta posarse de nuevo en mis ojos. Se me pone dura al instante.

—No voy a suplicar. No hace falta que pongas eso —dice y su voz suena en un susurro. Le traicionan las ganas.

—Entonces no debería preocuparte que lo introduzca. Es solo un pequeño aliciente con que soñar para mi pobre ego viril al que has malherido con tu propuesta —ella lanza una risita muy sexi.

—Tu viril ego es de todo menos pobre y malherido. Sé, de buena tinta, que tienes una vida sexual bastante activa —alzo una ceja, sorprendido —. He visto todas esas fotos tuyas con top models. Mujeres mucho más atractivas e irreales de lo que yo podría soñar con ser alguna vez.

—Ninguna de ellas le llega a la suela del zapato, Señorita Santoro —ella se sobrecoge al oír eso, aunque vuelve a ponerse la máscara de indiferencia en el acto.

—Tengo ojos en la cara, Señor Volkov.

—Pues tal vez debería aprender a ver más allá de las apariencias y las fachadas, Señorita Santoro — agacha un segundo la mirada, pero vuelve a buscar mis ojos rápidamente.

—Créame, soy consciente de mi valor como mujer.

—Eso espero. De lo contrario, me tendrá a mí aquí para recordárselo.

Por primera vez la veo beber de su copa de vino y lo hace con ganas. Está nerviosa. No sé qué clase de hombre se pensaba que soy, pero fuera la que fuera la idea que tenía de mí, está muy equivocada. En la Mafia hay muchas cosas turbias, no lo negaré, pero el *honor* y la *fidelidad* son las bases irrefutables en este mundo. De hecho, la falta de ellas acarrea graves e irreversibles consecuencias.

—¿Quiere añadir algo más, Señorita Santoro? —pregunto para demostrar que la escucho,

aunque ya tenga planes para desmontar sus condiciones.

—No quiero presenciar ninguna ejecución ni ser testigo de actividades ilegales más allá de charlas y/o consumición de estupefacientes. Pero no quiero ver cómo tú y los tuyos abusáis de mujeres, o degolláis a alguien o torturáis a alguien —de repente una ráfaga de ira me recorre las venas y me pongo en pie en el acto.

—No sé qué clase de persona crees que soy, Valeria, pero no he abusado jamás de una mujer, y no suelo ir matando a gente por ahí. Yo solo soy un intermediario que pongo en contacto a las personas adecuadas. Lo que esas personas hagan, no es asunto mío. ¿Blanqueo dinero? Sí. ¿Se consume droga en mi local? Sí, aunque yo muy pocas veces la haya consumido. ¿Se practica sexo en mi local? Sí, mucho, y yo también lo he practicado muchas veces, pero todas las chicas que trabajan allí son mayores de edad, tienen contrato, están por voluntad propia y ellas eligen si quieren o no tener sexo con mis clientes. Si alguno de ellos quiere llevarse a una prostituta al local, no puedo impedirlo, no tengo tanto poder. Pero yo no soy un puto matón, cocainómano y abusador de mujeres. Soy un hombre cuya base es el honor. Soy un hombre de palabra. Un hombre que sabe lo que es ser fiel, protector y respetuoso con los suyos. ¿Te queda claro? —digo en un tono de lo más intimidante. Valeria se levanta también, vierte más vino en su copa hasta casi el borde de la misma y alza la copa en mi dirección.

—Entonces tenemos trato, Dominic —es la primera vez que me llama por mi nombre de pila y eso provoca un efecto de lo más estimulador en mi polla.

La miro detenidamente, todavía intentando contener las sombras dentro de mí por su falta de tacto al tratarme. No estoy acostumbrado a que nadie me falte el respeto. Jamás. A ella será la primera persona que se lo permita porque no puedo todavía dejarla ir sin haberla tenido antes. Y, aunque se me olvide a veces, también porque es la única que puede ayudarme ahora mismo con los federales y con los cabrones del mundo de la mafia que se han puesto contra mí a mis espaldas.

Brindo mi copa con la de ella para sellar el acuerdo. Valeria bebe el contenido casi íntegro de su copa y vuelve a mirarme. Luego mira el contrato sobre el cual he dejado de mi puño y letra su puñetera condición.

—Firma —ordena señalando el papel con su barbilla.

—¿Qué parte de que soy un hombre de honor que tiene palabra no has entendido? —le reto.

—¿Qué parte de que soy abogada no has entendido tú? —Joder. Otro latigazo en la polla. Gruño y firmo el puto papel para contentarla, aunque con cada desafío que me lanza más seguro estoy de que volveré sus condiciones en su contra.

—Aquí tienes, *cristalito*. Ahora firma tú. —Ella lo hace con casi la misma arrogancia que yo lo he hecho.

Me está matando tenerla así, desafiante, llena de poder, tan cerca, y no poder tocarla. Ahora mismo me la follaría con todas mis fuerzas sobre esta jodida mesa. Me correría dentro de ella hasta que la última gota de mi desesperación por ella la llenase. Hasta que se acordase de mí

cada vez que se moviera, andase o se sentase.

—Ahora solo queda que acordemos qué días te quedarás aquí, para que puedas disponer de la información que tengo en mi despacho a tu gusto —le informo.

—¿Por qué tengo que dormir aquí? Podría volver a casa y…

—No puedo dejarte entrar y salir de mi fortaleza con tanta facilidad. Tenemos que reducir el número de movimientos de dentro a fuera al mínimo, *cristalito*. Así que, sintiéndolo mucho, tienes que quedarte aquí dos noches. Es lo mínimo que necesitas para hacerte con todo lo necesario.

—Está bien —accede, poniéndome al fin las cosas mínimamente fáciles. Suspiro un poco. —Trabajo de lunes a viernes, pero el viernes puedo teletrabajar, así que estoy pensando que podría venir los jueves, al salir del trabajo, hacia aquí. Quedarme la noche del jueves, la del viernes, e irme el sábado por la mañana.

—Si entras aquí el jueves por la tarde, te irás el sábado por la tarde. No antes de las 48 horas —me impongo. La necesito todo el tiempo posible cerca. No puedo darle mucho de mi tiempo, y el hecho de que elija el viernes por la noche es una putada, porque es una de las noches de más trabajo en el club, pero por eso mismo no la puedo dejar ir antes de tiempo. Quiero estar alrededor de ella todo lo posible.

—Está bien —accede y sonrío y me relajo al fin. Hoy es viernes.

—Ven, te ensañaré tu habitación —digo tendiéndole la mano. Ella me mira con estupor. —Es viernes —le recuerdo —y acabas de firmar el contrato.

CAPÍTULO 7



Valeria

Volkov me enseña el ala derecham el de las habitaciones. ¡Ala de las habitaciones! ¿Cuántos metros cuadrados hay en esta propiedad? Me dice que en el otro ala están las de sus trabajadores y que permanecen allí todo el tiempo, sin pisar las zonas en las que vive Volkov. Y no me extraña. Si el otro ala es de dimensiones similares a esta, tienen espacio más que de sobra.

Su mano se aferra con fuerza a la mía mientras me enseña una habitación convertida en gimnasio personal, frente a esta su despacho personal al que solo se accede con una tarjeta especial. Me tiende una para mi uso personal. Me informa de que tiene sistema de videovigilancia, como toda la casa y que bajo su escritorio hay un botón rojo que solo y exclusivamente debe ser presionado en situación de peligro inminente. Dice que ha solicitado poner otro en mi habitación, junto a mi cama.

Llamadme estúpida, pero escuchar la palabra cama de sus labios carnosos me pone tonta.

La siguiente habitación pertenece a su hermano menor, Sergei, que raramente viene a pasar la noche aquí, según él, pero que, por si así lo decidiera, tiene su espacio personal por si lo necesitara. Me hace una breve descripción de su hermano y me da la impresión de que es el descarriado de la familia, el caótico y problemático chico que no ha sabido encajar en el segundo puesto, tras su hermano mayor.

Frente a la habitación de Sergei está la de Katya, la hermana mayor de Dominic. Tampoco viene mucho por aquí salvo los domingos y lunes, que es cuando el club *Nebula* cierra sus puertas. Katya tiene una relación distante con Volkov, al parecer. Dice que es demasiado autoritaria y quiere mandar demasiado y, en el mundo de Volkov, a las mujeres no les dejan mandar. Quizá por eso no participa en las operaciones sucias del imperio, Katya se ha hecho cargo de la parte más legítima de los negocios: propiedades, inversiones y empresas de fachada de la familia. Y, por la forma en la que Dominic habla de ella, sé que la quiere y la admira, pero que también compite con ella por el control. Deben ser más parecidos de lo que él está dispuesto a admitir.

La siguiente habitación es una biblioteca de jodido ensueño. Llena de libros, algunos de ellos verdaderas antigüedades exhibidas en vitrinas. Escucho de fondo las palabras de Volkov

diciéndome que puedo entrar aquí cuando lo desee, que durante mi breve estancia aquí cada semana, seré libre de usar sus posesiones como mías. Lo escucho, pero miro con estupor mi alrededor.

Después tira de mí, para mostrarme frente a la biblioteca un baño que parece el salón de mi apartamento.

Después está la sala de cine.

Frente a la de cine una sala enorme de reuniones.

Por último, su habitación. Suelos de mármol negro y muebles de madera blanco. Paredes grises y una enorme y artística fotografía coronando la cabecera de su absurdamente enorme cama en blanco y negro de una silueta de una bailarina de pole dance. Me recorre un escalofrío al ver la foto y mi pasado se cruza fugazmente por mi mente.

—Y esta es tu habitación —dice señalando la que está justo frente a la de él. Trago saliva y me acerco lentamente hacia el marco de la puerta, que está abierta. Acaricio la madera del marco mientras echo un vistazo a su alrededor.

Es preciosa. Enorme. Al contrario que el resto de la casa, las ventanas están abiertas y está llena de luz. El suelo es de un mármol celeste muy claro y lleno de cristalitos que refulgen con fuerza. La cama es de color celeste un poco más fuerte y las cortinas de tul blanco. Un enorme armario del mismo color que la cama, también enorme, por cierto. Sobre el cabecero de la cama, un cuadro de un precioso copo de nieve hecho de cristal. Me giro hacia él rápidamente al percatarme del significado.

Joder. Está demasiado cerca.

—Espero que te guste, *cristalito* —susurra a escasos centímetros de mi boca, haciéndome sentir su cálido aliento sobre mis sedientos labios y recoloca un mechón rebelde de mi cabello tras la oreja. Me estremezco y él lo nota.

—Has pensado en todo —le digo y él me dedica una sonrisa pícara.

—Si supieras en todas las cosas que he pensado…

—Pobre, por una vez una mujer te está poniendo las cosas difíciles para que la lleves a la cama, Volkov —le digo de forma seductora y fingiendo aflicción. Él sonríe aún más ampliamente y clava sus ojos en los míos.

—Ella es difícil, pero no imposible. Y no siempre lo pondrá tan difícil, ¿verdad? —sus manos sujetan mi rostro y con sus pulgares acaricia mi rostro. Mierda, mierda. Me está poniendo muy cachonda este juego de poder. Aún tengo alguna baza en mi poder.

—Me está entrando mucho calor, Volkov. Necesito quitarme este abrigo ya —digo alejándome de su contacto, introduciéndome en mi nueva habitación y deshaciéndome al fin del abrigo. Cuando Volkov ve mi vestido y adivina mis pezones, erguidos tras la fina tela, gruñe y da un paso en el interior de mi habitación, en mi dirección.

—Juegas sucio, *cristalito*.

—Y todavía no sabes lo peor —le desafío con una sonrisa en el rostro.

—¿Y es? —entra directamente en mi juego. Tiro el abrigo sobre mi nueva cama y me acerco seductoramente a él, para esta ver ser yo la que hable sobre sus labios.

—Hoy tampoco llevo bragas —digo, provocadora. Su rugido se hace más profundo y oscuro. Agarra una de mis manos y, a la fuerza, me la pone sobre su polla. Ahogo un grito al notar las dimensiones que ha alcanzado.

—¿Ves lo dura que me la pones solo con tus jueguecitos, nena? —dice y lame mis labios lentamente. Ahogo un gemido. Intento hacerme la víctima haciendo como la que quiero separar mi mano de su polla, pero a la vez, abarcando todo lo que puedo con mi palma.

—Has firmado que nada de sexo, Volkov —vuelvo a emplear mi todo más seductor en sus labios. Él vuelve a sonreír.

—No, *cristalito*. "Hemos" firmado que nada de penetración vaginal por parte de mi polla. El resto ha quedado fuera del tablero de las prohibiciones —acto seguido, y para acallar mi estupor ante su jugada maestra, me besa introduciendo invasivamente su lengua en mi boca y gimiendo de placer con una voz grave y sexi que me hace vibrar de pies a cabeza y no puedo más que responderle de la misma manera.

Enredo mis manos en su cuello y en su pelo y lo aprieto contra mi boca de forma autoritaria. Él lleva una de sus manos a mi trasero, por encima del vestido y la otra a mi sexo, por encima del vestido también. Casi le suplico que meta la mano bajo el vestido, si esto no está prohibido entre nosotros.

Pero, en esos momentos, él se separa de mí. Se pasa el pulgar por los labios, para capturar los restos de mi saliva sobre ellos y se chupa el pulgar acto seguido.

Joder, eso ha sido lo más sexi que he visto.

—Si me necesitas, estaré en mi despacho —dice y se gira, saliendo de mi nueva habitación sin mirar atrás y cerrando la puerta tras de sí.

Me quedo de piedra. ¿Cómo cojones ha podido salir así, sin más? Si le hubiera suplicado que me follara con todas sus fuerzas en solo tres segundos más de beso. ¡De ese beso!

Maldita sea, ¿quién le ha enseñado a besar así? ¿A mirar así? ¿A derretirme así?

Estoy en verdadero peligro.

No puedo perder el control así, a la primera de cambio.

CAPÍTULO 8



Dominic

Me hago una maldita paja antológica en mi despacho que casi me deja de rodillas y sin fuerzas.

La muy hija de puta sabe jugar sus cartas bien.

Pero yo ya caí una vez ante una mujer casi tan embaucadora como ella y eso no volverá a ocurrir. No sin llevármela esta vez a ella conmigo a las profundidades.

Valeria tiene un poder sobre mí que es demasiado fuerte. Y lo peor es que ella lo sabe. Y sabe exactamente lo que está haciendo conmigo. Su verdadero nombre debería ser *Peligro*. Porque no sé de dónde voy a sacar las fuerzas para hacerle frente cuando saca las uñas. La única forma es bajándole esos humos de señorita que todo lo puede y todo lo domina dándole el doble de su propia medicina. Pero esta vez me ha pillado con la guardia baja.

Sé que me habría acabado implorando que me la follara si hubiera presionado un poco más. Pero después, me habría destrozado el contrato en mis propias narices.

Porque la conozco lo suficiente como para saber que no soporta perder. Que solo lo haría si hubiera sentido mil victorias antes. Así que espero que haya conseguido enfadarla lo suficiente para querer venganza, pero tanto como para que no me permita volver a acercarme a ella.

Soy consciente de que su condición de no follar esconde mucho más que mero sexo. No quiere implicarse emocionalmente con un cliente. Ni tampoco quiere que su cliente se implique emocionalmente con ella.

Es lista. Esa regla para mí también es importante en mis negocios.

Y, no nos engañemos. Yo estoy un poco obsesionado con ella desde hace un tiempo. Pero solo ha sido admiración, por una parte, como un puñetero fan adolescente de sus ídolos, también responsabilidad, por la culpa que siento de todo lo que ha tenido que vivir, y, por último, y no por ello menos importante, unas puñeteras ganas de follármela que me han acompañado desde que puse mis ojos en ella.

Aun así, no es la primera mujer que capta mi atención en ese sentido, pero sí la que más. Por lo prohibido, por la distancia que me autoimpuse con ella para protegerla de mí durante un tiempo hasta que la vi lo suficientemente fuerte para hacerme frente a mí y al vendaval que me

acompaña. Pero es solo eso: deseo. Un deseo asfixiante y que ha acaparado gran parte de mi cerebro.

No puedo dejar que ese deseo me nuble, porque la necesito, maldita sea, a mi lado. Necesito su ayuda o acabaré mis días en una puta celda sin poder ver más la luz del sol ni el brillo glacial de su mirada…

¿Qué digo? ¿Qué demonios me pasa? Otra vez no, ¡joder, Dominic! ¿No aprendiste ya a cómo tratar estos asuntos?

Tubiste a la mejor profesora. ¡Maldita sea!

Dicen que todos los hombres llevan consigo la sombra de su primer amor. En mi caso, esa sombra se convirtió en algo más oscuro, algo que se arraigó profundamente en mí y me moldeó de una manera que jamás podría haber previsto. No siempre fui el hombre frío y calculador que soy ahora. Hubo una época, una versión de mí, en la que existía algo de luz, algo de inocencia... hasta que ella apareció.

Era joven, apenas un adolescente de dieciséis años lleno de ambiciones y con un camino por delante. Ella, en cambio, era mayor, doce años más. Una mujer imponente, sofisticada, con un magnetismo imposible de resistir. Se llamaba Tatiana Mendoza, una mujer de la alta sociedad, envuelta en misterios y siempre rodeada de poderosos hombres, pero nunca controlada por ninguno. Sabía perfectamente lo que hacía y lo que quería, y yo, ingenuo como era, caí en sus redes antes de darme cuenta.

Tatiana era... diferente a cualquier persona que hubiera conocido. Poderosa, cautivadora, peligrosa. Lo noté desde el primer momento, pero no me importó. Me hizo sentir visto, importante, como si tuviera algo que ella necesitara, aunque con el tiempo comprendí que lo que ella quería era algo mucho más oscuro. En esos días, no lo vi. Solo vi a una mujer que me ofrecía el mundo, que me enseñaba cosas que ningún chico de mi edad debería haber aprendido tan pronto.

Me nubló la vista el día en que, además de llevarme a reuniones con hombres importantes, como su “guardaespaldas” (porque a pesar de mi corta edad, mi físico ya era imponente), me enseñó también lo que es la pasión en estado puro. Siempre me trataba de forma aduladora. Acariciando mi rostro cuando me hablaba a mí directamente y mi pobre polla de adolescente inexperto brincaba de gusto ante cada caricia. Yo, por aquel entonces, solo había follado unas cuantas veces: una vez y mi primera vez con Sofía, la guapa hija de la asistenta de mamá, pero mi madre se enteró y montó un circo digno de un Oscar y la echó a ella y a su hija de casa… y también había follado con una prima segunda, Alexia, que únicamente he visto en cinco ocasiones en mi vida, en reuniones familiares muy esporádicas, cuatro de las cuales me la he follado por todos lados.

Por eso cuando, en mitad de una reunión con hombres muy poderosos que controlaban el tráfico de cocaína en la zona, Tatiana sin previo aviso comenzó a manosearme tras haber comprobado por su propia nariz la pureza de la mercancía de esos hombres, yo casi me corro en los pantalones al notar sus expertas manos sobre mí. Lo que vino después fue todavía más morboso. Me bajó los pantalones, sin que yo pudiera ni tan siquiera reaccionar a sus gestos y me

hizo una puta mamada que me supo a gloria frente a esos tipos. Me catapultó a las estrellas, poniéndome los ojos en blanco. Me colocó una de mis manos sobre su cobrizo cabello y me pidió que “la domara cual putita”, fueron sus palabras. No puedo describir lo que para un crío de dieciséis años esas circunstancias pueden alterar su estado de éxtasis. Yo no había probado la droga aún, pero aquello me parecía mucho más potente que cualquier droga que pudieran suministrar a alguien. Me corrí como un animal en su boca y ella se relamió hasta la última gota, entre aplausos de los allí presentes.

Pero ahí no acabó la cosa. Después se montó sobre mí y mi polla revivió en décimas de segundos. Me cabalgó con brío y me devolvió a las estrellas y al universo que acababa hacía escasos minutos de mostrarme.

Para mí aquello era amor del más puro y más irracional. Nadie, nunca, ocuparía el lugar de Tatiana en mi corazón. O eso creí.

Tatiana era experta en manipular, en conseguir lo que quería sin que pareciera que movía un dedo. Se aprovechó físicamente de mí en alguna que otra ocasión más tras nuestra primera relación sexual, siempre diciéndome, mientras se la metía hasta el fondo, lo especial que era y lo mucho que significaba para ella. Pero también me hizo ser testigo de cómo otros se la follaban delante de mis propias narices en alguna que otra ocasión. Siempre que, como ella decía, la ocasión lo requería. Porque el sexo, según ella, era el poder más grande que tiene una mujer con un hombre. Y tenía razón, ¿para qué negarlo?

Yo acababa llorando desconsoladamente cuando la situación me sobrepasaba, y era entonces cuando ella me consolaba dándome un poco de su cuerpo a mí.

La cosa cambió cuando cumplí los dieciocho y entré en la universidad para cursar la carrera de Comercio. Mis padres habían muerto recientemente en un tiroteo a manos de la Bratva y asumí parte del control de los negocios familiares. Pero estaba emocionalmente tocado por la pérdida tan drástica de mis padres y abrumado por la responsabilidad de cuidar en solitario a mis hermanos. Fue ahí cuando ella hizo “nuestra relación más sólida”. Aún recuerdo lo feliz que me sentí cuando ella me dijo que era única y exclusivamente mía. Y yo suyo. Con cada palabra y cada gesto, me hacía sentir que tenía el control, cuando en realidad era todo lo contrario. Ella me moldeaba, día a día, haciéndome dependiente de su aprobación, de su mirada, de su toque. Me enseñó lo que significaba el poder, no solo el poder sobre los demás, sino el poder sobre mí mismo, sobre mis emociones, sobre mi entorno. Aprendí a no mostrar debilidad, a esconder el miedo, a nunca confiar completamente en nadie.

Había una frialdad en ella, una que al principio no entendía. Era como si Tatiana no tuviera corazón, como si todo fuera un juego, una estrategia para conseguir lo que quería. Y yo... yo era una pieza en su tablero. Durante meses, fui su juguete. Me enseñó cómo manipular, cómo controlar a las personas a mi alrededor, cómo utilizar las emociones de los demás para mi beneficio. Me convirtió en alguien que siempre estaba un paso por delante, siempre calculando el próximo movimiento. Me convirtió en un puto reflejo de ella misma. Y yo, sin padres que me guiaran en el camino, sin ayuda más que la que me brindaba Tatiana, me dejé guiar por sus reglas del juego.

Hasta que, un día, me la encontré follándose a mi tío Aleksander en la propia casa de mis

padres tras varios días que no supe de ella. Coincidió con los días que hacía que mi tío había llegado, para comprobar que mis hermanos y yo estábamos bien. Supe en ese momento que había encontrado a otro Volkov más poderoso que yo para manipular a su antojo. O eso creyó ella. Yo había aprendido ya de ella lo suficiente como para arruinar a mi tío y su empresa y hacerme con ella. Al igual de la de todos los tipos que una vez se follaron a Tatiana frente a mis narices y se rieron de mis lágrimas. Así empecé mi imperio y así me convertí en quién soy.

Con el tiempo, me di cuenta de lo que realmente era para ella: una herramienta. Me suplicó demasiado que volviera con ella cuando vio en quien me estaba convirtiendo. Y disfruté cada vez que la rechazaba y le escupía a la cara lo asquerosamente zorra que era. Dejé de sentir ese amor tan grande de un segundo para otro. Las demás mujeres comenzaron, de repente, a resultarme más atractivas que ella, y solo quería follar a cuantas quisieran ser folladas por mí. Cuando Tatiana al fin se rindió, desapareció de mi vida sin más. Sin explicaciones, sin despedidas. Y a pesar del desamor, dejó un vacío en mí, por lo que yo una vez quise junto a una mujer y supe a partir del momento en que vi su engaño que nunca podría tener, un vacío que llené con la rabia, la traición y el deseo de nunca más ser controlado por nadie. Tatiana me había convertido en un hombre que no solo buscaba el poder, sino que lo exigía. Aprendí a hacer daño antes de que me lo hicieran a mí, a controlar las situaciones y a las personas, a no dejar que mis emociones me traicionaran jamás.

La adolescencia es un periodo de aprendizaje, dicen. Pero lo que aprendí con Tatiana fue que el mundo no es para los débiles, y que el amor, o lo que yo creía que era amor, podía ser la herramienta más letal. Desde entonces, mi vida se ha basado en el control. No me permito vulnerabilidades, y aquellos que intentan acercarse a mí sin una razón clara, sin un propósito, terminan siendo eliminados o utilizados a mi favor.

Tatiana me dejó marcado de por vida. Ella fue la chispa que encendió el fuego en mí, un fuego que desde entonces he mantenido encendido, alimentado por el poder y la oscuridad que me rodea. Aprendí que las emociones son una debilidad, y que aquellos que las usan para manipular a otros son los verdaderos depredadores en este mundo.

Así que cuando veo a alguien como Valeria, alguien con una fuerza latente, alguien que ha luchado contra su propia oscuridad, no puedo evitar pensar en lo que fui una vez... y en lo que ella podría llegar a ser, si el fuego la consume como lo hizo conmigo.

Es tarde cuando decido al fin salir de mi despacho. Ella no ha venido a buscarme y yo no seré menos. Necesitamos calmar estas ansias que ambos despertamos el uno en el otro. Ella tiene que trabajar y yo tengo que dejarle trabajar.

Me asomo a su habitación, que está abierta, y no veo rastro de ella. No la he visto en ninguna de las otras habitaciones. ¿Dónde cojones estará? Marco su número de teléfono y lo oigo sonar en su habitación. Entonces me percato de que en el baño que da a su habitación está corriendo el agua. Quizá esté en el Jacuzzi. Me relajo.

Ahogo de nuevo las ganas de entrar y me meto yo en el baño de mi habitación para darme una ducha y despejarme. Tengo que vestirme e irme ya al *Nebula*. Hoy hay una reunión importante con varios peces gordos.

Cuando salgo del baño y entro en mi habitación enfundado en una toalla de cintura para abajo, mis ojos se van directamente a la puerta que está frente a la mía. Mierda, la he dejado abierta. Pero ella también…

Valeria me mira, a todo lo que soy, de arriba abajo, enfundada ella también en una minúscula toalla y con su oscuro cabello mojado lamiendo su piel. Trago con fuerza. Es ella la que al final se dirige a su puerta y me dedica una de esas miraditas de ella altivas justo antes de cerrar su puerta para castigarme sin su divina visión. Sonrío a su gesto. Bien. La necesito guerrera. Para cuando yo me olvide que esto solo es un juego y lo verdaderamente importante es la facción de nuestro acuerdo laboral.

CAPÍTULO 9



Valeria

Volkov no está por ningún lado cuando decido finalmente salir de mi nueva habitación. Voy ataviada con un vestido ridículamente caro que he encontrado en mi nuevo armario y que, deduzco que Volkov se ha encargado de llenar, porque yo no he caído en traerme algo de ropa. Jamás pensé que vendría para no volver a mi casa hasta mañana por la tarde. Y Volkov jamás pensó que necesitaría ropa que no fuese para ir a una jodida gala de los Oscar a su lado. Lo único que he encontrado han sido vestidos largos y escotados. Al menos, el que llevo, es cómodo y hasta la rodilla. Pero una pena usarlo para recorrer el pasillo hasta la cocina y hacerme con algo de comida.

En la cocina me encuentro con más extravagancia aún. La mesa está atestada de comida con un aspecto delicioso. Pato a la naranja… solomillo a la pimienta… ensalada de marisco… vino… champán… zumos…

Y una nota sobre la mesa también.

"Toma de mí lo que quieras, cristalito. Espero que tu estancia esté siendo agradable. Llámame sin dudarlo si tienes cualquier problema, duda o consulta. D.V."

En la parte baja de su nota está anotado su número de teléfono.

Se muestra demasiado amable para haber estado jugando conmigo y manipulándome a su antojo hasta hace unas horas.

Decido que voy a llamarlo solo para joder. Como he traído mi teléfono conmigo, introduzco con diversión uno a uno los números de su teléfono personal mientras me llevo un trozo de pato a la naranja a la boca y lo saboreo extasiada por la explosión de sabor que se produce en mi boca. Cuando al fin contesta yo sigo gruñendo de placer.

—Espero que lo que tengas en la boca no me haga cometer más crímenes de los que llevo ya a mis espaldas —dice con un tonito celoso que me resulta paradójicamente encantador. No soporto a los tipos celosos. Pero supongo que, cuando juegas a "quién tiene el poder" con el puto

maestro del juego, las cosas cambian.

—Me encanta este pato a la naranja. Y… ¡oh, dios mío, el solomillo a la pimienta es la puta hostia! —gruño de placer de nuevo y escucho su risita ronca y seductora que acaricia mi oreja.

—Me alegra ver que te sientes cómoda. Antonella es una gran cocinera. Le haré saber que apruebas sus comidas.

—¿Todos hacen siempre lo que quieres? Tienes gente para todo, ¿no es así? Eres un niño grande consentido. ¡Joder, este vino es una puta maravilla! —vuelve a reír de esa manera tan seductora y me hace sentir genial.

—¿Me has llamado para algo más que para reprocharme la buena vida que llevo? Porque, para su información, Señorita Santoro, estoy trabajando muy duro ahora mismo para poder tener, y que usted tenga mientras esté bajo mi techo, toda clase de comodidades. Nadie me regala nada.

—Oh… ¿he importunado tus maravillosos negocios? Déjame adivinar. ¿Te he interrumpido la maravillosa mamada que te estaba haciendo una de tus bailarinas? ¿O te he distraído de meterte un tirito con tus mafiosos amiguitos? —provoco. Sin embargo, Volkov se queda en silencio. Mierda. ¿Se habrá enfadado? —¡Eh! Solo bromeaba. Iba a entrar ahora en tu despacho. Pensé que querrías saberlo. ¡Voy a entrar en la oscura y retorcida mente de Dominic Volkov! ¿Sabes la clase de poder que me estás otorgando?

—Créeme, soy muy consciente —responde con una exhalación.

—¿Y si no me gusta lo que veo y decido venderte? —pregunto medio en broma y medio en verdad.

—No lo harás. Primero porque existe un acuerdo de confidencialidad al que estáis comprometidos todos los abogados y segundo porque…

—Bueno sí, me has pillado. Pero podría desistir de continuar con nuestro acuerdo.

—Tampoco lo harás—responde y no sé si está tan seguro. Ni yo misma lo estoy. —Si te vas, nunca sabrás la verdad que se esconde tras toda esta fachada.

—¿Y para qué quiero yo tu verdad? —le reto.

—Para entender por qué sientes tal magnetismo por un individuo como yo. —Bufo, porque se lo tiene muy creído. —No hablo de amor, claro está.

—¿Entonces de qué hablas?

—De lo que realmente hay entre tú y yo. Atracción. Una atracción tan fuerte y fiera que ambos sabemos que no podremos extinguir sin más. Sin haber saciado nuestras curiosidades. Sin haber transitado los rincones más oscuros de nuestras almas. Puedes decir lo que quieras, *cristalito*, pero he visto las llamas en tus ojos al mirarme. Y he sentido tu hielo quemarme, tanto como el propio fuego, la piel con solo respirar el mismo aire que tú respiras. Yo no te voy a ocultar nada. Me mostraré como soy ante ti. Con mis sombras y mis luces. Y espero, como mínimo, lo mismo de ti. Estamos juntos en este juego.

—Voy a ayudarte. Al menos mientras las llamas que te rodeen no arrasen conmigo. Pero debes comprender el riesgo que corro al quedarme a tu lado.

—No te pido que hagas algo ilegal, Valeria. No quiero ponerte en riesgo. Solo te pido, te suplico, que me salves el cuello. En mi ordenador personal encontrarás un archivo llamado "Operación Eclipse" que necesito que mires con atención. Es la poca información que he podido recabar del FBI gracias a un infiltrado conocido mío. Pero no me ha dicho mucho más y sé que hay más. Necesito saber por qué me acusan de cosas que no he hecho. Y necesito que me ayudes a joder al cabrón que esté intentando acabar conmigo. ¿Crees que podrás hacerlo sin que lo que sientes hacia mí te nuble?

—Yo no siento nada por ti —me defiendo, aunque lo haga apretando los muslos al hacerlo, pero él no puede verme.

—Oh, sí, mi *cristalito* precioso. Sientes la atracción. Sientes el torrente que se crea cuando tú y yo estamos juntos. Y solo acaba de empezar. Pero también sé que te costará admitirlo. No me importa mientras sigas sintiéndolo. Te veré por la mañana. Llámame solo para urgencias, por favor.

—Esta era una urgencia —me defiendo.

—¿Ah sí? —su voz suena juguetona y yo sonrío como una tonta.

—Sí. Necesitaba saber que mi beso no te había espantado tanto. Que solo te estás haciendo el estirado. —Su alegre carcajada me hace reír a mí también.

—"Nuestro" beso ha sido simplemente perfecto. Tanto que he tenido que esconderme en mi despacho y hacerme una paja como un adolescente para poder así mantener mi palabra y mi honor contigo. Me has hecho firmar hoy mi condena. Pero la cumpliré siempre y cuando tú estés presente de alguna forma en ella. —Me muero. He dejado de respirar. ¿De verdad ha dicho eso?

—Eso ha sonado muy intenso para ser solo atracción lo que hay entre tú y yo —confieso.

—¿Solo atracción? ¿Te parece poca la atracción que ejerces sobre mí que solo con escuchar tu voz por el teléfono mientras comes pato a la naranja ya estoy empalmado? —río como una niña traviesa. —¿Te parece poca la atracción que me ha hecho dejar una reunión de lo más complicada al margen solo para escuchar tu voz, aunque sea para insultarme? Ni tú ni yo buscamos ni necesitamos amor, *cristalito*. Ambos nos tenemos a nosotros mismos para eso. ¿Me equivoco? Pero hay más cosas igual de fuertes que el amor en este mundo y tú, Señorita Santoro, eres una de esas fuerzas. Y ahora mismo estás en mi poder —una risa malvada acompaña a esa frase y me derrito aún más. —Ahora déjame trabajar. Cuando vuelva a casa te besaré de nuevo para que no olvides lo importante que puede ser la atracción.

—¿Y cuándo volverás? —maldición, espero no sonar muy desesperada, solo curiosa. Su risa me dice que no ha sido así como he sonado.

—Bastante tarde, nena. O temprano, según se mire. Así que no me esperes despierta. Te tengo vigilada, no lo olvides. —miro a mi alrededor y hago la peseta como una estúpida en todas las direcciones para ver si puede verme. Su nueva risa me confirma que sí. ¡Joder! ¿Ha visto

entonces la cara de tonta que se me ha puesto cuando me decía esas cosas? —Estás muy sexi cuando te enfadas. Sobre todo, con ese vestidito y… sin bragas. —Cierro las piernas, aunque sé que tenga el dinero que tenga no creo que tenga tecnología para ver tras la ropa.

—¿También hay cámaras en mi habitación?

—Tengo que dejarte, nena. Me reclaman. Te veo mañana en la mañana.

—¡Dominic! ¡Contesta! —la señal se corta justo cuando le grito. ¿Qué significa eso? ¿Que sí?

Me llega un mensaje al móvil y sé que es él.

"No pierdas el tiempo buscando cámaras que no vas a encontrar. Céntrate en la investigación. Por favor. Y confía en mí. D.V."

¿Que confíe en él? ¡Sí, claro! Sin embargo, su desesperación por obtener mi ayuda cuanto antes hace que me dé la prisa de repente de querer ayudarlo.



El sonido del clic tras pasar la tarjeta que Volkov me ha dado de su despacho me indica que soy bienvenida al rincón de sus secretos. Empujo lentamente la puerta y abro el camino a todo lo que ese enigmático individuo esconde al resto del mundo y que podría derribarlo en un abrir y cerrar de ojos, a pesar de todo el poder que emana y ese aire de superioridad que se gasta. La realidad es que está poniendo su futuro en mis manos. Como todos mis clientes, en realidad.

La luz en el despacho de Volkov es todavía más lúgubre que en el resto de la casa y eso que es de día. Pero todas las ventanas están cerradas con persianas venecianas que impiden el libre acceso de la luz a este lugar.

Yo me aventuro y abro una, la que está más cerca del escritorio, un poco y dejo entrar unos cuantos rayos de luz que me faciliten la visión.

Miro a mi alrededor cuando la luz ha ganado un poco de terreno a la oscuridad y me maravillo enseguida de lo que veo. Una enorme mesa de madera oscura casi negra llena de carpetas y cajas misteriosas. En la pared que hay tras la mesa, varios cuadros de estilo impresionista con bailarinas la adornan. Pero el resto de la habitación son más y más estanterías llenas de libros, ficheros, carpetas que no sé en qué mundo tendría yo tiempo de echar un vistazo a todo esto. Además, ¿quién demonios tiene todo guardado en papel en la era de la digitalización? En seguida mis ojos se centran de nuevo en su escritorio. Menos mal descubro que hay un ordenador portátil en él. De modo que, sin tiempo que perder, me siento sobre su extravagante sillón de escritorio de cuero negro tan mullido que parece abrazarme y abro el portátil.

Mierda, me pide un código de acceso…

Mi teléfono vibra en mis manos. Veo que me ha llegado un mensaje a la aplicación de mensajería instantánea de parte de Volkov con un código. Miro a mi alrededor. Las cámaras. ¿Dónde estarán? Introduzco el código de acceso en su portátil y lo memorizo a la misma vez gracias a mi maravillosa memoria fotográfica que tanto me ayuda en ciertos momentos, porque el mensaje de Volkov se borra en seguida una vez he entrado en su ordenador personal.

Mientras espero a que acceda veo a mi izquierda una pequeña montaña de papeles y les echo un vistazo para ver de qué son. Por el nombre de algunos de ellos sé que me estoy metiendo en aguas pantanosas. Y, sin embargo, no puedo evitar adentrarme.

Estoy en el despacho de Volkov, revisando sus documentos más personales, sabiendo que la verdad tiene que estar en algún lugar de esta montaña de papeles y en los archivos que encuentre en su ordenador, que aún no he empezado a registrar. La presión me tiene al borde, porque Dominic es un maestro del engaño, pero nunca imaginé que su mundo fuera tan complicado. Veo, para mi alegría, que tiene copia en el portátil de todo lo que está en papel. Comparo lo que hay en papel y en digital y sí, son lo mismo. De modo que me centro en estudiar los archivos digitales y dejo de lado de nuevo la montaña de papeles. Ya volveré a ella si necesito subrayar o mirar algo detenidamente. Porque supongo que Volkov ha dejado esto aquí para que yo sepa dónde cree él que debo buscar. Sus archivos son meticulosos, organizados con precisión clínica. Sin embargo, algo me dice que hay información que no está a simple vista.

Al principio, todo parece relativamente normal. Transacciones financieras, contratos con políticos y empresarios de alto nivel, pagos por eventos en *Nebula*, su club exclusivo. Volkov orquesta encuentros, reúne a la gente más poderosa y los deja hacer sus negocios sucios. Armas, drogas, tráfico de influencias: todos saben que en *Nebula* es donde suceden, pero él es solo el intermediario, el facilitador, el hombre que junta a los peces gordos para que negocien en su terreno. No toca las mercancías ni las armas, a simple vista, pero se beneficia de las conexiones que tiene con la élite corrupta de la sociedad.

Lo que encuentro confirma que Dominic recibe enormes sumas de dinero por organizar esas reuniones. Sin embargo, hay algo que no cuadra. Busco en la carpeta "Operación Eclipse" en la cual, según afirmaciones de Volkov, hallaré las pistas que él ha conseguido recabar sobre por qué cree que el FBI lo está investigando y acusando falsamente y me encuentro con que parece que tiene razón.

Hay un archivo de audio de unos individuos (parece ser sacado de una conversación informal entre personajes que pertenecen a su submundo y están siendo grabados sin ser conscientes) en las que uno de ellos de dice a otro que Volkov está a punto de caer, que según sus fuentes infiltradas en el FBI le han comunicado que está en el ojo de mira y que deberían buscar otro centro que no esté bajo vigilancia federal para sus próximas reuniones. Acto seguido abro unos archivos de fotos, que parecen conversaciones de Volkov con un tipo que trabaja para la policía de Chicago, en donde éste le asevera que es verdad, que lo están investigando. Que al parecer ha habido una mano negra, del mundo de la mafia, que ha vertido acusaciones sobre Dominic Volkov para, seguramente, destronarlo o vengarse o algo similar. La mafia funciona así. Son, según ellos, hombres de honor, hasta que les conviene ser todo lo contrario. Las acusaciones que ha mencionado están demasiado enfocadas en él, lo presentan como si fuera el cabecilla de una red de tráfico de drogas de diseño, y en eso es en lo que me enfoco las

siguientes tres horas entre tanto papeleo y archivo que tiene aquí Volkov.

Lo primero que tengo que hacer es ver si existe pruebas incriminatorias que lo vinculen directamente con alguna transacción de drogas, pero, por más que busco, nunca hay rastros de que él esté directamente implicado en esos negocios. Todos los contratos lo muestran como un intermediario, un simple anfitrión en reuniones, pero las autoridades lo están pintando de otra forma.

Empiezo a sentir que la red que lo rodea se está tensando, que alguien ha estado entregando información a las autoridades, dándoles la idea equivocada de quién es Volkov y cómo opera. Es alguien que conoce sus tratos, alguien cercano.

Las pruebas que encuentro en su despacho apuntan a ciertos encuentros que han sido comprometedores, pero los detalles exactos de lo que está siendo investigado están ocultos en otro lugar.

Reviso de nuevo el archivo marcado "Operación Eclipse", donde se menciona que el FBI ha comenzado una investigación formal contra Dominic. Lo abro y leo cuidadosamente. Entre las filtraciones, encuentro algo que me inquieta profundamente: alguien ha estado proporcionando detalles íntimos sobre las reuniones en Nebula, quién asiste, quién negocia, y más importante aún, quién paga a Dominic. Bueno, no me sorprende. Sabía que había un soplón en todo esto desde el principio, y seguramente Volkov también lo sabe. Lo que no sabemos es quién es. Ni yo tampoco sé si las acusaciones son ciertas. A pesar de que no he encontrado ninguna prueba que lo vincule con tráfico de drogas.

Supongo que la policía tampoco, o de otro modo ya lo habrían arrestado, pero estoy segura de que esas pruebas están siendo ahora mismo fabricadas además de que tratarán de tenderle alguna trampa si con tanto ahínco quieren hacer caer a Dominic Volkov. Aunque… puede que…

Empiezo a atar cabos: puede que el soplón no solo esté tratando de hundir a Volkov, sino de usarlo como chivo expiatorio. Y el FBI está cayendo en la trampa. A lo mejor la trampa no es para Volkov sino para la policía. Alguien quiere dominar a los federales desde dentro y está usando a Dominic como mártir. ¿Puede ser ese el caso?

O puede que te estés volviendo tarumba, Valeria, al no encontrar nada aquí que te diga nada que no sepas. ¡Maldición!

Frustrada, decido que es hora de buscar ayuda. Llamo a Mateo, un amigo de confianza y un hacker brillante, sabiendo que él podrá acceder a los lugares donde mis manos no alcanzan. Le pido cuento por encima el pastel, sin nombrar, claro está, que Dominic sí que pertenece a la mafia, sino que le cuento que ha sido falsamente acusado de pertenecer por algún motivo y le pido que me ayude a investigar más a fondo la operación que se cierne sobre Dominic. Afortunadamente, Mateo no tarda mucho en darme una pista.

—Valeria, lo que estás buscando está oculto en la deep web, en una red codificada que usan los agentes encubiertos —me dice, con su voz tranquila pero intrigada—. No es fácil de acceder, pero creo que he encontrado algo relevante.

Mateo me envía un enlace. Lo sigo y accedo a una red encriptada donde se almacenan datos confidenciales del FBI. Al revisar la información que él ha conseguido, mis sospechas se confirman: hay alguien del círculo de Volkov que está dando información detallada sobre sus reuniones y sus movimientos. El soplón está usando a Dominic como un señuelo para desmantelar las redes de tráfico de drogas que operan en su territorio. Pero lo más inquietante es que el informante está distorsionando los hechos, pintando a Volkov como el líder de esas operaciones.

Leo una serie de transcripciones entre agentes del FBI y su informante, a quien llaman "Confidencial C". Entre ellas, veo fechas de reuniones en *Nebula*, pagos recibidos y nombres de políticos y mafiosos que han pasado por el club. Pero lo que realmente me preocupa es que la información es demasiado precisa: detalles de las sumas que Volkov ha cobrado, la naturaleza de los acuerdos que se hacen en *Nebula*, todo apunta a una persona que tiene acceso directo a sus transacciones y actividades. O pueden tener a un gran hacker como aliado, al igual que yo.

Mateo continúa:

—La investigación del FBI se está acelerando, Valeria. Si logran vincular a Volkov con estos negocios, aunque sea indirectamente, será difícil sacarlo. El soplón está construyendo un caso sólido en su contra. El FBI ya está mirando en su dirección.

—Gracias, Mateo. ¡Te quiero! ¿Qué haría yo sin ti? ¿Puedes hacerme solo un favor más? Pronto iré a verte en persona y te prometo que te compensaré por todo lo que haces por mí —le prometo porque sé que cuando le llevo las galletas especiales que me enseñó a hacer mi abuela ya lo tengo en el bote para cualquier cosa que necesite. Mateo es de los pocos humanos baratos que conozco. Y de los pocos fieles, también.

—Claro, tú pide por esa boquita tan bonita que Dios te ha dado.

—Investiga quién es el federal a cargo de la investigación de Volkov. Y házmelo saber lo antes posible. Hazme una ficha del tipo con su descripción psicológica y todo lujo de detalles. Quiero saber dónde vive, qué colonia usa, que marca de calzoncillos. ¡Todo!

—Te estás metiendo en la boca del lobo, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Y tú y yo sabemos que saldré victoriosa de esto.

Mateo y yo terminamos la conversación y medito sobre lo que he encontrado.

Sé que no puedo dejar que esto siga adelante. Mi primera línea de acción será sugerir a Dominic que tenga cuidado en las próximas reuniones que estén bajo sospecha. Alguno de los integrantes de dichas reuniones debe ser el cabrón que le está jugando sucio. Debemos cuidar cada paso, declaración o factura de cualquier trato que pueda parecer comprometerlo. Lo más peligroso en este momento es que el FBI no necesita pruebas contundentes para detenerlo, solo necesitan la apariencia de culpabilidad, y eso es lo que el traidor está creando.

Lo segundo que puedo hacer es descubrir quién es "C", el soplón. Para eso, tendré que acercarme más a los negocios de Dominic y a sus “clientes” y observar cada uno de sus movimientos. Espero que no ponga impedimentos a mi plan.

Y, por último, sé que tengo que dar con el agente a cargo de la investigación. Seducirlo o ganar su confianza podría darnos el tiempo necesario para desmantelar las pruebas y hacer que la investigación se estanque. Mateo ya está trabajando en rastrear la identidad del agente. Es peligroso, pero ahora el juego se trata de poder, y sé cómo jugar mis cartas.

CAPÍTULO 10



Dominic

“*Gracias, Mateo. ¡Te quiero! ¿Qué haría yo sin ti? ¿Puedes hacerme solo un favor más? Pronto iré a verte en persona y te prometo que te compensaré por todo lo que haces por mí”* sus palabras hacia quien quiera que fuera ese tipo con el que hablaba me llenan de tanta ira que casi me ciega. Las malditas reuniones de hoy se me están haciendo eternas. Solo quiero que llegue la jodida hora de volver a casa y someterla a un tercer grado hasta que me confiese quién demonios es ese cabrón de Mateo. Debe aprender, tanto Mateo como ella, que ahora está bajo mis reglas, que está en juego demasiado y que no voy a permitir que se ponga a calentarle la polla a ningún desgraciado mientras mi futuro está en juego.

Por desgracia aún me queda una maldita reunión más para poder volver a casa.

Me acomodo en mi sillón, en el reservado del club en el que se llegan a los grandes acuerdos, mientras miro por el móvil las grabaciones de la cámara de casa que me muestran por dónde va Valeria. Mierda. No puedo dejar de mirarla. Pero al menos me amenizará la espera mientras vienen los asistentes a la reunión.

Valeria ha salido de mi despacho. Va por el pasillo hasta su habitación. Rebusca por enésima vez en su armario y no encuentra nada cómodo que ponerse. Joder. ¿Por qué no habré pensado en eso? ¿Por qué en mi cabeza solo me la imaginé con preciosos trajes de diseño o desnuda? Suspiro. No. Por ahora no voy a poder follármela. Así que tendrá que disponer de ropa que supla las horas que pensaba tenerla desnuda. Se ve que a mi imaginación nunca le hace justicia la realidad.

Pero entonces veo que se introduce en mi habitación y comienza a rebuscar por mis cajones y mi armario. Me enderezo en el asiento, algo acojonado, porque no quiero que nadie entre en mi espacio personal, cuanto menos ella, de la que poseo un arsenal de fotos de su época de bailarina de pole dance con las que solía pajearme a menudo.

Pero por suerte no las ve. Solo se hace con una de mis camisas y uno de mis calzoncillos y yo sonrío como un estúpido. Quizá no esté tan mal que no tenga ropa cómoda. ¡Oh, joder! Valeria se queda en pelotas en mi habitación para ponerse mi ropa. ¡Está jodidamente buena! Mierda. Otra vez empalmado. Estoy peor que cuando tenía dieciséis años, joder.

—¿Qué haces hermanito? ¡Oh, porno casero! ¿A ver? —la irritante voz de mi hermano Sergei me saca de mi atontamiento y gruño con fuerza cuando me quita el móvil de las manos

para ver él a MI Valeria. —¡Coño! ¡Menudo pibón!

—¡Trae estúpido! —le arrebato el móvil con fuerzas y le dedico una de mis miradas más fieras. —¿Qué cojones haces en esta parte del reservado? ¡Ya sabes que no puedes entrar aquí sin avisarme! Lárgate antes de que llegue Mijaíl y Giovanni.

—¡Vale, vale, me piro! Solo he venido a pedirte, ¡a implorarte! Que me dejes llevarme a mi reservado a la bailarina esa nueva, la pelirroja, la que viene siempre a este reservado. ¡Por favor!

—Ya te he dicho que no decido con quién quieren irse o no. Pregúntale a ella, y si se va contigo, que mande a otra chica aquí rápidamente. Porque la reunión está a punto de empezar y necesito un espectáculo femenino sí o sí para que se relajen y se sientan cómodos —le informo por enésima vez al pesado de mi hermano menor. Sergei me pone una cara de perrito abandonado que todavía no entiende que no surte efecto alguno en mí. Yo le miro con mi mejor cara de hombre que ni siente ni padece. Alzo una ceja cuando empiezo a impacientarme.

—¡Ella no quiere venirse conmigo, joder! Podrías ayudar a un pobre hombre enamorado, ¿no? Que además es tu hermano. —suelto una ronca carcajada. Este imbécil es gracioso.

—¿Enamorado? ¡Tú no sabes lo que es eso! —Le digo con convicción. —Cada vez que viene una bailarina nueva la acosas hasta que te la follas y luego pierde todo interés para ti.

—Claro, pero como Amber me dice siempre que no, acumulo más y más ganas de ella. Hasta conseguir que no piense en otra cosa que no sea ella. A ti eso no te ha pasado nunca, ¿verdad? Tú eres un asqueroso cabrón de éxito que siempre tiene a la mujer que quiere. Por eso no sabes lo que es desear a alguien tanto que te duela la polla y…

—¡No quiero escuchar más qué le pasa a tu polla, idiota! —Bramo, pero sus palabras me hacen pensar. Sí que entiendo lo que siente mi hermanito. —Muévete de una vez. Tengo que trabajar. —Mi hermano se levanta con los hombros hundidos y expresión desolada. Suspiro empatizando un poco con él. —Y suerte con tu preciosa Amber —digo, consiguiendo una mirada de sorpresa por su parte y una sonrisa de agradecimiento.

Sergei se va y yo me acomodo el traje mientras vuelvo a inspeccionar mi teléfono y descubro que Valeria se ha llevado una enorme tarrina de helado consigo a la sala de cine y se ha puesto un dramón en la enorme pantalla de que dispongo en esa sala. Me relajo yo también un poco al verla tan relajada. Pero no he olvidado nada de lo de antes.

Yo nunca olvido.

De hecho, la ira vuelve a mí cuando recuerdo las palabritas que le dedicó hace unos minutos al tal Mateo.

La ira aún me recorre las venas cuando mis invitados llegan al lugar de la última reunión del día. La paciencia se me está agotando. Cada minuto que paso fuera de casa, sin tener bajo control lo que hace Valeria, sin saber quién demonios es ese cabrón de Mateo, es un minuto en el que siento que pierdo terreno. Ella no puede imaginarse el alcance de mi poder, ni mucho menos lo que estoy dispuesto a hacer por mantenerla donde quiero. Pero ahora no es el momento de

dejarme llevar por el impulso. Tengo que concentrarme.

La puerta blindada del salón subterráneo se abre y me pongo en pie. El aire pesado, cargado con un olor a cuero y humo, me envuelve mientras veo entrar en el reservado de *Nebula*. La luz tenue y rojiza ilumina apenas lo necesario. Al fondo, en el reservado principal y más amplio, me mantengo en pie esperando la toma de posición de los hombres que me han pedido mi participación como mediador esta noche: Lev Tolstov, traficante de cocaína, con su imponente presencia y siempre un puro entre los dedos, y Giovanni Mancini, traficante de sustancias mucho peores como Fentanilo, más elegante, con un porte clásico digno de mafiosos de los años cincuenta. Entre ellos, el recién llegado, Andrei Petrov, un mafioso de Europa del Este, conocido por sus frías negociaciones y su ambición sin frenos en el tráfico de armas.

Lev es el primero en hablar, como siempre.

—Volkov —gruñe, sin molestarse en ocultar su impaciencia—. Esta mierda tiene que resolverse hoy. Petrov ha cruzado demasiadas líneas y no estoy aquí para charlar.

Petrov, por su parte, esboza una sonrisa irónica, como si todo esto fuera un juego.

—Lev, siempre tan directo. No se trata solo de líneas, se trata de negocios. Y los negocios no tienen límites, solo oportunidades.

Los miro a ambos mientras ocupo mi lugar en mi sillón de cuero junto a la mesa, frente a ellos, mientras chasqueo uno de mis dedos para que traiga algo de whisky del caro a la mesa a Nikolay, uno de mis hombres de confianza apodado “El Toro” porque es una maldita masa de músculos casi grotesca, con brazos como troncos y una fuerza brutal, con aspecto casi de Vikingo gracias a su larga melena rubia que lleva siempre recogida en alto en una especie de moño y su espesa y larga barba. Nikolay asiente, entendiendo mi orden en el acto y yo me centro por fin en la última orden del día.

—Caballeros, estamos aquí para evitar que esto se convierta en una guerra. —Mi voz corta el aire, calmada pero firme—. Los dos tienen mucho que perder si siguen con este conflicto, y todos lo sabemos.

Giovanni se inclina hacia adelante, calmado, siempre el moderado en estas situaciones.

—Dominic tiene razón. El problema es sencillo: el control del puerto y las rutas que ambos quieren. Hay más que suficiente para todos si dejamos que esto se resuelva con cabeza, no con balas.

Lev gruñe, masticando el puro entre sus dientes.

—Ese puerto es mío, Mancini. Y Petrov lo sabe. No voy a compartir.

Petrov alza una ceja, con la misma sonrisa sarcástica.

—Lev, lo que tú consideras tuyo no es más que territorio disponible para quien tenga la fuerza para tomarlo. Y en este caso, fui yo quien consiguió asegurarse el control de las rutas principales desde Europa.

El ambiente se tensa, y por un segundo, la sala parece un barril de pólvora listo para

estallar. Antes de que alguno de los dos hable de nuevo, doy un golpe suave en la mesa, llamando su atención.

—Vamos a resolver esto como hombres de negocios, no como niños peleando por un juguete. Lev, Petrov tiene razón en una cosa: nadie puede quedarse con todo. El puerto está dividido en tres áreas principales, pero la más rentable es la del control de mercancías europeas. Petrov, puedes quedarte con esa ruta, pero Lev tendrá derecho a supervisar cualquier operación que pase por su zona. Esto reducirá las interferencias.

Lev frunce el ceño, evidentemente no satisfecho.

—¿Y si alguna de sus operaciones afecta mis intereses?

—Entonces hablamos de compensaciones —respondo, directo—. Giovanni será el encargado de evaluar cualquier impacto, y el acuerdo será que Petrov compensará a Lev de forma justa si se produce alguna interferencia. A cambio, Lev no interferirá en las operaciones de Petrov a menos que estas invadan su territorio más allá de lo acordado.

Petrov ríe, esta vez sin tanta ironía, inclinándose hacia mí.

—Es una oferta razonable, Volkov. Estoy dispuesto a aceptar esos términos.

Lev gruñe, pero finalmente asiente, a regañadientes.

—Mierda, Volkov. Sabes cómo apretar, pero acepto. Lo haré a tu manera, esta vez.

La tensión comienza a disiparse, pero sé que algo más se necesita para suavizar el ambiente del todo. No es solo cuestión de cerrar el trato, sino de hacer que ambos salgan de aquí sin ganas de dispararse mutuamente en el futuro. Hago una señal a Nikolay, que está al fondo, y al momento dos bailarinas entran en la sala, moviéndose con gracia hacia el centro. Llevan vestidos ceñidos, casi transparentes, y comienzan a moverse al ritmo de la música suave que empieza a sonar. La presencia de las mujeres cambia la dinámica de inmediato.

Giovanni es el primero en sonreír, relajando los hombros mientras toma otro trago de whisky.

—Ahora sí parece una verdadera reunión en *Nebula*.

Lev se recuesta en su asiento, su rostro finalmente relajado mientras observa el espectáculo.

—Bueno, Volkov, sabes cómo hacer que las cosas se resuelvan. Al menos esto mejora la situación.

Las bailarinas son el entretenimiento perfecto, una distracción que les permite bajar la guardia lo suficiente para que cualquier hostilidad remanente desaparezca en las sombras. Esto es parte de lo que hago aquí: los acuerdos no se cierran solo con palabras, sino con una experiencia. *Nebula* ofrece lo que pocos lugares pueden, y por eso siguen volviendo.

Mis ojos se pierden, sin ser consciente de ello, entre los contoneos de una de las bailarinas cuando se aferra a la barra de pole que hay frente a nosotros. No sé por qué me

recuerda a mi *cristalito*. Puede que por su larga y oscura cabellera. Y otra vez se me pone dura. La chica me dedica una mirada lasciva. Lev, a mi lado, se mete una raya de coca, ofreciendo a los demás al mismo tiempo. Petrov y yo reusamos, pero Giovanni sí que se mete un tiro.

—Ahora sí que podemos relajarnos, señores —añade Giovanni, retrepándose en su sillón de cuero. —Debería haberme traído a una de mis putitas. Pensé que la negociación sería más dura. Volkov, eres un maestro de las negociaciones. —le sonrío, agradecido por el comentario.

—¿Crees que podría follarme a alguna de tus magníficas bailarinas, Volkov? —pregunta Lev y yo desvío mi mirada a él.

—Eso deberías preguntárselo a ellas, Lev. Mis chicas no son putas ni están obligadas a hacer nada que no quieran —respondo, aunque sé que ninguna de ellas se negaría. Rara vez lo hacen cuando les ofrecen sexo.

La mayoría de ellas se dedican a esto porque saben y son conscientes del poder que tienen entre las piernas, y siempre buscan convertirse en la putita favorita de cualquier magnate que esté dispuesto a consentirla y a protegerla y así poder depender de ellos mientras los manipulan a su antojo. La mujer de Petrov, sin ir más lejos, es una antigua bailarina de este local. Aunque está prohibido recordarlo en voz alta delante de él.

—¡Tú, pelirroja! ¡Ven aquí! —grita Giovanni.

Automáticamente me giro y me doy cuenta de que se trata de Amber, la bailarina que esta semana tiene tonto a mi hermano, y levanto mi mano para detener su avance. Ella me mira contrariada, pero obedece. Me giro hacia Giovanni.

—La morena es mucho más ardiente —le susurro y le guiño a mi compañero y él sonríe con maldad.

No sé por qué he dicho eso. No recuerdo habérmela follado antes. Seguramente lo haya hecho, pero desde luego no ha sido memorable si no la recuerdo.

—Morenita, ven —Giovanni me hace caso y la morena se contonea dirigiéndose hacia mi amigo.

—¿Y para mí qué? —me reprocha Lev.

—Caballeros, soy suficiente para los dos —responde la morena, que no recuerdo cómo se llama, y, una vez sentada a horcajadas sobre Giovanni, agarra a Lev de la barbilla y le da un erótico beso que lo deja patidifuso y totalmente fuera de control.

Giovanni no pierde el tiempo y se saca la polla con una mano, mientras con la otra busca un condón torpemente. Me apiado de él y saco uno de mi bolsillo para lanzárselo. Lo coge en el acto y me da las gracias como si acabase de salvarle la vida. Pongo los ojos en blanco. En seguida está follándose a la morenita que, a su vez, le está haciendo una mamada a Lev. Petrov, por su parte, observa la escena mientras se masturba. Él dice que es fiel a su mujer y que jamás la engañaría. Sin embargo, sus actos distan mucho de lo que cualquier persona con una mente normal considerase *fidelidad*.

—Seño Volkov, ¿he hecho algo mal? —la pelirroja, Amber, me pregunta distrayéndome a mí también de observar lo que se cuece en la sala.

La miro y entiendo que mi hermano esté prendado de esta belleza. Es jodidamente preciosa. Con un aire inocente encubriendo su seguramente no tan inocente personalidad.

—No, Amber. No has hecho nada mal. Puedes seguir bailando, si quieres. Lo haces genial. Pero no me gustaría que acabases en mano de esos abusones. —La chica se sorprende: primero, de que conozca su nombre (y es solo porque mi hermano me lo ha dicho hace solo unas horas) y segundo, porque me preocupe por ella. Se sonroja y aletea las pestañas en mi dirección. Mierda. No puedo tocarla o mi hermano se enfadará y le prenderá fuego a la mansión. Lo conozco y es de lo más temperamental.

—Si el jefe quería mis favores no tenía más que decírmelo —me agarra la polla y yo ahogo un gemido. Pero después retiro delicadamente su mano de mi paquete.

—Tengo una duda. ¿Tú y yo ya hemos follado antes? —Ella hace un mohín y niega con la cabeza. Uff, menos mal. Cualquiera aguantaría a Sergei…

—Pero si quiere…

—No. Pero gracias. ¿Y has follado con Sergei? —no sé por qué demonios me meto en esto. Yo odio hacer de casamentera.

—No, señor, él… quiere, pero es su hermano y yo no quiero que usted se moleste… todos me han advertido que su hermano… bueno… él es…

—¿Problemático? —la ayudo. La pelirroja me mira sin atreverse a responder y yo me carcajeo. —Lo es. Pero también tiene una buena polla. No olvides que lleva mi sangre —le digo con un guiño y ella se muerde el labio. —No te preocupes por lo que digan de él. Si tienes algún problema con ese pesado, dímelo sin vacilar. Yo lo pondré en su lugar. Pero seguro que, siendo un Volkov, te dará más placer que cualquiera de estos de aquí. —Señalo a mis invitados y ella parece pensárselo. —Ahora, baila. Que el show no ha terminado —añado con sequedad y me siento en mi sillón junto a mis invitados. Me sirvo un largo trago de whisky y cierro los ojos mientras el sonido de la música, los gemidos de mis compañeros y la morenita, el olor a tabaco, a alcohol y a sudor… envuelve mis sentidos y medito en lo mucho que me ha costado tener todo esto y lo mucho que me jodería perderlo.

Cuando todos mis invitados están satisfechos, se han corrido, drogado y emborrachado, al fin puedo dar la última reunión por finalizada. Estoy agotado de dar mentalmente vueltas a tantas cosas.

—Entonces, los términos quedan establecidos: Yo, Andrei Petrov me quedo con las rutas europeas, pero bajo supervisión de Lev. Giovanni manejará cualquier compensación si hay problemas.

—Exacto. —Miro a cada uno, asegurándome de que todos asienten antes de levantarme —. Caballeros, el trato está cerrado. Disfruten el resto de la noche.

Mientras ellos se relajan y disfrutan del entretenimiento, me aparto y me dirijo hacia mi

oficina. Aviso desde allí a Nikolay que me voy a casa y lo dejo a cargo de la vigilancia, observando desde las sombras. Este es mi reino, mi mundo. *Nebula* no es solo un club. Es el eje donde convergen los intereses más oscuros, donde las alianzas se forjan entre copas y cuerpos que se mueven al ritmo de la música. Y mientras ellos creen que tienen el control, soy yo quien maneja los hilos, asegurándome de que todo funcione a mi manera.

Mientras salgo, mi mente sigue dando vueltas en torno a Valeria y ese tal Mateo. Ahora más que nunca, tengo que averiguar si puedo fiarme de ella o no.

Si ella se atreve a traicionarme… nadie va a detenerme.

CAPÍTULO 11



Dominic

Cuando al fin pongo el pie en casa son las cinco y media de la mañana. Me voy quitando la chaqueta y la corbata mientras me adentro en mi fortaleza. Abro los primeros botones de mi camisa y remango las mangas mientras me dirijo, como si me atrajera un imán, a la sala de cine.

Allí me encuentro a la preciosa y peligrosa Valeria dormida sobre el gigantesco sofá en forma de L, con mi camisa favorita puesta y mis bóxers. Suelto la chaqueta y la corbata de cualquier manera sobre el otro extremo del sofá y la miro fijamente. Estudiando cada detalle. No sé ahora mismo si me estoy complicando más la vida o verdaderamente ella puede ayudarme. Ojalá no haya pensado con la polla únicamente, otra vez. Ojalá ella sea la salvación que verdaderamente necesito.

Estoy un poco hastiado de sentirme en peligro constantemente. El poder y el control acarrean ciertas consecuencias que son verdaderamente agotadoras. Me pongo en cuclillas frente a ella y suspiro. ¿Qué cojones estoy haciendo, *cristalito*?

Un lento aleteo de pestañas me advierte de que se está despertando. Quizás mi presencia también causa cierto efecto en ella. Finalmente abre los ojos y esos luceros azules se me clavan como un puñal en una zona de mi pecho demasiado peligrosa. Su sonrisa también. Porque sonríe al verme.

—Ya has vuelto —dice, como si hubiera estado esperándolo con ansias.

—Así es. Y tú, ¿has sido una niña buena? —ella frunce el ceño y se incorpora hasta sentarse en el sofá frente a mí. Se frota la cara de sueño para despertarse un poco y a mí me encanta esa carita de dormida, sobre mi sofá, en mi territorio.

—Creo que tenemos que hablar de una cosa, Dominic —odio que use mi nombre para advertirme solo de cosas malas. Porque eso será lo que tiene que decirme.

A lo mejor tiene que informarme de que tiene un novio, llamado Mateo (que es hombre muerto, por cierto) y que por eso puso esa endiablada cláusula en nuestro acuerdo. Porque no quiere serle infiel y sabe, porque nunca lo he escondido, la clase de atracción que siento por ella.

—No me lo digas. Vas a hablarme de Mateo —digo con mi más fiero gesto y con voz del inframundo. Ella abre los ojos y, para mi sorpresa, lanza una risita melodiosa y sexi que, como no, me pone cachondo de nuevo. —No tiene ni puta gracia, Valeria. Yo he sido honesto contigo

en todo momento. No te he ocultado nada y, es más, he puesto toda mi información en tus manos. Tú has sido de todo menos sincera conmigo. Y estoy empezando a enfadarme. Mucho.

—¿Qué quieres que te diga de Mateo, a ver? —su gesto de arrogancia comienza a ponerme de los nervios. Aunque me la ponga dura también. Pero ahora mismo estoy ignorando deliberadamente a mi polla y me centro en el peligro inminente.

—Todo —sentencio con voz dura y firme.

—Mmmm, veamos, por dónde empiezo… — achino los ojos para advertirle que se deje de jueguitos —¡Ah sí! Mateo es un chico gay que tuvo un enorme accidente cuando cumplió veinte años y quedó tetrapléjico. —Mierda —Yo lo conozco desde que íbamos a infantil juntos. Y siempre fui su amiga protectora, casi como una hermana. Nos distanciamos durante una época dura y convulsa de mi vida, pero hemos retomado recientemente el contacto. Es uno de los mejores hackers que conozco y ha descubierto información sobre quién lleva tu caso en el FBI, qué clase de información se ha filtrado sobre ti, y, sobre todo, ha aseverado que, como bien parecía, hay un soplón en tu entorno.

¿Soy un puto gilipollas? Puede. Pero ahora mismo toda la ira que sentía ha desaparecido de un plumazo en mi interior y una sensación de orgullo y lujuria ha reemplazado a toda esa ira mientras observo a la gran mujer que tengo ante mí.

—Sabía que no me defraudarías —confieso regalándole una de mis sonrisas más seductoras a la que ella responde mordiéndose el labio. Es sexi, joder. Mucho. Demasiado. —¿Seguro que no puedo follarte duro para agradecerte tu enorme trabajo y pedirte perdón? —Pruebo suerte porque no hay nada que desee más en el mundo ahora mismo que hundirme en ella. Hasta que la atraviese, vamos. Estoy a un nivel de calentura que me va a explotar la cabeza.

La muy maldita suelta una carcajada.

—Me vale solo con tus disculpas, pero gracias —responde provocadoramente. Gruño de frustración.

—¿Por qué no quieres follar conmigo? —Hago un mohín.

—Tú deberías saber mejor que nadie que no se mete la polla en los negocios —suspiro derrotado. *Touché*. Tiene la jodida maldita razón. Me rasco la coronilla.

—Seguro que siempre hay excepciones. Podemos no implicarnos. Podemos delimitar los límites de una relación…

—No —me calla poniendo su dedo en mi boca y yo lo muerdo en respuesta. Sus labios han dicho que no, joder, pero su mirada dice otra cosa. Ella quiere el juego que le he ofrecido. Sin que nos implique demasiado, pero sí lo suficiente para poder calmar un poco las ganas que nos tenemos. Sus ojos taladran los míos y viceversa. —Tienes mucho que perder, Volkov. Y yo no quiero ser motivo para que lo hagas. No quiero la culpa de nada.

—Tienes la culpa. La culpa de que tenga la polla a punto de explotar todo el jodido día —su risita me la pone aún más dura si cabe.

—Eres un calenturiento, Volkov.

—No me gusta que me llames así —protesto acercándome más a ella, tentando mi suerte, pero ella no retrocede.

—¿Así cómo? —se acerca un poco más ella. Bien. Ahora estamos jugando al mismo juego.

—Volkov —deposito mi nombre en sus labios. Ella muerde mi labio inferior y responde.

—¿Y cómo quieres que te llame, Volkov? —vuelve a provocar con esa voz cantarina, dulce y aterciopelada que tiene línea directa con mi polla.

—Me conformaré con que me llames Dominic. Por ahora —contesto y acallo cualquiera de las impertinencias que estaba dispuesta a contestar comiéndome su boca con ansias.

Y ella contesta con las mismas ansias a mi desesperado beso. Mi lengua se folla su boca como a mi polla le gustaría follarse su coño. Agarro su muslo con fuerza con una mano y con la otra me enredo su melena y la aplasto contra mi boca. Quiero más. ¡Más! ¡Más! Nada me sacia lo suficiente. ¡Me estoy muriendo de sed, joder!

De pronto lanza un gemido agudo, desesperado, erótico como ninguno, que me hace perder los papeles y me subo al sofá sobre ella, que me recibe con las piernas abiertas y apretando mi culo para clavar mi erección en su centro.

Tenemos la ropa puesta, pero sé y entiendo que con esto me tengo que conformar por el momento. Porque no voy a darle razones para que rompa nuestro acuerdo y se vaya de mi vida. Y tampoco voy a levantarme e irme como pude hacer cuando llegó a mi casa ayer. Ya no encuentro las fuerzas para separarme. No hasta que apague un poco esta sed que me asfixia.

—Volkov… —gime mi maldito apellido cuando comienzo a frotar mi polla escondida en mis pantalones contra su coño protegido de mi hambre por mis bóxers. Yo gruño en desacuerdo al oírla llamarme así. —Dom… —dice esta vez y eso sí que no me lo esperaba. Me encanta que me llame así. Como si yo fuese suyo y ella mía.

—*Cristalito,* necesito correrme. Urgentemente —le informo mientras que sigo restregándome sobre ella. Me mira y se muerde los labios.

—No podemos…

—No vamos a follar. Te lo he prometido. Pero dame algo de paz y de alivio. Te lo suplico. —Ella asiente con miedo y deseo mezclado en sus preciosos ojos.

—Con la ropa puesta —propone.

—Con la ropa puesta —accedo. Accedería a cualquier cosa con tal de encontrar un poco de paz. —Pero déjame al menos quitarme los pantalones. Porque no me cabe la polla ya en ellos. —Su risa en mis labios ayuda poco a calmarme. Como puedo me desabrocho y me quito los pantalones para quedarme en bóxers, mientas ella desabrocha mi camisa y examina mi torso con sus manos. Alzo una ceja juguetona en su dirección.

—Con la ropa medio puesta —corrige las normas de su acuerdo y yo vuelvo a atacar su

boca con ganas.

La habitación se llena de gemidos de ambos que reverberan en las paredes de piedra de mi mansión y chocan contra mi pecho.

—Estoy tan duro que te partiría en dos —confieso y ella me premia con un gemido aún más descarnado. —Oh, a mi *cristalito* mojado le gustan las palabras sucias, ¿verdad? —no hace falta que conteste, su mirada lasciva ya lo hace por ella. —Lo sé, nena. Me estás empapando la polla con tus fluidos y ambos llevamos la ropa interior puesta. —Valeria se retuerce bajo mi cuerpo buscando avivar el contacto de mi erección contra el punto que ella quiere. Me mata esta mujer. —Un día me dejarás comerte ese coñito tan jugoso para que me trague tus orgasmos, ¿verdad? —Valeria comienza a temblar y a poner los ojos en blanco y yo me rompo en mil pedazos al escucharla gemir así, temblar así, mirarme así, mientras grita a los cuatro vientos mi nombre.

Gruño con fuerza mientras me corro cuando ella está terminando su orgasmo y, como cierre a este maravilloso momento, saco mi polla y la introduzco brevemente por los bóxers míos que ella lleva para restregarle los restos de mi semen sobre su maravilloso coño.

—Joder —maldigo intentando no perder las pocas fuerzas que me quedan sobre ella y aplastarla.

Me incorporo un poco y me siento sobre mis talones, examinando la jodida maravilla que tengo frente a mí: Valeria recién corrida con mi ropa interior, con su espesa y oscura melena desplegada sobre mi sofá y esa mirada…

—No me mires así. Podría esposarte a mi cama y mandar a la mierda el acuerdo —le reto, sintiéndome incluso convencido de lo que digo.

Ella se incorpora y me mira de frente. Me mira como ni siquiera mis hombres se atreven a mirarme. Ni siquiera los grandes mafiosos de esta ciudad. Y, lejos de molestarme, solo me dan ganas de arrodillarme a sus pies.

—No te equivoques. No me vas a obligar a hacer nada que yo no quiera que me hagas. No soy de tu propiedad. Soy una mujer libre que folla cuando y con quien quiera. Y eso no va a cambiar por muy cachonda que me pongas, Volkov —gruño de incomodidad ante sus palabras y cierro los puños para abstenerme de ceñirlos a su cuello y lanzarle unas pocas amenazas. —Soy tu abogada. Nada más. Y no podré ser ni siquiera eso si no tienes las cosas claras.

—Créeme. Lo tengo todo clarísimo —asevero, a pesar de que la claridad de mis convicciones no concuerda con las suyas.

—Eso espero. Necesitamos tenerlo los dos claro si quieres salir airoso de esta situación, Vol… Dominic —recula cuando ve mi gesto de frustración. —Tenemos que estar los dos con mente fría en esto. Somos un equipo, no una pareja. No podré defenderte y protegerte bien si dejo que otros… sentimientos se cuelen entre los dos.

—¿Sentimientos? ¡Ja! ¿Acaso sabes tú qué es eso? —me burlo. No he conocido mujer igual en el mundo. Calculadora, fría y con una seguridad en sí misma pasmosa. Es como yo. Solo

que en frío. Pues yo soy puro fuego.

—¿Acaso lo sabes tú? —contraataca.

—No, cristalito. Yo no tengo tiempo para el amor. Entonces estamos de acuerdo que no hay ningún problema —me levanto, cansado y dando por zanjada la conversación y le tiendo la mano para que se levante ella también. —Vamos, te acompaño a tu habitación. Deberías descansar un poco más.

Ella accede y se pone en pie. Antes de salir de la sala de cine me mira, como buscando algo en mí que no sé qué es y después comienza a andar, liderando el camino hasta nuestras habitaciones.

Valeria es una visión que quema en la mente y en el alma. Aunque queme con frío y no con calor, pero la quemadura es igual de potente. De estatura media, su figura se destaca con poderosas curvas que desafían la gravedad, como si cada línea de su cuerpo estuviera diseñada para atrapar la mirada. Su melena negra, larga y sedosa, cae en cascada por su espalda, absorbiendo la luz y proyectando una oscuridad que resulta hipnótica.

Pero lo que más me atrapa son sus ojos. Azul claro como el hielo, parecen contener secretos helados, reflejando un abismo de emociones que lucha por salir a la superficie. En ellos hay una lucha constante entre lo que es y lo que debería ser. Sus labios, carnosos y rosados, evocan el fuego; un fuego que intenta sofocar, pero que, a pesar de su esfuerzo, arde con fuerza. Sé que detrás de esa fachada de control y frialdad, hay una pasión indómita que ella misma teme reconocer.

La manera en que se mueve, con una gracia casi felina, es un recordatorio de la energía que se agita en su interior, como un volcán esperando su momento. Ella se esfuerza por mantener la calma, pero cada vez que la miro, veo destellos de ese fuego, como si estuviera al borde de una explosión. Valeria es un enigma, un juego peligroso, y aunque intente ocultar su verdadera esencia, sé que, en el fondo, anhela dejarse llevar.

—Buenas noches, Valeria —le digo y beso su mejilla, lentamente y con sensualidad, cuando la dejo en la puerta de su habitación. Me giro y estoy a punto de entrar en mi habitación cuando escucho su voz.

—Dom —me llama y yo me giro intrigado. Está mordiéndose el labio y mierda, otra vez no. Tengo que controlar la polla. —Quiero que sepas que disfruto mucho de este juego entre los dos. No es mi intención frenarlo. Pero lo que más quiero ante todo es ayudarte a que salgas victorioso de todo esto. No te mereces estar entre rejas. Y sí. He comprobado que eres un hombre de honor y palabra. Tampoco te mereces la traición. —Sus palabras abrigan mi alma. No pensé jamás que mostraría respeto o aprecio por alguien como yo.

—Gracias, *cristalito*. Aprecio mucho tu comprensión. Tendremos cuidado. Lo prometo.

Me introduzco en mi habitación y cierro la puerta. Apoyando la cabeza sobre la madera suspiro. Estoy agotado. Tanto física como emocionalmente. Y estoy abrumado por todo lo que está sucediendo a mi alrededor. Sin olvidarla, claro está, a Ella.

Ella es hielo, sí. Pero el hielo al fundirse se convierte en agua. Ella sería un puto tsunami si las cosas se me van de las manos.

Ella tiene razón. El camino que yo elegí andar es un camino en solitario. A pesar de que algunos de mis socios y amigos del sector han sucumbido al matrimonio, dudo mucho que sepan lo que es el amor de verdad, al igual que yo ya no lo sé. Si quieres a alguien, no lo expones a los riesgos que este tipo de vida conlleva.

No hay cabida para los sentimientos en mi vida. Nunca la ha habido y nunca la habrá.

CAPÍTULO 12



Valeria

El sol apenas comienza a filtrarse por las gruesas cortinas cuando abro los ojos. No he dormido mucho, pues no me traje las pastillas para dormir ayer, ya que no sabía que acabaría aquí, atrapada, en su red. La habitación en la casa de Dominic es lujosa, demasiado para mi gusto. Normalmente, ese tipo de exceso sería un recordatorio de control y poder, pero hoy solo me parece una jaula dorada. El recuerdo de lo que pasó anoche me golpea de lleno. Esa cercanía peligrosa, esos roces, esos besos que quemaban incluso con la ropa de por medio. Dominic jugó con fuego, y lo peor es que yo también.

Me levanto de un salto. Siento una necesidad urgente de moverme, de hacer algo para despejar mi mente. "Esto tiene que parar," me repito mientras camino descalza hacia el baño, sintiendo el frío del mármol bajo mis pies. Pero en el fondo sé que ya no puedo detener lo que ha comenzado.

Dominic Volkov es una contradicción viviente, y esa dualidad es la que me tiene atrapada. Anoche, cuando sus labios rozaron los míos, cuando sus manos se movieron sobre mi piel con una precisión peligrosa, me di cuenta de lo profundo que me había metido en su juego. Su cercanía me provoca vértigo, y aunque quiero mantenerme fría, controlada, no puedo evitar que su presencia derrita el hielo que tanto me esfuerzo en mantener.

Tiene pinta de empresario estirado, siempre impecable en esos trajes hechos a medida que parecen cincelados directamente sobre su cuerpo. Ayer llevaba uno gris verdáceo, el color exacto que acentúa la luz y la oscuridad en sus ojos, esos malditos ojos. Un verde claro que podría ser celestial, si no fuera porque uno de sus iris está dividido, mitad verde, mitad café oscuro. Es como si la luz y la sombra pelearan constantemente dentro de él, reflejando el caos interno que Dominic trata de esconder tras esa fachada controlada.

Pero no es solo su mirada. Su mandíbula cuadrada y esos labios carnosos, casi crueles en su perfección, me ponen nerviosa. Sonríe poco, pero cuando lo hace, es como si el tiempo se detuviera a su alrededor. Todo en él está calculado, hasta el más leve gesto. Incluso su pelo oscuro, ese revoltijo cuidadosamente desordenado, parece ser parte de un plan para desarmar a quienes lo rodean. Y luego está su físico... bajo el traje, es imposible ignorar lo imponente que es. Firme, fuerte, una amenaza constante.

Lo que más me perturba es lo que su voz me hace sentir. Es un murmullo grave, un susurro que parece arrastrar consigo cada promesa prohibida. Ayer, cuando habló con ese tono oscuro, íntimo, me desarmó por completo. Y lo sabe. Siempre lo sabe.

Estoy en peligro con él, lo sé. Pero no puedo alejarme. No quiero alejarme.

Por eso me perturba tanto cuando soy consciente de que el eco de la noche anterior sigue aferrado a mí. No puedo olvidar cómo fue tenerlo tan cerca, sentir su aliento caliente en mi cuello. Dominic es fuego puro, y aunque mi instinto es escapar, algo en mí ansía el calor que me ofrece. Pero sé que, si me dejo llevar, terminaré consumida. Y ese es el mayor temor que llevo dentro. No puedo permitirme sentir, no con él. Porque si lo hago, perderé el control, y yo... yo no puedo perder el control.

Me meto en la bañera, sacudiendo la cabeza para tratar de despejarme. Necesito espacio. Necesito claridad. Necesito un baño frío, helado, que despeje las nubes de humo que desprenden las brasas que Volkov dejo ayer en mi pecho.

Me sumerjo durante un rato en agua fría, introduciendo mi cabeza en ella, controlando la respiración, intentando encontrar otra vez la calma del campo helado, imperturbable que normalmente describe mis emociones. Al cabo de un rato, parece que he conseguido volver a amansar a la fiera.

Salgo del baño y me visto con el vestido de raso que traje ayer puesto de casa. Después, me recojo el pelo y reúno valor para salir finalmente de la habitación y me dirijo a la cocina. Mi estómago ruge de hambre. Ahora que ya he recuperado la tranquilidad, es el mejor momento para salir.

Pero cuando llego a la cocina y lo veo sentado a la mesa, mi respiración se detiene por un instante. Dominic está concentrado en unos papeles, sus manos firmes y decididas mientras revisa cada documento con ese aire de poder que lo envuelve constantemente. No parece afectado por lo que ocurrió anoche, y eso me irrita un poco. ¿Cómo puede mantenerse tan impávido cuando todo en mí seguiría ardiendo si no hubiese puesto remedio con el baño frío?

—Buenos días —digo al fin, mi voz apenas controlada.

Levanta la vista hacia mí, y sus ojos, ese maldito contraste entre luz y oscuridad, me golpean de lleno. Siento que mi estómago se revuelve bajo su mirada, pero mantengo la compostura. No puedo permitirme mostrar debilidad.

—Buenos días, Valeria —su voz es baja, calmada, como si nada hubiera cambiado. Como si no sintiera lo mismo que yo.

Me siento frente a él, tratando de ignorar cómo su presencia llena la habitación. El silencio entre nosotros es palpable, tenso. No necesitamos palabras para saber lo que está pasando. Es como un juego de poder constante, un tira y afloja en el que ninguno de los dos está dispuesto a ceder.

Finalmente, decido romper el silencio. Necesito alejarme, aunque sea por un rato.

—Hoy volveré a mi apartamento —digo, intentando sonar firme. Necesito poner

distancia entre los dos si con solo mirarme puede hacer tambalear mis cimientos.

Su mirada no se aparta de mí, y veo el leve brillo de interés en sus ojos. Me analiza, como siempre lo hace, buscando el punto exacto en el que soy más vulnerable.

—Tan pronto —responde, su voz cargada de un desafío que me hace tensar los hombros. No es una pregunta, es una provocación.

—Es lo que acordamos, ¿recuerdas? —le respondo, aferrándome a la única barrera que tengo entre nosotros: el contrato. El maldito contrato que supuestamente debería protegerme de lo que él provoca en mí.

Pero él sonríe, esa sonrisa peligrosa que parece burlarse de mis intentos por mantenerme a salvo.

—Siempre tan apegada a las reglas, Valeria —murmura, su tono es tan bajo que parece un susurro íntimo, dirigido solo a mí. Sé que está intentando provocarme, llevarme al límite.

Mi piel arde bajo su mirada, y aunque quiero mantener la calma, sé que él lo siente. Sabe exactamente cómo hacerme tambalear. Nos quedamos en silencio de nuevo, pero cada segundo que pasa siento cómo la tensión crece. Es como si estuviéramos al borde de algo inevitable, algo que ambos sabemos que no podemos evitar por mucho más tiempo.

—El control es necesario —le digo, más para recordármelo a mí misma que a él—. Sin control, esto... nosotros... no tiene sentido.

Él se inclina hacia mí, sus ojos atrapándome en ese verde que parece escudriñar cada rincón oscuro de mi alma.

—¿Y realmente crees que puedes controlarlo? —pregunta, su voz baja, casi peligrosa. Siento un escalofrío recorrer mi espalda—. ¿Crees que puedes controlar lo que pasa entre nosotros?

Su pregunta me deja sin aire. No tengo respuesta, porque la verdad es que no sé si puedo. Ni siquiera sé si quiero.

—Necesitaría llevarme algunos documentos conmigo para poder analizarlos bien. En busca de fallos, o datos que puedan ser usados en tu contra, ya sabes —le informo, cambiando de tema para recuperar el control.

—Ya sabes que no se te está permitido sacar documentos de aquí, Valeria. Lo lamento, pero no —¿por qué me molesta que me llame ahora por mi nombre en lugar de por ese ridículo mote que me ha puesto?

—Por lo que veo, tú también te riges por normas, ¿me equivoco? —le reto y él sonríe maliciosamente.

—Sí cuando las normas van encarriladas a mi beneficio personal.

—Tu defensa en este caso es un beneficio personal —contraataco.

—Lo es. Pero prefiero que lleves a cabo tu trabajo aquí. Conmigo. Sin embargo, huyes a

la primera de cambio, cual conejito asustado al ver los dientes del lobo. Te creía más valiente, Valeria.

Le sostengo la mirada y levanto el mentón.

—No estoy asustada —Volkov levanta una ceja, incrédulo —pero no vivo aquí. Necesito mi espacio, mi terreno, mi hogar. Necesito volver al terreno donde yo pongo las normas.

—En ese caso llamaré a Leonid ahora mismo para que te lleve a tu casa, conejito —el nuevo mote con el que quiere hacer palpable el miedo que sabe que le tengo me irrita hasta decir basta.

Tras una batalla de miradas incisivas, decido mantenerme en silencio al fin, porque sé que no haré más que alimentar sus ansias de dominarme. Ha accedido a dejarme ir antes de lo acordado a casa y necesito verdaderamente poner espacio entre los dos, respirar otro aire que no sea también respirado por él, disminuir de nuevo los latidos de mi corazón… Y no podré conseguirlo con él cerca.

El desayuno termina en ese silencio cargado, y cuando me levanto para irme, siento su mirada en mi espalda. No me sigue, pero sé que está observando cada uno de mis movimientos, como si estuviera evaluando cuándo será el momento exacto en que ceda por completo.

Cuando regreso a mi habitación para prepararme para marcharme, me doy cuenta de lo imposible que será escapar de él. Dominic no es el tipo de hombre que se deja atrás tan fácilmente, y el deseo que arde entre nosotros tampoco es algo que pueda controlarse con palabras o reglas.

El fuego de Dominic Volkov ha comenzado a derretir mi hielo, y aunque intento resistirme, una parte de mí ya sabe que es una batalla perdida.



Cuando salgo de la mansión de Dominic, el aire fresco me golpea el rostro y trato de tomar una bocanada profunda, como si con eso pudiera despejarme de su presencia, de su olor, de su mirada. Pero es inútil. Él sigue ahí, en mi mente, encajado en cada rincón de mis pensamientos, quemando cualquier intento de distanciarme. Subo al coche que ya está esperándome, y al cerrarse la puerta, me permito cerrar los ojos por un segundo, esperando que el trayecto de regreso a mi apartamento me dé algo de claridad.

El silencio del auto contrasta con la tormenta dentro de mí. Todo en Dominic es caos, pero no un caos descontrolado. Es el tipo de desorden que sabe exactamente lo que está haciendo. Y ese control, esa mezcla entre fuego y hielo que emana de nosotros, es lo que me atrae y me aterra a partes iguales.

Mateo me escribió temprano, antes de que saliera de la mansión, pero lo ignoré. No quiero hablar con él ahora. No quiero recordarle a nadie la confusión que siento ni las dudas que se enredan en mi cabeza. Lo único que quiero es llegar a mi apartamento, encerrarme en mis propias paredes y tratar de ordenar mis pensamientos.

Cuando llego finalmente a mi edificio, subo rápido por las escaleras, evitando el ascensor. Necesito sentir que me muevo, que estoy escapando de algo... aunque sé que de Dominic no se puede escapar tan fácilmente.

Abro la puerta de mi apartamento y, una vez dentro, me recuesto contra ella, dejando que el peso de todo lo que ha pasado se asiente sobre mis hombros. Respiro hondo, mirando el espacio a mi alrededor. Mi refugio. Mi zona segura. Pero ni siquiera aquí puedo evitar pensar en él.

Camino hacia la sala de estar y me dejo caer en el sofá. El eco de su voz sigue retumbando en mi cabeza: *"¿Crees que puedes controlarlo?"* Esa maldita pregunta que sigue clavándose como una espina en mi pecho. ¿Puedo? ¿Realmente puedo mantener el control cuando él está cerca? La verdad es que no estoy segura.

Saco mi teléfono y veo los mensajes sin leer de Mateo. Él siempre sabe cómo hacerme sonreír, cómo distraerme, pero ahora... ni siquiera sé qué decirle. Quiero contarle lo que me pasa, pero también quiero que todo esto se quede solo entre Dominic y yo. Como si al compartirlo con alguien más, la intensidad de todo se desbordara aún más y perdiera cualquier control que me quede.

Reviso mi reflejo en el espejo frente al sofá y me doy cuenta de que mis labios aún tienen el rastro del beso de anoche. Cierro los ojos con frustración. *Dominic Volkov*, el hombre que puede derretir mi hielo con una sola mirada, un solo toque. Lo odio por eso, pero a la vez, lo deseo tanto que me da miedo.

Me levanto y camino hacia el ventanal que da a la calle. Desde aquí puedo ver la ciudad,

los coches pasando y la vida de la gente que sigue con normalidad. Para ellos, todo es tan simple. Para mí, Dominic lo ha complicado todo.

De repente, mi teléfono vibra en la mesa. Miro la pantalla y es un mensaje de él, breve pero cargado de significado: *"Nos vemos pronto, cristalito."*

Ese simple mensaje, tan frío en apariencia, me sacude. Porque sé que, aunque me haya ido, aunque haya regresado a mi espacio seguro, Dominic sigue teniendo el control.

CAPÍTULO 13



Valeria

Después de un rato en casa, decido prepararme un café para despertar mis ideas. No he dormido demasiado y he tenido sueños muy convulsos en casa de Volkov. Seguramente después de un café me sentiré más… yo.

Mientras me preparo el café, reviso mi teléfono y veo un mensaje de Mateo. Mi fiel amigo. Lo abro con cierto recelo, sabiendo que su investigación podría darme respuestas que tal vez no quiero escuchar.

"Tengo novedades. Llama cuando puedas."

La taza de café se enfría en mis manos mientras me quedo mirando el mensaje, inmóvil. No puedo evitar pensar en la conexión que hay entre Dominic y este caso que ha estado investigando el FBI. Me he involucrado en algo mucho más grande de lo que creía. Y ahora, Mateo tiene información que necesito, aunque sé que todo esto podría empeorar.

Marco su número, y después de dos tonos, Mateo contesta con su habitual tono despreocupado.

—Val, tengo lo que me pediste —dice sin rodeos.

—Adelante —respondo, intentando que mi voz no revele la ansiedad que crece dentro de mí.

—El agente del FBI que lleva el caso de Dominic se llama Nathaniel Blake. Es conocido por ser un maldito bulldog. No suelta una presa hasta que la destruye por completo. Es implacable, Val, y no será fácil sacarle información.

Nathaniel Blake. El nombre resuena en mi cabeza como una sentencia. Implacable. Difícil de engañar. Todo lo que no necesito ahora mismo.

—¿Qué más sabes de él? —pregunto, tratando de mantener la calma.

—Es muy cuidadoso, siempre cubre sus huellas y juega limpio, pero eso no significa que no tenga debilidades. Todos las tenemos —hace una pausa, y sé que está esperando que le diga

qué es lo que quiero hacer con esa información.

Me muerdo el labio, mirando por la ventana de mi apartamento. No hay forma de dar marcha atrás ahora. Si quiero proteger a Dominic, tengo que hacer cosas que no haría una simple abogada. Tengo que meterme en el juego. Seducir a Blake parece una opción viable. Conocer sus debilidades. Controlarlo desde dentro. Joder, hasta me apetece entrar en ese juego. ¿Me estará corrompiendo tan pronto ese hombre? ¿O esto es una parte de mí que no conocía y que ha despertado con Volkov de repente?

—Voy a acercarme a él —le digo finalmente.

Silencio. Puedo imaginar a Mateo frunciendo el ceño al otro lado de la línea.

—No me gusta nada cómo suena eso, Val.

—No tiene que gustarte —le corto, un poco más brusca de lo que pretendía—. Necesito información, Mateo. Y esta es la única manera. Dominic no puede ir a la cárcel por algo que no ha hecho.

Me recuesto contra la pared, sintiendo una mezcla de adrenalina y algo que no quiero admitir que es miedo. Dominic no va a reaccionar bien si descubre lo que planeo. A lo mejor piensa que lo estoy traicionando. Pero eso solo convierte en más apetecible la jugada.

—Cuídate, Val. Blake no es un novato, no será fácil de manipular.

Cuelgo el teléfono y respiro profundamente, tratando de calmar la tormenta en mi cabeza. Es una buena opción. Sí. Y la forma en la que vaya a reaccionar Dominic cuando se la diga ya produce un cosquilleo en mi interior. Él es, como su propio nombre indica, un ser dominante. Pero no sabe con quién se ha topado en este juego.

Cierro los ojos, imaginando su mirada fija en mí, esa mezcla de posesión y peligro que siempre lleva consigo. La voz grave, la mandíbula tensa… se va a enfadar y eso me enciende a un nivel estratosférico.



Está empezando a atardecer y yo necesito salir de aquí. Ya ni en mi propio apartamento puedo desvincularme del caso Volkov. Es un puto sábado y es la primera vez en mucho tiempo que no tengo planes para un fin de semana y no sé qué hacer con mi vida.

Por eso llamo a mi amiga Camila. Ella es, además de una gran amiga, una enorme psicóloga.

Por suerte no tiene planes y accede a verme en uno de nuestros restaurantes favoritos.

Cuando estoy vistiéndome, distraídamente pensando en momentos que no debería pensar, me acuerdo de golpe de que sigo sin bragas. Llevo casi tres días yendo sin bragas por la vida. ¡Y sin vibrador! Necesito ir a comprar con urgencia.

Me meto en una de mis páginas web favoritas y elijo un vibrador potente. Marco la casilla de comprar sin titubeos y veo que no llegará hasta el lunes… ¡Venga, Val, podrás aguantar! Las bragas las compraré mejor en persona.

Una vez enfundada en uno de mis vestidos favoritos, rojo fuego, (no puedo evitar acordarme de cierto señor que es todo fuego), me pongo mi abrigo negro y salgo por la puerta. Decido ir en taxi. No quiero coger mi coche porque sé que esta noche beberé. Lo necesito.

El restaurante *Midnight Rose* es uno de esos lugares elegantes en el corazón de la ciudad, con una tenue iluminación que crea una atmósfera íntima y relajada. Me siento en una mesa junto a la ventana, observando el vaivén de los coches y las luces que pasan con rapidez, pero en mi cabeza todo se siente ralentizado, denso. Mi amiga Camila llega poco después, su figura esbelta y segura como siempre, moviéndose con la gracia de quien no carga con el peso del mundo sobre sus hombros. Se sienta frente a mí, se sacude su melena rubia y me lanza una mirada evaluadora antes de hablar.

—Estás más tensa que un arco a punto de disparar, Val —dice mientras deja su abrigo en el respaldo de la silla y cruza las piernas—. Cuéntamelo todo. ¡Ya!

Camila siempre ha sido directa. Parte de por qué la necesito esta noche. Psicóloga, astuta y, por lo menos hoy, mucho más en control que yo.

—No sé ni por dónde empezar —respondo, sin mirarla directamente, revolviendo la copa de vino que acabo de pedir.

Ella levanta una ceja, apoyando el codo en la mesa y descansando su barbilla en la mano, expectante.

—Prueba desde el principio. Es lo que siempre recomiendo a mis pacientes.

—Te he hablado de mis problemas con los hombres antes, pero nunca te conté la verdadera razón de por qué soy tan... fría con ellos —empiezo, mi voz apenas audible sobre el

ruido de fondo del restaurante.

Camila frunce el ceño, dejando su tenedor sobre el plato de porcelana. Su mirada se suaviza, pero hay una alerta en sus ojos que me dice que está lista para escuchar, para comprender.

—Nunca me has contado en detalle, Val. Siempre he tenido la sensación de que hay más detrás de tus historias, pero no he querido presionar. ¿Qué pasó realmente?

Respiro profundamente, mis manos jugueteando nerviosamente con el borde de mi servilleta.

—Es mi familia, más que nada. Mi padre... siempre fue un hombre duro, controlador. Cuando era niña, no entendía por qué me vigilaba tanto, pero cuando crecí, me di cuenta de que no era protección. Era dominación. Era como si nunca fuera suficiente para él. Nunca estaba a la altura, nunca tomaba las decisiones correctas. Y las pocas veces que intentaba hacer algo por mi cuenta, me hacía sentir como si hubiera traicionado su confianza. Me culpaba de todo.

Camila se inclina hacia mí, escuchando con esa empatía tan suya, sin interrumpirme.

—Además, no quiero profundizar mucho en el tema, pero cuando mi padre entró en bancarrota, me quiso obligar a casarme con un viejo seboso adinerado para salvar a la familia. Eso fue lo peor que me ha pasado en la vida con diferencia, que me intentasen usar como moneda de cambio. Pero es agua pasada —digo haciendo aspavientos con las manos para que Cam no quiera indagar en ese punto. Odio esa parte de mi pasado.

—¡Oh, Val! Eso es terrible. Seguro que eso te influiría en tu posterior relación con los hombres. Puedo imaginarlo.

—Con los hombres, fue más de lo mismo, sí. —continúo—. Después de salir de casa, pensé que podía controlarlo todo, ser dueña de mi vida. Pero los hombres a los que atraje... no fueron mejores que él. Tenían el mismo patrón: posesivos, celosos, intentando moldearme en lo que querían que fuera. Siempre terminaba huyendo, cerrándome. Siempre me recordaban a él. No puedo contar las veces que me convencí de que no necesitaba a nadie. Que estaba mejor sola.

Camila asiente, su rostro ahora cargado de preocupación.

—Y, ¿lo estabas? ¿Mejor sola?

—Lo creí. Durante años, mantuve esa fachada. De ahí viene esta coraza, Cam. Es mi forma de protegerme, de mantener a raya a cualquiera que se acerque demasiado. Pero a veces me pregunto si es realmente una protección o si estoy evitando algo peor... algo más profundo.

Camila toma un sorbo de su copa de vino antes de hablar.

—No es inusual, Val. Levantar barreras es algo que muchos hacemos cuando hemos sido lastimados o controlados. Pero esas barreras pueden convertirse en prisiones si no las manejamos bien. ¿Crees que has construido una prisión alrededor de ti?

Me encojo de hombros, tratando de procesar lo que dice. Por primera vez, siento que las palabras que estoy a punto de decir llevan un peso aún mayor que mi pasado.

—Y ahora, mi nuevo cliente... Dominic Volkov —digo, dejando que su nombre caiga entre nosotras como una bomba de relojería.

Camila parpadea, interesada.

—Dominic Volkov —repite lentamente, su tono curioso—. ¿Quién es? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

Miro hacia la ventana por un segundo, como si las luces de la ciudad pudieran darme una pista sobre cómo seguir.

—Es... un hombre muy poderoso. Dueño de varios negocios, algunos legales, otros... menos. He empezado a trabajar para él, en el caso de defensa en el que trabajo. Me lo asignaron, aunque a veces pienso que él me quería particularmente a mí como su abogada, y desde el primer contacto visual con él... Cam, no puedo explicarlo, pero algo en él me intriga y me aterra a la vez.

Camila se reclina en su asiento, como si supiera que este es el verdadero meollo de la conversación.

—¿A qué se dedica exactamente?

—Tiene una fachada legal: inversiones, bienes raíces, empresas de tecnología. Pero a mí no me engaña y sé que está involucrado en actividades más... turbias. Tráfico de influencias, contactos con la mafia, quizás algo más. Es el tipo de hombre que siempre está dos pasos por delante, que no deja cabos sueltos, pero lo suficientemente inteligente como para mantener todo limpio, al menos en la superficie.

—¿Y cómo te hace sentir? —pregunta con un tono suave, pero directo.

—Me hace sentir... —hago una pausa, buscando las palabras correctas—. Me hace sentir vulnerable. Y eso es lo que me asusta. No debería sentirme así. Soy su abogada, no su... no sé qué. Ha sido todo muy rápido, Cam, pero desde que entró en mi despacho pidiendo, o más bien, exigiendo mi participación en su caso, ha saltado una chispa entre nosotros. Pero la clase de chispa que provoca un incendio arrasador en pocos minutos.

—Eso no suena tan… mal. ¿Por qué te hace sentir vulnerable, Val? —Mi amiga pregunta aún más curiosa.

Me aclaro la garganta y le cuento con pelos y señales cómo se han desenvuelto los encuentros entre Volkov y yo. Nuestro “acuerdo laboral” y la negociación de los términos, en la que intenté protegerme de lo que me hacía sentir obligándolo a introducir una cláusula la cual le impedía follarme, porque sé que me podría convertir en adicta al sexo con alguien como él. Le cuento cómo, para mi sorpresa, Volkov ha vuelto esa cláusula contra mí y mis intereses de mantenerlo alejado, convirtiendo la cláusula en un “juego sensual” en el que estoy atrapada y quiero más de él. Pues ahora mismo cualquier tipo de sexo entre los dos está permitido siempre y cuando no implique la penetración de su miembro en mi sexo. Sólo con pensarlo me estoy humedeciendo y… aquí ando, sin bragas. Aprieto los muslos, suspiro y fijo mis ojos del color del hielo en mi amiga, aguardando a su, sin duda, siguiente comentario mordaz.

—Vaya, amiga —dice, por primera vez quedándose sin palabras ante algo que le cuento —me has puesto cachonda hasta a mí.

—Esto es serio, Cam. ¿Qué puedo hacer para protegerme de alguien así? —pregunto exasperada.

—¿Puedes protegerte de alguien así? Francamente, amiga, lo dudo. Yo misma te confieso que, si no entras tú en el juego, me lo follaría yo sin saber siquiera que aspecto tiene —bufo ante su comentario y pongo los ojos en blanco, dando a la vez un largo trago a mi copa de vino —. Val, tú nunca has tenido miedo a tener sexo con un hombre atractivo. ¡Joder, siempre has sido mi inspiración en ese sentido! Tanto que intento inculcar a mis pacientes mujeres la libertad, el poder hacer con tu coño lo que quieras, como hacen los hombres, sin sentirte sucia, maldita o menos mujer por ello, sino todo lo contrario… Yo misma tengo muchos más problemas que tú para llegar a ese nivel. ¿Qué problema tienes ahora con ese Volkov?

—¡Es mi cliente, Cam! Yo no mezclo el trabajo con el placer. ¡Tú tampoco te follarías a un paciente! —Me arrepiento en el acto al decir esto pues Tommy, el hijo de Cam, es fruto de la única relación que tuvo con un paciente suyo, seis años atrás. —Bueno, tú me entiendes.

—Claro que te entiendo. Pero en la vida, Val, no todo es tan racional como tú te empeñas en hacerlo.

—¡Sería un error! —me defiendo.

—Lo sería. Pero ni tú ni yo somos todopoderosas. Todos cometemos errores y algunos de ellos son importantes que sean cometidos si realmente queremos evolucionar. No estás matando a nadie solo por follar. Entiendo que no quieras mezclar las cosas, pero, ¿no te parece que ya estás embarrada hasta el cuello? No creo que puedas parar esto así, sin más. Además, has dado justo con la única fisura que podría resquebrajar tu perfecta armadura. —Camila me observa atentamente, como si estuviera esperando que diga algo más. Cuando no lo hago, se inclina hacia adelante. —Es normal sentir una mezcla de emociones cuando te enfrentas a alguien tan complejo, especialmente si ese alguien parece reflejar partes de ti misma que no quieres ver.

Frunzo el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Por lo que me dices, Dominic es un hombre que controla todo, que no permite que nadie lo vea vulnerable. Justo como tú, Val. Tal vez te atrae porque, de alguna manera, ves en él lo que tú también has hecho para sobrevivir. La diferencia es que tú te has encerrado en el hielo, y él... parece estar rodeado de fuego.

La comparación me golpea con fuerza. Es como si me hubieran quitado el velo de los ojos. Desde que conozco a Volkov, he estado luchando contra mi atracción hacia Dominic porque él me recuerda lo que he tratado de olvidar. Pero, ¿y si lo que siento por él va más allá del miedo? ¿Y si es un reflejo de lo que realmente quiero?

—Él es peligroso, Cam. Lo sé. Pero algo en mí... algo en mí quiere conocerlo más,

descubrir quién es realmente. Y eso me da miedo.

Camila me mira, sus ojos profundos y llenos de comprensión.

—A veces, lo que más nos asusta es lo que más necesitamos explorar. Pero tienes que ser honesta contigo misma. ¿Quieres ayudarlo porque crees que puedes salvarlo, o porque esperas que él te salve a ti?

La pregunta queda en el aire, y no sé cómo responder. Durante años, he mantenido el control, he sido la que decide y actúa. Pero con Dominic, todo se siente como un juego peligroso, un juego en el que podría perder mucho más que el control. Podría perderme a mí misma.

Camila sonríe suavemente, rompiendo el silencio.

—Por ahora, todo lo que puedes hacer es ser consciente de lo que te está pasando. Y si decides acercarte más a él, Val, hazlo con los ojos bien abiertos. Porque si hay algo que aprendí en mi profesión, es que no puedes salvar a alguien que no quiere ser salvado.

Sus palabras retumban dentro de mí, y por primera vez, me pregunto si Dominic realmente quiere ser salvado... o si estoy condenada a caer en su fuego, dispuesta a arriesgar todo para descubrirlo.

Justo cuando el silencio entre Camila y yo se vuelve denso, notamos una ligera interrupción en el ambiente a nuestro alrededor. Dos chicos, claramente conscientes de su atractivo, se acercan a nuestra mesa con sonrisas confiadas. Son altos, bien vestidos, y sus miradas parecen llenas de intenciones.

El primero tiene el cabello castaño claro, desordenado, pero de una manera que parece perfectamente calculada. Sus ojos azules brillan con descaro mientras se acerca más a Camila. El segundo, más moreno, con el pelo oscuro y rizado, tiene una mirada profunda que se posa en mí con una intensidad que no se esfuerza por disimular.

—¿Puedo? —pregunta el moreno, señalando la silla vacía a mi lado antes de tomar asiento sin esperar una respuesta.

Camila me lanza una mirada rápida, una mezcla de curiosidad y diversión, mientras el chico de ojos azules también se sienta frente a ella.

—No hemos podido evitar notar lo solas que parecen en esta esquina del restaurante —comenta el moreno, su tono suave pero seguro. Sus ojos me recorren lentamente, y siento cómo se detienen un momento en mi boca, antes de volver a encontrarse con mi mirada—. ¿Qué tal si les hacemos compañía?

Camila ríe por lo bajo, disfrutando del momento.

—Supongo que no podemos negarnos cuando lo piden así de educadamente —responde con picardía.

Los chicos intercambian una sonrisa cómplice y hacen una seña al camarero.

—Deberíamos pedir una ronda, ¿no? —propone el chico de ojos azules mientras levanta

la mano al comprobar que Cam y yo ya hemos terminado nuestra cena.

—Definitivamente —añade el moreno, girándose hacia mí—. Te invito lo que quieras, preciosa.

Me río para mis adentros, divertida por la confianza con la que hablan. Mi mente sigue algo anclada en la conversación anterior con Camila, pero la atmósfera cambia de repente con su llegada, y no puedo evitar sentirme intrigada por el giro que ha tomado la noche.

El camarero se acerca y los chicos piden una botella de vino, insistiendo en que será su manera de hacernos pasar una noche "más interesante". Camila y yo compartimos una mirada rápida, sabiendo que ambos están claramente intentando algo más. Pero por un momento, decido dejarme llevar por la ligereza de la situación. Quizás es lo que necesito. Una distracción. Y, como bien dice Cam, ser una mujer libre que decide con quién quiere follar o pasárselo bien.

—¿Y entonces? —pregunta el chico de ojos azules, centrándose en Camila—. ¿Qué hacen dos chicas tan guapas sentadas aquí, hablando tan intensamente?

Camila le sonríe y le responde con un toque de ironía.

—Arreglar el mundo. Pero me parece que ustedes dos tienen otros planes.

Las copas llegan, y los chicos alzan las suyas, brindando con un aire despreocupado. El moreno me mira por encima de la copa, sus ojos cargados de una intención que ya he visto antes en otros hombres, pero que ahora parece más entretenida que molesta.

Quizás por esta noche, podría permitirme dejar de lado lo complicado, lo oscuro. Al menos por un rato.

—Por lo que venga —digo, chocando mi copa con la de él, una sonrisa juguetona dibujándose en mis labios.

El moreno me sostiene la mirada con una intensidad que debería incomodarme, pero en su lugar, encuentro que me atrae. No como Dominic, claro, pero suficiente para sentir que la noche podría ser más ligera. Quizá, por una vez, pueda disfrutar sin pensar en lo que viene después.

De pronto, algo cambia en el ambiente. Haciéndolo más pesado y turbio. Y un escalofrío me recorre el cuerpo.

CAPÍTULO 14



Dominic

No sé por qué demonios estoy aquí. Podría haberme quedado en *Nebula*, mi reino, donde controlo todo y a todos. Pero no quería. Necesitaba un cambio de escenario. Algo diferente. Alguien diferente. Nikolay se encargará de todo esta noche en el club. Me lo debía después de la última cagada.

Entro al restaurante con Katerina del brazo. Es hermosa, como de costumbre. Alta, piernas interminables, rubia y con una sonrisa que podría derretir cualquier cosa, excepto a mí, pues ese poder no se lo he concedido nunca a nadie. Yo soy el que derrite lo que toca, no al revés. La he traído aquí por una razón muy simple: necesito sacarme de la cabeza a Valeria. Esta obsesión está carcomiendo mi mente, y Katerina parece la solución perfecta para apagar el fuego. Aunque, si soy sincero, no me interesa realmente lo que ella tenga que ofrecer. Es una distracción. Solo eso. Pero el jueguecito con Valeria se me estaba empezando a ir de las manos y no puedo parar de pensar en ella. Además, su pensamiento trae consigo una erección en mi cuerpo en el acto.

No debí tenerla tan vigilada, pero necesito saber si puedo fiarme de ella y si no va a vender la información que recabe de mí y a lo que me dedico. Así es como funcionamos en mi mundo. Por eso he mandado poner cámaras en su apartamento mientras ella se alojó en mi mansión. También micros y he hackeado su teléfono móvil.

Me avergüenzo al admitir que hace un rato me he hecho otra puta paja por su culpa, cuando me llegó la notificación a mí email de que se había comprado un vibrador de un tamaño considerable, aunque no llegue a superar el de mi polla, pero, aun así, me dio por pensar… ¿lo necesitaría para paliar la necesidad de follar que nuestro juego le ha generado? Porque a mí, innegablemente, este jueguito me ha puesto más cachondo de lo que he estado en mi vida. Por eso necesito un poco de calor humano esta noche. Por eso he invitado a Katerina. La frustración sexual es algo que no llevo nada bien.

El restaurante está lleno, pero mi mesa, la mejor de todas, siempre está disponible. No hay necesidad de reservas para mí. Este lugar es una de mis posesiones, aunque nadie parece notarlo. Eso me gusta, me permite controlar el ambiente sin ser observado, como si fuera un cazador al acecho.

La voz de Katerina llega a mis oídos como un eco distante mientras me habla sobre

alguna estúpida gala o evento al que quiere ir conmigo. Asiento, pero mi mente está en otro lugar, mucho más oscuro. Todo esto es un esfuerzo inútil. Valeria sigue presente, incluso en mi cabeza, invadiendo cada rincón de mi pensamiento como un veneno lento.

Me sirvo una copa de vino y dejo que el líquido me queme la garganta. Pero cuando levanto la vista, algo cambia.

Ella está aquí.

Al principio no lo registro. Mi mirada roza su mesa, pero entonces el mundo se detiene. Ahí está Valeria, sentada con otra mujer, y... dos hombres. Dos cabrones que están demasiado cerca de ellas. Mierda.

Una ira tan intensa como la que sentí la primera vez que la vi con otro hombre desde la distancia se apodera de mí. Intento no clavar la vista, pero mis ojos no obedecen. Valeria está sonriendo, una sonrisa que no es para mí, pero que debería serlo. Ya conoce de mi existencia. Ya ha experimentado lo que creamos solo ella y yo cuando estamos en la misma habitación. Los hombres están inclinados hacia ellas, y uno en particular está demasiado cerca. Veo cómo le habla al oído, cómo ella se ríe suavemente.

La temperatura en la sala sube de inmediato.

Katerina me habla, pero es como si estuviera a kilómetros de distancia. Mi atención está completamente fijada en Valeria. No puedo dejar de mirarla, y entonces, justo cuando trato de apartar la vista, ella me ve.

Nos cruzamos las miradas, y todo lo demás desaparece. Sus ojos del color del hielo más abrasador se abren con sorpresa y algo más... ¿culpa? Lo noto en la manera en que su boca se tensa apenas al verme. Es como si todo el aire del lugar se hubiera ido, como si estuviéramos solos, incluso con esos dos idiotas intentando ligar con ella.

Su cuerpo se tensa, lo sé. Y la rabia que siento es un incendio descontrolado. Esa sonrisa, ese brillo en sus ojos cuando la miran otros hombres... ¿de verdad piensa que puede jugar conmigo de esta manera?

Saco el móvil del bolsillo. Si va a jugar sucio, yo también.

Miro hacia su mesa una última vez y le envío el mensaje que mi cuerpo clama.

"No me importa a cuántos tengas que engañar, Valeria. Pero si te atreves a ofrecerle a otro lo que yo reclamo como mío, entonces ni el infierno podrá salvarte de mí."

Miro fijamente cómo su móvil vibra en la mesa. La expresión de su rostro cambia al instante cuando lo lee. Sus ojos se clavan en los míos, llenos de desafío, pero también con una chispa de algo que no puedo definir... miedo, quizás. Bien.

Se agita en su silla y guarda el teléfono en su bolso rápidamente, tratando de mantener la compostura. El tipo que está a su lado sigue parloteando, sin darse cuenta de la tensión que acaba de explotar en el aire entre nosotros.

Katerina se inclina más cerca, probablemente intentando captar mi atención, pero no hay

espacio en mi cabeza para nada más que no sea Valeria y esos imbéciles a su alrededor. Miro mi copa, pero no puedo ni siquiera beber. Estoy a punto de explotar.

¿Ha venido a mi restaurante para provocarme? ¿Acaso es una de las pocas personas que sabe que el *Midnight Rose* es mío? No es posible que ella no sepa lo que está haciendo. Ella no es de las que hacen las cosas sin pensar. Lo peor es que no puedo apartar la idea de que lo ha hecho a propósito. ¿Está jugando conmigo? ¿Quiere probarme, ver hasta dónde llego?

Me muerdo la lengua para no levantarme e ir directo a su mesa, agarrarla del brazo y sacarla de allí como si fuera mía. Porque lo es. Al menos desde que entró en mi vida de forma activa. Tenemos un puto contrato firmado, como un puto matrimonio. En realidad, siempre lo ha sido desde la primera vez que la vi en aquel club. No importa cuántos hombres la rodeen. Pero mientras ella no supiera de mi existencia era distinto. No le podía negar que siguiera adelante con su vida. Sin embargo, ahora… Nadie va a tocar lo que me pertenece.

Levanto una mano, llamando a un camarero.

—Otra botella de vino, pero esta vez la mejor que tengan —ordeno sin mirarlo.

Me toca a mí hacer el siguiente movimiento. Katerina sigue hablando mientras que mi cabeza no para de idear formas de venganza y todas ellas acaban con mi pistola en las manos volándole los sesos a esos dos malditos que están demasiado cerca de lo que me pertenece. Pero no puedo hacer eso sin que signifique amanecer mañana en la cárcel. Así que pongo mi mejor sonrisa seductora hacia Katerina mientras sigo pensando.

Poso mi mano sobre el muslo de la chica que está frente a mí, por si en algún momento tengo que excusarme por no prestar ni puta atención a lo que sus labios dicen. Usaré como escudo protector que estaba distraído con su belleza. Mientras tanto sigo pensando. ¿Cómo puedo hacer para arrastrar a mi *cristalito* a un lugar más privado y darle el castigo que se merece?

Mis ojos viajan brevemente y de forma involuntaria hacia donde ella está y descubro que está mirando con estupor la mano que tengo sobre el muslo de Katerina. Sonrío y adentro más la mano en su vestido en busca de su sexo. Katerina da un brinco ante la sorpresa, pero ella sabe bien que no debe contradecirme. No como otra descarada, provocadora y embaucadora abogada que conozco, que siempre hace lo contrario de lo que le pido o de lo que se supone que debería hacer.

—Jefe… me está acelerando el pulso —asegura Katerina con voz rasposa. Le sonrío complacido. Al menos no le soy indiferente a ella.

—Sabes perfectamente para qué te he traído, Kat. La condición para llevarte a cenar primero era que acabaría follándote duro como el pervertido que soy —confieso de nuevo mis oscuros instintos, que, hasta que he visto a Valeria, tenía muy claro que llevaría a cabo. ¡Y lo llevaré a cabo, joder! Ninguna mujer, por letal que sea, me va a doblegar. Y menos una que su idea de la vida sea vivir sobre la legalidad.

Cuando estoy a punto de decirle otra guarrada a Kat, un carraspeo capta mi atención. Al levantar la vista veo que Valeria pasa por delante de nuestra mesa y me dedica una mirada

asesina mientras va en dirección al baño del restaurante. ¡Eureka! ¡Es mi señal!

Vuelvo rápidamente la mirada hacia Kat, alegrándome de que no se haya dado cuenta del repaso que le he dado a Valeria.

—Tienes que disculparme unos minutos, preciosa. Tengo que hacer una llamada de negocios muy importante —le digo y me levanto de la mesa. —No se te ocurra moverte de aquí o te las verás conmigo.

Me muevo con rapidez e intercepto a Valeria antes de que entre en el baño. La cojo con fuerza del brazo y me la llevo a un reservado de mi restaurante que está aislado del resto del público tras unas gruesas cortinas de terciopelo negro. Por fortuna aquí nunca hay nadie. Solo yo puedo usarlo si traigo a alguna cita aquí y no puedo aguantar a tener sexo hasta llegar a un hotel.

Valeria me lanza una mirada encolerizada y se zafa de mi agarre cuando ya estamos en el reservado.

—¿Qué demonios crees que haces? —me reta, alzándome la voz y el mentón.

—¿Yo? ¿Qué cojones haces tú? ¿Has venido a mi restaurante a sacarme de mis casillas? —Valeria abre mucho los ojos en sorpresa. Vaya, parece que no sabía que esto era mío, al fin y al cabo. Las casualidades están retando a nuestra suerte demasiado.

—¿Este restaurante es tuyo? —su pregunta constata mi suposición.

—No solo este restaurante —digo haciendo alusión a que ella también me pertenece. Aunque me temo que puede provocar una hecatombe en ella tal afirmación.

—¿A qué te refieres, Volkov? —cruza sus brazos en actitud chulesca. Oh, nena, voy a darte lo que te mereces ahora mismo y voy a bajarte esos humos de un plumazo. —Ese mensajito que me has mandado era demasiado pretensioso. Solo nos hemos besado y restregado un poco con la ropa puesta como dos adolescentes. ¡Eso no me convierte en algo de tu propiedad! ¡Además, vienes con la top model esa y, ¿tienes el valor de recriminarme a mí?! ¡Te he visto metiéndole mano delante de todo el maldito restaurante, jodido depravado! —sus gritos y sus reclamos celosos comienzan a exasperarme.

De un movimiento certero, la giro y la aprisiono entre mis brazos, presionando su espalda y su delicioso culo contra mí y silenciándola con una de mis manos taponando su boca. Acerco la mía a su oreja y vierto mi amenaza con la voz más oscura que jamás ha salido de mi garganta.

—¿Sabes lo que pasa cuando juegas con fuego, *cristalito*? Exacto, te quemas —susurro presionando mi dura polla contra su culo. Ella hace un intento de queja con sus labios aprisionados, pero restriega su culo contra mi erección. Mi gemido no se hace esperar —. Voy a recordarte quién tiene el verdadero poder de humedecer ese coñito mordaz que tienes —amenazo mientras desciendo mi otra mano por su cintura hasta llegar al extremo inferior de su corto vestido de un rojo exquisito. Introduzco mi mano bajo la falda y gruño aún más fuerte al ver que la muy hija de puta va sin bragas. Otra vez. —¿Qué cojones? ¿Vienes a mi restaurante sin bragas a ponérsela dura a mis clientes, *cristalito*? —Uno de mis dedos se escurre entre sus pliegues y

aprieto los ojos al notar su humedad. —Quiero tu coño en mi boca —mi orden suena más a plegaria. Ella no lo sabe, pero me arrodillaría ante ella para implorárselo. Comienzo a hacer círculos en su clítoris y ella lanza varios gemidos que mi otra mano ahoga, apretando bien sus carnosos labios. Lo mejor es cuando comienza ella solita a frotarse contra mi dedo. —Estás cachonda, maldita mujer. Y estás acabando con mi poca cordura. —Avanzo, haciéndola avanzar por delante de mí, hasta llegar a una mesa del reservado, y la recuesto sobre la mesa, presionando mi mano sobre su espalda hasta dejarla en L sobre la mesa.

Después levanto la falda de su vestido hasta enrollarla en su cintura. Valeria está jadeante y expectante. Deseosa de que continúe con mi tortura.

La visión de ese perfecto culo y su jugoso y brillante coño expuesto a mí me ciega y tengo que cerrar los puños con fuerza en la tela de su vestido para no acometer una brutalidad y follármela como un animal.

—¿Qué demonios haces? —su voz suena sin fuerza, casi en un susurro, como si se viese obligada a parecer escandalizada. Pero a mí no me engaña. Ella quiere esto.

—¿Qué hago? Voy a dejarte inservible para esos dos gilipollas. Eso es lo que voy a hacer —susurro, agachándome hasta verter mi aliento en su cara y acaricio con toda mi mano la embriagadora humedad de su sexo palpitante. —Y voy a recordarte por qué no debes tentar al diablo, Valeria. Porque yo no soy el tipo de hombre que se deja vencer por las buenas intenciones ni por lo moralmente correcto. Si sé que algo es mío, lo mimo y lo cuido, lo poseo con fiereza, pero también muerdo y fuerte cuando me toman por tonto —rujo, propinándole una nalgada que abarca también parte de su sexo y, para mi regocijo, la oigo gemir de placer y se retuerce de placer. Vuelco una risa diabólica en su oreja —. No grites mucho. Hay clientes en el restaurante —amenazo introduciendo dos dedos en su coño hasta el fondo. Ella se aplasta la boca con una de sus manos, obedeciendo mis órdenes. —Eso es. Buena chica —le premio mientras comienzo a follar su coño con fuerza con mis dedos.

Cuando la veo rendida al placer y buscando más brusquedad al moverse para hacer más profunda la intromisión de mis dedos, la giro sobre la mesa, poniéndola de cara a mí, y mientras ella me observa sin saber cómo reaccionar a esto me arrodillo y comienzo a comer de su fruta prohibida como si fuese el hombre más hambriento del planeta. Introduzco un tercer dedo en su sexo y aumento la velocidad con que mis dedos la follan. Entonces un grito descarnado, amortiguado por su mano, me comunica que se está corriendo y me apresuro a comérmelo todo, rebañando hasta la última gota de su orgasmo. Me pertenece. Me he ganado este puto orgasmo y se lo voy a recordar. Pero no he acabado.

Cuando piensa que voy a dejarla volver a la normalidad, la incorporo y la siento sobre la mesa. Ella me mira con el rostro desencajado por el placer que acaba de atravesarla como un rayo. Le beso con rabia, dejando que saboree el sabor de su orgasmo de mis labios y ella me devuelve el beso con sed. Está dispuesta a seguir jugando. Bien. Vuelvo a introducirle tres dedos y a follarla de nuevo con mi mano, acariciando el clítoris con mi dedo pulgar, mientras mi lengua le folla la boca también.

—Ah, Dom, vas a matarme —susurra en mis labios de forma lasciva, sin ápice de reproche.

—No, *cristalito*. Te llevaré al borde del precipicio, pero jamás te arrojaré a él —susurro yo, presionando mi erección contra uno de sus muslos, buscando un poco de alivio yo también. —Quiero que acaricies tu oscuridad, de mi mano, pero no dejes nunca que te consuma. Yo seré el único que te consuma. Y tú siempre lo desearás.

En ese momento, un camarero entra al reservado. Valeria intenta cerrar los muslos, pero yo se lo impido. Que vea ella y todo el mundo lo que solo yo puedo provocar en ella. El chico está a punto de irse, escandalizado.

—¡Chico! Trae una botella de mi mejor vino. Un coño como éste debe ser celebrado, ¿no crees? —el chico mira a Valeria, que agarra mi brazo, el que le está follando sin piedad, hincándome las uñas, y enardecida ante el morbo de lo que está sucediendo. Sonrío a mi chica y sigo follándomela con fuerza con la mano. El camarero pronuncia algo parecido a una afirmación y se marcha.

—Eres un depravado —la acusación de Valeria viene adornada de una sonrisa maliciosa que me encanta. Es la puta horma de mi zapato.

—Sí, lo somos, nena —confirmo yo.

Ella comienza a abrir la boca y a apretar mis dedos con las paredes de su coño cuando el orgasmo avisa a sus terminaciones nerviosas que viene de nuevo a su encuentro. Y lo espera con ansias mientras engancha su mirada a la mía. Mierda, me corro. Me voy a correr solo de verla así, abierta, con esa mirada depredadora y a la vez asumiéndose la presa de este juego.

—Me corro… —susurra, avisándome. Aunque ya lo sabía.

—Dámelo. Todo —ordeno sin poder separar mis ojos de los suyos. Abre más la boca y, finalmente, pone los ojos en blanco, echa la cabeza hacia atrás y se deja ir.

Vuelve a aplastar la mano en su boca para silenciarse lo máximo posible, aunque su aullido de placer es tan fuerte que dudo que las mesas más cercanas no se hayan empapado de la situación.

Echo una mirada a mis dedos, que van ralentizando el movimiento en su interior. Me ha dejado la mano empapada de fluidos. Y debería aprovechar este maravilloso lubricante.

—Sácame la polla —le pido y al ver que no hace nada la miro con rabia. —¡Sácame la puta polla, Valeria! ¡No me hagas ensuciarme los pantalones!

—¿Vas a follarme? —me sorprende su pregunta y su falta de negativa a que tal situación se dé. Pero parece que tiene miedo. —No creo que pueda soportar otro asalto. Yo…

—No voy a follarte. Voy a hacerme una puta paja porque no puedo volver a la mesa así —señalo mi bragueta y oigo su risita al ver el enorme bulto que cargo. —Sácala, por lo que más quieras. Necesito yo también algo de calma.

Finalmente obedece. Se muerde el labio inferior mientras la observo, concentrada en la tarea, con la curiosidad lamiendo cada uno de sus rasgos. Quiere ver el material. Mi precioso y morboso *cristalito*.

Cuando al fin me la libera, ahoga una exclamación de grata sorpresa. Comienzo a masajeármela gracias a los fluidos de su coño que aún permanecen en mi mano y la miro mientras me doy placer. Ella sigue mordiéndose el labio. ¡Juro por dios y por el diablo que estoy haciendo el esfuerzo más titánico de mi absurda vida para no reventarle el coño a embestidas!

—¿Puedo ayudar? —pregunta de forma seductora a la par que ella solita decide agarrarme de las pelotas y las masajea con pericia. ¡Joder! ¡Esto no me lo habían hecho antes tan bien! Tanto que en décimas de segundo me corro. En cuanto el chorro de semen comienza a salir, como disparos de lava volcánica, la vuelvo a tumbar sobre la mesa, le abro bien las piernas y esparzo mi semilla por sus pliegues, dejando mi marca allí, donde ningún otro podrá de nuevo usurpar mi territorio.

Con un profundo gruñido me voy deshaciendo de hasta la última gota de desesperación que ha colmado en mi interior esta mujer y que ya sé que rápidamente volverá a llenar.

En ese momento entra el camarero con la botella de vino, mientras sigo descargando sobre ella. El chico entra rojo como un tomate, pero acata las órdenes y se acerca para dejar la botella junto a nosotros. Valeria, para provocarnos más a los dos, se pasa un dedo por los pliegues de su coño, llevándose una muestra de mi semen en su dedo, que relame con gusto para deleite nuestro.

Lanzo una mirada de advertencia al chico cuando creo que ya ha visto lo suficiente y se va.

Después, me guardo la polla, con la mirada aún llena de ira sobre Valeria, quien, no obstante, parece feliz y satisfecha. Veamos lo feliz que está cuando se ponga en pie y se percate que no tiene nada que hacer con esos dos imbéciles al menos por esta noche.

Sirvo dos copas de vino bien servidas. Le tiendo una a ella y las hago chocar. Valeria me mira con unos ojos diferentes. Algo le ronda en su interior. Y no sé si es bueno o malo. No creo que ella esté acostumbrada a hombres como yo, tan temperamentales, rudos y tan intolerantes a la derrota. En mi mundo los hombres opuestos no existen y, si lo hacen, no duran vivos ni tres días.

—Brindemos por ese coñito tan precioso que tienes entre las piernas, cristalito —digo y pretendo sonar amenazante, porque necesito que entienda que no puede jugar con él ahora mismo a su antojo o me volveré loco. No hasta que yo me haya saciado de él, por lo menos. Pero no puede pretender que yo me quede de brazos cruzados cuando me niega “solo a mí” el disfrute de enterrarme entre sus piernas y a cualquier otro se lo ofrecería sin dudar. Sobre todo, porque sé que a quien más desea es a mí. A ningún otro. Su mirada siempre me lo dice. Y su humedad también.

CAPÍTULO 15



Valeria

Casi me atragantan las ganas de tirarle el vino a la cara cuando al fin me pongo en pie y constato que, efectivamente, me ha dejado inservible para esta noche. Me ha dejado dolorida, sí, aunque muy muy saciada, he de decir también.

Hacía mucho que no tenía dos orgasmos seguidos a mano de un hombre. Y no recuerdo la última vez que me corrí con tanta intensidad.

Eso me seduce y me aterra a partes iguales. Porque lo único que ronda en mi cabeza, sobre todo tras haber visto lo que tiene entre sus piernas, es cómo será sentir sus embestidas en mi interior.

Me bebo de un solo trago el vino y lo aniquilo con la mirada. Aunque parece divertirle más que enfadarle.

—Ahora que ya estoy saciada me voy. Adiós, Volkov —me despido con sequedad.

—Como siempre ha sido un placer reunirme con mi preciosa abogada para aclarar las dudas que tenga sobre mi caso —responde, retador.

Bufo y salgo del reservado sin mirar atrás. No quiero verlo más por hoy. Ya ha destrozado mis nervios lo suficiente.

Muchas personas pensarían que estoy loca, que un juego así, y con alguien como Volkov, sería el sueño de toda mujer. Pero no es así. Yo soy una mujer libre. ¡Libre, maldita sea! Y sé que él quiere acabar con la libertad que tanto esfuerzo me ha costado construir a mi alrededor de un solo plumazo. Quiere que le dé de mí lo que él no puede darme a mí. Quiere que no mire a otros hombres. Que no desee a otros hombres. Que otras manos no me toquen. Que sea de su propiedad.

Yo no soy de nadie más que de mí misma.

Y eso no va a cambiar por muy bueno que esté el tipo y por muy grande que tenga la anaconda.

Sin embargo, esta no será la noche en que pueda demostrarle y demostrarme a mí misma que eso es así. Pues verdaderamente mi coño no está para más embestidas.

Así que cuando llego a la mesa en la que Cam y los otros dos tipos me esperan, me disculpo con mi amiga y nuestros acompañantes, y le digo que verdaderamente me encuentro mal, que la bebida me ha sentado mal, y que me voy a casa.

Odio ver que Volkov ha vuelto a su mesa y es todo sonrisas y miraditas con la rubia top model. Por eso, cuando uno de nuestros acompañantes se ofrece a llevarme a casa, accedo. Solo para que Volkov no me vea salir sola del restaurante.

Siento su intensa mirada perforarme la espalda cuando salgo y sonrío ante mi tonto corte de mangas.

El teléfono no para de vibrar en mi bolso cuando estoy sentada en el coche del tipo este, que no sé ni cómo se llama, ni siquiera recuerdo que lo dijera. No me hace falta saber quién llama. Sé que es Volkov y sonrío como una víbora a punto de atacar a su presa. Le digo al chico que me deje en una calle, que no es la mía, le doy mi teléfono falso, y acto seguido me escabullo por las calles de Chicago hasta dar con un taxi que finalmente sí, me lleve a mi apartamento.

Cuando llego a mi calle, veo que frente a mi apartamento hay un coche negro parado y reconozco la cara de Leonid al volante. ¿Ese cabrón le ha mandado que me siga para ver si llego sola a casa?

Como no me ha visto, o eso creo, me doy la vuelta para entrar por el parquing del edificio, que está en la parte trasera, y desde allí llamo al ascensor para subir a casa.

Una vez en casa me derrumbo y me siento en el suelo, con una botella de vino en las manos que me bebo a morro.

Ya en ningún lugar estoy a salvo de Volkov…

Apenas hace unos días que lo conozco y ha ocupado todo mi mundo, expandiéndose como una plaga, atacando de lleno a mi sistema inmunológico y mis órganos vitales.



El día siguiente a la tormenta en el reservado comienza con una claridad que choca contra la opacidad de mis pensamientos. La luz entra por las rendijas de las cortinas, cegándome incluso antes de que abra los ojos. Me giro hacia un lado, con la esperanza de prolongar mi letargo, pero una sensación de incomodidad no me lo permite. El peso de lo que ocurrió anoche me aplasta el pecho, y apenas puedo respirar sin sentir la presión constante de Dominic en mi mente.

Mi cuerpo está agotado, no solo por la falta de sueño, sino por la intensidad de todo lo que sucedió en esa pequeña habitación apartada del restaurante. Los labios me queman con el recuerdo de sus besos, y mi piel se estremece al pensar en cómo me tocó. No solo físicamente… él sabe cómo hacer que cada célula de mi cuerpo lo sienta. Es desesperante. Odioso. Necesito borrarlo, sacármelo de la cabeza y del cuerpo.

Pero ahí está, cada vez que cierro los ojos. Dominic Volkov. Y el fuego de anoche sigue presente, arrastrándose bajo mi piel como un veneno al que no puedo escapar.

Me siento en la cama y paso una mano por mi cara, tratando de sacudirme esa sensación, ese peso. El silencio de mi apartamento debería ser reconfortante, pero todo lo contrario: me siento atrapada en mi propia cabeza. Mi mente es un hervidero de imágenes de la noche anterior, de la manera en que nos miramos, en que nos devoramos… en que nos destruimos un poco más.

No debería haber ocurrido. Otra vez. No debería haberlo dejado tocarme, ni rozarme siquiera. Cada vez que me acerco a Dominic, algo en mí se desmorona, como si estuviera jugando con fuego sabiendo que terminaré quemada. Y, aun así, no puedo evitarlo. No puedo evitar que su magnetismo me atraiga de nuevo.

El teléfono vibra a mi lado, interrumpiendo mis pensamientos. Mi corazón se acelera instantáneamente, y una especie de corriente eléctrica me recorre la columna. No necesito mirar la pantalla para saber quién es. Dominic.

Por un instante, una parte irracional de mí quiere cogerlo. Saber qué tiene que decir, qué excusa se inventará esta vez, cómo intentará justificar lo que pasó y cómo me hizo sentir. Pero la otra parte, la parte que todavía intenta protegerme, me dice que no lo haga. Que no le dé ese poder. Que no le permita controlarme más.

El teléfono deja de sonar. Lo miro, suspirando aliviada por el pequeño respiro que me da. Pero no por mucho tiempo. Apenas unos minutos más tarde, vuelve a vibrar, y ahí está de nuevo: su nombre en la pantalla. Dominic Volkov. Solo ver esas palabras hace que mi pulso se dispare otra vez, que algo en mí se tense de una forma que me duele reconocer. Mis dedos tamborilean sobre el borde de la cama, luchando contra el impulso de contestar.

Lo peor es que no es solo enojo lo que siento. No puedo ignorar que hay un deseo incontrolable enterrado en lo más profundo de mí, uno que odia mi racionalidad, uno que está alimentado por su constante presencia en mi vida. ¿Por qué me afecta tanto? ¿Por qué no puedo

ser fuerte y simplemente romper el lazo que nos une?

Dejo caer el teléfono sobre el colchón con un suspiro de frustración. ¿Qué me está pasando? He lidiado con hombres complicados antes, con situaciones profesionales mucho más peligrosas, pero Dominic… él es diferente. No sé si es la intensidad con la que me mira, como si cada parte de mí le perteneciera ya, o si es la manera en que me obliga a rendirme, como si lo que soy no importara cuando estamos juntos. Como si solo existiéramos él y yo, y lo demás desapareciera.

El teléfono vibra una vez más, y esta vez lo ignoro deliberadamente. Me levanto de la cama, tambaleándome, y camino hacia la cocina, esperando que un café pueda ayudarme a aclarar las ideas. Pero mientras dejo que el líquido oscuro y caliente llene la taza, sigo atrapada en ese mismo ciclo vicioso de pensamientos. ¿Por qué no puedo dejar de pensar en él?

Cada vez que el nombre de Dominic Volkov aparece en mi pantalla, es como si me llamara, no solo con el teléfono, sino con algo más profundo. Algo que me resulta imposible ignorar. Mi cuerpo responde, como si estuviera programado para reaccionar ante él. La forma en que su voz resuena en mi cabeza, la manera en que me mira como si pudiera ver a través de mí, como si no hubiera secretos que pudiera esconder. Todo eso me exaspera… pero también me atrae.

Y eso es lo que me tiene furiosa. La impotencia de no poder controlarlo. De no poder controlarme a mí misma.

Cuando finalmente me siento en el sofá, con la taza en las manos, no puedo evitar pensar en lo que debería hacer. Terminar con esto. Cortar todo vínculo con Dominic. No puedo seguir así, no cuando cada interacción con él me lleva al borde. No solo como abogada, sino como mujer.

Romper el acuerdo laboral parece la única solución razonable. Necesito distanciarme, protegerme. Pero entonces, mi mente se vuelve a nublar con la misma pregunta: ¿Sería suficiente? ¿Realmente dejaría de pensar en él si no tuviera que verlo más?

Vuelvo a mirar el teléfono, esperando casi con temor que vuelva a vibrar. Pero nada. Ningún mensaje, ninguna llamada más. Quizá se haya cansado de intentarlo. Quizá, por fin, haya entendido que no pienso ceder.

Pero algo dentro de mí sabe que eso no es cierto. Dominic no se rinde fácilmente. Y la parte más aterradora de todo esto es que, aunque me aterre la idea de seguir en este caos con él, una pequeña parte de mí… tampoco quiere que se rinda.

Odio esa parte. Odio lo débil que me hace sentir.

El día transcurre lento, cada segundo arrastrándose, con la tensión instalada en mis hombros y la incomodidad en mi pecho. Me mantengo ocupada como puedo, pero es inútil. Mi mente sigue regresando a él. A su mirada. A la sensación de su cuerpo contra el mío. Y esos jodidos besos tan adictivos… Y cada vez que lo hace, el enojo regresa con fuerza renovada. Esto no puede seguir así.

Decido que lo mejor será terminar con él, tanto profesional como personalmente. Pero mientras me repito esas palabras, el dolor sordo en el estómago no desaparece. ¿Podré hacerlo realmente? ¿Podré cortar este lazo que me ata a él y recuperar el control sobre mi vida?

El teléfono vibra de nuevo, y esta vez no lo miro.

Debo recordar que antes de que su sombra rozara la mía, yo era un alma libre. Y aunque me queme el deseo en cada poro, aunque sus ojos me prometan un abismo del que no sé si quiero escapar... tengo que luchar. Porque rendirme a él no sería amar, sería desaparecer, aniquilar mi esencia, y no pienso perderme en nadie más que en mí misma.

CAPÍTULO 16



Valeria

La noche cae, y la penumbra del apartamento es un reflejo de mi estado mental. El día ha transcurrido en una neblina sofocante de pensamientos contradictorios. El silencio en mi teléfono solo lo rompen las insistentes llamadas de Dominic Volkov. Lo he ignorado a conciencia. A cada llamada perdida, mi corazón late más fuerte, pero mi mano sigue rechazando cualquier intento de contacto. No puedo permitirme caer en su poder.

Me sirvo una copa de vino y me siento en el sofá a sopesar mis opciones. Si le paso el caso de Volkov a Gálvez, uno de los mejores abogados que hay en mi bufete, pondría a Volkov en buenas manos… aunque dudo que Gálvez, con lo pulcro, estirado y religioso que es, aceptara a un cliente como Volkov. Sobre todo, si tiene que meterse en la boca del lobo, o sea, la fortaleza donde vive Volkov y su gente, para tener acceso a los ficheros de Volkov. Descartado.

También está Raya. Esa chica no es tan buena, pero yo podría ayudarle con la investigación de soslayo, sin que Volkov lo supiera, pero dejarle la tarea sucia a ella que… No. ¡No! Raya está buenísima y Volkov no tardaría en follársela. ¡Arrggg! ¿Y a mí qué más me da que se la folle?

Y entonces suena el timbre de la puerta.

Salto, el eco vibrante en mis oídos. Mierda. ¿Quién cojones es?

—Tengo un paquete para Valeria Santoro. ¿Hay alguien ahí? —escucho una voz masculina al otro lado de la puerta.

De repente me acuerdo.

Debe ser el paquete que esperaba, el vibrador que compré por internet. Suspiro, aliviada. Aunque hoy siga dolorida por culpa de los jueguecitos de Volkov, me vendrá bien tener una distracción en casa para dejar de pensar en sus putos dedos, su boca, su aliento y su mirada sobre mí. Respiro hondo y me acerco a la puerta, aún con esa sensación de amenaza latente, como si mi propia intuición me estuviera gritando algo que no quiero oír.

Destrabo la cerradura y abro.

Pero no hay ningún repartidor frente a mí. Es él.

Dominic Volkov.

La mirada desquiciada, el ceño fruncido, y esa rabia contenida mezclada con algo que nunca había visto en él: miedo.

—¿Qué demonios haces aquí? —logro decir, aunque mi voz apenas es un susurro.

—El repartidor me ha dejado algo para ti —responde con una sonrisa torcida, dejando un paquete en mis manos, como si supiera exactamente cómo de desestabilizada me deja su presencia en estos momentos.

Empujo la puerta para cerrarla, pero su pie se interpone, firme.

—¿Vas a seguir huyendo de mí, Valeria? —pregunta mientras me mira con una intensidad que me perfora el alma.

—No estoy huyendo, Dominic. Estoy protegiéndome —respondo, con la voz más fuerte de lo que me siento. Pero él no parece creerme. Nunca lo hace.

Entra sin esperar más invitación, y yo retrocedo, el espacio entre nosotros cada vez más pequeño, más asfixiante.

—¿Protegiéndote de qué? —sisea, cerrando la puerta detrás de él—. ¿De mí?

Nos quedamos ahí, uno frente al otro, midiendo nuestras respiraciones, nuestras emociones.

—¿Por qué cojones no contestas mis llamadas? —su pregunta suena a amenaza profunda y siento un escalofrío que me recorre las venas. No sé si es miedo o adrenalina. Su presencia siempre logra confundirme y por eso mismo he decidido huir.

—No tengo nada que hablar contigo —respondo esquiva y despego mis ojos de los suyos. No quiero mirarlo. Si lo hago, mi cuerpo reaccionará de una forma muy diferente a lo que mi mente tiene planeado.

—¿Cuándo demonios has llegado a tu apartamento y cómo es que mis hombres no te han visto entrar? ¿Te fuiste con ese memo a pesar de lo que hablamos? —entro en cólera al oír esto. ¿Tendrá cara?

—¿Tienes a tus hombres siguiéndome? —le increpo, señalándole demasiado cerca, con uno de mis dedos. Él observa mi dedo amenazador sin inmutarse. Después fija sus ojos en mí, con la misma ira contenida que tengo yo en los míos.

Una guerra de dos fuerzas opuestas de la que solo puede salir un vencedor.

—Estaba preocupado por ti.

—¿Preocupado por mí? ¡Ja! ¡Y una mierda! ¡Solo quieres controlarme! ¡Quieres que sea una puta marionetita tuya como todos los demás que te rodean! Pero adivina qué, Volkov. ¡No lo soy! ¡Soy una mujer libre que quiere seguir siéndolo!

—¡Sí, joder, ya me ha quedado claro lo mucho que amas tu puta libertad! —Ahora es él quien alza la voz y se pasa la mano por el pelo, enervado. —Pero tú no tienes ni puta idea de cómo funciona este mundo. No sabes que, simplemente por hablar conmigo, alguien puede ponerte en el ojo de mira. Solo quería garantizar que llegaras sana y salva a casa. Nada más. Lo prometo —dice y yo comienzo a aplaudir. Volkov arruga el ceño disgustado por mi comportamiento.

—Eres un magnífico actor dándotelas de hombre decente. Pero a mí no me engañas. No me metiste los dedos en el coño porque te preocupara mi seguridad —rujo acercándome más a él y envuelta en ira —lo hiciste porque querías marcarme como "tu puta propiedad". —Volkov sisea una maldición entre dientes y me mira desafiante.

—Tú también has sido parte activa en este juego, Valeria.

—Pues ya me he cansado de tus jueguitos. Me salgo del caso —mis palabras abandonan mis labios mucho antes de lo que mi mente estaba preparada para dar las órdenes de ello. Volkov abre mucho los ojos.

—No —sentencia con voz dura y firme.

—¿No? —pregunto con una risa irónica.

—No —reafirma él con una voz aún más autoritaria y oscura. —No vas a dejarme en la estacada. Ni vas a desaparecer, sin más, con todo lo que sabes de mí. Así no funcionan las cosas, Valeria.

—No pienso decir nada. Sabes que a los abogados se nos está prohibido…

—¡No! ¡Joder! ¡Maldita sea! —jamás había visto a Volkov tan fuera de lugar y de repente siento verdadero miedo. Levanta sus manos, como si quisiera estrangularme, pero cierra los dedos en su puño para impedirse a sí mismo hacerlo. Me tiembla todo el cuerpo. —¡¿Vas a abandonarme cuando más falta me haces?! ¡Estoy con la puta mierda hasta el cuello, y abandonas el barco cuando está a punto de hundirse, dejándome esposado a él! —puedo ver cómo el miedo va ganándole la batalla a la ira en sus preciosos e inusuales iris y algo dentro de mí se desarma por completo.

Me río, aunque es un sonido seco, sin humor. Necesito mantenerme firme y no dejarme embaucar por sus palabras y sus gestos. Él sabe bien cómo manipularme. Ha visto la grieta de mi escudo de hielo y quiere resquebrajarlo. Lo sé.

—Claro, Dominic. Eres muy convincente cuando quieres serlo. ¿Así que todo esto es porque me necesitas como tu abogada? —Lo miro a los ojos—. Sabes perfectamente que esto se trata de mucho más que de detener una investigación. Tú no quieres a una abogada, quieres una marioneta, alguien a quien manejar a tu antojo, en todos los sentidos.

Se acerca más, su presencia invadiendo mi espacio de una manera que siempre me desarma. Su mirada no se aparta de la mía. Me permito recrearme unos segundos en su olor, pero es un error, pues me infecta el sistema inmunológico en el acto.

—Tú no eres una marioneta. Si lo fueras, esto sería mucho más fácil para los dos. Pero

aquí estamos —dice, su tono casi frío, pero su voz vibra con algo más debajo—. No puedes irte. No quiero que te vayas.

—¿Por qué? —le espeto, sintiendo cómo el calor de la discusión sube por mi pecho—. ¿Porque te gusta tenerme a tu disposición, que te saque del embrollo cuando las cosas se complican? ¿O porque te gusta jugar a que me posees? No eres mi dueño, Dominic. Y yo no soy tuya.

La rabia en sus ojos chispea, y por un segundo creo que va a estallar. Pero en lugar de eso, se inclina hacia mí, hasta que nuestras respiraciones se entrelazan, su voz grave y controlada.

—No quiero poseerte, Valeria. Quiero que estés aquí. Conmigo. Porque sin ti, todo esto se va al carajo.

—¿Te escuchas? —respondo, sintiendo el nudo en mi garganta, una mezcla de frustración y algo mucho más peligroso—. No puedes controlarlo todo. Ni a mí. Ni a esto. Lo que sea que esté pasando entre nosotros no tiene sentido. Solo es... deseo. Y ambos estamos perdiendo la cabeza por algo que no va a ninguna parte.

—Tú la estás perdiendo. Yo solo estoy intentando no joderlo todo —susurra, su rostro a centímetros del mío—. No tienes idea de lo que está en juego aquí.

—Lo sé, Dominic. Pero no soy tu salvadora —le digo, respirando más rápido, mi cuerpo reaccionando a su cercanía—. No puedo salvarte de tus propios demonios. Ni siquiera quiero intentarlo.

—No necesito que me salves —dice con voz áspera—. Solo necesito que no me abandones.

Mis palabras se detienen en mi garganta. Lo miro, atónita por lo que acaba de decir, por el peso que lleva esa confesión. Pero no tiene nada que ver con amor, lo sé. Todo se reduce a control. Y a la parte de mí que él quiere dominar, aunque no lo admita.

—Dominic... —empiezo a decir, pero me interrumpe.

—Si te vas ahora, mi enemigo te encontrará. Y cuando lo haga, te usará contra mí. No solo me abandonarías, Valeria. Te estarías metiendo en un peligro mucho más grande del que crees. Y, puede que te conviertas en mi enemiga.

Esa declaración hace que todo mi cuerpo se tense. Sé que está diciendo la verdad. La mafia no es algo que pueda tomar a la ligera. Pero la forma en que Dominic me está acorralando, manipulando la situación... no lo soporto.

—Esto es lo que siempre haces —digo, sacudiendo la cabeza—. Siempre encuentras una manera de controlar la situación. De controlarme a mí.

—No estoy intentando controlarte —gruñe, aunque sé que está mintiendo. Su tono se suaviza, apenas perceptible—. Estoy intentando protegerte. Protegernos.

—No me necesitas para eso —le espeto—. No me necesitas en absoluto. Y lo sabes.

Nos quedamos en silencio, mirándonos. El aire entre nosotros es denso, cargado de todo lo que no decimos, de todo lo que reprimimos.

—Piénsalo bien, Valeria. Si alguien no sedeado sabe ya que tú has empezado a trabajar para mí, que has estado en mi despacho, viendo todo, absolutamente todo lo que soy y lo que tengo con total libertad… si alguien sabe, además, que entre nosotros ha habido algo más, que he saboreado tu coño, que estoy desesperado por volver a besarte… entonces, no podrás salir de este caso, sin más. Te usarán como arma arrojadiza contra mí. Y yo, simplemente, no podré salvarte. Porque tendré que elegir entre tú y yo. Y tú no me estás dando más opción que elegirme a mí si te marchas de mi vida.

La amenaza de sus labios se cuela en mi interior abriéndose paso en mi carne y barriendo toda la seguridad que he luchado por tener en mi vida de un plumazo. Joder.

Estoy jodida. Más que jodida. Miro al suelo y Volkov ve la duda en mí.

—No voy a dejar que nadie te toque si te quedas a mi lado, Valeria. Para bien o para mal. No te voy a mentir. Nunca se me dieron bien las buenas intenciones. Tampoco se me dio bien nunca confiar en las mujeres, pero en ti, sin embargo, lo hago —levanto la vista y la vuelvo a clavar en él ante su confesión, buscando en sus ojos si dice la verdad o no —. He puesto mi vida en tus manos con la misma fe ciega que la puse en las de mis hombres. Pero, no me jodas, Valeria, o entonces tendré que, sin remedio, convertirme en algo que no deseo en absoluto ser para ti —trago saliva —. ¿Quieres ser libre? Puedo dejarte en paz en lo que a sexo con otros hombres se refiere. Siempre y cuando yo no esté presente y no pueda verlo con mis propios ojos. Pero en lo que al resto de mi vida se refiere, no serás libre de mí hasta que me hayas liberado a mí primero de toda esta puta carga.

—¿Por qué no quieres verme tener sexo con otros hombres? —mi pregunta le sorprende. Pero yo necesito saber cómo me ven sus ojos realmente.

—Porque a mí es al único que le estás prohibiendo ese placer. Porque antepones a cualquiera para que deguste lo que yo estoy desesperado por tener, aunque solo sea una maldita vez, y no llevo nada bien ser menos que los demás —responde sincero. Tengo que aprovechar su sinceridad.

—¿Follaste anoche con la rubia? —JODER ¿A qué viene esa estúpida pregunta? Supongo que mi subconsciente también está aprovechando su momento de vulnerabilidad y quiere saber. Ese dichoso subconsciente lleno de celos por la rubia. Volkov no contesta. Me mira rabioso porque no le ha gustado la pregunta —. ¡Contéstame, joder! —bramo.

—¿Para qué quieres saber eso? Tú me pides libertad para follarte a quien quieras. Yo también.

—¡Me saboteaste el coño para que no pudiera hacerlo con aquel tipo!

—Con “aquellos” querrás decir —ahora es él quien me apunta con el dedo con mirada furibunda. —Ya te he dicho que en mis narices no te vas a follar a nadie.

—¡No pensaba follarme a nadie en un puto restaurante! —me defiendo.

—Ah, ¿no? Pues el moreno te estaba follando. ¡Con la mirada!

—¿Con la mirada? ¡Ja! ¡TÚ TE FOLLASTE A LA RUBIA ESA DESPUÉS DE COMERME EL COÑO A MÍ! —los gritos comienzan a subir de nivel.

—¡PUES SÍ! LA EMPOTRÉ DURO EN EL ASIENTO POSTERIOR DE MI LIMUSINA PORQUE ESTABA RABIOSO YA QUE TÚ QUERÍAS DARLE A OTRO LO QUE SIEMPRE ME NIEGAS A MÍ.

Abro los ojos con estupor. Se me ha cogido un nudo en el pecho. Mierda. Joder. Me cago en la puta. La imagen de Volkov empotrando a la rubia hace que me den unas enormes ganas de vomitar.

Finalmente, me giro hacia la puerta, abriéndola, sin mirarlo.

—Te vas a ir de mi apartamento. Ahora.

Él no se mueve de inmediato, pero siento la tensión en su cuerpo. Se queda ahí, su mirada quemando mi espalda.

—Tú no querías —su voz suena ahora como la de un cachorro abandonado. ¿Que yo no quería? ¿Y por qué entonces me abrí de piernas a la primera de cambio, con solo susurrar en mi oído?

—Vete —insisto.

—Valeria, yo…

—Vete, Volkov. Ahora —comienzo a elevar otra vez el tono de voz. Él se acerca a mí, mordiéndose los labios. Sé que alguien como él no está acostumbrado a que lo traten así. ¡Que se joda!

—Me desquicias, Valeria. No tengo ni idea de qué quieres de mí. Solo te pido, te imploro, que pienses bien lo que estás haciendo. No sé hacer mejor las cosas y no me voy a disculpar por ello. Soy lo que soy. No me he escondido en ningún momento ni he salido huyendo de mis instintos ni de mis deseos. Tú sí. Dices que quieres ser libre, pero tú misma te estás privando de tu ansiada libertad al no querer admitirte a ti misma, *libremente*, quién eres en verdad. Yo te veo, Valeria. Te he visto siempre. Desde el primer puto momento. Y tú sabes que te veo. Sabes que yo sé, a veces mejor que tú misma, qué quieres, qué deseas, qué ansías. De modo que medita bien tu siguiente movimiento, nena. No puedes pedirme que no folle si tú no quieres darme eso —levanta una de sus manos y la posa sobre mi mejilla, la cual combustiona en décimas de segundo, sobre todo cuando pasa su pulgar por mi labio inferior con lascivia —. No puedes pedirme que apague yo solo un incendio que has provocado tú desde que posaste los ojos en mí. Pero que me folle a otra no significa que no siga deseando, con todas mis fuerzas, que ese lugar lo ocupes tú.

—Vete, por lo que más quieras —imploro cuando mis fuerzas están a punto de abandonarme y sé que voy a sucumbir y a lanzarme a sus brazos para suplicarle que me folle. Eso es lo que quiere. Pero esta batalla necesito ganarla yo.

Volkov, sin embargo, se ve dolido por mi fehaciente mensaje de despedida, seguramente porque se ha sincerado más de lo que a él le hubiera gustado y ha sentido de nuevo un rechazo por mi parte.

—Esta conversación no ha terminado —dice en voz baja, antes de salir.

Y cuando la puerta se cierra detrás de él, sé que tiene razón.

Me dejo caer hasta el suelo, con la espalda apoyada en la puerta y miro el paquete que Volkov me ha dado al abrirle la puerta, entre mis manos y sobre las piernas, cuando me siento.

Y pienso. Mucho. En él. ¿Qué hago ahora? Está claro que huir no puedo, porque Volkov ya no ocupa solo un lugar físico en mi vida.

Se ha incrustado en mi mente como un puto parásito y se alimenta de mí.

Además, de repente, abandonar su caso me sabe a derrota. Pero no solo de un estúpido juego, sino de algo más. Algo que está naciendo y tomando vida propia y que yo no lo estoy dejando crecer, estoy renunciando a él sabiendo que es lo que más deseo tener en este mundo en estos instantes.

CAPÍTULO 17



Valeria

Cuando abrí el paquete comprobé que, efectivamente, era un vibrador. Pero no era el que yo había pedido. No. Era otro, hiperrealista, con venas y todo marcadas y textura aterciopelada. De un tamaño descomunal y con una pequeña protuberancia en la parte superior del tallo con otro vibrador independiente para estimular el clítoris.

Lo sostuve entre mis manos con la boca abierta. ¡Era la polla de un toro! Dentro de la caja había una nota, escrita de puño y letra por el hombre que ocupaba mis pensamientos, mis pesadillas y mis sueños húmedos.

"Valeria, este no es el que pediste, lo sé, pero, aunque tú me niegues lo que tanto anhelo en ti, yo no seré así de cruel contigo. He mandado hacerte una réplica de mi miembro a tamaño real para que al menos tú sí puedas sentirme entre tus piernas, si es que alguna vez me has deseado de verdad. No pretendo nada más que complacerte. No malinterpretes mi gesto. Me mantendré alejado de ti, si eso es lo que deseas. Pero, si alguna vez decides que deseas algo más de mí a parte de mi polla, házmelo saber. Porque yo sí lo quiero todo de ti. Aunque ese todo no sea un amor puro de cuentos de hadas. Ni siquiera pueda ser llamado amor. No sé lo que es. Solo sé que mataría por tenerte. Pero no puedo matar a tu conciencia. Sé que no soy el hombre adecuado para ti. Pero eso no me hace menos hombre. Ni desearte menos. Sé que has llegado ya a la conclusión de que no puedes apartarte del caso, sin más. Eres una chica lista. Así que esta es mi forma de ofrecerte una tregua. Trabajemos juntos en esto. Y, cuanto antes puedas ayudarme a salir impune de los cargos, antes podrás tener tu ansiada libertad. Prometo que después, si así lo sigues deseando, no volverás a saber más de mí."

Sostuve la "tregua" de Dominic de más de veinte centímetros de largo y de demasiados centímetros de ancho entre mis manos, evaluando, como él me pedía, mi situación.

Si era verdad eso de que sus enemigos podían haber puesto ya el ojo en mí, entonces ya no podía irme sin más. Pero también existía la posibilidad de que lo hubiera insinuado solo para acojonarme y que me fuera imposible escapar de él. Fuera como fuera, no iba a correr el riesgo de averiguarlo.

Urdí un plan. Iba a ir a por Nathaniel Blake, el agente del FBI que, si mal no me había

informado mi amigo Mateo, estaba a cargo del caso de Volkov. Quizá aliarme con el enemigo me podría ayudar a saber qué hacer con todo esto. Y a Dominic le ayudaría a ponerme en el lugar que reclamo.



Después de una larga charla anoche antes de dormir con Mateo, durante la cual mi amigo me informó de cosas importantes sobre Nathaniel Blake, ya lo tengo todo preparado.

Es lunes, me toca ir a la oficina a trabajar, pero he llamado para avisar de que llegaré más tarde. Tengo que pasar por un sitio primero.

El plan es sencillo, pero eso no lo hace menos peligroso. Ayer pasé horas pensando en los movimientos de Nathaniel Blake, buscando información sobre los lugares que frecuenta, sus rutinas. Todo sobre lo que me había informado Mateo. Y hoy he puesto en marcha la primera fase de mi juego: fingir un encuentro casual.

Aparco el coche cerca de mi destino. Camino por la calle con una sensación de inquietud clavada en la piel. He elegido un conjunto que grita elegancia sin esfuerzo: un vestido gris claro, sencillo, que cae sobre mi cuerpo con una fluidez casi inocente. Quiero parecer vulnerable, accesible... una mujer con la que un hombre como Blake se interesaría al instante.

Sé que suele frecuentar esta cafetería en el centro de la ciudad, un lugar discreto que se mezcla con las oficinas cercanas. Es temprano, el tipo de hora en la que los trabajadores hacen una pausa rápida antes de seguir con su día. Por lo que me dijo Mateo, ese hombre viene aquí casi todas las mañanas a esta hora a tomar un café. Y ahí estoy yo, fingiendo buscar algo en mi bolso frente a la puerta del café, esperando a que haga aparición pues no lo he visto en el interior de la cafetería, lo suficientemente cerca de la puerta como para captar su atención, pero no tan obvia como para que sospeche. Mi corazón late con fuerza, pero mantengo la calma. He jugado este tipo de juegos antes, aunque nunca con alguien como él: un puto federal acostumbrado a los interrogatorios.

Y entonces, lo veo. Nathaniel Blake, con su porte dominante y esa seguridad en cada paso. Rubio, su cabello perfectamente peinado, camisa blanca arremangada que deja ver unos brazos musculosos que no pasan desapercibidos. Ojos azules e incisivos como estacas. Es atractivo, claro, pero no es el tipo de atractivo que me perturba... no como lo hace Dominic. Este es diferente, calculado. Nathaniel no creo que sea un hombre fácil de engañar, pero sé exactamente qué tipo de hombre es.

Como si fuera un accidente, dejo caer el móvil de mi bolso, viendo cómo se desliza por el suelo a pocos metros de sus pies. Perfecto.

—¡Maldición! —murmuro en voz alta, agachándome torpemente para recogerlo. Lo

hago con la esperanza de que él se acerque.

Funciona. En menos de tres segundos, está a mi lado, recogiendo el teléfono con una sonrisa encantadora.

—Tranquila, no te agaches. Ya lo cojo yo—su voz es suave, educada, pero hay algo en su tono que me dice que también está evaluándome, como un depredador que examina a su presa.

Le sonrío, intentando que parezca una mezcla entre agradecimiento y ligero nerviosismo. Es parte del personaje que estoy interpretando.

—Oh, gracias. Qué torpe soy a veces —digo, agitando una mano en un gesto de disculpa.

Él sonríe y me devuelve el móvil, pero sus ojos no se apartan de los míos. Ya lo he atrapado. Aprovecho la conexión para lanzarle una de mis miradas más coquetas y lamo mi labio inferior.

—No parece que seas torpe en absoluto —responde, y aunque el comentario podría parecer inocente, hay algo en su mirada que me dice que ya está más interesado de lo que esperaba.

—Supongo que tengo mis momentos. —Le dedico una sonrisa un poco más amplia esta vez, viendo cómo reacciona. Y ahí está: el brillo en sus ojos, esa chispa que dice que está curioso.

—¿Ibas a entrar? —asiento y le dedico una de mis miradas y sonrisas más seductoras —¿Puedo invitarte a un café? —pregunta, señalando la entrada de la cafetería detrás de nosotros. No le ha llevado mucho ofrecerlo, lo que confirma lo que sospechaba: Nathaniel Blake es un hombre que sigue sus instintos. Y ahora mismo, sus instintos están girando en torno a mí.

Asiento, fingiendo vacilación, como si no estuviera completamente segura de si debería aceptar la oferta.

—Bueno, no quisiera molestar...

—No es ninguna molestia, al contrario —interrumpe suavemente—. Solo un café, nada más.

Nos dirigimos al interior de la cafetería, y mientras caminamos, puedo sentir la tensión entre nosotros. Es sutil, pero está ahí. Los hombres como Nathaniel, policías o federales, están acostumbrados a controlar cada situación en la que se encuentran, y puedo notar que ya está pensando en cómo va a manejar esto. Cree que tiene el control, pero lo que no sabe es que esta es mi partida.

Nos sentamos en una mesa junto a la ventana, y noto que él me observa mientras me acomodo en la silla. Es como si quisiera descifrarme, averiguar quién soy realmente. Pero no lo tiene fácil.

—¿Es la primera vez que vienes por aquí? —pregunta después de que hacemos nuestros pedidos. Su tono es casual —porque reconocería una belleza como tú si la hubiese visto antes —

directo al grano. ¡Ja! Sonrío en mi interior, victoriosa, aunque la sonrisa que le muestro a él es la de alguien sonrojada por el cumplido —. Lo siento, no quería incomodarte.

—No me incomodas —paso mi mano por el pelo para recolocarme un mechón tras la oreja — y sí, es la primera vez que vengo aquí. Necesitaba una pausa en el trabajo, aunque esta cafetería se sale del área de mi oficina, pero necesitaba un paseo y refrescar mis ideas, huir de la rutina —respondo, entrelazando los dedos sobre la mesa—. A veces es bueno salir y tomar aire, ¿no crees?

Él sonríe, pero hay algo en sus ojos que sigue siendo oscuro, intrigante. Lo veo inclinarse un poco hacia delante, apoyando los codos en la mesa. La luz del sol que entra por la ventana hace que sus ojos azules parezcan aún más intensos.

—Depende de qué quieras escapar —dice, su voz baja, como si fuera una confidencia entre nosotros.

Siento un escalofrío recorrer mi columna. Su comentario es más que una simple observación. Es un desafío. Y no puedo evitar sentir una atracción incómoda hacia él, una tensión que no había previsto. Nathaniel no es solo un hombre atractivo; es peligroso de una manera diferente, calculada, fría. Como yo. Tiene una mirada turquesa que no dejaría indiferente a nadie y una mandíbula cuadrada muy bien afeitada que es muy sexi.

—A veces, escapar es solo la única manera de sobrevivir —respondo, mi voz igualmente baja. No es solo parte del juego. Es una verdad que conozco demasiado bien.

Blake se reclina ligeramente, evaluando mis palabras, y por un momento, parece que ha captado algo más profundo de lo que esperaba. Pero en lugar de retirarse, parece más interesado.

—Eso suena como alguien que ha tenido que escapar más de una vez. —Su tono es suave, pero veo la intensidad detrás de sus ojos. No está hablando solo de escapar de un lugar, sino de algo mucho más grande. Este tipo sabe ver más allá.

—Todos tenemos nuestras historias —digo, tomando un sorbo de mi café—. Pero algunos somos mejores contando las de otros.

Nathaniel se ríe suavemente, y el sonido es tan agradable como inquietante. Sé que él está disfrutando del juego tanto como yo. Espero y deseo verdaderamente que esto sirva de algo.

—Eres interesante, ¿puedo saber tu nombre? —dice finalmente, y esa simple pregunta me dice que el juego está avanzando. Podría mentirle, pero engañar a un agente del FBI no parece una idea muy brillante. Él puede averiguar lo que quiera de mí. Así que mi intención es que no desee averiguar más de lo que yo le quiera informar y para ello tengo que ser sincera y él tiene que notar que lo soy. Tiene que confiar en mí.

—Valeria —respondo sonriente y tendiéndole la mano.

—Nathan —me ofrece él la suya y las apretamos. Es sincero. Bien.

Nathaniel me mira con esos ojos azules tan profundos que parecen querer atravesar cada capa que he construido a mi alrededor. Quiere saber más de mí. Estoy segura.

—¿A qué te dedicas? —lo sabía. Aunque algo me dice que todo está siendo demasiado fácil y me hace dudar por un segundo.

Sus ojos me escudriñan y viajan tanto por mi rostro como por mi escote mientras aguarda mi respuesta. Sonrío suavemente, bajando la mirada un segundo antes de volver a enfrentarlo, mostrándome un poco nerviosa, casi tímida, como si no estuviera completamente cómoda con lo que voy a confesar.

—Soy abogada, laboralista —digo al fin, eligiendo cuidadosamente mis palabras.

—¿Abogada? ¡Vaya! ¡Un trabajo apasionante! —responde, levantando una ceja, divertido, como si no encajara la imagen que tiene de mí con esa palabra. Y lo entiendo. La mayoría de la gente no ve a alguien como yo detrás de un escritorio, lidiando con contratos y pleitos. Lo que no sabe es que mi vida como abogada está muy lejos de lo ordinario.

—Sí, bueno… el trabajo puede ser estresante a veces. —Intento sonar casual, restándole importancia, pero mis palabras dejan entrever algo más, una tensión que no puedo ocultar del todo.

—No me imagino a alguien como tú dejándose vencer por el estrés —comenta con una sonrisa que parece más una trampa que un cumplido.

Decido jugar la carta que tenía guardada. Si quiero ganarme su confianza, tengo que ser honesta en un punto… un punto que me haga parecer vulnerable, real. Algo que le dé poder sobre mí, o al menos que lo haga pensar que lo tiene.

—Bueno, la verdad es que no siempre fui abogada —digo, tomando un sorbo de mi café mientras siento su atención intensificarse—. Hubo una época en la que tuve que hacer otras cosas para salir adelante.

Lo noto inclinarse ligeramente hacia delante, interesado. La palabra "otras cosas" siempre despierta curiosidad.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunta, y aunque su tono sigue siendo suave, hay una chispa en sus ojos. Lo tengo justo donde quería.

Siento un pequeño nudo en el estómago, fingido, claro, pero necesario para el papel. Bajo la mirada como si estuviera avergonzada, antes de forzarme a enfrentar sus ojos de nuevo.

—Trabajé en un club nocturno. Como bailarina de pole dance.

Su expresión cambia por un segundo, algo entre sorpresa y una oscura fascinación. Justo lo que esperaba.

—¿Pole dance? —repite, como si estuviera saboreando la palabra. Se toma un momento antes de hablar de nuevo, y siento la tensión sexual aumentar entre nosotros. Él cree que acaba de obtener una pieza importante de mi historia. No sabe que es justo la pieza que yo quería que viera.

—Sí… fue una época difícil. Estaba en la universidad y… necesitaba el dinero. —Mi voz es baja, casi rota. Quiero que piense que este es mi secreto más oscuro, algo que me duele

confesar.

Lo veo inclinarse aún más hacia mí, sus ojos buscando los míos.

—Supongo que todos hemos tenido que hacer cosas que no nos enorgullecen —dice finalmente, su tono más suave, más personal. Está cayendo en mi red. Lo puedo sentir.

—Sí, pero algunas cosas… se quedan contigo. —Le lanzo una mirada furtiva, como si estuviera compartiendo algo aún más íntimo. Mi corazón late con fuerza, no por la confesión, sino porque sé que estoy a punto de atraparlo por completo—. Todavía tengo ciertos hábitos de esa época.

Me quedo en silencio unos segundos, permitiendo que sus pensamientos llenen el vacío entre nosotros. Sé exactamente lo que está pensando, puedo ver la curiosidad y el deseo en sus ojos, preguntándose qué significa esa última frase. No es solo una confesión. Es una promesa de algo más.

—¿Hábitos? —pregunta, su voz baja, casi ronca.

Asiento lentamente, con la mirada fija en él. Me estoy acercando al borde de algo peligroso, pero sé que este es el momento crucial. Si me retiro ahora, pierdo el control.

—Digamos que no todo lo que hacía en ese club era... trabajo —dejo caer la bomba, y veo cómo su mente comienza a procesarlo.

Nathaniel se toma un segundo, estudiando mi rostro, midiendo cada palabra que he dicho. Sabe que no soy una mujer común, pero ahora le he dado un motivo para querer saber más, para estar aún más cerca de mí.

—No me pareces el tipo de mujer que debería avergonzarse de nada —dice con una sonrisa que es más oscura de lo que esperaba.

Siento su mirada pesada sobre mí, pero mantengo mi fachada. Este es el juego. La cazadora disfrazada de presa.

—Quizás no debería, pero lo hago —respondo, dándole una salida emocional, mostrándome humana, accesible.

Nathaniel asiente lentamente, y siento que la conversación ha llegado a donde quería. Me ve como alguien con secretos, alguien que necesita protección. Y él, con su instinto de agente del FBI, quiere ser el que los descubra todos. Me observa un poco más antes de sonreír con ese brillo en los ojos que me dice que lo he atrapado.

—¿Sabes? Deberíamos continuar esta conversación en otro momento —dice finalmente, su tono suave pero sugerente—. Tal vez en una cena. Algo menos casual.

Lo dice como una invitación, pero también es una declaración de intenciones. Ha mordido el anzuelo, y ahora quiere más.

Fijo mi mirada en la suya, dándole la impresión de que estoy considerando su propuesta seriamente, como si estuviera sopesando los pros y los contras. Aunque sé que no tengo elección.

Este es el siguiente paso en el juego, y tengo que seguir adelante.

—Me parece una buena idea —respondo, con una sonrisa suave, casi tímida—. Pero espero que no sea solo por curiosidad.

Nathaniel se ríe, una risa baja y peligrosa, como si supiera que la curiosidad es solo el principio.

—Curiosidad, claro, pero también porque quiero conocerte mejor, Valeria. Mucho mejor.

—¿Puedo saber a qué te dedicas tú, Nathan? —pregunto con mi voz más inocente. Él me dedica una sonrisa ladeada.

—Solo si prometes que no será un inconveniente para poder seguir conociéndote.

—Si eres un criminal no podré prometerte tal cosa —digo en tono bromista, aunque intentando que suene con segundas —ya sabes que soy una "mujer legal" —su ronca risa reverbera en mi estómago.

—Soy agente del FBI. Narcotráfico y cosas de esas. Ya sabes —confiesa finalmente con un halo de superioridad y egocentrismo palpable. Abro la boca haciéndome la sorprendida.

—¡Vaya! Y dime una cosa, Nathan —susurro para que me preste más atención y se acerque más a mí. Cuando lo hace pregunto —¿Y tienes una pistola muy grande? —vierto mi pregunta en sus labios, mirándoselos y mordiéndome los míos. Le veo tragar saliva. Antes de que responda, me pongo en pie, saco un trocito de papel de mi bolso y un bolígrafo y apunto mi número de teléfono. Dejo el trozo de papel en la mesa y me recreo en esa mirada de hombre que ha caído en el embrujo —. Tengo que irme ya a trabajar. Si te interesa que nos veamos con un poquito más de tiempo, llámame —zanjo mi primer ataque con este movimiento.

—No te quepa la menor duda que lo haré —son sus últimas palabras antes de que me aleje de él y salga de la cafetería.

CAPÍTULO 18



Dominic

Estoy sentado en la sala de control de mi oficina, en *Nebula*, rodeado de pantallas que proyectan imágenes en vivo de los lugares que controlo. Y también… viendo las imágenes, por enésima vez, que mis hombres han captado de Valeria esta mañana, después de la charlita que tuvimos anoche en su apartamento, en la que le expliqué claramente los motivos por los cuales JAMÁS debería traicionarme o abandonarme con el agua al cuello. Porque esa agua también está ya en su cuello. La he puesto yo, lo sé, pero nunca permitiría que se ahogara si rema conmigo, a mi favor.

Nikolay y Leonid la han seguido esta mañana, por orden mía. Quería ver si cambiaba en algo su actitud, si encontraban algo raro en ella que hiciese pensar que definitivamente iba a renegar de mi caso y olvidarse de mí, o si, por el contrario, iba a continuar con nuestro acuerdo. No puedo presionarla más. Es una puta mierda, pero Valeria es la única jodida persona de este planeta a quien no sirve de nada presionar. Bueno, sí sirve. Si la presionas, obtienes exactamente lo contrario de lo que quieres de ella. Así que no me queda más remedio que permanecer unos días cauto, expectante de su próximo movimiento. Alguna señal, por pequeña que sea, de que sigue queriéndome en su vida.

Por eso, cuando llegaron las imágenes de ella con ese tipo a mi poder, lo primero que hice fue romper todo lo que había a mi alrededor, que era la vajilla de la cocina. Sobre todo, al mencionar Nikolay que es un puto federal. Después quise verlo de nuevo, un poco menos tenso, o eso me decía a mí mismo, porque ya sabía lo que iba a ver. Pero quería evaluar bien los gestos de Valeria, ver si el interés que mostraba por ese tipo era real o fingido. Así estuve toda la mañana, viendo una y otra vez el encuentro entre el puto Nathaniel Blake y la víbora de mi *cristalito*.

Me he pasado el maldito día dándole vueltas a todo. Intentando refrenar mis ganas de llamarla y gritarle qué demonios está haciendo. Pero no voy a insistirle, porque esa hija de perra hace siempre lo que le pido que haga. Así que voy a darle de su propia medicina y que el miedo se encargue de hacerla entrar en razón.

Pero no puede ser que me esté traicionando así, en mi cara, con un puto federal. Porque, aunque su encuentro, según han captado las cámaras de mis hombres, parece casual, yo conozco bien a Valeria, mejor de lo que ella cree, y esa que muestran los videos de mis hombres es la Valeria en acción que sabe qué teclas pulsar en un hombre para obtener lo que quiere. Lo está

seduciendo, maldita sea.

Así que en cuanto llego a mi club *Nebula* esta noche, como no soy capaz de pensar en nada que no sea esa jodida mujer y su posible traición, he puesto a Pavel, uno de mis hombres y el más entendido en temas financieros, a cargo de la reunión de hoy que es bastante simple y yo me he encerrado en mi oficina, para poder ver de nuevo la reunión que ha acontecido esta mañana.

Cada rincón del restaurante, cada calle donde tengo ojos, cada paso que da Valeria está frente a mí. Y ahora, esa maldita imagen. Nathaniel Blake, el agente del FBI, sentado frente a ella. Sonriendo. Coqueteando.

Mi mandíbula se tensa. El calor de la ira me recorre el cuerpo como una oleada de fuego que no puedo sofocar. Mis dedos tamborilean en la mesa de cristal, y siento una explosión de rabia acumulándose bajo la superficie. He soportado verla interactuar con otros antes, pero esto... esto es distinto. Blake es diferente. Blake es peligroso. Y no solo para mí. Para ella. Porque Blake y ella están hecho del mismo hielo. He tenido tiempo de sobra de investigarlo en lo que va de día.

Leonid y Nikolay están de pie detrás de mí, en silencio, vigilándome mientras yo vuelvo a castigarme con las imágenes de Blake y Valeria interactuando. Mis hombres saben lo que está pasando, y puedo sentir cómo intercambian miradas entre sí, como si estuvieran esperando que explote en cualquier momento.

—Esto no puede seguir así, Dominic —Leonid habla primero, rompiendo el silencio pesado que flota en la habitación—. Estás perdiendo la cabeza por esa mujer.

—Cállate —gruño, sin apartar la vista de la pantalla. Los ojos de Valeria brillan con una intensidad que me pone enfermo. No puedo soportar verla mirarlo así.

—No, tiene razón —Nikolay interviene—. Estás en un punto en el que no puedes pensar con claridad. Está jugando con fuego, y tú... tú ya estás ardiendo.

Aprieto los dientes, intentando mantener el control. Sé que están diciendo la verdad, pero no puedo dejarme arrastrar por eso ahora. No cuando Blake está tan cerca de ella. No cuando ella está tan cerca de... traicionarme.

¿Pero es traición? O bien podría… ¡joder, ella me dijo algo sobre que su amiguito, el tal Mateo, le había dado el nombre del federal que estaba investigándome! ¡Quizá es ese cabrón de Blake! ¿Es éste su intento de salvarme de esta maldita investigación? Mateo le contaría sobre el FBI, sobre Blake… Y ahora Valeria lo está seduciendo. Sé que es por mí. ¡Joder, sí! No puede ser otra cosa. Ella no sería capaz de hacer esto si no tuviera un plan. ¿O sí?

Las dudas me golpean como un martillo. Por más que me esfuerzo en negarlo, una parte de mí no puede soportar la idea de que Valeria esté haciendo esto porque quiere. Porque lo disfruta. Porque quiere joderme ya que piensa que yo la estoy jodiendo a ella. Yo me he mostrado como soy, y ella solita se ha visto arrastrada por mi oscuridad sin hacer mucho, como la polilla se ve arrastrada a la luz. Y esto lo hace quizá porque quiere ser libre, como me lo dejó bien claro. A lo mejor está urdiendo un plan para precipitar mi entrada a la cárcel, ganarse la

protección de ese cabrón y librarse de mí porque está asustada al yo decirle que puede que esté ya más implicada de lo que realmente está. Nadie sabe que es mi abogada… solo usé eso para asustarla y que no me dejara. ¡Pero esta maldita mujer nunca actúa como yo creo que lo va a hacer!

—No puedes ir tras ella —dice Nikolay, con más firmeza esta vez, como si pudiera leer mis pensamientos—. Ella te dejó claro que no es tuya. Si la presionas, la estarás empujando a soltarse de la lengua con los federales y te joderán, jefe. Esa mujer no es como las demás.

—No me jodas, ¿de verdad? —le pregunto irónicamente acariciando mi barba de dos días con nerviosismo —. No me había dado cuenta de que es diferente.

—Pues si lo sabes, jefe, con el debido respeto, debes de dejar de actuar con ella como si fuera tuya. O todo se irá a la mierda. No quiero que te enfades, Dominic, pero te lo digo porque estoy preocupado por ti.

No es mía. Esas palabras me hacen ver rojo. Cierro los puños, las uñas clavándose en las palmas de mis manos. ¿No es mía? ¿De quién cojones es entonces? No puedo soportar la idea de que sea de nadie más, mucho menos de ese bastardo. ¡Le he dejado, maldita sea, hacer su vida libremente, sin saber de mi existencia, porque estaba absolutamente seguro de que, cuando me conociera cara a cara, se daría cuenta como yo me di desde el primer momento, que somos una puta bomba juntos, que entre nosotros hay una química insuperable e insalvable! Pero parece ser que eso ha sido así solo para mí.

—¡Es por mí! —grito de repente, levantándome de golpe. La silla cae al suelo con un golpe seco—. Ella está haciendo esto por mí, lo sé. Tiene que ser por mí. ¡Seguro que ha averiguado que ese tipo lleva mi investigación y está intentado manipularlo!

—¿Estás seguro? —Leonid pregunta, cruzándose de brazos—. ¿O solo te lo estás diciendo para no perder la razón? Porque lo que yo veo es que ella está disfrutando demasiado de ese juego.

Sus palabras se clavan en mi pecho como cuchillos. Me vuelvo hacia él, los ojos ardiendo de rabia, pero no encuentro las palabras. Porque parte de mí sabe que tiene razón. Parte de mí ve lo mismo que él.

—Tú prometiste dejarla ser libre —Nikolay me recuerda, su tono bajo y medido—. Y eso significa que no puedes ir ahora y exigirle que sea tuya. No puedes decirle lo que debe hacer. La perderás si lo haces y nos joderá a todos.

La perderé. ¿Es eso lo que me está pasando? ¿Ya la estoy perdiendo?

Siento una presión en el pecho, una mezcla de rabia y desesperación que amenaza con desbordarse. Quiero gritarle que está equivocado, que Valeria no puede querer a otro hombre, que esto es solo una parte del juego que ella ha inventado para salvarme, un juego en el que emplea sus artes de manipulación. Pero mis propias dudas me callan.

Valeria es una mujer libre. Y esa libertad me está matando lentamente.

—Ella... no puede hacerlo por nadie más —murmuro, más para mí que para ellos—. No

puede.

Me acerco a la pantalla, observando cómo Blake le sonríe y cómo ella responde con una sonrisa tímida, casi dulce. Mis entrañas se retuercen de celos, pero no puedo apartar la vista. Mi teléfono vibra en el bolsillo. Es ella.

Dejo el teléfono a un lado y respiro hondo. Me queman los dedos de las ganas que tengo de descolgar ese puto teléfono y oír su voz. Que me diga que todo esto ha sido un plan. Que no me está jodiendo. Pero, sé que, si no oigo lo que necesito, si me oculta que se ha visto con ese hombre, perderé los estribos y la presionaré para que no le dé a nadie más lo que necesito que sea solo mío. La llevaré al infierno en donde estoy sumergido ahora mismo y sé que no me perdonará nunca que le arrebate su alma. No puedo acercarme a ella ahora, no puedo presionarla. La perderé si lo hago.

Además, necesita sentir el miedo ella también. Necesita una dosis de su propia medicina con mi indiferencia. Tal vez así, se dé cuenta de que, si me aparta de su lado, perderá lo que sentimos cuando estamos juntos.

Pero cada fibra de mi ser me dice que no puedo dejar que otro hombre se acerque a ella. No Blake, no nadie.

—Dominic, si sigues así... —Leonid comienza a decir, pero lo interrumpo.

—No hay "si sigo". Ya está hecho. Estoy jodido, ¿vale? Jodido por esa mujer. —Mi voz sale áspera, rota por la frustración—. Y si quiere jugar a esto, si cree que puede alejarse de mí y acostarse con quien quiera, entonces está muy equivocada.

Nikolay me mira, serio.

—Lo único que te está deteniendo de perderla es que tú mismo le diste las llaves de su jaula. Ya no puedes cerrarla dentro, Dominic. No puedes controlarla como a todos los demás. Fue tu condición para que no se fuera. No puedes incumplir tu palabra o no te creerá más.

La realidad me golpea, dura y fría. Tienen razón. No puedo controlarla. No puedo. Y eso me está destrozando.

—Pero también sé una cosa —añado, con voz firme, más para convencerme a mí mismo que a ellos—. Prometí dejarla libre a ella, pero no al cabrón que se atreviera a tocarla.

Dejo que la frase se disuelva en el aire. La amenaza está clara. Ni Blake ni ningún otro hombre tendrá lo que es mío. Aunque ella me odie por eso.

Leonid me observa en silencio por un momento, luego asiente lentamente, como si entendiera la gravedad de lo que estoy diciendo.

—Solo asegúrate de que no te destroces en el proceso, Dominic. Enfrentarse a un federal puede ser un problema aún mayor del que ya tienes —dice finalmente, su tono más suave, casi preocupado.

—No tengo elección —murmuro, mirando una vez más la pantalla, viendo a Valeria moverse en el tablero de este maldito juego—. Ella es la única cosa que quiero más que mi

propia libertad.

"No me conoces del todo, Valeria. Pero lo harás. Y cuando eso pase, te darás cuenta de que no soy un hombre que comparte."

CAPÍTULO 19



Valeria

"Tú lo has querido."

Me digo mientras pongo el pie en *Nebula*. No sé si está aquí o no, pero al menos alguno de sus hombres estará, y si no los que siempre me siguen, allá donde voy, estarán informando al "gran jefe" que su *cristalito* ha venido a provocarlo.

No es que me haya dejado más opción que esta. No iba a dejar pasar más horas con esa bomba de relojería en su cabeza. A veces me asusta creer conocerlo tan bien en tan poquísimo tiempo a su lado. Pero sé que sus hombres me han seguido hoy. Sé que sabe que he coqueteado con Nathaniel Blake. Sé que habrá investigado y habrá descubierto que es federal. Y espero y deseo que haya sumado dos más dos y haya entendido que si me he acercado a él, ha sido solo para sonsacarle información, no para traicionar a Dominic.

Pero, dado su temperamento del que ya he sido testigo en más de una ocasión, sumado al hecho de que no ha contestado mis llamadas, me da que pensar que el muy idiota cree que verdaderamente sí lo estoy traicionando.

No puedo dejar que pase más tiempo pensando algo así.

Me mandaría aniquilar o me secuestraría y me metería en un zulo, o haría cualquier otra barbaridad digna de un mafioso en toda regla.

Y, además, no quiero admitirlo, pero no quiero que piense que lo he traicionado. Aunque no me hiciera daño, aunque lo dejara pasar (cosa que es muy improbable), siento un pellizco en el pecho al pensar en el dolor que podría causarle una traición tan horrible.

Así que, tras mucho meditar (parte de esa meditación con la réplica de su polla dentro de mi coño), he llegado a la conclusión que no puedo huir de esto. Y, además, he llegado a admitir mirándome a los ojos a través de un espejo, que tampoco quiero hacerlo.

Sí, quiero ser libre aún. Pero resulta que parte de mi libertad se la ha llevado ese cabrón en sus manos y me ha despojado de ella sin pedir permiso. Si huyo de él, también estaré huyendo de la parte de mí que el muy hijo de puta se ha quedado sin mi permiso. De modo que, hasta que

me devuelva esa parte, tendré que joderme, entrar en su juego, y disfrutar lo que pueda de él.

Entro a *Nebula* sola, con un vestido negro extremadamente corto que abraza mi cuerpo como una segunda piel y unos tacones que resuenan contra el suelo con la misma determinación que siento latir en mis venas. Mi plan está claro: atraer su atención, provocarlo lo suficiente para obligarlo a salir de las sombras y enfrentarlo de una vez. Sé que Dominic está observando. Siempre lo hace. Él tiene ojos en todas partes, me lo ha dejado claro, y esta vez, no me ha dejado otra opción que sacar las garras. Si no va a responder mis llamadas, entonces yo haré que él venga a mí.

El club está lleno de la típica clientela, hombres y mujeres moviéndose al ritmo de la música, envueltos en ese ambiente cargado de hedonismo y lujuria. Camino entre ellos, esquivando cuerpos, notando algunas miradas sobre mí, pero mi mente está en un solo lugar. En un solo hombre.

Cuando me acerco a la barra, el barman me lanza una sonrisa, dando un buen repaso a mi pronunciado escote. Pido una bebida ligera, aunque ni siquiera me interesa beber. Mi mente está enfocada en lo que tengo que hacer: necesito provocarlo. Necesito que Dominic acuda a mi llamada.

Mientras sorbo lentamente, permito que mis ojos recorran el club. Veo a un tipo atractivo apoyado en la barra unos metros más allá, y decido que él servirá para mi propósito. Me acerco a él sigilosamente mientras dedico un baile a mi audiencia de lo más sensual, con la confianza de una mujer que sabe lo que quiere. No me importa quién es ni qué hace aquí. Solo necesito que parezca interesado en mí. Y no le toma más de un minuto caer en la trampa. Fija su mirada predadora sobre mí enseguida y me dedica un gesto malicioso. Con una sonrisa coqueta, nos acercamos el uno al otro, su mano tocando la parte baja de mi espalda, y mi cuerpo se inclina hacia él como si estuviéramos compartiendo algún secreto. Comenzamos a bailar de forma demasiado seductora.

Sé que Dominic está viéndolo todo. Siento el ardor de su mirada incluso antes de que él mismo haga acto de presencia. Sé que esto lo está enloqueciendo. Y esa es exactamente mi intención.

—Eres preciosa, ¿vienes aquí mucho? —me pregunta el hombre, intentando iniciar una conversación.

Lo ignoro, más interesada en lo que sé que está por venir. Y, justo cuando esperaba, la atmósfera a mi alrededor cambia. Un vendaval de escalofríos que solo Dominic puede traer consigo se arrastra por mi columna vertebral. Sé que él está aquí. Lo siento. Entonces, sin previo aviso, siento su mano, dura y exigente, cerrándose alrededor de mi brazo.

—Es suficiente, Valeria —gruñe, su voz grave y cargada de furia.

El tipo que estaba conmigo se queda boquiabierto al ver la furia en los ojos de Dominic, pero ni siquiera tiene tiempo de reaccionar antes de que Dominic me arrastre fuera de su alcance. No opongo resistencia. Lo he logrado. Lo he enfurecido lo suficiente como para hacerle perder el control.

Me empuja a través de la multitud, hasta una puerta que lleva a una zona más privada del club, donde las luces son más tenues y el ambiente más oscuro. La puerta se cierra con un golpe seco tras nosotros, y su agarre en mi brazo se afloja, pero su furia sigue ardiendo.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —me espeta, acercándose demasiado, su voz vibrando con rabia contenida.

Lo miro a los ojos, sus oscuros y a la vez claros furiosos ojos. No retrocedo. Si quiere un enfrentamiento, lo tendrá.

—Estoy buscando que me escuches, Dominic. —Mi voz es firme, aunque sé que la situación es peligrosa—. Y, claramente, y por lo que veo, este es el único modo de conseguirlo.

—¿Escucharte? —replica, su tono lleno de incredulidad y veneno—. ¿Así es como intentas que te escuche? ¿Restregándote contra la polla del primer imbécil que encuentras?

—No seas ridículo —le espeto, alzando la barbilla—. Lo hice para provocarte. Sabía que estabas vigilándome. Sé que siempre lo haces.

Su mandíbula se tensa, y sus ojos chispean con una mezcla de celos y furia. Está a punto de explotar.

—Provocarme… —Su voz baja de tono, oscura, peligrosa—. ¿Esto es un maldito juego para ti?

Doy un paso hacia él, retándolo a enfrentarse a la verdad que no quiere escuchar.

—No es un juego, Dominic —digo con un filo en mi voz—. Es la única forma de hablar contigo. Estás evitándome, y no tengo tiempo que perder. Lo que viste con Blake...

—¡Oh, ahora te apetece hablarme de él! ¡Genial! Después de restregarle tus tetas por la cara y darle tu número de teléfono personal a un puto federal, decides que quizá sea momento para decírmelo. Y dime una cosa, ¿lo has decidido antes o después de que supieras que te estaba vigilando y me habías hecho explotar de furia? —me grita encolerizado. Hay algo en la forma en la que sus gestos se llenan de rabia que me pone muy, pero que muy cachonda. La verdad, que ahora que vuelvo a tenerlo frente a mí, he de reconocer que ningún hombre en el mundo ha conseguido atraerme al nivel que este hombre lo hace. Nadie ha conseguido que me sienta tan atraída, como si no pudiera escapar, como si todas las células de mi cuerpo me gritaran que me folle como un animal.

—Era un plan, Dóminic —grito por encima de su voz para que me escuche. No me va a dar muchas opciones de réplica y necesito que lo haga.

—¿Follarte a un federal? ¡Bravo! Seguro que pensaste “es un puto plan de la hostia, apuesto el cuello a que a Dominic le fascina” —se burla de mí haciendo aspavientos con las manos y yo controlo como puedo mi sonrisa —. ¡No tiene ni puta gracia, joder! —grita de nuevo fuera de sí y acercándose a mí como un lobo a punto de atacar a su presa. Su físico nunca me había parecido tan imponente como ahora, que parece que hasta se extiende como una sombra negra a su alrededor y me abraza hasta hacerme sentir pequeña.

—Era parte del plan —digo y consigo sonar serena, aunque no me sienta así en absoluto —. Es el tipo que está a cargo de tu investigación en el FBI —su mirada se ensancha, así como sus fosas nasales—. Necesito ganarme su confianza para conseguir información que podría salvarte de la investigación. Estoy haciendo esto por ti, Dominic. Tú me pediste que te salvara el cuello. Es lo que estoy haciendo.

Él me mira, su furia vacilando un momento. Puedo ver cómo está procesando lo que le digo, pero sigue dudando, atrapado en su rabia. Su respiración es pesada, como si intentara controlarse, pero lo que hay entre nosotros no permite el control. Ambos estamos al límite.

—¿Y qué clase de plan implica que te metas en la cama con otro hombre? —gruñe, su voz temblando de ira—. ¿O es que te estás divirtiendo demasiado jugando a dos bandas?

Su acusación me golpea como un látigo, pero no dejo que vea cuánto me jode. Siento el calor de su cuerpo cerca del mío, la energía cruda que fluye entre nosotros, imposible de ignorar.

—¿De verdad crees que te estoy traicionando? —le susurro con un desafío en los ojos—. ¿Crees que podría hacerte eso?

—¡Oh, sí que lo creo! En vista de lo mierda que me consideras con respecto a… no sé, con respecto a todos los demás hombres. ¡Sí, lo creo!

—Yo no te considero ningún mierda, Dom, ¡no digas tonterías! —ahora soy yo quien se enerva, porque es ridículo que no vea cuánto me afecta su sola presencia.

—¡Ah, ¿no?! ¡¿Pues por qué soy al único hombre sobre la faz de la tierra que no quieres follarte?! —me apunta con el dedo acusador.

—Eres el único jodido hombre sobre la faz de la tierra que quiero follarme, estúpido. Pero me niego a darte ese poder sobre mí. Por eso intento no caer, ¡joder! Porque solo con mirarte me mojo, porque siempre tengo ganas de tener tus jodidas manos sobre mí. ¡Pero no quiero ceder a estos impulsos y darte más de mí! ¡Ya has cogido suficiente de mí sin haber pedido permiso si quiera!

Se queda callado ante mi respuesta, y sé que está evaluando si estoy siendo sincera o no. No sé cuál es su veredicto, pero le sostengo la mirada con toda la firmeza que puedo.

El silencio entre nosotros es ensordecedor, y puedo ver la batalla en su interior. Dominic está a punto de perderlo todo, y él lo sabe. Pero yo también sé que no es solo su vida lo que está en juego aquí. Es algo mucho más grande. Algo que ninguno de los dos está dispuesto a admitir. Es una batalla de poder y de egos que se llevará hasta la tumba y que, sin él saberlo, ya ha ganado contra mí desde que probé sus jodidos labios y sus manos combustionaron mi piel y mi alma, hasta hacerla casi tan negra como la suya. Pero no se lo diré. No lo admitiré. Jamás.

—No quiero que hagas esto, Valeria —dice finalmente, su voz baja, tensa, pero con un toque de vulnerabilidad que rara vez muestra—. No quiero que tengas que seducir a Blake ni a nadie más. No puedo soportarlo —admite, derrotado, y su confesión me deja descolocada. No pensé jamás que se mostraría tan vulnerable ante mí. Suspiro y echo la vista a otro lado. No puedo mirarlo y seguir adelante con todo esto, porque mueve hilos en mí que me enloquecen y

me hacen sentir demasiadas cosas que no puedo permitirme sentir.

—No tienes elección —respondo con firmeza, vuelvo a mirarlo y me acerco un poco más, mi cuerpo rozando el suyo, sintiendo la electricidad que crepita en el aire—. Estamos juntos en esto, Dominic. Lo que sea que esto sea. No voy a dejar que te destruyan, aunque tenga que hacer lo que sea necesario.

Sus ojos se oscurecen aún más, pero esta vez no es solo furia lo que veo en ellos. Es deseo. Puro, ardiente deseo que ha estado contenido durante demasiado tiempo. Y, como una chispa que prende fuego a una mecha, todo explota en el momento en que me toma por la cintura y me empuja contra la pared. Su boca choca contra la mía con una intensidad feroz, como si estuviera intentando poseerme a través del beso.

Siento su lengua, sus labios duros y hambrientos, y mi cuerpo responde al instante, ardiendo por completo. Todo lo que hemos estado conteniendo, todas las emociones y la tensión que han estado hirviendo bajo la superficie, estallan en este beso, en la forma en que sus manos se aferran a mi cuerpo como si no pudiera soportar la idea de soltarme.

Sus manos se deslizan por mi espalda, bajando hasta mis caderas, tirando de mí hacia él con una urgencia que solo aumenta mi propio deseo. Aprieta mis nalgas con ferocidad, apretándome contra su dura entrepierna, como si quisiera fundirnos a los dos en el mismo cuerpo. Mi mente grita que lo detenga, que no deje que esto se descontrole, pero mi cuerpo traiciona esa lógica. Lo deseo con una intensidad que asusta. Y sé que él a mí también. Lo sé cuando le miro a los ojos.

Me separo de sus labios con gran esfuerzo y vuelvo a mirarle a los ojos. Siento que me va a pedir que no lo haga, que no me acerque a Blake porque le hará enloquecer. Pero no quiero que me pida algo que sé que será su salvación. Así que, para acallarlo y calmar sus ánimos, soy yo la que en esta ocasión me pongo de rodillas, ante él, sin dejar de mirarlo, y bajo la bragueta de su pantalón ante su atónita mirada para darle algo de paz, mientras dure la función.

Dominic coge aire en sus pulmones cuando adivina mis intenciones y observa, sin perder detalle, como abro mi boca, saco la lengua y lamo toda la longitud de su grueso y largo tallo venoso.

—Valeria… —susurra mi nombre entre un gemido que bien parece de dolor y de placer al mismo tiempo y se tambalea un poco ante la inesperada caricia eléctrica de placer que recorre su cuerpo—. Valeria… me estás matando —susurra con voz ronca y áspera y yo introduzco su polla lentamente en mi boca y en mi garganta, sin dejar de mirarlo y con ojos llorosos a causa del esfuerzo de albergar tal tamaño. La sensación es maravillosa. Verlo tan rendido a mí me hace sentir una diosa.

—¿Quieres que pare, Dom? —pregunto con cara traviesa y usando el apelativo que sé que le gusta que use con él.

—No… —susurra— no pares, no pares nunca —me implora agarrando mi melena y guiando el ritmo de sus embestidas en mi boca a su antojo —Vuélveme loco hasta que no recuerde ni mi jodido nombre.

Primero comienza a penetrar mi boca lento, mientras se va tensando de pies a cabeza, y poco a poco sube el ritmo, sin dejar de mirarme. Con una mano se aferra a mi pelo con fuerza, haciéndome un poco de daño, pero no es molesto. Con la otra mano, acaricia mis labios rodeando su polla al mismo tiempo.

—Joder, Valeria, mierda, joder —maldice aumentando más el ritmo de sus embestidas en mi boca y yo me hago líquido al verlo así. Mis ojos están llenos de lágrimas del esfuerzo, he sufrido alguna que otra arcada, pero por nada del mundo quiero parar esto —Estoy a punto de correrme, maldita sea, nadie me la ha chupado nunca así. Joder, si quieres que me corra fuera, tienes que separarte ya —mi respuesta se la doy agarrando sus nalgas con fuerza, sin dejar de mirarlo e impulsándolo más hacia mí.

Entonces lanza un rugido parecido al de un león enardecido y lanza la cabeza hacia atrás. Siento los latigazos de su polla en mi boca, expulsando a chorros su semilla en mi lengua y mi garganta y, cuando vuelve a mirarme, le sonrío victoriosa aún con su miembro palpitando en mi boca. Me lo trago todos y relamo la punta del glande para no dejar nada.

Dominic casi pierde el equilibrio tras un orgasmo tan intenso. Me quedo de rodillas unos segundos más, observándolo, preguntándome si ya me he ganado de nuevo su confianza y su favor. Él me observa extasiado. Se muerde el labio y me ofrece su mano para ponerme en pie.

Una vez en pie se lanza a por mí de nuevo y me besa con fiereza. Yo respondo a su beso agarrando su pelo con mis dos manos y gimiendo en su boca. Él me aprieta contra sí de nuevo y me empotra contra la pared.

Cuando finalmente se aparta, ambos estamos jadeando, nuestras respiraciones pesadas llenando el pequeño espacio.

—Tú querías provocarme, ¿verdad? —murmura contra mi oído, su voz ronca y llena de promesas oscuras—. Pues ahora enfréntate a lo que has despertado. No te dejaré escapar de esto, de nosotros. Nunca.

Cierro los ojos un momento, intentando recuperar el control, pero es inútil. Estoy atrapada en este fuego que él enciende en mí, en este caos emocional y físico que no puedo, ni quiero, detener. Ya no voy a luchar contra esto. Me faltan las fuerzas para hacerlo.

—No es tan simple —susurro, intentando sonar más fuerte de lo que me siento—. Dominic, esto se está desbordando, y tú lo sabes.

—Lo único que sé —responde él, mirándome intensamente—, es que no puedo soportar la idea de verte con otro. De que seas de otro.

—No soy de nadie —le contesto, intentando recuperar algo de control sobre la situación —. Ni siquiera tuya.

Dominic se queda en silencio un momento, sus ojos recorriendo mi rostro, como si intentara grabar cada detalle en su memoria.

—Quizás no seas mía, pero no te dejaré ir. —Su tono es bajo, amenazante, pero hay algo más en sus palabras, algo que no se atreve a decir en voz alta. Porque lo sabe: me necesita. No

solo para salvarlo de la investigación, sino para mucho más.

Le devuelvo la mirada, sabiendo que estoy jugando con fuego. Pero no tengo otra opción. Lo que hay entre nosotros está más allá de cualquier control, más allá de cualquier razón.

CAPÍTULO 20



Dominic

Tras la aparición estelar de Valeria en mi club para según ella “provocarme para poder hablar conmigo y que la escuche”, aunque la realidad es que casi le vuelo la tapa de los sesos a un cliente delante de todo el maldito mundo por restregarle la polla a ella mientras bailaban, para después acabar recibiendo la mejor mamada de toda mi estúpida vida en un reservado, tras todo ese huracán de sensaciones y sentimientos, decidí que yo mismo acompañaría a Valeria de vuelta a casa. Es muy tarde y, aunque ya no me cabe la menor duda de que Valeria es mucho más peligrosa ella solita que la bomba atómica, no quiero correr el riesgo de que le pase nada.

Me llevé a uno de mis hombres, Leonid, el mismo que me había avisado de que la bomba de Valeria había llegado al *Nebula* sin previo aviso, y le dije que hiciese de chófer.

Valeria está sentada junto a mí en la parte trasera del coche, con la mirada fija en la ventana mientras las luces de la ciudad pasan a nuestro alrededor. El interior del coche es amplio y cómodo, pero la tensión entre nosotros lo hace sentir pequeño, como si el aire fuera insuficiente para ambos. Leonid conduce en silencio, profesional como siempre, pero sé que está al tanto de lo que ocurre. Mis hombres siempre lo están.

Me esfuerzo por mantenerme tranquilo, aunque la idea de ella y Blake sigue golpeando en mi cabeza como una maldita campana. Me he convencido de creerle, sus explicaciones fueron lo suficientemente convincentes, pero la imagen de Valeria coqueteando con ese agente no se me quita de la mente. Ese cabrón no es solo una amenaza profesional, es personal. Un tipo como Blake podría darle una vida más fácil, más segura. Una vida que, yo sé, no puedo ofrecerle. Seguramente tengan más cosas en común que conmigo…

Carraspeo, incómodo, ante el rumbo que están tomando mis pensamientos, y me recoloco en mi asiento. Valeria me mira unos segundos y parece notar mi incomodidad. Pero ninguno dice nada.

Sigo torturándome mentalmente un buen rato con los motivos por los que creo que a ella le resultaría mucho más atractivo tener una aventura con ese tipo antes que conmigo. Pero, por más que me lo repita, no pienso dejarle el camino libre a nadie. No soy el tipo de hombre que renuncia a lo que quiere. Y quiero a Valeria para mí. Ni siquiera, sabiendo que es lo mejor para ella.

La miro de reojo. Está tan tranquila, tan dueña de sí misma, pero puedo ver la línea tensa

de su mandíbula. Ella sabe que estoy enojado aún. Se está preparando para lo que viene.

—No me gusta este plan, Valeria —digo finalmente, rompiendo el silencio con mi voz ronca de frustración.

Ella gira lentamente la cabeza hacia mí, sus ojos azules como zafiros y penetrantes, tan jodidamente hermosos, tan inalcanzables y al mismo tiempo tan cerca.

—Ya lo sé —responde con calma—. Pero no hay otra opción, Dominic. Es la única manera de sacarte de esta situación.

Mi mandíbula se tensa, y mis dedos tamborilean sobre mi pierna mientras intento contener la rabia que hierve en mi interior.

—¿Tener que verte con Blake es la única manera? —mi tono es casi un gruñido—. ¿Jugar a ser su interés amoroso, dejar que te mire como si fueras suya? No me gusta ese jodido plan. Debe de haber otra fórmula. Ya se me ocurrirá.

—No soy… —me corta ella, tajante, y se inclina hacia mí. Aunque no le dejo terminar la frase, porque por más que me repita que “ella no es de nadie” se está haciendo la tonta de a lo que realmente me refiero.

Me refiero a que puede que le entregue a ese tipo una parte de ella que yo solo quiero que sea para mí. Y por más que me repita que “ella no es de nadie”, ambos sabemos de qué estamos hablando exactamente.

—Deja de repetir que no eres de nadie como un papagayo, ¿quieres? —le reprendo exasperado —. Eres una jodida mujer atractiva, sexi y que hace unas mamadas perfectas. Él es un tipo atractivo, soltero, manipulador y te quiere a ti bajo su cuerpo en su cama. Además, para más inri, el cabrón es un puto poli, y está tan seducido por lo legal y lo moralmente correcto como tú. ¿Quieres que te dé más detalles por los que creo que no debes seguir con el plan? —pregunto furioso e irónico.

Valeria sonríe ante mi malestar. ¡La muy cabrona lo ve gracioso!

—No me siento atraída por él. No te preocupes. No te voy a traicionar, Dominic. Confía en mí.

—No puedo confiar del todo en una maldita bomba de relojería como tú. Puede que tú creas tenerlo todo claro ahora, pero hasta hace, ¿cuánto? ¿un día? Sí, hace un día me decías que no querías saber más de mí y que querías apartarte del caso.

—He pensado mejor las cosas y no quiero dejar el caso —sentencia.

Refunfuño una maldición y la acuso de querer volverme loco.

—Creí que te había dejado todo claro antes, en el club. Cuando te la chupé con ansias y te hice correrte en mi boca —joder, se me pone dura nada más con recordar la forma en que me la comía hace escasos minutos, con sus carnosos labios engullendo mi miembro y esa mirada azul eléctrica clavada en mi gesto de placer.

Me recoloco el paquete ante tal recuerdo. Ella vuelve a sonreír.

—Tengo que admitir que has sido bastante convincente antes en el club —admito con una voz infantil —. ¡Pero no quiero que seas tan convincente con ese malnacido! ¡Es mi puto enemigo ahora mismo! ¡Me quiere ver entre rejas, maldita sea! ¡No se merece una jodida mamada de una mujer como tú!

El calor sube por mi pecho. Sé que no debería sentirme así, que debería controlarme mejor, pero no puedo evitarlo. Verla con otro hombre, aunque sea parte de un maldito plan, me consume. No se trata solo de celos. Es algo más profundo, algo más oscuro que no sé cómo manejar.

—Sé que en el fondo lo entiendes, Dominic. No hay otra forma. Blake es la clave, y lo sabes. Si no puedo acercarme a él, no podré obtener la información que necesitamos para bloquear la investigación. No quiero esto más que tú, pero es necesario.

—Blake... —repito su nombre con veneno, como si fuera una maldita espina clavada en mi garganta—. ¿Crees que ese tipo no te va a arrastrar en cuanto pueda? Valeria, lo sabes, ¿no? Ese cabrón va a querer más de ti.

Valeria me mira con esos ojos suyos, tranquilos pero desafiantes, como siempre.

—Blake no va a conseguir nada de mí, Dominic —su tono es firme, seguro—. Yo sí de él. Información. Nada más. Y te prometo que eso lo conseguiré antes de que siquiera piense en algo más. Antes de que pueda ponerme una mano encima. Pero, pase lo que pase, quiero que sepas que lo estoy haciendo por ti. Para ayudarte. Si se nos va de las manos todo esto, porque dejamos que los celos y el deseo que indudablemente hay entre tú y yo nos controlen, el final del cuento será verte a ti entre rejas y entonces no podrás seguir saboteando mis planes de ligarme a cualquier hombre que me atraiga —dice y, aunque quiere sonar bromista, su broma tiene la gracia en el culo.

Mis manos se cierran en puños, intentando contener la furia que brota al escuchar esas palabras. Claro que lo sé, sé que ella lo hace por mí. Pero eso no cambia lo que siento cada vez que pienso en ella, en sus manos sobre él, en su sonrisa falsa para mantenerlo cerca. Mi cabeza late con pensamientos violentos que lucho por sofocar.

—Valeria —murmuro, inclinándome hacia ella—, si accediera a ese maldito plan, solo si por un casual lo hiciera, quiero que me prometas que no te involucrarás más de la cuenta. Ese tipo podría ser mejor para ti que yo. No te hagas ilusiones con cambiarme, soy un criminal, y lo sabes. Él es lo opuesto. Él podría ofrecerte lo que verdaderamente te atrae.

Ella se ríe suavemente, como si lo que acabo de decir fuera la cosa más absurda que ha escuchado.

—¿Eso es lo que piensas? —me pregunta, arqueando una ceja—. ¿Que busco una vida normal? ¿Que quiero algo fácil? Dominic, si quisiera algo normal, no estaría aquí, contigo. No habría ido a buscarte al club ni habría hecho todo lo que he hecho para llamar tu atención. Simplemente te habría enviado un mensaje que tú habrías leído cuando se te hubiese pasado la pataleta de niño pequeño por saber que voy a quedar con Blake.

Sus palabras me golpean como una bofetada, pero no es suficiente para aplacar mi tormenta interna.

—No puedo soportarlo, Valeria. No puedo verte con él. No puedo fingir que estoy de acuerdo con esto. —Mi voz baja de tono, cargada de desesperación—. Quiero que te alejes de él. No puedo pensar en ti y en él juntos. No puedo...

Ella suspira, como si estuviera perdiendo la paciencia.

—Dominic, esto no es personal. Es trabajo. No me importa Blake, solo me importa lo que pueda sacarle para ayudarte. Entiende eso. Tienes hasta el jueves para pensarlo bien. Iré a tu mansión como acordamos y podemos hablar más, pero... no podemos perder más tiempo.

El jueves. Un maldito reloj de arena que se vacía rápidamente. No me gusta esto. No me gusta nada. Pero tengo que admitir que Valeria tiene razón. Maldita sea, siempre tiene razón. Por más que intente proteger lo que sin duda hay entre los dos de este plan, lo cierto es que ya estamos demasiado hundidos. Y ella, con su maldita obstinación y su coraje, sigue adelante a pesar de todo.

El coche disminuye la velocidad y sé que hemos llegado a su edificio. Aún no estoy listo para dejarla ir, pero sé que tengo que hacerlo. No puedo controlarla, y eso es lo que más me enloquece de todo esto. Valeria se ha convertido en la maldita Reina de esta partida de ajedrez, cuando yo solo pretendía que fuese el Alfil.

Ella abre la puerta del coche, lista para marcharse, pero antes de que pueda bajar, la tomo del brazo y la giro hacia mí. Nuestras miradas se encuentran, y la tensión entre nosotros es palpable, como una cuerda que está a punto de romperse. No puedo soportar dejarla ir sin recordarle quién soy, lo que somos.

—Valeria... —susurro, tirando de ella hacia mí.

Mis labios encuentran los suyos con una intensidad brutal, y en un segundo, todo el deseo reprimido, toda la frustración, se desborda en ese beso. Es feroz, descontrolado, lleno de la rabia que siento al verla alejarse y de la pasión que siempre ha estado entre nosotros. Ella responde con el mismo fuego, sus manos enredándose en mi cuello, acercándome más, sentándose a horcajadas sobre mí.

El beso se vuelve más intenso, casi desesperado. No hay delicadeza en este momento, solo necesidad cruda y visceral. La deseo, la deseo tanto que duele, y siento que si la dejo ir esta vez, tal vez no vuelva.

Finalmente, Valeria se aparta, con el aliento entrecortado. Me mira como si también estuviera al borde de perder el control, pero luego, con un esfuerzo que respeto y detesto al mismo tiempo, se endereza.

—Nos vemos el jueves —murmura, con los labios aún hinchados por el beso, y se baja del coche antes de que pueda detenerla.

Cierro los ojos, dejando que la furia y el deseo pasen por mí como una ola violenta. La veo caminar hacia su edificio, con esa gracia felina que me atrae y me exaspera en igual medida.

Cuando finalmente desaparece de mi vista, me dejo caer contra el asiento, agotado pero incapaz de calmarme.

—¿A casa, jefe? —pregunta Leonid desde el asiento delantero, como si todo estuviera bajo control, como si no acabara de perder la cabeza por una mujer que debería ser prohibida para mí.

—Sí —respondo, mi voz ronca, pero no puedo evitar que mis pensamientos se desborden.

Valeria. Esa maldita mujer.

Puedo controlar cualquier trato, cualquier hombre en esta ciudad. Tengo poder sobre las vidas de quienes me rodean, manipulo el miedo y el respeto como herramientas. Pero ella... Ella es lo único que no puedo manejar. Y eso me enloquece.

Mientras el coche se aleja, dejo que mi mente vuelva a ese beso, a la sensación de su cuerpo contra el mío, al calor que aún arde en mi pecho. Tal vez tenga razón. Tal vez estemos juntos en esto. Pero, ¿a qué precio?

Valeria es una droga que me consume, y aunque sé que estoy jugando con algo que podría destruirnos a ambos, no puedo dejarla ir.

CAPÍTULO 21



Valeria

Llego a casa después de un día interminable. Me quito los tacones y dejo caer el bolso en el suelo. El alivio inmediato que siento al estirar los pies descalzos sobre el frío suelo de madera me hace suspirar. El apartamento está silencioso, tranquilo, un contraste con la maraña de pensamientos que llevo todo el día en la cabeza.

Dominic.

Desde que salí ayer por la noche de *Nebula* con él, no he dejado de pensar en él. Pensaba que tenía todo esto más bajo control, pero no ha sido así. El hecho de haber estado toda la tarde del lunes llamándole insistentemente para decirle que había meditado la situación y seguiría trabajando para él y que no se dignara a contestar ninguna de mis llamadas me sacó de quicio. Tanto, que incluso tuve miedo de que se alejara de mí realmente. Y verdaderamente creía que eso era lo que necesitaba: que se alejara y me devolviera a la paz de mis típicos días. Ilusa de mí. Porque una vez que alguien como Dominic Volkov te estrecha entre sus brazos y te besa de esa manera que solo él sabe besar, el veneno se expande por tu sistema y tu cuerpo solo pide más. Una dosis mayor. Una dosis de Dominic Volkov.

Ni siquiera el vibrador hiperrealista de tamaño real de su polla me ha servido para saciarme. Solo ha servido para que sienta más curiosidad sobre cómo sería si fuese real, su miembro dentro de mí…

Me quito la chaqueta del trabajo y, mientras desabrocho los primeros botones de la blusa, escucho el sonido familiar del teléfono vibrando.

El pitido casi me saca de mis pensamientos lascivos. Hasta que lo leo.

“Dominic: Pienso en ti.”

Mi corazón da un vuelco, y una sonrisa casi maliciosa se dibuja en mis labios. *Piensa en mí,* claro que lo hace. Debe intuir que él tampoco se ha ido de mi cabeza. Camino hacia el minibar, llenando una copa de vino tinto mientras dejo que su mensaje se quede ahí, flotando. Me gusta hacerle esperar, que sienta un poco de la ansiedad que provoca en mí cada vez que mi cuerpo se tensa pensando en él.

Tomo un sorbo de vino, suave y profundo, antes de contestarle:

"Valeria: ¿Qué piensas exactamente, Dominic?"

Apoyo la copa sobre la mesa y me recuesto en el sofá, permitiéndome sentir la frescura del aire rozando mi piel ahora que mi blusa ha caído al suelo. La luz suave del atardecer entra por la ventana, y el apartamento se siente diferente, más íntimo.

No pasa mucho tiempo antes de que su respuesta llegue.

"Dominic: Pienso en cómo sería tenerte frente a mí ahora mismo. Quitarte todo lo que llevas puesto. Desnudarte lentamente."

Mi cuerpo reacciona de inmediato a sus palabras. Sus palabras siempre consiguen sacar el lado más oscuro de mí. Nunca pensé que sentiría tal atracción con alguien que pertenece a su mundo, pero parece ser que alguien como Dominic era exactamente lo que mi cuerpo y mi alma necesitaba. Con él, todo es diferente. Todo es más crudo, más peligroso. Me lleva al límite. Me muestra lo que puedo ser capaz de hacer con él y que jamás me he creído capaz. Ni siquiera pensaba que me sedujera la idea de traspasar tanto el límite de lo correcto y lo incorrecto. Y, ahora, se ha vuelto una adicción.

"Valeria: ¿Y qué harías una vez me tuviera desnuda?"

El mensaje sale de mis dedos sin pensarlo demasiado. Es un juego peligroso, pero no puedo evitarlo. Con Dominic, siempre está esa frontera borrosa entre el deseo y el control. Y me gusta estar justo en el límite, probándolo, desafiándolo. Desciendo mi mano por encima de mi pecho y pellizco uno de mis pezones, endurecido, a través del encaje de mi sujetador.

Siento la vibración del teléfono nuevamente, y cuando veo su respuesta, mi respiración se acelera.

"Dominic: Haría que te olvidaras de todo, menos de mí. Haría que no pudieras respirar sin pensar en lo que te estoy haciendo: en lo duro que hundiría mi polla en tu coñito."

Cierro los ojos, permitiendo que el calor que recorre mi cuerpo me atrape. Es casi ridículo lo rápido que logra llevarme a ese lugar, ese espacio donde todo parece arder. Con él, todo es más físico, más visceral. Y ahora, incluso con un simple mensaje, puedo sentir cómo cada palabra me arrastra más cerca de él. Desciendo mi mano hasta mi entrepierna y no me sorprendo al hallarme las bragas mojadas.

"Valeria: Estoy en el sofá ahora mismo. Quitándome el sujetador. ¿Te imaginas lo que vendrá después?"

Sé que lo estoy provocando, que esto está escalando, y me deleita la idea de que esté perdiendo el control al otro lado de la ciudad, solo por unas palabras. Me muevo lentamente, deslizando la tela de mi sujetador por los hombros, mientras espero su respuesta. Estoy jugando con fuego, pero Dominic y yo nunca hemos sido otra cosa.

"Dominic: Valeria, si estuviera allí, no tendrías que imaginar nada. Estarías rogando por más. ¿Tienes el vibrador que te regalé cerca? Quiero que te lo metas en tu dulce coño. Pero

trata a mi mercancía con cuidado. Solo yo voy a follarte tan fuerte que te arruinaré para el que venga detrás de mí. Cuando me dejes poseerte de una vez por todas y me supliques que sea yo el que se cuele en tu interior.”

Mis dedos se detienen sobre el teclado. Mi cuerpo está al borde, la tensión que hemos acumulado durante semanas está haciendo que todo se sienta más cargado, más intenso. Estamos tan acostumbrados a este juego que a veces no sé dónde termina la provocación y empieza la necesidad real. Él sabe a estas alturas, al igual que yo lo sé, que acabaré rogándole que me folle en algún momento, cuando ya no pueda soportar más esta tensión tan abrumadora entre los dos. Por eso el muy cabrón incluyó eso en nuestra cláusula adicional: “*Prometo no meter mi polla en tu coño a no ser que me lo supliques”*.

Me levanto y voy hacia mi habitación. El juguetito que Dominic me regaló me saluda altivo en mi mesita de noche. Pues anoche, antes de dormir, lo usé para deshacer la tensión que nuestro encuentro había creado en mí y que yo no había logrado satisfacer con él.

Me tumbo en mi cama y me quito las bragas para a continuación introducirme el pene de silicona entre los pliegues, gimiendo mientras lo siento colmarme.

“Valeria: Ya estás dentro, Dom.”

Le provoco. Creo que provocarlo es mi hobby favorito. Sonrío expectante a su próximo mensaje.

“Dominic: No puedes hacerte una idea de cómo me tienes. Ni de cuántas pajas me has hecho hacerme en tu nombre desde que te conocí. Como un jodido adolescente en celo. Quiero que te corras gimiendo mi nombre. Pues yo estoy a punto de hacerlo gritando y aullando el tuyo, cristalito.”

Mi mano comienza a sacar y meter el juguetito cada vez con más brío de mi interior. Justo cuando estoy a punto de correrme, un mensaje diferente interrumpe el momento. Veo un número desconocido en la pantalla, y mi corazón se acelera por razones completamente distintas.

“Número desconocido: Hola, Valeria. Soy Nathan. ¿Te gustaría cenar conmigo el sábado?”

No puedo evitar que el orgasmo me azote porque ya estaba entrando en él. Y, de repente, me siento muy culpable por ello.

Mierda.

Miro a todos lados. Con la estúpida sensación de que Dominic puede verme. Aunque eso no es posible.

El aire parece volverse más denso a mi alrededor. Mis pensamientos se agolpan, tratando de procesar lo que está ocurriendo. Nathaniel Blake. Sé que eventualmente tendría que pasar algo así, pero no ahora, no en este momento. Lo que realmente me hace sentir un nudo en el estómago es que sé que Dominic, sí que está vigilando mi teléfono como siempre lo hace, ha visto este mensaje también. Lo sé porque si no fuera así, no habría averiguado que estaba esperando un paquete con un vibrador el otro día… y no le he dado importancia… ¡¿Cómo no le he dado

importancia a eso, maldición?! Bueno, porque no tenía nada que esconder y quería que viera que soy de fiar.

Siento un escalofrío recorrerme. Dominic no es de los que se toma las cosas con calma cuando se trata de que alguien invada lo que él considera que es su territorio, mucho menos uno como Blake, que representa tanto riesgo. Respiro hondo, intentando recuperar el control de la situación antes de que todo se desmorone. Tengo que actuar rápido.

"Valeria: Dominic, no te enfades. Voy a aceptar la cena con Blake para sacarle información. Sabes que es por eso."

Pulso enviar, con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho. La espera de su respuesta se siente interminable. Imagino la furia que debe estar sintiendo ahora mismo, la forma en que cada parte de él debe estar tensándose al ver que alguien más quiere sabotearle los planes que tiene conmigo. Dominic Volkov es muy territorialista.

No tarda mucho en contestar.

"Dominic: ¿Qué te hace pensar que no estoy enfadado ya?"

Lo sabía. Es como un león acorralado, listo para atacar. Mis manos tiemblan mientras intento pensar en qué decir para calmarlo, sabiendo que cualquier paso en falso podría hacer que todo esto termine en una explosión.

"Valeria: Dominic, tienes que confiar en mí. Sabes que esto es parte del plan. No es personal."

Vuelvo a esperar, esta vez con el estómago revuelto. Sé lo difícil que es para él aceptar algo como esto. Pero también sabe que no tenemos otra opción.

"Dominic: No quiero verte con otro hombre, Valeria. Ni siquiera fingiendo."

Sus palabras son cortas, pero cargadas de rabia contenida. Mi respiración se acelera, sabiendo que estoy caminando sobre una cuerda floja con él.

"Valeria: No hay otra opción. Esto es para bien. Confía en mí, Dominic."

Siento que mi corazón se acelera aún más cuando envío ese mensaje. Estoy tratando de equilibrar todo, su rabia, la necesidad del plan, y el riesgo constante que representa estar en medio de estos dos mundos.

Finalmente, su respuesta llega.

"Dominic: Acepta la cena si tienes que hacerlo. Pero si te toca, no respondo por lo que haré."

Dejo escapar el aire que había estado reteniendo, aliviada, pero todavía siento la tensión en cada fibra de mi cuerpo. Dominic está al límite, y lo último que quiero es empujarlo demasiado lejos.

CAPÍTULO 22



Valeria

Es jueves. Mi corazón palpita con fuerza mientras recojo mi bolso y mi chaqueta y salgo de la oficina. Hoy vuelvo a casa de Dominic, hasta el sábado por la tarde, para trabajar desde allí en su caso.

No lo he visto desde el lunes. Y no he sabido de él desde el martes, cuando nos pusimos a mensajearnos como dos adolescentes, pero Blake nos interrumpió en mitad de la faena con su propuesta de cita.

Ayer no quise escribir a Dominic para allanar el terreno. No soy su madre. No tengo que explicarle por enésima vez cómo soy yo, cómo pienso hacer las cosas y cómo y bajo qué términos se desenvuelve la relación entre él y yo.

Necesito que comprenda de una vez por todas que nada va a cambiar mi *modus operandi*, así como yo no intento cambiar el suyo ni le doy lecciones de ética ni de legalidad. Es mayorcito y sabe lo que se hace. Pero yo también.

Sin embargo, todo eso no impide que sienta ese cosquilleo en la boca de mi estómago producto de los nervios al saber que vamos a estar compartiendo el mismo espacio durante dos días y dos noches, porque me consta que la tensión, tanto la buena como la mala tensión, va a ser tan densa entre los dos que se podrá cortar con un cuchillo. Como siempre que estamos el uno frente al otro.

Al salir del edificio de las oficinas, ya veo a Leonid esperándome. Con su pose altanera y chula, apoyado sobre el Lexus negro que hoy conduce. Con las gafas de sol puestas, aunque esté nublado. Encendiéndose un cigarrillo con toda la arrogancia del mundo.

Sonrío. Este es el mundo al que perteneceré durante unos meses. Mientras siga al mando del caso de Dominic Volkov.

Y me gusta. ¿Para qué negarlo? Ya me lo he intentado negar durante muchas horas durante la última semana y no creo que haya conseguido ninguna inclinación de mi voluntad hacia el lado correcto de la moral, sino más bien todo lo contrario.

Comprendí, por tanto, que aceptar mi realidad momentánea era más inteligente y útil. Ya volveré a la paz cuando todo esto acabe.

Le pido a Leonid que se detenga un momento en mi apartamento, pues tengo que llevar esta vez conmigo alguna muda de ropa, algo más cómodo y, ¿por qué no? Algo sexi también para cuando me apetezca provocar al lobo. Porque esta caperucita sabe bien qué se hace.

Cuando llegamos al recinto de la propiedad de Volkov, mi corazón comienza a golpear contra mi pecho como si hubiese corrido una maratón. Y, cuando finalmente nos detenemos frente a la puerta principal, tengo que hacer varias respiraciones profundas para intentar serenarme.

Me abre la puerta un tal Nikolay y me dice que “el señor está recibiendo un tratamiento fisioterapéutico y que vaya poniéndome cómoda, que él pronto saldrá a mi encuentro”.

Resoplo. Tenía ganas de verlo. De no perder el tiempo y lanzarme a su cuello. Pero “el señor está muy ocupado para atenderme”. Por lo tanto, voy hacia mi habitación, me cambio la ropa de la oficina por otra más cómoda; una camiseta de algodón interior de algún hombre que la dejó en mi casa tras una noche de sexo concretamente, y que es de una largura suficiente para hacer las veces de vestido. ¿Es una provocación por mi parte? Sí. Pero así soy yo y me encanta provocar a Dominic.

Descalza, voy directa a la oficina de Dominic. Si está distraído ahora mismo con el fisioterapeuta significa que puedo fisgonear a mi antojo entre sus papeles y archivos.

Entro en el espacio impecable, ordenado hasta un punto que raya en la obsesión. Puedo sentir su presencia en cada detalle.

Abro los cajones de su escritorio con cautela. Lo hago sin prisa, consciente de que cada movimiento podría revelarme algo interesante. De pronto, mis dedos se encuentran con un sobre grueso pegado a la parte superior del cajón, algo fuera de lugar entre la impecable organización de los documentos. Al abrirlo, descubro una serie de facturas.

Lo que veo me deja helada.

Son facturas de transferencias de grandes cantidades de dinero a empresas fantasma en paraísos fiscales. Nombres que nunca antes había visto, pero que con mi formación jurídica sé reconocer al instante como frentes fraudulentos. Esto podría hundir a Dominic si el FBI o cualquier otra agencia llegara a descubrirlo. Mi primer instinto es protegerlo, buscar una manera de cubrir su rastro, pero luego me detengo. Si lo hago, estaré cruzando una línea. Aunque... ya la he cruzado hace tiempo, ¿no?

Paso mi dedo por una de las facturas, calculando rápidamente cómo podría crear una coartada si esto saliera a la luz. Podría sugerir que el dinero estaba destinado a un acuerdo legítimo, a una fusión entre empresas. Tengo contactos, conozco abogados que podrían ayudarme a fabricar un rastro creíble, algo que los federales compraran sin dudar. Miro a todos lados y rápidamente hago una foto a los documentos con mi móvil. Tengo que averiguar qué son exactamente esas empresas. Y si son algún negocio ilegal que él posea, tengo que crearles una fachada mejor de la que tienen, porque huelen a podrido desde lejos.

Pero algo más capta mi atención en el sobre. Un pequeño USB escondido bajo el montón de papeles del sobre. Lo sostengo entre mis dedos por un momento, dubitativa. La tentación me gana, y lo conecto a la computadora de Dominic. Al principio, solo veo archivos de trabajo, contratos, transacciones. Pero después, algo más: videos.

Mi corazón se acelera mientras hago clic en uno de ellos. La pantalla se ilumina con la imagen de Dominic. Con otra mujer. ¿Otra? ¡Son tres!

Es un video casero, grabado en lo que parece ser una habitación de hotel lujosa. Dominic está con una rubia alta, de cuerpo escultural, claramente disfrutando de una noche de placer sin inhibiciones. Dominic está tumbado sobre una cama y la rubia lo monta con brío. Tras ésta, una morena lame los testículos de Dominic mientras la rubia se lo folla. Y una tercera morena observa la escena mientras se toca. ¡Joder, me estoy poniendo cachonda hasta yo! Entonces Dominic se levanta con la rubia entre sus brazos, sin sacar la polla de ella y la deja sobre el colchón mientras ella grita su orgasmo. Echo un breve vistazo a mi alrededor. Sigo sola. Bien. Puedo seguir mirando. Ahora veo como Dominic se va a por la morena que se estaba tocando, la pone a cuatro patas sobre el colchón y la empotra con salvajismo. ¡Madre mía! ¡Es una fiera! Aprieto los músculos de mis muslos entre sí mientras observo. Mi estómago se revuelve un poco, pero no es solo por la sorpresa. Son celos, puros y llanos, mezclado con una sensación confusa de deseo. Veo cómo la morena se rinde ante él, cómo él la toma con la misma intensidad que siempre ha mostrado.

No puedo evitar preguntarme si me mirará de la misma forma, si en su mente sigue viendo a otras mujeres como me ve a mí. Pero, al mismo tiempo, siento una punzada incómoda de curiosidad. ¿Cómo sería estar en el lugar de esa mujer en ese momento, dejarme llevar completamente por Dominic sin pensar en las consecuencias?

Cierro el video de golpe, con el corazón acelerado y la cabeza llena de preguntas. Esto me pone en una situación extraña.

Respiro hondo y cierro el cajón. No es el momento de perder la cabeza.

En ese momento unos jadeos masculinos y muy viriles provenientes de la habitación que hay frente al despacho de Dominic captan mi atención. Es su gimnasio. ¿Estará él ahí? ¡Mierda! ¡¿Se está follando a la fisioterapeuta sabiendo que yo ya estoy aquí?!

Los celos me nublan. Salgo de su despacho y cierro la puerta con sigilo mientras me acerco a la puerta de la habitación de la cual proceden los gemidos. Abro con cuidado una rendija para poder observar sin ser vista.

Lo primero que veo es el cuerpo musculoso y desnudo de Dominic sobre una camilla boca abajo. Con lo cual no puede verme. Y a una atractiva mujer dándome la espalda y haciéndose cargo de los nudos que hay en la de Dominic. Como puedo mirar a mi antojo, primero mis ojos se centran en las redondeces que forman las nalgas de Dominic. ¿He visto un culo así de increíble antes? ¡Jamás! Me muerdo el labio y sigo observando mientras Dominic se queja de dolor. Pobre, debe andar muy tenso.

Cuando la chica se separa un poco de él para coger más aceite de masaje me fijo en el enorme tatuaje que Dominic tiene en la espalda. Me voy acercando sigilosamente, como si me

llamara.

El tatuaje de Dominic es un ave fénix majestuosa, que ocupa toda su espalda con un detalle impresionante y un simbolismo oscuro y poderoso. En el centro, el fénix se alza, envuelto en llamas intensas que parecen bailar a lo largo de su piel. Las alas están completamente desplegadas, abarcando los omóplatos y más allá, con las plumas delineadas en negro, pero con sutiles toques de rojo y naranja que crean la ilusión de que están ardiendo, consumiéndose y renaciendo en un ciclo eterno.

El cuerpo del fénix es musculoso y robusto, con garras afiladas que parecen aferrarse a la base de su columna vertebral, como si estuviera listo para liberarse de las cenizas bajo su control. Su mirada es feroz, con ojos que brillan como carbones encendidos, dándole un aspecto casi amenazante. El pico abierto sugiere un grito de renacimiento o advertencia, mientras las llamas alrededor de su cuerpo lo envuelven en un aura de poder devastador.

Las llamas rodean al fénix en espirales ascendentes que se extienden desde la parte baja de la espalda hasta sus hombros. Las lenguas de fuego no son meras ilustraciones; parecen tener vida propia, con curvas fluidas y ondulantes que se funden con su piel y dan una sensación de movimiento continuo. Entre las llamas, se pueden ver símbolos antiguos y casi ocultos, como si el tatuaje estuviera impregnado de un misterio ancestral.

En las partes más bajas de la espalda, donde las llamas tocan la piel de sus nalgas, la imagen se oscurece, casi como si el fénix surgiera de las cenizas en las sombras más profundas. Las llamas, aunque brillantes, tienen un toque de peligro y destrucción, un recordatorio de que el renacimiento siempre viene con un precio, y Dominic lleva esa carga a flor de piel.

El diseño es una mezcla perfecta de belleza y amenaza, de creación y destrucción, un testamento del ciclo interminable de su vida: arder, caer, renacer… siempre envuelto en la oscuridad y el fuego.

Quiero lamerlo de principio a fin.

—Estás muy tenso, ¿estás seguro de que no quieres final feliz? —pregunta la “fisioterapeuta” sin que se haya dado aún cuenta de mi presencia. La muy hija de puta esta obnubilada con la anchísima espalda de Dominic y su precioso culito.

—No, déjate de final feliz. No estoy para mucha felicidad últimamente. Quítame ese puto nudo en el omóplato derecho —responde él.

—¿Seguro? Sabes que contigo a mí no me importa. Y llevo condones esta vez. Lamento lo de hace dos semanas. Pensé que…

—Tabby, por favor. ¡Quítame el puto nudo del omóplato que me está matando! No necesito final feliz hoy, joder. No estoy de humor.

—Bueno, vale… ¡Joder! —La tipa grita al verme y da un brinco. Yo le lanzo una sonrisa falsa.

—¿Qué cojones pasa ahora? —pregunta Dominic sin levantarse si quiera.

—Hola, nene —digo al fin y al fin Dominic se gira para mirarme. Me gustaría saber qué cara ha puesto al verme, pero mis ojos se desvían, involuntariamente, a su anaconda.

—¿Valeria? ¿Ya estás aquí? Mierda, ¿qué hora es? —se frota la cara porque debe llevar mucho tiempo ahí tumbado en la camilla.

—Hora del relevo de Tabby —le ofrezco un guiño a la chica—. Ya me hago yo cargo de sus nudos, no te preocupes.

—Yo… —la chica no sabe qué decir y mira a Dominic para averiguar qué hacer a continuación. Dominic la despacha con un movimiento de mano y se vuelve a tumbar en la camilla.

—Quítame ese nudo, pero solo si no has venido a joderme más, Valeria —me advierte, yo sonrío y voy a untarme las manos de aceite.

La tal Tabby se va refunfuñando y quedamos solos Dominic y yo en la habitación.

Me coloco frente a su cabeza y mis manos aceitosas comienzan a recorrer la piel tatuada de su espalda en busca de nudos. Sin perder de vista ese culo. En seguida noto a qué nudo se refiere.

—Tienes unos pies muy sexis —susurra boca abajo y sonrío —¡Ay! ¡Joder! ¡Me cago en Satanás! —grita y se remueve cuando comienzo a trabajarle la zona en tensión.

—Estate quieto. Hay que quitar el nudo.

—Vas a quitarme el músculo entero. ¡Ay! —se vuelve a quejar.

—¿Qué clase de hombre duro eres tú? ¡Eres un llorica! ¡Sé un hombre y aguanta el dolor un momento! —le reprendo.

Refunfuña, pero funciona. Porque ya no lo oigo quejarse más, a pesar de que suelta gruñiditos mientras le intento deshacer el nudo tan fuerte que tiene en la espalda.

—¿Hace mucho que estás aquí? Mmmmm —gruñe —¿por qué no me han avisado que venías antes?

—Deja de querer controlarlo todo. ¡Mírate! ¡Estás siempre en tensión con tanto controlar y controlar como si fueras el dueño de la tierra!

—¡Si estoy en tensión es por tu culpa! Mmmmm.

—¿Y qué culpa tengo yo? ¡A ver! —me quejo.

—¿Quieres que enumere todos los motivos? —me tienta y sonrío.

—Si estás así, con esa tensión sobre tu brazo derecho únicamente, porque el resto de la espalda está bien, es solo porque te matas a pajas, Volkov —me burlo.

—¿Y de quién es la culpa de eso, a ver, listilla? —como no tengo una buena respuesta para eso, decido presionar más el bulto de su hombro—. ¡Maldita mujer! En mi mesita de noche tengo cianuro. ¡Prueba con eso a matarme! ¡Lo prefiero! —libero una carcajada.

Después de eso, me quedo callada unos minutos y me centro en mi tarea de liberarle la tensión. Minutos más tardes, los gruñidos de dolor de Dominic son sustituidos por otros de placer.

—¡Ya estás! ¿Qué sería de ti sin mí? —palmeo su bonito culito para indicarle que he acabado. Dominic se incorpora y se sienta en la camilla, como dios lo trajo al mundo.

Contonea la cabeza y el brazo y me sonríe al ver que mi masaje ha surtido efecto.

—¿Tú no vas a ofrecerme un final feliz? —pregunta el muy descarado. Pongo los ojos en blanco.

—Yo no soy una arrastrada —contesto, sin esconder mis celos. Cruzándome de brazos y poniendo los ojos en blanco.

—No me cabe la menor duda… ¡¿qué demonios llevas puesto?! —de pronto la diversión vuelve a mí al recordar mi atuendo. Otra provocación. Yo ya sabía desde el segundo uno en que este hombre se cruzó en mi camino que la única forma de sobrevivir a una hecatombe como él es estar a su altura.

—¿Esto? —digo inocentemente señalando la camiseta interior masculina que llevo puesta—. Ha de ser de cuando me follé a Tom Kelly y se le olvidó en mi apartamento. ¿O era de Tim Owen? ¡No, espera, debe de ser de Robert Hoover!

El gruñido de exasperación de Dominic no se hace esperar. Me agarra del brazo y tira de mí hasta colocarme entre sus piernas y levanta la cabeza para clavar sus ojos en los míos.

—Era de un hombre muerto, con la polla muy pequeña y flácida —susurra con voz tenebrosa.

—Me gustas cuando te pones celoso —le doy un lametazo en los labios y gruñe—. Y a mí jamás me han gustado los hombres celosos.

—Tú tampoco eres fácil de manejar para un hombre celoso —sentencia—. Lo retiro. No eres fácil de manejar para ninguna clase de hombre.

—Pues yo creo que tú lo haces muy bien —le premio con un piropo y un cálido beso en el que nuestras lenguas se funden en una.

Las manos de Dominic comienzan a masajear mi culo y restriega su creciente erección contra mi barriga.

—Si me suplicas que te folle, te enseñaré lo bien que soy capaz de domarte, *cristalito*.

—Primero tenemos trabajo que hacer. Después ya veremos —zanjo la conversación separándome de él y dejándolo refunfuñando.

Hace caso. Y eso me gusta. Me encanta.

CAPÍTULO 23



Dominic

Me pongo solo un pantalón deportivo gris y me llevo de la mano a Valeria a la cocina, suponiendo que aún no ha almorzado nada desde que salió de trabajar. Olvidaba que los jueves solo trabaja en la oficina hasta mediodía, y por eso, no la esperaba tan pronto en casa. Pero ha sido una grata sorpresa verla invadiendo mi espacio personal con una autoridad digna de cualquier señora de la mafia.

Nos sentamos a la mesa y ambos comemos, poco, pero algo, mientras nos evaluamos el uno al otro con la mirada.

Es una caja de sorpresas para mí. No puedo negarlo. Jamás sé cómo va a reaccionar ante las cosas y siempre lo hace de la manera más inusual. Cuando la vi, hace tres años, por primera vez en aquel club, seduciendo a cuantos ojos se posaban en sus deliciosas curvas con aquellos sensuales bailes, vi algo especial en sus ojos y supe que algún día la reclamaría como mía. Cuando ella estuviese preparada y hubiera lamido lo suficiente sus heridas para considerarlas más o menos curadas. Y cuando yo tuviera el poder suficiente para poder ofrecerle un mundo colmado de ventajas, y no de inconvenientes. Yo, por aquel entonces, todavía tenía muchos frentes abiertos con algunos peces gordos de la ciudad y mi mundo era mucho más peligroso de lo que es ahora. Hoy por hoy, con todo mi dinero e influencias, puedo garantizarnos a ambos una fortaleza como la que poseo y una cantidad de hombres trabajando para mí y nuestra seguridad suficiente como para que ella no sufra ni un mínimo rasguño.

—¿Piensas enseñarme alguna vez la cueva de Batman al completo? —su pecaminosa boca rompe al fin el silencio perturbador que nos rodeaba.

—¿Batman? —libero una pequeña carcajada ante tal apelativo— No sabía que me considerabas un superhéroe.

—Oh y no lo hago. Pero de alguna forma siempre apareces ante mi “Batseñal” cuando lo necesito —responde de forma descarada. Levanto una ceja.

—¿Te refieres a cuando me provocas tanto que estoy a punto de echar a arder el mundo a nuestro alrededor? —pregunto, igual de desafiante que ella. Me encantan nuestras conversaciones cargadas de veneno. Las encuentro verdaderamente estimulantes.

—No desvíes el tema, Volkov. Hoy, viniendo hacia aquí, me he dado cuenta de que tu

siniestro castillo abarca mucho más que estas habitaciones de este lado derecho de la propiedad. Y, me preguntaba si… no sé. ¿Tienes piscina? ¿Spa? ¿Campos de golf? ¿Unicornios en las praderas de alrededor? —vuelvo a reír y la miro embobado. Es que es preciosa, joder. Y su mordaz lengua solo la hace más y más deseable.

—Sí, sí, no y no —respondo escueto—. Odio el golf y a los unicornios.

Ahora es su turno de soltar una risita deliciosa y muy sexi. Se me vuelve a poner dura. ¿Cómo no? Pero es que es la primera vez que la veo tan relajada y tan… ella estando conmigo.

Siento un pellizco en el pecho que ignoro. No es momento de ponerme territorial o tendré que calmar su enfado después y no siempre soy capaz de hacerlo. Al menos no seré capaz de hacerlo como es debido hasta que me lo suplique.

—¡¿Tienes piscina?! —pregunta ilusionada y con una sonrisa preciosa en sus carnosos labios. Hoy los lleva pintados de rojo y ese color en esos labios hace que se me alteren los latidos de mala forma. Me imagino ese rojo, de nuevo, tiñendo los alrededores de mi polla—. Deja de imaginar cosas guarras —me sorprende y abro los ojos de par en par—. ¡Sí, sé que lo estabas haciendo! ¿Es que no puedes mantener una conversación normal sin pensar en sexo?

—¿Quién le ha dado permiso para colarse también en mi mente, Señorita Santoro? —le reprendo de forma burlona. Ella sonríe victoriosa y se encoge de hombros—. Me gustaría llevarte a esa piscina, si quieres, pero primero tenemos trabajo que hacer. Cuando avancemos algo en mi oficina, y si me queda algo de tiempo antes de irme al club esta noche, te llevaré un rato —le ofrezco.

—¿Puedo ir al club contigo hoy? —pregunta, a lo que contesto en el acto.

—No.

—¿Por qué? ¿Es *Nebula* un club como "Crimson Vices LLC" y "Nocturnal Horizons Corp."? —me atraganto al oír esos nombres y comienzo a toser como un estúpido.

—¿Dónde has oído hablar de esos clubs?

—Antes, mientras tu “fisioterapeuta” —pronuncia esa palabra con retintín y remarcando las comillas en el aire —te estaba intentando quitar los nudos de la polla, he entrado en tu despacho y he encontrado varios documentos que podrían ser sospechosos. Esperaba que me aclarases ciertas cosas. Primero, ¿por qué me pretendías ocultar la existencia de esos clubs que están a tu nombre? Y segundo, ¿qué son realmente esos clubs?

—Ven, vamos a mi despacho y te daré la información al respecto.



Estoy sentado en mi oficina, el humo del cigarro sube en espirales mientras miro a

Valeria sentada frente a mí. Se ha metido en mi despacho, con esa actitud de dueña del lugar que me vuelve loco. La camiseta que lleva, claramente de algún tipo que pasó por su cama, es una provocación, la suficiente para despertar mi instinto territorial, aunque no lo demuestro. No ahora, no con lo que acaba de descubrir.

—Así que... ¿qué tal esos nudos en tu espalda? Espero que no sigas teniendo que necesitar a tu “fisioterapeuta” —pregunta, fingiendo interés mientras sigue hojeando páginas de facturas y transacciones. Pero sé que no ha venido a charlar de mi salud. No cuando tiene ese brillo en los ojos.

Suelta unos papeles sobre mi escritorio, con una leve sonrisa que no alcanza sus ojos.

—¿Y estas facturas, Dominic? Las que he encontrado mientras esperaba que terminases tu masajito. —Su tono es casi casual, pero lo que dice está lejos de ser inocente—. ¿Qué son "Crimson Vices LLC" y "Nocturnal Horizons Corp."? —me pregunta, con las cejas alzadas, sabiendo que esto no es algo que pueda simplemente ignorar.

Me echo hacia atrás en mi silla, cruzando los brazos sobre el pecho, disfrutando del pequeño juego que está intentando jugar.

—Son clubs —respondo tranquilamente, disfrutando la tensión que se dibuja en su rostro —. Lugares donde la gente va a... explorar ciertos deseos. Relaciones con otros. Nada ilegal, si es eso lo que te preocupa.

Ella frunce el ceño, claramente buscando más detalles, y no puedo evitar sonreír. Me encanta verla así, intentando comprender mi mundo.

—¿Relaciones con otros? —pregunta, inclinándose un poco hacia adelante, claramente intrigada. Sus ojos se entrecierran mientras absorbe la información—. ¿Y cómo funcionan exactamente estos "clubs"? —Su tono es calculado, pero hay una curiosidad genuina que la delata.

—Son exclusivos —le explico con una calma que sé que la exaspera—. Los miembros pagan por privacidad, por experiencias discretas. No hay registros evidentes, todo está muy bien cubierto. La gente va allí a... divertirse, por decirlo suavemente.

—¿Son clubs como *Nebula*?

—No exactamente. Nebula es, en su fachada externa, un club nocturno de lo más normal. En la zona subterránea y de acceso muy restringido, se llevan a cabo reuniones y pactos. Es cierto que a veces esos pactos se cierran con sexo, o drogas, o una combinación de ambas cosas, pero el fin de *Nebula* no es ofrecer sexo a mis clientes sino tranquilidad en su futuro empresarial. "Crimson Vices LLC" y "Nocturnal Horizons Corp." sí que están orientadas solo al disfrute de mis clientes.

Ella cruza los brazos, todavía tratando de descifrar qué parte de todo esto la molesta más. Sé que no es solo lo que ha descubierto, sino lo que podría haber detrás de esas empresas. Y también... la posibilidad de que yo haya estado ahí.

—¿Y tú? —pregunta, sus ojos clavándose en los míos—. ¿Has estado en esos lugares?

—Suelta la pregunta de golpe, directa, sin rodeos. Y me doy cuenta de que no es solo por el caso. Hay algo más en esa pregunta. Algo personal.

Mi sonrisa se ensancha. Ah, ahí está. El famoso control de Valeria resquebrajándose un poco.

—Valeria, ¿me estás preguntando si he participado en... actividades ahí? —Suena casi divertido en mi boca, pero quiero ver cómo responde. No le doy una respuesta directa, porque no se trata solo de confesar o no. Se trata de mantener esta tensión, de jugar al mismo juego que ella lleva jugando conmigo.

Ella rueda los ojos, pero no puede ocultar que su pregunta no es completamente profesional.

—Lo que hagas o no hagas en tu tiempo libre es tu asunto, Dominic —responde, aunque su tono es más ácido de lo que esperaba—. Solo que, si el FBI encuentra algún vínculo que te relacione con esas empresas, tu tiempo libre va a ser un tema de conversación en un tribunal. E imagina si filtran información sobre alguno de los clientes usuales que van a esos clubs, buscando total y absoluta discreción, y el FBI lo vendiera como que tú has filtrado esa información para vender a tus clientes y ahorrarte años de cárcel.

—Por eso te tengo a ti —le respondo con tranquilidad—. Para evitar que eso ocurra.

Valeria se ríe, pero el sonido no llega a ser relajado. Es más como si estuviera calculando qué es lo próximo que va a decir. Me mira de nuevo, analizando.

—Bueno, tengo algunas ideas. —Se inclina sobre el escritorio, plantando sus manos frente a mí mientras sigue hablando—. Primero, necesitamos eliminar cualquier rastro digital que te vincule a esas compañías. Si has usado algún intermediario, mejor. Lo que quiero decir es que tenemos que hacer que "Crimson Vices LLC" y "Nocturnal Horizons Corp." parezcan completamente desvinculadas de ti. Haz que un par de testaferros o empresarios fantasmas asuman la propiedad visible de esas empresas. Y, además, eliminar cualquier prueba filmada de tus clientes.

—Mis clubs tienen cámaras para garantizar la seguridad de todo el mundo. Eso puede ser complicado.

—Pero podemos mandar a que se pixelen los rostros de las personas comprometidas en los hechos —contesta y yo medito su respuesta.

Hago un leve gesto de aprobación, pero ella no ha terminado.

—Luego, tenemos que encontrar una narrativa plausible para justificar el dinero que se ha movido. Ya sea que esos fondos se redirijan a inversiones legítimas o a alguna "causa noble" que nadie se atrevería a investigar. Algo filantrópico, tal vez, como donaciones a hospitales o algún tipo de investigación médica. —Hace una pausa, y luego añade—. Y, por supuesto, vamos a necesitar falsificar documentación y auditar todas las transacciones. Lo que quiero es que no quede ni una sola razón para que el FBI siquiera considere que tu nombre esté relacionado.

Es brillante. Valeria lo es. Pero lo que más me interesa no es solo cómo planea cubrirme

las espaldas, sino la manera en que me mira. Hay algo más ahí.

—¿Causa noble? —pregunto con curiosidad.

—Podrías llevar a cabo una gala benéfica entre la jet set de Chicago. Para… no sé, recaudar dinero para los pobres. Y redirigir algunas de las cantidades de estas transacciones a ese fin.

—Ahora no solo quieres convertirme en Batman sino también en Bruce Wayne —bromeo y ella pone los ojos en blanco.

—Sabes que es una idea brillante —responde con altanería y yo no puedo más que asentir—. Organizaremos esa gala y yo iré como tu acompañante. Nada de top models esta vez, lo siento —me aclara de forma chulesca. Me hace reír. El hecho de que pretenda darme órdenes, a mí, me parece de lo más estimulador y divertido.

—Parece que te estás tomando esto muy en serio, ¿no? —le digo, divertido—. Aunque no puedo evitar preguntarme si hay algo más detrás de tus palabras. ¿No estarás poniéndote un poco territorial conmigo?

Ella me lanza una mirada fulminante, aunque no puede evitar que sus labios se curven un poco.

—No seas idiota, Dominic. Esto es solo trabajo. —Pero su tono está lleno de esa mezcla de frustración y deseo que siempre existe entre nosotros.

—¿Seguro? —La provoco, inclinándome hacia adelante—. Porque si te estás poniendo posesiva, me parece que estás actuando exactamente igual que cuando me reprochas a mí que lo hago. Siempre me dices que soy posesivo, ¿pero no será que tú también lo eres, Valeria? —Me encanta ponerla a prueba.

Ella se endereza, cruzando los brazos y mirándome con ese brillo desafiante en los ojos.

—No soy posesiva —responde lentamente, enfatizando cada palabra—. Solo quiero asegurarme de que tú no acabes en la cárcel por culpa de esos clubs a los que claramente... has asistido.

Sonrío, divertido por su respuesta, pero antes de que pueda decir algo, ella añade:

—Y, si te soy sincera, solo tengo curiosidad. Tal vez deberías llevarme alguna vez a ver cómo funcionan esos lugares. Ya sabes, por razones estrictamente profesionales.

El deseo que arde en mis venas casi me hace explotar en ese momento.

—No sabes en lo que te estás metiendo —le digo, mi voz más baja, pero cargada de intención—. Pero si alguna vez decides ir... asegúrate de que estés preparada para lo que vas a encontrar.

CAPÍTULO 24



Dominic

Llevo horas observando a Valeria mientras trabaja frente a mí, concentrada en esos malditos papeles que podrían condenarme si no fuera por su mente astuta. La forma en que se inclina sobre la mesa, la manera en que sus dedos se deslizan por las hojas, cada movimiento suyo me tiene al borde. Su inteligencia es tan afilada como su lengua, y en estos momentos es lo único que me separa de una condena segura.

Durante estas horas, ha sugerido varios planes de acción para cubrir mis espaldas absolutamente brillantes, pero también dignos de la mente calculadora y retorcida de cualquier persona que pudiera pertenecer a mi entorno.

Cuando finalmente terminamos de revisar todo, siento el agotamiento acumulado, pero también esa energía residual, esa tensión que se niega a desaparecer. Valeria levanta la vista y me observa, como si supiera que tengo algo en mente. Sonrío de lado, dejando los documentos sobre la mesa y poniéndome en pie.

—Has hecho un trabajo excelente —le digo, mi voz más baja de lo habitual—. Creo que te has ganado un descanso.

Ella arquea una ceja, claramente esperando algo más.

—Ven, quiero mostrarte algo.

Me acerco y le tiendo la mano. Dudo por un segundo que la acepte, pero lo hace. Sus dedos se entrelazan con los míos mientras la guío a mi habitación. Antes de que su lengua mordaz pueda acusarme de malas intenciones, abro una puerta secreta que parece un armario más y que conduce a un salón privado que tiene acceso solo desde mi habitación y que comunica también con la parte trasera de la mansión a través de una enorme cristalera, donde la luz tenue del atardecer comienza a caer sobre los jardines. Pasamos por las amplias puertas de cristal y salimos al exterior.

La piscina que aparece ante nosotros no es una simple piscina. Es un paraíso oculto, rodeada de vegetación frondosa que parece querer abrazar cada rincón. Dos pequeñas cascadas caen desde los extremos, con el agua cristalina que fluye suavemente y genera un sonido relajante, casi hipnótico. La piedra oscura que bordea el contorno se mezcla con la naturaleza, dándole un toque casi salvaje. Desde este ángulo, uno podría olvidar que estamos en la mansión

de un hombre como yo. Parece un oasis en mitad de la nada.

—Esto es impresionante —murmura Valeria, sus ojos recorriendo cada detalle, desde las cascadas hasta el agua que brilla con reflejos dorados bajo la luz que se filtra entre los árboles.

—Lo es —admito, disfrutando de su reacción—. La hice construir para escapar del mundo, cuando todo lo demás se vuelve… demasiado.

Ella se detiene al borde, dejando caer su mirada en el agua, mientras la brisa nocturna juega con su cabello. La veo relajarse poco a poco, pero hay algo más en su postura. Siento su tensión, una que no tiene nada que ver con el trabajo que acabamos de terminar. Me acerco, sabiendo lo que va a decir antes de que lo haga.

—No llevo traje de baño —dice, con una sonrisa desafiante.

—No hace falta —respondo, dejando caer mi voz en una especie de reto.

Ella me observa por un momento, valorando la situación. Puedo ver las ruedas girando en su cabeza, esa chispa de provocación que siempre está al borde de aparecer cuando estamos juntos. Y entonces, como si fuera lo más natural del mundo, comienza a quitarse la camiseta interior masculina que abraza su cuerpo. Lentamente. Con esa seguridad que me deja sin respiración cada maldita vez. Cuando termina, queda en ropa interior negra, fina, casi transparente, que se ajusta a su piel de manera que hace que me hierva la sangre. Recorro cada centímetro de su piel con mi mirada cuidadosamente, grabándola a fuego en mi mente.

Es simplemente espectacular. Sin tener una gran altura ni ser extremadamente delgada, como lo son las top models con las que me suelo relacionar para actos públicos y también para otros menos públicos y más obscenos, ella con su estatura media y sus bien calculadas curvas femeninas es toda una muestra de pura feminidad en su forma más cruda y seductora. No es el cuerpo de una muñeca de escaparate, frágil y artificial, sino el de una mujer real, fuerte, segura de sí misma, con una sensualidad que no necesita ser fabricada ni perfeccionada.

Cada curva de su cuerpo parece estar diseñada para hacer perder el control. Sus caderas tienen una cadencia natural al moverse, un magnetismo que me atrae como si estuviera hecho para mis manos, para poseerlas, para sentirlas bajo mis dedos. Su piel, apenas cubierta por esa fina capa de ropa interior, brilla bajo la tenue luz de la piscina, y la imagen que proyecta es de pura tentación, sin esfuerzo, como si cada parte de ella estuviera destinada a provocarme sin siquiera intentarlo.

No hay excesos en su figura, ni menos, ni más. Es una contradicción perfecta de suavidad y poder, de delicadeza y fuerza contenida. Y eso me enloquece. Su silueta tiene una elegancia que no necesita ajustes, un atractivo visceral que no es el producto de los estándares convencionales que me rodean constantemente, sino de algo mucho más auténtico, más intenso.

El modo en que se mueve, en que me observa, me hace sentir como si estuviera viendo a la tentación personificada. No importa cuántas mujeres hayan pasado por mi vida, ninguna de ellas tiene el poder que tiene Valeria de hacerme sentir completamente fuera de control, como si cualquier momento a su lado estuviera a un paso de desbordarse.

Es imposible apartar la mirada de su cuerpo, de esa mezcla irresistible de curvas y piel, de la forma en que su ropa interior apenas cubre lo necesario, dejando lo demás a la imaginación. Y mi imaginación, en este momento, está fuera de control. No hay nada en ella que no desate algo salvaje en mí, una necesidad primitiva de tenerla, de reclamar lo que ya me pertenece desde hace mucho tiempo.

Valeria no es solo una mujer. Es un reto. Un desafío. Es esa clase de mujer que sabe lo que provoca, y lo utiliza sin remordimientos, pero también es la única que logra hacerme sentir vulnerable al mismo tiempo. Me enfrenta a mis propios demonios y despierta en mí algo oscuro, algo que no puedo ni quiero reprimir.

—¿Qué? —pregunta ella, notando mi mirada—. ¿No te bañas?

Mis ojos recorren su cuerpo, sin disimulo alguno. Esta mujer sabe exactamente lo que está haciendo. Y yo, aunque siempre tengo el control, con ella... es diferente. Me acerco, tirando de mi camisa hasta sacármela y dejándola caer al suelo. Los músculos de mi torso se tensan por la temperatura y el deseo que late bajo la superficie. Me quito los pantalones del traje y me quedo en bóxers. Ella tampoco pierde detalle de mi figura y eso me hace sentir gigante, digno aspirante a compartir el lecho de un mujerón como ella.

—Claro que me baño —respondo, sin apartar la mirada de ella.

Nos deslizamos en el agua, fría al principio, pero rápidamente templada por la calidez de nuestros cuerpos. Las cascadas siguen sonando a lo lejos, pero todo lo que puedo sentir ahora es a Valeria, justo frente a mí. Su risa suave, sus movimientos mientras nada alrededor mío. Nos mantenemos cerca, sin tocarnos, pero la tensión sigue flotando en el aire.

—Tienes todo esto —dice ella, haciendo un gesto con la mano hacia el entorno—. Y, sin embargo, pareces más en tensión que nunca.

Sonrío, porque sabe perfectamente por qué estoy tenso. La tensión entre nosotros no es algo que pueda ignorarse. No después de todo lo que ha pasado.

—No soy un hombre fácil de relajar —respondo, manteniéndome a flote mientras ella se acerca.

—No, no lo eres —dice con una sonrisa—. Pero parece que esta vez te has contenido. Pensé que ibas a lanzarte sobre mí después de haber fisgoneado en tu despacho.

Ella sigue nadando cerca, provocando con cada palabra.

—Te gusta jugar con mi paciencia, Valeria —respondo, manteniéndome firme, aunque noto el calor creciendo dentro de mí —. Ya te voy conociendo bien.

—Quizás. Pero también sé que disfrutas del reto.

Ella se detiene justo frente a mí, tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo bajo el agua.

—Dime, Dominic —dice con esa voz baja y provocadora—. ¿Has traído a otras mujeres aquí?

Es una pregunta que esperaba, pero, aun así, siento ese toque de celos en su tono. Me acerco un poco más, sin quitarle los ojos de encima.

—¿Te preocupa que no seas la primera? —respondo, sonriendo con suficiencia.

Valeria me mira a los ojos, sus labios ligeramente curvados en una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Solo curiosidad —dice suavemente—. Pero me pregunto… ¿qué hacías con ellas aquí?

Mi sonrisa se ensancha. Ella está celosa, aunque lo oculte detrás de esa máscara de profesionalismo y autosuficiencia. Y no puedo evitar disfrutarlo. Me inclino hacia ella, bajando la voz, pero manteniendo el control.

—Te diré algo, Valeria —le susurro—. Ninguna de ellas me provoca lo que tú me provocas. Y eso te pone en una posición muy peligrosa. Y, sin duda alguna, a años luz de cualquier otra mujer.

Ella me mira intensamente, midiendo mis palabras. Y entonces, con una suavidad que casi me desarma, responde:

—No soy de las que se asustan fácilmente, Dominic.

El agua nos rodea, pero el calor entre nosotros es innegable. La tentación está ahí, latente, a punto de estallar, pero ambos estamos disfrutando demasiado de este juego como para ser los primeros en ceder. Por ahora.

El aire a nuestro alrededor parece cargarse de electricidad, y el agua ya no es suficiente para apagar el fuego que arde entre nosotros. Valeria sigue frente a mí, tan cerca que puedo sentir el latido acelerado de su corazón sincronizándose con el mío. Sus ojos, oscuros y brillantes, me observan con una mezcla de desafío y deseo que me atrapa, como si no hubiera escapatoria.

No lo pienso más. Me acerco de golpe, atrapando su rostro con mis manos, tirando de ella hacia mí. Sus labios se encuentran con los míos en un choque abrasador, un beso que no es suave ni cauteloso. Es hambriento, feroz, como si ambos estuviéramos saciando una necesidad contenida durante demasiado tiempo. Mis manos se deslizan desde su rostro hacia su cuello, acariciándolo con firmeza, mientras su cuerpo responde presionándose más contra el mío bajo el agua.

El sabor de sus labios es embriagador, una mezcla de dulzura y peligro. Ella me besa de vuelta con la misma intensidad, no hay resistencia, solo entrega. Su lengua roza la mía, explorando, reclamando cada rincón de mi boca, y siento que mi autocontrol se desmorona, se desvanece como humo.

Las manos de Valeria se deslizan por mis hombros y luego bajan por mi espalda, sus dedos marcando su camino como si quisiera memorizar cada centímetro de mi piel. El agua se arremolina a nuestro alrededor, pero apenas lo noto. Todo lo que importa es este momento, el calor que emana de nuestros cuerpos, el roce de sus manos, la presión de sus labios contra los míos.

Un gemido ahogado se escapa de su garganta y eso solo me incita más. Mi boca deja la suya por un segundo, recorriendo su mandíbula y luego su cuello. Sus manos se enredan en mi cabello, tirando ligeramente, y esa sensación de control compartido, de que ambos estamos atrapados en esta espiral de deseo, me enloquece aún más.

Mis dedos encuentran la curva de su cintura bajo el agua, y la atraigo aún más hacia mí, como si fuera posible estar más cerca de lo que ya estamos. Su piel es suave bajo mis manos, y cada centímetro de su cuerpo responde a mi toque. Puedo sentir su respiración acelerada contra mi pecho mientras mis labios siguen recorriendo su cuello, y ella arquea su espalda, ofreciendo más de sí misma.

—Dominic… —su voz es apenas un susurro, entrecortado por el placer.

Mi nombre en sus labios, dicho de esa manera, como una súplica, me atraviesa como una descarga eléctrica. No hay vuelta atrás. Este beso es oscuro, cargado de la tensión que hemos acumulado durante tanto tiempo, un reflejo de lo que realmente somos: dos almas enredadas en algo que ni siquiera podemos controlar.

La beso de nuevo, con más profundidad, perdiéndome por completo en ella. Sus labios son todo lo que necesito, todo lo que quiero en este momento. Mis manos recorren su espalda, bajan hacia sus caderas, acariciándola como si fuera un tesoro que no quiero soltar. Siento cómo ella responde, cómo se aferra a mí enredando sus piernas a mi cintura, y sé, cuando comienza a frotarse contra mi erección, que está tan perdida como yo.

El agua se agita a nuestro alrededor, pero no me importa. Todo se desvanece excepto ella, su sabor, su piel, la forma en que me toca. Estamos completamente consumidos el uno por el otro, perdidos en un abismo de deseo y necesidad.

Un carraspeo incómodo rompe nuestro momento. Ambos levantamos la mirada para ver que se trata de Nikolay, uno de mis hombres de confianza.

—Señor, lamento importunarle, pero Kirilov está de camino al club para su reunión con él de esta noche.

—Mierda —refunfuño separándome de Valeria con mucho esfuerzo y saliendo de la piscina. Acto seguido le ofrezco mi mano a Valeria para que salga ella también y la cubro con mi camisa al ver que el agua ha hecho que toda su ropa interior se transparente. No quiero que mis hombres ni ningún otro hombre la vea así.

—¿Kirikov? ¿Quién es? —pregunta Valeria envolviéndose en mi camisa.

Cuando Valeria me pregunta, “¿Quién es Kirikov?”, me detengo un segundo, porque la respuesta no es tan simple. Exhalo lentamente y la miro antes de responder.

—Kirikov... es un hombre nuevo en la escena, pero que ha sabido ganarse un lugar rápido. No es uno de esos herederos mimados que creen que el poder les pertenece por derecho de nacimiento —le explico, dejando que mis palabras fluyan despacio, casi como si las estuviera pensando en voz alta—. Este tipo se ha hecho a sí mismo. Ha salido de lo más bajo y ha ascendido de una manera que no he visto en mucho tiempo. Es inteligente, cuidadoso, nunca

muestra todas sus cartas. Siempre tiene ese aire calculador, como si estuviera analizando cada palabra que dices, cada movimiento que haces.

Me seco con la toalla que me tiende mi hombre y la miro de reojo. A Valeria le interesan estos detalles. Sé que sus preguntas nunca son por simple curiosidad, siempre hay una razón detrás.

—Ha estado apareciendo en las reuniones clandestinas en *Nebula*, presionando para tener más acceso, más influencia. No es de los que piden mucho de golpe; no. Él juega a largo plazo, poco a poco, como si te estuviera preparando para algo más grande sin que te des cuenta —continúo, sin dejar de pensar en cada interacción que he tenido con él—. Nunca se muestra agresivo, pero tampoco deja dudas de que tiene ambición.

Hago una pausa, me inclino un poco hacia ella.

—Eso es lo que más me preocupa de él. No porque piense que me va a traicionar o algo por el estilo —aún no tiene ese poder, al menos—. Es más bien que simplemente no sé hasta dónde quiere llegar. Y tipos así, los que han aprendido a ser pacientes y calculadores, son los que dan más trabajo. Además, cuando él y Lev, uno de mis aliados y el mayor traficante de cocaína de la ciudad, se juntan, siempre reina el caos en las reuniones. Parece que están enfocados en arrancarse la cabeza el uno al otro.

Valeria asiente, como si ya estuviera empezando a entender la clase de hombre del que hablo. Pero sé que ella quiere más. Siempre quiere más.

—¿Y qué relación tienes con él? ¿A qué se dedica? —pregunta, con esa mirada que me lanza cuando está investigando a alguien, ya sea para un caso o para algo más personal.

Sonrío, aunque la pregunta me fastidia un poco. No porque no se la pueda responder, sino porque en realidad no sé hasta dónde llegarán los tentáculos de los negocios de Kirikov.

—Nos hemos cruzado en algunas negociaciones sobre el tráfico de drogas de diseño —respondo, eligiendo las palabras con cuidado—. Tratos pequeños, nada que no pueda manejar. Pero está claro que quiere más de lo que tiene. Aún no sé si verlo como una amenaza o como una oportunidad. Hasta ahora, se ha mostrado... respetuoso, diría yo. Aunque tiene esa manera de hablar que te hace pensar que detrás de cada palabra hay algo más. Siempre parece estar buscando un ángulo.

Valeria entrecierra los ojos, como si estuviera procesando lo que acabo de decir.

—¿Tienes tratos con él en alguno de tus... negocios más oscuros? —me pregunta, directa como siempre.

Sonrío de nuevo, esta vez un poco más cínico. Me inclino hacia ella, con la intención de que sienta el peso de mis palabras.

—No todavía —respondo, dejando claro que, por ahora, Kirikov es solo uno más entre los muchos que intentan abrirse camino en este mundo—. Quiere que le dé alguna invitación a algunos de mis clubs de… ya sabes, de disfrute carnal. Aunque aún no sé si puedo fiarme de él y meterlo dentro de mis clubs y que pueda conocer la identidad de mis clientes. No sé si trataría de

extorsionarlos y aún no voy a arriesgarme a ello. Pero lo vigilo. Uno no llega tan alto, tan rápido, sin un plan. Y él lo tiene. Solo falta saber si su plan me beneficia a mí o si se está preparando para algo más.

Valeria no dice nada por un momento, pero puedo ver que está pensando, siempre un paso por delante.

—Tengo que irme, nena. Siéntete como en casa y nos vemos mañana por la mañana para seguir discutiendo planes de acción —le digo mientras beso su frente. Para mi grata sorpresa, ella no se queja del gesto, sino que me acaricia el rostro antes de separarme de ella.

Pero sé que la he dejado pensando. Cavilando. Dando vueltas a lo que significa entrar en mi mundo.

CAPÍTULO 25



Dominic

El ambiente en *Nebula* está tan cargado de tensión como el humo que flota por la sala. Las luces bajas y las sombras se mezclan con el murmullo de las voces, creando la atmósfera perfecta para lo que está por suceder. Estoy sentado en la cabecera de la mesa, observando a los hombres que he convocado. Todo en este lugar está bajo mi control, excepto el creciente malestar entre dos de ellos.

A mi derecha está Lev, un veterano que ha estado en el juego desde mucho antes que yo. Su presencia es imponente, y su rostro, marcado por las cicatrices de años de guerra en las calles, dice más de lo que sus palabras alguna vez podrían. Lev no tiene que probar nada a nadie. Él *es* el negocio, y eso le da una confianza peligrosa.

A mi izquierda, Kirikov, la cara nueva en este juego, alguien que ha comenzado a causar más ruido del que debería. Es joven, ambicioso y no le gusta esperar su turno. Lo veo en su forma de sentarse, en cómo sus ojos recorren la sala, calculando, midiendo. Aún no está a la altura de Lev, pero tiene ese algo que lo hace peligroso. Ambición descontrolada.

La conversación se está calentando rápidamente.

—Lev, sabes que la nueva mercancía será más rentable que todo lo que has manejado hasta ahora —dice Kirikov, su voz es baja, pero con un filo claro—. Pero no puedes pretender acapararla solo porque llevas años en esto. Necesitamos adaptarnos. Tú sigues aferrado a un pasado que ya no tiene lugar en este negocio.

Lev suelta una risa grave y burlona, como si las palabras de Kirikov fueran solo un mal chiste. Lo conozco bien; está provocando, buscando a ver hasta dónde puede empujar a Kirikov antes de que pierda el control.

—No me vengas con lecciones, muchacho. —Lev se inclina hacia adelante, su voz ronca como el trueno—. ¿De verdad crees que por tener un par de años en esto puedes venir y exigirme lo que otros hemos construido con sangre y sudor? Esta ciudad me respeta. A ti apenas te toleran.

La cara de Kirikov se endurece. Sus ojos se vuelven peligrosamente estrechos, como si estuviera a punto de saltar. Por un momento, pienso que las cosas van a escalar rápido.

—¿Tolerar? —responde Kirikov con un susurro afilado—. Si crees que me importa lo que la ciudad piense de mí, estás más viejo de lo que pareces. Lo que me importa es quién

controla las calles. Y si crees que voy a dejar que tú sigas con el monopolio solo porque has estado aquí desde que yo era un crío, estás muy equivocado. Los tiempos han cambiado, Lev. El futuro es mío.

La tensión en la sala sube como la marea antes de una tormenta. Lev está a punto de responder, su mano está ya al borde de la mesa, cuando decido intervenir. No vine aquí a ver cómo estos dos se destruyen mutuamente.

Me inclino hacia adelante, mi voz firme, pero sin perder la calma.

—Kirikov, suficiente —le digo, mirándolo directamente a los ojos—. Entiendo que tengas ambiciones, pero Lev tiene razón en algo: ha pagado su cuota. Respeto, tiempo, sacrificio. Esto no es cuestión de quién grita más fuerte o quién es más joven. Es cuestión de quién ha demostrado ser capaz de mantener el negocio bajo control.

Los ojos de Kirikov se clavan en mí. Veo la chispa de resentimiento en ellos. No le gusta que lo frene, y mucho menos que tome el lado de Lev, aunque sea de manera sutil. Pero aquí, mando yo. Y eso, lo tiene claro.

—Dominic, tú sabes que esto no es solo un juego de veteranos. —Su tono se vuelve frío, calculado—. Si favoreces a Lev, te aseguro que este negocio que tanto has construido comenzará a desmoronarse. No subestimes lo que puedo aportar. No subestimes lo que puedo hacer.

Lev se echa hacia atrás en su silla, disfrutando de cada palabra. Sonríe, una sonrisa que me indica que va a soltar algo más para incendiar la sala.

—¿Vas a seguir llorando o vas a aceptar que no estás a la altura? —dice, y el golpe es directo, buscando una reacción de Kirikov.

Antes de que las cosas se desborden, doy un golpe suave en la mesa, un recordatorio de que, por mucho que quieran enfrentarse, soy yo quien tiene el control aquí.

—No vine aquí a escuchar una competencia de gritos —digo, mirando a ambos con una calma que apenas oculta la creciente irritación—. Esta es mi mesa, mi negocio, y mis reglas. Lev ha demostrado lealtad, estabilidad. Kirikov, tú traes nuevos contactos, nuevas oportunidades, y eso tiene su valor. Pero esto no es un juego de egos. Ambos van a trabajar juntos, les guste o no.

Ambos me miran en silencio. Kirikov parece querer decir algo más, pero se contiene. Sin embargo, la tensión no desaparece. Está ahí, a punto de estallar en cualquier momento.

Kirikov me mira con su sonrisa forzada.

—No me malinterpretes, Dominic. Solo busco lo que es justo. Pero si crees que voy a permitir que alguien como Lev siga controlando las nuevas rutas sin cuestionar… entonces tenemos más que discutir.

Lev se ríe por lo bajo, claramente disfrutando del malestar de Kirikov.

Me aseguro de mantener mi calma, aunque por dentro la paciencia se me agota. Tengo que evitar que esto se convierta en un baño de sangre.

—Tendremos que hablar, claro —digo, con voz suave, pero firme—. Pero no aquí, no ahora. Esto no es un ring. Mi mesa, mi club, mis reglas. Y por ahora, se hace lo que digo.

La tensión se mantiene unos segundos más, y sé que la rivalidad entre estos dos no va a desaparecer en una sola noche. Lev es un lobo viejo que no cederá su terreno fácilmente, y Kirikov, un depredador joven que cree que puede ganar por pura agresividad. Pero por ahora, las cosas se calman.

—Basta de negocios por hoy. —Hago una señal y las puertas del salón se abren. Un grupo de bailarinas entra con movimientos sensuales, envueltas en un halo de seducción que comienza a disipar la tensión.

La música suave empieza a llenar el ambiente, creando una nueva atmósfera. Lev toma un trago largo y sonríe a una de las bailarinas que se le acerca, relajándose por primera vez en toda la noche.

Kirikov, en cambio, observa, aún tenso, pero tratando de disimular su descontento. Lo noto, pero decido dejarlo pasar por ahora. Ya habrá más tiempo para que entienda cómo funcionan las cosas aquí.

Le doy una palmada en el hombro a Kirikov mientras las bailarinas nos rodean, intentando calmar la tensión de la sala.

—Relájate, Kirikov —le digo, con una sonrisa que apenas esconde la advertencia—. Si quieres sobrevivir en este juego, vas a tener que aprender a disfrutar de las pequeñas victorias. Disfruta ahora de las chicas y de la botella de whisky de reserva que hay en la mesa. Invita la casa.

Se ríe, pero es una risa sin alegría. Él sabe que hoy no ganó. Pero el juego está lejos de terminar. Y yo, estaré en el centro de todo.

Ambos me han pagado una suma ingente de dinero para que guíe esta negociación, pero en una negociación no pueden salir todos vencedores. Eso debería de saberlo ya Kirikov. Si no, tendrá que aprenderlo a base de golpes.

Me meto en la oficina privada que tengo en *Nebula* y cierro la puerta tras de mí. Necesito un respiro, una pausa en medio de todo este caos. Los negocios no son más que una guerra interminable de egos y ambiciones, y aunque me encanta el control que ejerzo, hay veces que estar rodeado de esas serpientes se vuelve agotador. Me acerco a la barra que tengo a un lado y me sirvo un whisky, el sonido del hielo tintineando en el cristal me relaja más de lo que debería.

La sala está repleta de pantallas. Desde aquí puedo observar cada rincón de *Nebula* y de mi mansión. Me gusta saber que lo tengo todo bajo control. Mientras bebo, dejo que mi mirada vague por las distintas cámaras hasta que algo llama mi atención.

Valeria.

Ahí está, en mi casa, donde debería estar. Pero no en la zona donde la he instalado, conmigo. Se ha colado en el ala izquierda, la zona donde están las habitaciones de mis hombres, un lugar que normalmente evito que las visitas frecuentes o cualquier mujer merodee,

especialmente sola. Frunzo el ceño. ¿Qué cojones hace ahí y quién de todos los insensatos que tengo trabajando para mí la ha colado? Es una parte de la mansión que tiene su propio ecosistema; mis hombres la consideran su espacio, su refugio. Y ver a Valeria en medio de todo eso, rodeada por ellos, me incomoda.

Aunque confío en ellos, son mis hombres, y ninguno se atrevería a hacer algo sin mi permiso. Pero, por alguna razón, verla ahí, caminando entre ellos como si fuera su propio territorio, me despierta una inquietud extraña. Me acerco más a la pantalla, aumentando el volumen de la cámara que está captando lo que sucede.

Ella parece haber encontrado su manera de entretenerse. Están jugando al póker. Mis hombres, fuertes, duros, tipos que no le temen a nada, parecen estar completamente a merced de Valeria. Y, por el aspecto de la mesa, no está perdiendo. Todo lo contrario. Cada vez que alguien baja las cartas y las suyas resultan mejores, uno de ellos acaba perdiendo alguna prenda.

Me río en voz baja. Esa mujer... Siempre encuentra la manera de sorprenderme. Está destrozando a mis hombres, uno por uno. No solo los está venciendo, los está despojando de su dignidad, literalmente, haciéndolos quitarse la ropa con cada partida que gana.

Es una escena absurda y fascinante. Valeria se mueve con una confianza arrolladora, como si supiera exactamente lo que está haciendo. Aunque puedo notar que Valeria parece un poco borracha. Hay un leve tambaleo en sus movimientos, una risa más suelta de lo habitual. Pero incluso en ese estado, sigue invencible, destrozando a mis hombres con las cartas y haciéndolos caer uno tras otro.

Mis hombres, aquellos que nunca pierden la compostura, ahora están medio desnudos frente a ella, riendo incómodos, incapaces de procesar cómo esta mujer los está dejando en ridículo. Y Valeria, esa endiablada mujer, está disfrutando cada segundo. Su risa es contagiosa, pero hay algo más profundo en su actitud. Está completamente en control, aun cuando parece que la situación podría desbordarse en cualquier momento.

Apenas puedo contener mi risa. Es algo inesperado y casi surrealista. Ver a Valeria así, tan suelta, tan libre en mi terreno, rodeada de mis hombres... es como ver a un depredador jugando con su presa. Hay algo de intoxicante en su seguridad, en la forma en que disfruta el poder que tiene sobre ellos.

Pero, por otro lado, no me gusta nada verla en esa situación. No me gusta verla rodeada de otros hombres, aunque sean los míos. Un pinchazo de celos, absurdo e irracional, atraviesa mi pecho. No es que piense que alguno de ellos se atrevería a hacer algo —sería una sentencia de muerte— pero verla tan cómoda, coqueteando, sonriendo, mientras ellos se despojan de su ropa, me irrita. Y no solo un poco.

Aumento el zoom de la cámara para enfocarla mejor. Está sentada de forma casual, su ropa ajustada a sus curvas de una manera casi provocativa, aunque sé que es natural en ella. Esa camiseta de tirantes ajustada, esos jeans... Es como si lo hubiera planeado todo, como si supiera que alguien la observaría. Y ese alguien soy yo.

La observo con detenimiento, sus ojos están brillantes, como si estuviera disfrutando no solo del juego, sino también del control que ejerce sobre el ambiente. Los tiene a todos en la

palma de su mano.

Uno de los chicos pierde otra mano y se ríe mientras se quita los zapatos, ya casi sin ropa. Valeria lo mira con una mezcla de burla y desafío. “Vamos, no te des por vencido tan rápido”, le dice con una sonrisa que es mitad broma y mitad reto.

Sacudo la cabeza, incapaz de creer lo que veo. Hay algo en ella que me vuelve loco. Esa mezcla de caos y control, de vulnerabilidad y poder. No puedo dejar de mirarla, y eso me molesta más de lo que debería.

Finalmente, no puedo más. Dejo el vaso en la mesa y me levanto, con una sensación de urgencia palpitando en mi pecho.

—¡Leonid! —grito al interfono que me comunica con él, llamándolo. Cuando entra a la oficina, solo le hago un gesto con la cabeza hacia la pantalla—. Sácala de ahí. Ahora.

Leonid mira las pantallas, claramente divertido al ver lo que está pasando. Pero sabe mejor que nadie cuándo es hora de actuar.

—¿No te hace gracia, jefe? —me dice con una sonrisa burlona.

—No me hagas repetirlo.

Leonid asiente y sale de la oficina para encargarse de la situación. Me quedo mirando la pantalla un segundo más, observando cómo Valeria sigue sonriendo, disfrutando de su pequeña victoria.

Es como si estuviera probando hasta dónde puede llegar conmigo. Y aunque me fascina esa energía que tiene, al mismo tiempo me vuelve loco. No me gusta perder el control, y cuando se trata de ella, es como si estuviera siempre en una cuerda floja, tirando de mí en direcciones que no puedo prever.

Uno de mis hombres, el que está junto a Valeria, recibe una llamada. Es de Leonid, ordenándole que la saque de allí. Lo veo asentir y decirle algo al oído a Valeria, pero ella solo sonríe. Maldita sea, ¿quién se cree que es? ¡No me desobedezcas delante de mis hombres!

Valeria recoge las cartas con una calma que me desespera, como si estuviera completamente de que la estoy observando, y se levanta.

Cuando llega al ala derecha, donde están nuestras habitaciones, capto la cámara del pasillo y espero que se dirija a su habitación, que siga las reglas por una vez. Pero no. Se para frente a su habitación, pero de repente se da la vuelta. ¿Adónde demonios va?

La veo avanzar, segura de sí misma, hasta llegar frente a mi puerta. Aprieto los dientes. No. No va a hacer lo que creo. Pero claro que lo hace. Gira el pomo y entra en mi habitación como si fuera su maldita dueña. Mi pulso se acelera, y no sé si es por la rabia que me produce que me desafíe en todo o porque estoy a punto de perder la cabeza. Esta mujer...

La cámara de mi habitación sigue cada uno de sus movimientos. Ella sabe que la estoy observando, lo siento en mis huesos. No hay duda. Me quedo ahí, sin poder apartar los ojos de la pantalla, viendo cómo empieza a desnudarse, una prenda tras otra, sin apuro, sin vergüenza.

Dios, lo está haciendo a propósito. Me está retando. Mi mandíbula se tensa aún más, y siento una mezcla de furia y deseo recorrerme.

Valeria se pasea desnuda por mi habitación, con esa maldita seguridad que me vuelve loco. Levanta la cabeza como si supiera exactamente dónde estoy, como si pudiera verme, aunque no lo haga. Y joder, ese cuerpo es mi más absoluta perdición. No me hace falta mirarme la bragueta para saber que tengo la polla más tiesa que una vara de hierro. Me la acaricio un poco, por encima de los pantalones, para darle algo de consuelo a esa pobre parte de mi ser que se ha visto infectada por el huracán Valeria y no sabe cómo responder ante ese endiablado ser. Valeria entonces se dirige a mi armario, lo abre y se toma su tiempo eligiendo una camisa. Una de las mías. Ya es la segunda vez que invade mi privacidad así. Puede que me lo tenga merecido, porque yo también lo he hecho con ella, pero se supone que soy yo quien está orquestando esta extraña relación que se ha creado entre los dos.

Finalmente, elige una negra. La saca del armario y se la pone con la misma facilidad con la que se deshizo de su ropa. Me muerdo el labio. La tela apenas le cubre los muslos, y ahí está, en mi habitación, con mi camisa puesta y absolutamente nada más. Está jugando conmigo, y yo siento cómo la rabia y la atracción se entrelazan en mi interior, creando un caos que apenas puedo controlar.

Se mueve por la habitación, como si la hubiera conquistado. Como si estuviera en su terreno. La veo caminar hasta mi cama, estirarse un poco y luego meterse bajo las sábanas. En mi maldita cama. Jamás he compartido mi cama con nadie. Mi cama es mi santuario. Soy demasiado especialito para dormir. Necesito oscuridad plena y ausencia de ruido por completo. Además, que suelo abarcar casi la totalidad del espacio del colchón cuando duermo. Por no hablar del estrés que me supone tener a alguien durmiendo a mi lado y la sensación de que algo puede salir mal, muy mal.

Me quedo mirando la pantalla, inmóvil. No sé si quiero ir allí y sacarla a la fuerza o... quedarme observando. Pero lo que sé es que esto ha ido demasiado lejos. Valeria está jugando con las llamas que aún no ha visto arder en mí. Sabe que la estoy vigilando, que la veo allí, en mi cama, usando mi ropa, y aun así no se esconde. Cree que todo es un maldito juego y me está desquiciando. ¿Por qué me provoca a estos niveles si no me deja tenerla? ¿Qué tipo de reacción espera por mi parte? Si no quiere nada con un hombre tan posesivo como yo, como ya me ha insistido innumerables veces, ¿por qué hace esto? ¿Es que en el fondo quiere de mí lo contrario de lo que sus labios me piden? ¿O simplemente quiere hacer conmigo lo mismo que hizo Tatiana, quitarme el poder a través de sus jueguecitos de seducción?

Respiro hondo. Aprieto los puños. Estoy a punto de romper algo por la desesperación que me causa esta mujer, pero algo dentro de mí se calma cuando la veo cerrar los ojos. Se acomoda en mi cama como si fuera el lugar donde siempre debió estar. Como si ese fuera su derecho.

La muy cabrona... No voy a ir tras ella. No todavía. Me recuesto en la silla, mis ojos fijos en la pantalla. Valeria no se va a ninguna parte. Está allí, en mi cama, en mi espacio, y no sé si estoy más enfurecido o fascinado por lo que acaba de hacer. Se ha metido ella solita en la cueva del lobo. No tiene ni idea de si esa invasión de mi espacio vital es algo inocente, morboso o

desestabilizador para mí. Y más bien es esto último. No puedo dormir en otro lugar que no sea mi cama. Y no puedo dormir si sé que hay alguien más ahí, junto a mí, a mi cargo. ¿Qué haré cuando vuelva a casa y necesite descansar? ¿Debería echarla?

Pero esto... esto no es más que el principio. Ella me está retando, y no voy a dejar que se salga con la suya tan fácilmente. Esta batalla acaba de alcanzar un nuevo nivel.

Bajo la mirada y dejo escapar un suspiro. Ella lo sabe. Y le encanta jugar con el fuego.

CAPÍTULO 26



Dominic

Entro en la mansión en silencio. Es de madrugada, y aunque el lugar está tan oscuro como siempre a estas horas, siento que algo diferente me espera. Subo las escaleras de la entrada con calma, mis pasos apenas audibles contra el mármol frío. Valeria está aquí. En mi cama. Eso me tensa de pies a cabeza.

Avanzo por el pasillo que da a las habitaciones sigilosamente, pero creo que el martilleo de mi corazón debe de estar dejando sordos a toda la ciudad. Estoy en tensión. Más que nunca. Porque no sé qué voy a hacer cuando llegue a mi habitación y la vea ahí, en mi cama.

Cuando abro la puerta de mi habitación, la encuentro justo donde la esperaba, profundamente dormida, envuelta en las sábanas como si fuera el lugar más seguro del mundo. La luz tenue de la luna que entra por la ventana dibuja sombras sobre su piel, dándole un aire casi irreal. Inesperadamente, mi cuerpo se relaja poco a poco mientras la veo dormir plácidamente y con una enorme sonrisa en el rostro. No está en peligro y no lo voy a estar yo tampoco. Además, me gusta lo que veo cuando duerme. Me gusta ver su cuerpo lánguido y relajado, su frialdad derretida por la calidez de sus sueños, sus manos enroscadas a una de mis almohadas con la nariz pegada a ella, como si estuviese aspirando mi aroma masculino, como si me estuviera abrazando a mí. Esta mujer no quiere que la protejan, no tiene ningún miedo, no tiene demonios que espantar. El único demonio que puede hacerle daño y convertirla en pedazos soy yo, y no estoy dispuesto a hacer eso por nada del mundo. Dios, cómo puede alguien volverte tan loco y a la vez darte una paz tan extraña.

Me despojo de la ropa con calma, dejando el traje cuidadosamente en una silla. Me quedo en ropa interior, y por un momento, me detengo para mirarla. Ella está aquí, en mi espacio, en mi cama. La tentación de despertarla y hacerla ir a su habitación es enorme, pero, de repente, las ganas de sentirla cerca, vulnerable, dormida entre mis brazos, se hace aún mayor que la ansiedad que me produce hacer algo que hace mucho tiempo que no hago: dormir con otra persona. Nunca creí que alguien como Valeria se convertiría en una parte tan importante de mi vida, y, sin embargo, aquí estamos. Ella y yo.

¿Los motivos por los que no duermo con nadie? Son varios, algunos más oscuros que otros. No guardo buenos recuerdos del internado en el que estudié, dejémoslo ahí. Después están las veces que dormí con Tatiana. Al principio era emocionante, pero luego se volvió una pesadilla. A veces se despertaba en mitad de la noche para darse un chute de heroína y el

panorama se volvía crudísimo. Recuerdo una vez que le dio una sobredosis, tuve que llamar a la ambulancia y lloré como un puto crío mientras la reanimaban. Bueno, creo que eso pasó más de una vez, pero prefiero no pensar en ello.

Cuando la dejé por fin, me acostumbré a la soledad a la hora de dormir. Tenía sexo con frecuencia con mujeres de todo tipo, sobre todo que no se parecieran a ella, pero para dormir me negaba a tener a alguien al lado y tener que velar por su salud. Bastante tenía con lidiar con la mía y mantenerme con vida. No confiaba en ninguna de las mujeres con las que follaba, porque podían ser meras espías del enemigo que estuviesen esperando a que me quedase dormido para apuñalarme, meterme una bala entre ceja y ceja o drogarme y ofrecerme como rehén del enemigo. Los primeros años en que comencé a ser alguien de verdad en la mafia fueron duros y me salvé por los pelos en varios tiroteos. De ahí mi recelo a la hora de confiar en alguien.

Además, me cuesta demasiado calmarme, y conciliar el sueño es algo a veces verdaderamente aterrador para mí. Casi nunca estoy en calma. Casi siempre estoy alerta. Necesito oscuridad y silencio, como si estuviese en un ataúd enorme.

Me meto en la cama con cuidado, deslizándome junto a ella. La observo a mi lado, durante varios segundos y presto atención a su respiración, pesada. Ni siquiera he cerrado a cal y canto la persiana de mi habitación como siempre hago, porque necesito seguir observándola un rato más y la luz de la luna me permite hacerlo. Sorprendentemente me calma verla así. Tan en paz. Y me pican las manos de las ganas que tengo de abrazarla y darle cobijo a sus sueños.

De modo que no lo pienso mucho y lo hago. La rodeo con mis brazos.

Cuando la abrazo, mi cuerpo abrigando el suyo, puedo sentir su calor contra mí, su respiración tranquila y constante. Y algo en mí comienza a despertar. Un golpecito en el pecho, como un martillito pequeño, está tratando de romper una coraza alrededor de un músculo que se aloja en la parte izquierda de mi pectoral y que siempre ha estado super protegido. Al menos, desde que Tatiana se fue de mi vida. No es intranquilidad. Tampoco es ansiedad. Es algo que se le parece, pero que, al contrario que la intranquilidad y la ansiedad, esta nueva sensación es una sensación adictiva. Como si me hiciese sentir más vivo que nunca. Como si todo el poder y el control que he conseguido ejercer en mi vida fueran ahora insignificantes comparados con esta extraña sensación.

Poco a poco, ella se despierta al sentir mi presencia tan cerca de la suya. Sus ojos se abren despacio, primero un parpadeo, luego se giran hacia mí. Me mira y sonríe, medio adormilada. Joder, me estoy enamorando…

—Has llegado —murmura, su voz suave y cálida.

—Sí —respondo, mi voz más baja de lo habitual. Hay algo en la calma de la noche, en el hecho de tenerla aquí, que me hace sentir más... vulnerable, tal vez. Quizá sea eso. Quizá la novedad de tener alguien en mi cama para otra cosa que no sea tener sexo me está nublando la razón y me haga sentir equivocadamente que esto no es simple y puro deseo, sino algo más.

Ella se acomoda un poco, girando su cuerpo para quedar frente a mí, nuestras miradas conectadas en la penumbra. Su mano sube hasta mi pecho, donde la deja descansar, como si fuera lo más natural del mundo.

—Quiero preguntarte algo —dice, su tono es serio, pero no tenso. No se ha percatado que el simple gesto de poner su mano en mi pecho me ha hecho tener taquicardia de forma repentina. Que mi respiración se ha acelerado. Que me he quedado atrapado en sus ojos. Sin poder moverme. Sin poder pestañear. Sin poder siquiera respirar.

Asiento, esperando. Siempre sé que sus preguntas van a tocar alguna fibra sensible, pero con ella, no me importa abrirme. De hecho, es como si necesitara abrirme en canal a ella.

—¿Tu familia también...? —empieza, pero se detiene, como si buscara las palabras correctas. Finalmente, suspira—. ¿Tu familia también se dedicaba a esto? ¿A la mafia?

No me sorprende la pregunta. Es algo que tarde o temprano saldría a la luz.

—Sí —respondo sin titubear, pero con el corazón aún trotando en mi garganta, pues tengo miedo de que mis respuestas la repelan—. Mi padre y mi abuelo. Esto ha sido parte de mi vida desde que tengo memoria. No elegí este camino, Valeria, nací en él. Aunque durante muchos años de mi juventud creí que sería mejor que ellos y que no caería. Pero al final soy lo que soy. No pude huir de mi destino.

Ella asiente, como si lo supiera desde hace tiempo, pero necesitara escucharlo de mi boca.

—¿Y tú...? —vacila de nuevo, sus ojos no se apartan de los míos y yo me muerdo los labios un segundo para no decirle dos palabras que mi mente está ordenándome que le grite—. ¿Alguna vez has matado a alguien, Dominic?

Mi pecho se contrae ante la pregunta, pero no aparto la mirada. No quiero mentirle. Nunca quise.

—Sí —digo, y noto que mis palabras pesan más de lo que esperaba—. He tenido que hacerlo. Es parte de este mundo. No es algo de lo que me enorgullezca, pero tampoco lo oculto. Era disparar o ser disparado. Naturalmente elegí lo primero.

Ella me observa, buscando algo en mi rostro. No veo miedo en sus ojos, más bien una especie de aceptación. Como si hubiera esperado esta respuesta desde el principio.

—¿Te arrepientes de algo? —pregunta finalmente, su voz apenas un susurro.

Miro al techo por un momento, considerando su pregunta. Hay tanto que podría decir, tantas decisiones que he tomado en la vida que me han traído hasta aquí.

—A veces pienso que hay cosas que podría haber hecho de otra manera. —Mi voz es grave, pero sincera—. No es que me arrepienta de todo, pero sí... hay momentos, elecciones que desearía no haber tenido que tomar. Sin embargo, en este mundo, cada decisión que tomas tiene un precio. Y ese precio es la vida que llevamos.

Ella no dice nada por un momento, simplemente me mira. Sus ojos están llenos de una comprensión que no esperaba.

—¿Y hubo algo que te cambiara? Ya que dices que de joven no querías ser así… —pregunta con un tono más curioso—. Algo que te hiciera tomar decisiones que ahora lamentas.

Por un segundo, dudo. Tatiana. La imagen de esa mujer aparece en mi mente como un fantasma del pasado, nublando mis pensamientos. Es un tema que nunca he tocado con nadie, pero si alguien merece conocer esa parte de mi historia, es Valeria. Aunque le ahorraré algunos detalles escabrosos.

—Hubo alguien —respondo, y veo cómo sus ojos se enfocan aún más, su curiosidad despierta—. Se llamaba Tatiana. Era mayor que yo, y cuando era mucho más joven, ella... me sedujo. Me enamoré de ella, ciegamente. —Hago una pausa, recordando el dolor y la traición que vinieron después—. Tatiana me usó para hacerse con el poder que ella, como mujer, no podía tener en este mundo. Me manipuló para que tomara decisiones que me hicieron subir en la jerarquía. Y yo, como un estúpido enamorado, lo hice todo por ella.

Valeria no dice nada, pero veo en su rostro una mezcla de sorpresa y algo más... tal vez compasión.

—Cuando conseguí el poder que ella quería, me engañó con mi propio tío. Me traicionó de la peor manera. —Respiro hondo, los recuerdos todavía arden, aunque el tiempo haya pasado —. La desterré de mi vida. Nunca más quise volver a saber de ella. Fue la primera vez que entendí que, en este mundo, el amor es una debilidad. Y desde entonces, no he vuelto a ser el mismo.

Valeria me mira en silencio, procesando todo lo que acabo de decir. No hay reproche en sus ojos, solo comprensión. Quisiera añadir a mi discurso “pero tú podrías cambiar eso”, aunque me callo. Necesito procesar más esta idea del amor conmigo mismo antes de soltar frases grandilocuentes que la espanten. Necesito saber si mañana me levantaré sintiendo lo mismo que estoy sintiendo ahora, o esto está siendo solo un espejismo. La conexión que siento con ella en este momento es algo que nunca pensé que podría tener de nuevo. Y eso me aterra.

—No quiero que me engañes —dice finalmente, con suavidad—. Quiero saber quién eres realmente. Quiero que confíes en mí.

—Lo hago —respondo sin dudar. Y es cierto. Con ella, me siento más expuesto que con nadie más, pero al mismo tiempo, es con la única persona con la que quiero ser así—. No quiero mentirte. No voy a ocultarte nada. Pero tienes que entender que este mundo... no es fácil. Y no quiero arrastrarte a algo de lo que no puedas salir.

Ella sonríe, y es una sonrisa tranquila, pero con un toque de desafío.

—Es demasiado tarde para eso, ¿no crees?

—Tú tienes elección, Valeria. Yo no. Quiero que lo sepas y que, aunque sea tan territorial contigo, jamás te forzaré a quedarte si no quieres. Aunque, si no te quedas a mi lado, por favor no te alíes nunca con mi enemigo. No quiero tener que tomar decisiones que me destrozarán para siempre.

—Sé en lo que me estoy metiendo —dice—. Y estoy aquí, ¿no? Contigo.

Su respuesta me hace sonreír también. Mi *cristalito*…

—Sí, estás aquí —murmuro, acercándome un poco más a ella, hasta que nuestros rostros

están casi tocándose—. Y eso me vuelve loco, porque nunca pensé que querría que alguien estuviera aquí, en mi vida, de esta manera. Jamás duermo con nadie, ¿sabes? Mi cama es una especie de santuario para mí, al menos a la hora de dormir, y me pone muy nervioso tener que compartirla con alguien si no es para follar.

—¿Quieres que me vaya? —pregunta, pero lo hace sin un ápice de enfado, más bien cargada de empatía hacia mí.

—No. No quiero que te vayas —respondo solamente. No puedo decirle por qué no quiero que lo haga porque ni yo mismo lo sé.

Ella no responde, simplemente me mira, y en ese momento, no hacen falta más palabras. Nos entendemos. Hay algo en esa conexión silenciosa, en la forma en que nos miramos, que lo dice todo.

La beso suavemente, apenas un roce de labios, y ella responde con la misma delicadeza. Es un beso tranquilo, lleno de complicidad. No hay prisa, no hay urgencia, solo dos personas compartiendo un momento, compartiendo más de lo que las palabras podrían decir.

Nos quedamos así, mirándonos, en silencio, dejando que la madrugada se deslice entre nosotros. Valeria está aquí, y por primera vez en mucho tiempo, me siento más en paz de lo que he estado en años.

CAPÍTULO 27



Valeria

Me despierto en la cama de Dominic, y por un momento, todo me parece surrealista. La luz del amanecer se cuela suavemente entre las cortinas, dibujando sombras suaves en el cuarto. Al girarme, veo algo que me deja inmóvil: Dominic está dormido. Es la primera vez que lo veo así, completamente relajado. Siempre lo había visto como un hombre en constante alerta, con una mirada que desconfía del mundo. Pero ahora, su rostro está sereno, como si toda esa tensión que lleva a cuestas se hubiera desvanecido, aunque fuera por unas horas. Una de sus manos aferra mi brazo, como si no quisiera dejarme escapar ni en sueños. Sonrío y contengo las ganas de acariciarlo. Me produce mucha ternura verlo así.

Sus respiraciones son profundas y constantes, y la rigidez habitual en sus músculos ha desaparecido. Parece casi vulnerable, algo que jamás habría imaginado. Y aunque este Dominic es diferente al que conozco, verlo así me produce una especie de paz. No puedo evitar sonreír ante la imagen. Por una vez, su fachada impenetrable ha caído. Y de alguna manera, eso me hace sentir menos sola.

Me quedo allí unos minutos más, observándolo en silencio, antes de levantarme lentamente, intentando no despertarlo. Me doy la vuelta en la cama, sin hacer ruido, intentando procesar lo que siento al verlo tan... ¿vulnerable? Es extraño, pero también me hace sentir feliz. Quizá porque nunca lo había visto de esta forma, y eso significa que, de alguna manera, ha confiado en mí más de lo que esperaba. Cuando me confesó que jamás duerme con alguien pensé que por un momento me estaba echando. Sé que lo único que él quiere de una mujer es sexo, no los quebraderos de cabeza que conlleva una relación y, aunque lo entienda, porque ya tiene bastante lío a su alrededor, yo quería quedarme con él. A su lado.

Me jode admitirlo, pero lo había echado muchísimo de menos mientras estaba en el club, trabajando. Me estoy acostumbrando a no ser solo yo, a no estar siempre sola. Y me estoy acostumbrando muy rápido. Tanto que me asusta. No estoy enamorada de él, eso no puede ser, simple y llanamente. Es solo que… no sé. Dominic es diferente. Me reclama, pero a la vez sé que espera que me revuelva ante su poder. Y sé que admira cada gesto mío que va dirigido en contra de su voluntad. Como si me respetase más que a nadie. Como si me valorase como nunca nadie me ha valorado antes. Me escucha, me ve… me siente.

Cuando estoy a punto de ponerme en pie, escucho cómo Dominic se mueve a mi lado. Me vuelvo a mirarlo. Gira el rostro hacia mí, sus ojos se abren despacio, parpadeando contra la luz suave de la mañana.

—¿Qué hora es? —murmura, con la voz ronca por el sueño.

—Las diez —respondo, esbozando una sonrisa—. ¿Has dormido bien?

Se queda en silencio, como si considerara la pregunta.

—Joder… ¿las diez? Pues he dormido mejor de lo que esperaba. —Me mira, sus ojos aún llenos de esa suavidad que rara vez muestra—. Eres como un somnífero. Vas a tener que dormir más aquí, conmigo —dice con una preciosa sonrisa en los labios y una mirada tierna.

Me sorprende la respuesta. No es lo que esperaba de alguien como Dominic, que siempre guarda las distancias. Me pregunto qué clase de murallas hemos derribado la noche anterior, pero no sé si quiero saber la respuesta.

Nos levantamos y, tras ducharnos, cada uno en el baño de su habitación, y vestirnos, vamos juntos a la cocina. La luz del día inunda el espacio y, por un momento, la normalidad del ambiente parece chocar con la intimidad de lo que compartimos anoche. No hay nadie en la cocina cuando llegamos, pero sobre la mesa hay dispuesto ya todo un bufé de todo tipo de comida. Lo único que no hay es café, porque Dominic me explica que es lo único que le gusta hacer a él mismo y que, todo lo demás, lo hace Antonella, su cocinera, para dejarlo listo cuando él se despierte. Una clase de lujo y poder al que yo no estoy acostumbrada, pero, la verdad, podría acostumbrarme rápidamente.

Dominic sirve una taza de café para sí mismo y otra para mí y se sienta a la mesa para desayunar conmigo.

Mientras desayuno, sentada frente a él en la mesa de la cocina, noto la mirada de Dominic sobre mí. Hay algo en sus ojos, como si estuviera midiendo el momento adecuado para decir algo.

Finalmente, rompe el silencio.

—Anoche te conté bastante sobre mí —comienza, con su tono usualmente calmo, aunque ahora hay un leve toque de curiosidad—. Creo que es justo que ahora seas tú quien me cuente algo.

Su comentario me toma por sorpresa. No suelo hablar de mí misma, y mucho menos de mi pasado. He aprendido a ser reservada, a no mostrar mis cartas. Pero creo que con todo lo que sé de él, que podría prácticamente destruirlo, se lo debo. Quiero que confíe en mí, como yo he empezado a confiar en él, a pesar de lo enrevesado de su mundo.

—¿Qué quieres saber? —pregunto, llevándome la taza de café a los labios.

—¿Alguna vez has estado enamorada?

La pregunta me golpea de lleno. Toso y parte del café que estaba bebiendo salpica la zona de la mesa en la que estoy sentada. ¿Por qué quiere saber eso? No es una pregunta difícil de

responder, pero me obliga a recordar cosas que preferiría dejar enterradas. Además, me siento rara hablando del amor con alguien como él. Supongo que cree que se lo debo por haberme hablado de esa tal Tatiana, su primer y único amor.

—No. Nunca he estado enamorada —respondo, mirando hacia la taza de café—. Mi relación con los hombres... siempre ha sido complicada. Creo que mucho tiene que ver con mi padre.

Dominic asiente ligeramente, pero sigue esperando. Sé que no basta con esa respuesta.

—Mi padre... —empiezo, buscando las palabras correctas— era un hombre autoritario. Siempre exigía lo mejor de mí, pero nada parecía suficiente. Nunca me sentí vista, ni valorada por él. Hiciera lo que hiciera, siempre quedaba por debajo de sus expectativas. Eso, por un lado, ha sido bueno para mí, porque siempre me ha empujado a dar más de mí, hasta niveles desesperantes, pero también me ha enseñado a protegerme del amor. Si no soy lo suficientemente buena para mi padre, ¿podría serlo para alguien ajeno? La respuesta a esa pregunta ha dado siempre como solución que lo mejor es estar sola. A mí no voy a defraudarme nunca.

—Vaya… eso es… ¿A qué se dedicaba tu padre? —pregunta Dominic, su tono ahora más inquisitivo.

—Tenía un pequeño hotel en las afueras de la ciudad. No era un gran negocio, pero durante años nos fue bien. Mi madre lo ayudaba en la administración, se encargaba de recibir a los huéspedes y de los detalles. Parecían felices, o al menos lo parecían antes de que todo se desmoronara.

Veo cómo Dominic sigue cada palabra con atención, como si estuviera reconstruyendo la historia en su mente.

—Todo empezó a cambiar cuando apareció un tercer inversor —digo, sintiendo la familiar punzada de rabia—. Alguien se acercó a ellos con una oferta para expandir el hotel, convertirlo en algo más grande, más lujoso. Mis padres aceptaron sin pensarlo, convencidos de que sería su gran oportunidad. Pero resultó ser una trampa. Este inversor se aprovechó de su confianza y les arrebató el control de la empresa. En cuestión de meses, todo lo que habían construido, desapareció.

Las palabras salen con más fuerza de lo que esperaba, y noto cómo mi cuerpo se tensa con el recuerdo. Dominic parece palidecer ligeramente, pero no dice nada. Simplemente me escucha.

—Mis padres quedaron arruinados. Y fue entonces cuando empezaron las verdaderas presiones sobre mí —continúo, con un tono más duro—. Querían que los ayudara a salir de la ruina. Pero no de la manera que yo esperaba. Yo quería terminar mis estudios de derecho, convertirme en una buena abogada. Ayudarlos a partir de ahí. Pero mi padre siempre dudó que yo pudiera llegar a ser alguien.

Me detengo un momento, y siento la mirada intensa de Dominic, esperando que continúe.

—La "solución" que me propusieron fue que me casara con un empresario, veinte años mayor que yo. Un viejo gordo con dinero que estaba interesado en mí, que prometía, a cambio de tenerme a mí, ayudarlos a recuperar el hotel. —La amargura en mi voz es palpable—. Lo que más me dolió fue que mis propios padres me vieran como una moneda de cambio.

—¿Qué hiciste? —pregunta Dominic, su tono ahora más bajo, pero lleno de interés.

—Me negué, por supuesto. Les dije que no iba a casarme con un hombre al que ni siquiera conocía y que solo producía asco en mí, mucho menos por dinero. —Respiro hondo, sintiendo que revivo ese momento—. Mi padre se puso furioso. Digamos que incluso… violento. Me gritó que, si no los ayudaba a salir de la ruina casándome con ese tipo, para él estaría muerta.

La habitación se queda en silencio tras mis palabras. Dominic no me interrumpe, pero puedo ver algo cambiando en sus ojos. Quizá una mezcla de compasión y algo más oscuro, algo que no logro descifrar.

—A partir de ese momento, nuestra relación se rompió por completo —continuo—. Decidí que no iba a ser parte de su juego, y entonces me fui. Tuve que buscarme la vida sola. Y la única forma en la que pude sobrevivir fue trabajando en clubes nocturnos. Bailaba pole dance para poder pagar mis estudios y mantenerme a flote.

Noto cómo Dominic se tensa un poco al escuchar eso, pero no dice nada. No lo juzgo por esa reacción. La mayoría de la gente no entiende lo que significa tener que hacer algo así.

—Al principio pensé que lo controlaba, que tenía el poder sobre la situación. Pero pronto me di cuenta de que cada noche me iba desgastando un poco más. Era humillante, y lo peor es que mis padres nunca hicieron nada por ayudarme. Se quedaron en su miseria mientras yo me destruía poco a poco. El final de la historia, no obstante, es que conseguí acabar mis estudios y convertirme en una mujer de ley letal —añado con una sonrisa arrogante a mi discurso.

El silencio se vuelve casi insoportable, hasta que finalmente Dominic habla, su voz suave pero cargada de una emoción que no logra ocultar del todo.

—Siento que hayas tenido que pasar por todo eso —dice, y aunque sus palabras son sinceras, hay algo más en su tono. Como si pudiera leer mi mente, mis emociones. Como si me hubiera acompañado durante los momentos más oscuros de mi vida y no lo estuviera escuchando por primera vez.

Intento no quedarme atrapada en esos recuerdos. Entonces, Dominic, en un intento claro de aligerar el ambiente, se inclina hacia mí con una sonrisa cargada de ironía.

—Quizá algún día me hagas una demostración privada de esas habilidades de pole dance —dice, su tono una mezcla de sarcasmo y seriedad.

No puedo evitar una sonrisa. Es su manera de hacer que baje la guardia, de restarle peso al dolor que acabo de compartir.

—Tal vez lo haga —respondo, intentando mantener el tono ligero—. Pero no sé si aguantarías tanta tentación, Dominic —bromeo yo también, pícara.

—A estas alturas creo que ya me has convertido en invencible. ¡Quizá sea cierto eso de que soy Batman! He superado con creces los niveles más sobrehumanos de tensión sexual y, mírate, sigues invicta, sin dejarme calmar del todo las ganas que tengo de ti —por primera vez me sonrojo al oír eso, porque que me desee tanto solo hace que cada vez lo desee yo también más a él.

—Puedes tener a la mujer que quieras, Dom, yo solo…

—La única mujer que quiero tener eres tú. Nadie más. Solo tú —sus palabras son tan intensas como su mirada mientras se inclina un poco en mi dirección y atrapa mi mirada como si me lanzara un hechizo.

—Entonces va a sufrir de verdad con ese baile, Señor Wayne —continúo con la broma de Batman para intentar romper el hechizo.

Él se ríe suavemente, y aunque ambos sabemos que es una broma, siento que algo ha cambiado entre nosotros. Hay un entendimiento tácito, una conexión más profunda. Y aunque ninguno de los dos lo diga en voz alta, sabemos que estamos derribando lentamente las barreras que nos habíamos impuesto.

Nos quedamos en silencio un momento más, procesando lo que acabamos de compartir. Puede que sea el comienzo de algo nuevo, o puede que solo sea otro paso en este juego peligroso que estamos jugando. Pero, por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy dispuesta a dejarme llevar.

CAPÍTULO 28



Valeria

Es de noche, y el ambiente está cargado de tensión. Dominic y yo estamos frente a frente, en su despacho, donde parece que siempre tienen lugar nuestras conversaciones más importantes sobre su futuro. Su expresión es seria, y yo sé que estoy caminando sobre terreno peligroso. Pero no me importa. Quiero entrar en su mundo, ver lo que es realmente estar dentro de su círculo, y no pienso ceder.

—Te he dicho que quiero ir al club *Nebula* contigo —digo con firmeza, mirándole a los ojos. Su respuesta es inmediata, casi como si hubiera estado esperándola.

—Y yo te he dicho que no —responde, seco. Su mirada se endurece, y sé que está a punto de soltarme una lista de razones por las que no debería siquiera considerarlo.

—¿Por qué no? —insisto, sin apartar la mirada. He aprendido que mostrarme débil con él no funciona. Si quiero algo, tengo que mantenerme firme.

—Porque no es un lugar para ti, Valeria —gruñe, con ese tono grave que usa cuando algo le molesta de verdad—. No sabes lo que pasa en ese club. Hay gente ahí dentro que haría cualquier cosa para sacar provecho de ti. No es un sitio donde alguien como tú debería estar.

Lo dice con una mezcla de posesividad y genuina preocupación que me irrita, aunque no puedo evitar sentirme un poco halagada.

—¿Qué es lo que tanto temes? ¿Que me pase algo? Dominic, he lidiado con hombres peligrosos antes. Puedo cuidarme.

—No tienes ni idea de lo que pasa ahí dentro, en las verdaderas tripas de *Nebula*—repite, frunciendo el ceño—. Tú solo has visto su caparazón externo, la cara visible a la sociedad. En *Nebula*, no se trata solo de negocios o de diversión. Es un lugar donde se consumen sustancias, donde algunos tipos cierran tratos en las habitaciones subterráneas mientras se follan a cualquiera de las chicas que amenizan la velada que esté dispuesta. No pienso ponerte en ese ambiente.

Sus palabras son crudas, y me doy cuenta de que está tratando de asustarme. Pero eso solo me impulsa más.

—No soy una niña —respondo, cruzándome de brazos—. Y si quieres que confíe en ti, necesito conocer tu mundo. No puedes seguir protegiéndome de todo.

Su mandíbula se tensa, y sé que estoy acercándome a su límite. Pero en vez de echarme atrás, doy un paso más allá.

—Está bien —digo, suavizando mi tono—. Si tanto te preocupa que vaya, podemos llegar a un acuerdo.

—¿Acuerdo? —lanza un bufido, como si cualquier cosa que le propusiese le importara una mierda comparado con tenerme a mí allí —¿Qué clase de acuerdo? —pregunta, desconfiado.

Es ahora cuando saco mi carta más fuerte. El único as que tengo en la manga, sabiendo perfectamente lo que significa para él.

—Eliminemos la cláusula de mi contrato. La que dice que no puedes meter tu enorme, gloriosa y apetitosa polla en mi coño mientras dure el acuerdo laboral entre nosotros.

Dominic me mira fijamente, y puedo ver la lucha interna reflejada en sus ojos. Sabe que he dado justo en su punto débil. Que soy yo. Sabe lo que significaría para él tenerme sin restricciones. Bajo su control. Bajo su dominio. Es lo que más desea. Lo único que no ha podido controlar nunca. Y lo que menos esperaba que yo propusiera.

—Valeria... —gruñe, llevándose la mano al cabello con frustración—. Sabes que no deberías jugar con eso.

—No estoy jugando —respondo en voz baja, sabiendo que he ganado—. Quiero ir contigo al club. Quiero ver de qué va todo esto. Y si aceptas, podemos olvidarnos de esa cláusula absurda.

Él gruñe de nuevo, esta vez más desesperado. Odia que lo tenga en esta situación, pero al mismo tiempo, no puede resistirse. Lo sé. Lo siento en el aire entre nosotros.

—Maldita sea, Valeria... —murmura, apartando la mirada por un segundo, como si estuviera buscando controlarse—. ¿Sabes lo que me estás pidiendo?

—Sí. Lo sé perfectamente. —Mantengo mi tono calmado, pero firme. No hay marcha atrás para mí.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, Dominic suelta un suspiro derrotado.

—Está bien. —Me mira con esos ojos oscuros llenos de advertencia—. Te llevaré al club. Pero no te separarás de mi lado ni un solo segundo. Y no aceptarás ninguna de las proposiciones que, sin duda, te harán otros hombres.

—De acuerdo —respondo, con una pequeña sonrisa de triunfo que sé que le molesta—. No pienso separarme de ti.

Él se inclina hacia adelante, su rostro a centímetros del mío.

—Te lo advierto, Valeria. Esto no es un juego. Si algo sale mal, será bajo tu

responsabilidad.

—Lo sé —respondo, mirándole con confianza. Por fin, estoy dentro.



Entrar en la zona restringida de *Nebula* es como adentrarse en otro mundo. Parece hasta irreal. Me siento ahora mismo la protagonista de una peli turbia de mafia. Todo está bañado en una luz tenue, un aire cargado de humo y tensión palpable. Las paredes de terciopelo rojo oscuro, las cortinas pesadas que ocultan lo que no se quiere que nadie vea, y el murmullo de las conversaciones privadas que parecen tener más peso que cualquier palabra que se pronuncie en la superficie.

Mi pulso se acelera al cruzar el umbral a la zona subterránea. Dominic camina a mi lado, su mano firme en la parte baja de mi espalda, guiándome con una autoridad silenciosa por los entresijos de aquel lugar, con ese porte seguro de saberse el rey de ese sitio. Yo, sin embargo, me siento como pez fuera del agua. Como una mosca atrapada en una tela de araña. Sé que no tengo opción. No puedo echarme atrás. Quise estar aquí, en su mundo, y ahora lo estoy. Pero lo que más me desconcierta no es el lugar en sí, sino la manera en que Dominic me maneja, me protege… como si no quisiera que ni un solo resquicio de este lugar me tocara.

Nos adentramos más y noto las miradas. Hombres que parecen tener demasiada experiencia en este tipo de encuentros. Sus ojos se clavan en mí, algunos con curiosidad, otros con deseo, pero ninguno se atreve a hacer un movimiento. Dominic les transmite un mensaje claro sin siquiera decir una palabra: soy suya, y nadie más tiene derecho a acercarse.

—Siéntate aquí —ordena con voz baja, pero firme, mientras se deja caer en un sillón de cuero oscuro. Él me tira suavemente hacia su regazo, y aunque me siento incómoda, sé que esto es parte del juego. Quiere que todos aquí lo vean. Quiere marcar territorio.

Me acomodo sobre sus muslos, con la espalda recta, intentando no dejar que la incomodidad se refleje en mi rostro. Mis piernas apenas tocan el suelo, pero siento el peso de su brazo alrededor de mi cintura, como una cadena invisible. Él sabe que detesto esta sensación de ser un objeto, pero aquí, en *Nebula*, esta es su manera de protegerme. De demostrar que soy intocable. Como él.

A mi alrededor, varios individuos toman asiento en un sofá frente a nosotros, separados por una mesa baja en medio, la conversación se inicia sin más, y entonces noto a los dos hombres frente a nosotros. En seguida noto que uno es un mafioso de confianza de Dominic, un hombre robusto y silencioso, de ojos oscuros y expresión endurecida por años de trabajo sucio. El otro es un político, un hombre de traje caro y sonrisa calculada. Sus ojos brillan con una mezcla de miedo y ambición, como si supiera que está jugando con fuego.

Dominic no pierde el tiempo. No es necesario. Todo está pactado desde antes, pero hay detalles que ajustar. Él empieza a hablar, su voz es baja pero firme, y yo noto cómo el mafioso asiente con una especie de respeto casi reverencial hacia él. El político, en cambio, parece más nervioso, jugueteando con sus manos mientras escucha con atención. Es evidente que necesita más de este acuerdo que el mafioso. Y Dominic lo sabe.

—Sabes lo que está en juego, ¿no? —le dice Dominic, su voz un susurro peligroso que incluso a mí me pone los pelos de punta y los pezones también, no voy a negarlo—. Si no cumples tu parte, ni siquiera yo podré protegerte.

Maldita sea, ahora entiendo por qué le gusta tanto ejercer el control. Se le da impresionantemente bien. Y le hace más sexi si cabe. Me remuevo un poco sobre su regazo ante el rumbo que empiezan a tomar mis pensamientos y noto el brazo de Dominic ejerciendo más presión a mi alrededor para que me quede quieta. Suspiro.

El político traga saliva, y asiente para sí mismo. Se inclina hacia adelante, susurrando algo que no logro captar del todo, pero la tensión en su postura es inconfundible. Dominic lo observa durante un largo momento, y luego asiente, como si lo hubiera medido y encontrado débil pero útil. El mafioso, en cambio, se mantiene en silencio, sabiendo que no necesita hablar para hacer valer su presencia.

—Todo estará listo para el final de la semana —concluye Dominic, con un tono de certeza que no deja lugar a dudas. Es un acuerdo sucio sin duda alguna, uno más de los muchos que probablemente ha sellado en este lugar, pero lo que me impacta es la manera en que lo maneja. Con una mezcla de control absoluto y amenaza silenciosa que mantiene a todos a raya.

Y de pronto me pregunto, ¿cómo sería sentir que ejerce ese control sobre mí durante unos minutos?

—Ahora que todo está aclarado, señores, disfruten de la velada —les indica Dominic señalando a los sillones que hay junto a los nuestros y donde varias bailarinas están llevando a cabo un baile de lo más sensual.

El político se levanta primero, lanzando una mirada nerviosa hacia mí antes de marcharse hacia los asientos donde están las chicas. Supongo que tendrá miedo de que lo reconozca y me vaya de la lengua, pero el hecho de estar del lado de Dominic parece que le da la confianza necesaria para irse sin más a por una de las chicas.

El mafioso se queda un poco más, solo el tiempo necesario para inclinar la cabeza hacia Dominic en señal de respeto y se encamina también hacia otra de las chicas.

—¿Lo ves? —susurra Dominic en mi oído, su mano recorriendo lentamente mi costado, como si quisiera recordarme que no puedo escapar—. Este es mi mundo, Valeria. Y ahora también te has adentrado tú en él.

La oscuridad de sus palabras va acompasada a lo que mis ojos ven que está sucediendo junto a nosotros, a escasos dos o tres metros. Una de las chicas está montando sin ningún tipo de pudor al político que acaba de negociar con Dominic y el mafioso empotra con violencia a otra de las bailarinas que está a cuatro patas sobre el sofá que hay frente al político. Me estremezco y

no sé si es para bien o mal.

Me giro un poco para mirar a Dominic, sin decir nada, pero mis ojos le transmiten lo que siento. Una mezcla de miedo, incomodidad y una extraña fascinación. Porque, a pesar de todo, hay algo en esto que me atrae. Tal vez sea la adrenalina, o tal vez sea el simple hecho de que estoy aquí, con él, en el centro de todo. Y por un breve instante, me siento poderosa.

Me quedo en silencio, aunque la música pop del local bombea con fuerza a nuestro alrededor, sintiendo su control absoluto sobre la situación, y me doy cuenta de que, aunque detesto la manera en que me exhibe, hay una parte de mí que entiende por qué lo hace. Y esa parte que quiere más.

—No dejes que te consuma —añade Dominic, sus ojos oscuros clavándose en los míos —. Porque una vez que lo haga, no hay vuelta atrás.

Esta vez al fin abro mi boca para hablar y de ella sale el deseo más intenso, oscuro y poderoso que he sentido en toda mi vida.

Me acerco a su oído y vierto el mensaje con toda claridad.

—Quiero que me folles tan fuerte que me tiemble todo el cuerpo. Quiero sentir la magnitud de tu polla atizando mi húmedo coño como si fuera suyo y de nadie más. Quiero que me demuestres por qué solo tú deberías tener ese poder sobre mí. Que me sometas. Que me poseas. Con todas las ansias de tu oscuro ser —digo con un susurro ronco a causa del incendio que ha provocado el deseo tan arrasador que este hombre produce en mí, y me separo un segundo para regodearme en su reacción.

Está tenso, casi petrificado. Seguramente reproduciendo de nuevo mi mensaje en su interior y calculando exactamente lo que he querido decir con ello.

—Valeria… no pidas cosas que no puedas soportar. Porque tus palabras, hasta ahora, han pedido algo muy diferente a lo que acabas de pedirme.

—Lo has entendido perfectamente. Es lo que quiero. Aquí. Ahora. Te cedo el poder durante el tiempo que puedas aguantar sin correrte en mi interior.

Su pecho sube y baja por la excitación y el reto que le estoy planteando. Me mira lleno de rabia y deseo y me dedica una sonrisa tan maliciosa que me hace estremecer. Sus ojos brillan como si la parte verde que recubre sus irises pareciera casi fluorescente, haciendo la parte oscura de su único iris multicolor más oscura, densa, como el alquitrán.

—Sus deseos son órdenes para mí, Señorita Santoro.

CAPÍTULO 29



Dominic

La rabia y la desesperación me consumen mientras la cargo sobre mi hombro, como un depredador que finalmente ha capturado su presa. Valeria ha pedido lo que yo más he anhelado desde que la conocí, y ahora que la tengo en mis manos, no hay vuelta atrás. Camino rápido por los pasillos de *Nebula*, ignorando las miradas curiosas de aquellos que todavía merodean en la zona. Mi mente solo puede pensar en una cosa: hacerla mía. Finalmente. Definitivamente.

Cruzo la puerta de mi oficina y la cierro con un golpe seco. Dejo a Valeria sobre sus pies, su respiración acelerada, sus ojos llenos de una mezcla de desafío y deseo. No puedo esperar más. La empujo contra la pared, mis labios buscando los suyos con furia, con una intensidad que no puedo controlar. Nuestras lenguas se encuentran con una rabia contenida por demasiado tiempo, y mis manos ya están deshaciéndose de la ropa que solo estorba.

Los botones de su vestido saltan, mis dedos se deslizan por su piel desnuda, trazando cada curva que he memorizado pero que nunca he tenido la oportunidad de reclamar. Sus manos también están impacientes, arrancando mi camisa, recorriendo mi pecho con una mezcla de urgencia y frustración. El aire entre nosotros está cargado, pesado, como si cada respiración que tomamos fuera una batalla silenciosa.

Las ansias la devoran tanto como a mí cuando ambos nos deshacemos de la ropa interior en décimas de segundo.

Cuando ambos estamos desnudos, nos recorremos hambrientos el uno al otro con los ojos. La llevo hacia el escritorio, empujando papeles y objetos al suelo sin importarme nada. La recuesto sobre la madera fría, su cuerpo perfecto extendido ante mí, los pechos subiendo y bajando con cada jadeo. Me inclino sobre ella, mis manos firmes en sus caderas, mis ojos recorriéndola con una mezcla de deseo y oscuridad.

Joder, creo que voy a morirme de tanto deseo en mi interior. Creo que estoy a punto de combustionar. De quemarme en el más arduo de los infiernos.

Tengo frente a mí, abierta y jadeante, el arma más letal que jamás se ha diseñado contra un hombre. Su coño es tan perfecto que lanza un latigazo doloroso a mi polla tal visión. Y está húmedo. Preparado para mí.

Y yo lo quiero solo para mí. Sé que en cuanto cruce el límite que estoy a punto de cruzar

jamás volveré a ser el mismo.

Pero ella me quiere a mí. Toda mi oscuridad, ha dicho. Quiere que la someta mientras me la follo con rabia y en eso sé que puedo complacerla bastante bien. Lo que no sé es si aguantará todo lo que estoy dispuesto a darle. Porque debería haber pensado más lo que pedía y a quién se lo pedía.

Sin embargo, pienso complacer sus órdenes.

Pero no voy a darle lo que quiere tan fácilmente. No, no después de todas las batallas que ha ganado contra mí. Hoy, esta noche, yo soy el que tiene el control. Y necesito ganar al menos una mísera batalla contra este demonio con cuerpo de mujer.

—¿A qué esperas? —me pregunta, su voz un susurro entrecortado, su mirada fija en la mía. Está desesperada, tanto como yo, y eso me da poder. Poder que voy a disfrutar hasta el último segundo.

—Estoy esperando a que supliques —respondo con una sonrisa lenta, oscura, saboreando cada palabra.

Sus ojos se oscurecen con frustración. Ella siempre ha sido la que controlaba la situación, la que dictaba las reglas. Pero no esta vez. Esta vez soy yo el que pone las condiciones, y no pienso ceder ni un milímetro.

—Ya habíamos pactado eliminar esa maldita cláusula —intenta retomar el control, su voz cargada de desafío.

Pero yo solo sonrío, inclinándome sobre su cuerpo, mis labios recorriendo su cuello, bajando lentamente por su clavícula, hacia sus pechos. Succiono uno de sus preciosos y rosados pezones y mordisqueo la punta, cerrando los ojos de puro deleite. Ella controla un gemidito e intenta cerrar las piernas porque sin duda eso lo ha sentido en el centro de su humedad e intenta darse algo de alivio presionando sus muslos, pero no se lo permito. Abro de nuevo sus muslos con mis manos y le lanzo una mirada de lo más fiera.

—No hasta que te escuche suplicar, Valeria —le susurro al oído, mis manos explorando cada rincón de su piel mientras mis labios dejan un rastro de besos húmedos y ardientes. Cada caricia, cada toque está destinada para llevarla al borde, para hacerla perder el control. Porque eso es lo que quiero: verla romperse ante mí, verla perderse en el deseo tanto como yo me pierdo en ella.

Su cuerpo tiembla bajo mis manos, sus gemidos son suaves al principio, pero se vuelven más desesperados cuanto más la tiento. Paso mis manos por su abdomen, sus muslos, acercándome peligrosamente a donde ella más me necesita, pero siempre deteniéndome justo antes de darle lo que quiere. Paso mi polla entre los pliegues de su húmedo sexo para tentarla y ella pone los ojos en blanco y gime.

—Suplícame —le digo de nuevo, mi voz oscura, cargada de poder. Mis dedos trazan líneas invisibles por su piel, explorando, tentando, y sigo resbalando mi erección por encima de su sexo, pero nunca entrando. No hasta que me lo pida.

—Dominic... —jadea, su cabeza cayendo hacia atrás, su cuerpo arqueándose hacia mí, pero no es suficiente. No lo será hasta que la escuche rendirse completamente.

Porque si piensa que esta vez va a poder conmigo está muy equivocada. Aún puedo provocarla más.

—Suplícame y te daré tan fuerte en tu dulce y húmedo coñito que pensarás que estás en las estrellas. Te voy a dar duro, Valeria. Te voy a hacer gritar. Gemir. Te voy a romper en un orgasmo tras otro. Hasta que te quedes sin voz y sin fuerzas.

Finalmente, después de lo que parecen siglos de tortura, su voz se rompe.

—Por favor... —susurra, su respiración entrecortada, su mirada llena de una mezcla de deseo y derrota—. Por favor, Dominic, fóllame.

Esas palabras son todo lo que necesito. Sonrío, victorioso, y en un solo movimiento, me deslizo dentro de ella, sin vacilación, sin cuidado. ¡Joder! Siento como su cuerpo me abriga, me atrapa y me absorbe. Está húmeda y resbaladiza, pero el grito que emanan sus labios me hace parar un segundo.

—¿Estás bien? —ella asiente, pero necesito oírlo. —Dilo, Valeria. Dilo porque si es así quiero que sepas que vas a tener justo lo que te mereces por provocadora.

—Dámelo todo, Dominic. Fóllame como si fuera el último polvo de tu vida.

Gruño. Esta provocadora… ahora sabrá lo que es tentar al diablo.

La embisto de nuevo con un golpe seco y hasta el fondo, hasta que mis pelotas golpean con su coño y la tomo con un vigor que nunca antes había sentido, dejándole sentir todo el poder, toda la oscuridad que he guardado para este momento. Valeria grita por la intensidad de mi intromisión y pone los ojos en blanco. Joder, me ha cabido entera y parece que puede soportarlo. Su cuerpo responde al mío de inmediato, cada jadeo, cada suspiro sincronizado con el mío. Es una danza salvaje, cruda, sin restricciones.

Nuestros ojos se encuentran mientras me muevo dentro de ella, cada respiración cargada de deseo, de furia contenida. Sus uñas se clavan en mi espalda, dejando marcas que no me importan, que en realidad me impulsan más. El control que siempre ha tenido sobre mí se desmorona en este instante. Aquí, en esta oficina, con su cuerpo bajo el mío, soy yo quien manda. Soy yo quien decide.

Cada embestida es una declaración de poder, cada mirada que compartimos está llena de una potencia que nunca he experimentado con nadie más. Valeria es hielo, pero bajo mis manos también es fuego, es tempestad, y en este momento, es mía.

“No puedo correrme” me repito. “No aún” Tengo que enseñarle bien a qué sabe el infierno para que no quiera salir de él nunca más. Así que una de mis manos va directamente a estimularle el clítoris mientras golpeo duro con mi polla en su interior y entonces sus gemidos se vuelven gritos de placer extremo. Tanto que provocan en mí otros gruñidos de placer descontrolados.

—Eres una niña muy mala, pero te estás portando muy bien, *cristalito*.

—¡Dios, Dominic! —grita y se estremece ante los estímulos de mis dedos y mi polla llenándola por completo.

—Eso, grita mi nombre. Nadie te va a follar así de duro, Valeria. Vas a correrte con mi polla dentro, hasta el fondo, y después voy a llenarte de mi leche ese precioso coñito que tantas ganas tenía de follarme salvajemente.

—¡Sí, sí! Eso. Dime guarradas —alzo las cejas pues esta mujer no deja de sorprenderme.

—Mmmm, te gusta la perversión, ¿verdad? —ella asiente entre jadeos. —Córrete primero y haz temblar a mi polla con tu orgasmo y puede que después te dé lo que me pides, *cristalito*.

Ella está a punto de correrse, lo sé, por cómo se tensan las paredes de su coño a mi alrededor y yo solo quiero subir el nivel a algo incluso más duro. Ella me mira cuando está a punto de recibir su primer orgasmo y parece ver en mi interior lo que guardo.

—Quiero más. Dame más. Llévame al extremo, Dom —me pide justo antes de estallar en un orgasmo que la hace convulsionar de pies a cabeza.

Yo salgo de su interior un segundo para tragarme su orgasmo y alargar su placer un poco más con mi lengua. Sin dejar de mirarla. Lamo de arriba abajo, le penetro con mi lengua y succiono. Y cuando sus convulsiones se espacian más y sé que se ha relajado separo la boca de su coño, me yergo frente a ella y le ordeno.

—Ahora date la vuelta.

Ella se muerde el labio y obedece. ¿Volveré a tenerla tan obediente alguna vez más en mi vida? Lo dudo. Está aún sin respiración, con sus tetas aplastándose contra la madera de mi mesa y su precioso culito expuesto ante mí. Una de mis manos va hacia su hendidura y la acaricio para volver a estimularla y que vuelva a aumentar su deseo.

—¿Estás preparada, *cristalito*? —ella jadea una afirmación —Porque ahora vas a conocer a la verdadera bestia que despiertas en mí.

Sin más preámbulos entro en su interior con fuerza y dureza y me aferro a sus nalgas hincando mis gruesos dedos como si fuera mantequilla. Valeria grita fuerte y yo le golpeo una de sus nalgas con mi mano, esperando a ver su reacción ante mi desafío. Ella gime más fuerte y sisea un “Sí” ante mi gesto que me enciende más todavía.

—¿Sí? Eso es lo que quieres, ¿verdad? Que te folle tan duro y tan bestia que te deje hecha un despojo humano, ¿no es así? —pregunto entre gruñidos mientras la empotro con tanta fuerza que estamos hasta desplazando la mesa que es enorme. Vuelvo a darle en una nalga, esta vez un poco más fuerte.

—¡Joder, sí, quiero que me folles así! ¡Como un puto animal! ¡Quiero que te corras dentro de mí! ¡Quiero todo lo que tengas para darme, Volkov! —grita y esta vez no me molesta que use mi apellido para referirse a mí. Significa que sabe que soy yo el único que tiene el poder

en estos momentos.

Le agarro del pelo y me vuelvo un animal, empotrándola sin piedad. ¡Mierda! Esta mujer me gusta demasiado. Y es capaz de seguirme el ritmo.

Es perfecta, joder.

Mis gemidos comienzan casi a ser gritos al saber que quiere que me corra en su interior y yo jamás había querido eso tanto en mi vida. Jamás follo sin condón, pero porque jamás me fío de con quien follo. Me imagino que ella sabe lo que dice, aunque de todos modos no me siento con fuerzas de plantearme ponerme un condón ahora mismo. Ya trataremos este tema cuando haya al fin culminado con esta locura. Porque si paro ahora mismo esto siento que moriré. Tiro de su pelo, enrollando su melena alrededor de mi mano y le dedico más guarradas al oído. Necesito que se corra ya porque yo ya no aguanto más.

—Dime de quién es este dulce coño. Es mío, ¿a que sí?

—Sí, tuyo —dios… jamás he saboreado tanto una sumisión como la suya.

—Y dime *cristalito*, ¿te gusta como mi gruesa polla te reclama con tanta fuerza que casi te partiría en dos?

—Me encanta tu polla, Volkov. Me vuelve loca. Quiero… quiero…

—Dime que estás a punto. Que estás preparada para recibir todo lo que tengo para ti —susurro en su oído para luego lamerlo.

Ella ya no contesta. Simplemente grita con todas sus fuerzas su orgasmo hasta quedarse sin voz. Y yo comienzo a liberarme al fin dentro de ella, sin parar de bombear, perdiendo casi el sentido. Jamás el placer había sido tan demoledor. Gruño con fuerza mientras siento como voy vaciándome en su interior. Chorro a chorro. Gota a gota.

Y me cuesta hasta respirar cuando al fin saco mi polla flácida de ella y veo como mi semilla va saliendo de su bonito y adorado coño. Valeria está casi inconsciente por el cansancio y el placer que aún se reproduce en su cuerpo a modo de ecos.

Me acerco sudoroso a su rostro, aún jadeante, y coloco un mechón de su pelo tras su oreja, para evaluar su estado. Espero no haberme pasado mucho.

Pero su rostro muestra satisfacción infinita. Y eso me colma el pecho de una sensación tan cálida que abruma. Beso su sien y me incorporo.

La oscuridad que hemos compartido, la tensión que nos ha consumido durante tanto tiempo, se ha liberado. Al fin.

Y, por un breve instante, en el silencio que sigue, sé que he ganado esta batalla contra Valeria. Pero también sé que he perdido algo en el camino: mi corazón.

CAPÍTULO 30



Valeria

Hoy es el segundo día consecutivo que me he despertado en la cama de Dominic. Pero lo de anoche no fue tan tierno e inocente como la noche anterior. Cuando volvimos de *Nebula*, borrachos como cubas y riéndonos de todas las estupideces del mundo, volvimos a follar como salvajes. Empezamos en el pasillo que conducen a las habitaciones, porque no nos dio tiempo a llegar a ninguna, y continuamos en su cama, hasta altas horas de la madrugada.

He de admitir que no he tenido amante más apasionado y apasionante que Dominic Volkov en toda mi insulsa vida. Supongo que nuestro jueguecito de "quién tiene más poder sobre quién" ha ayudado altamente a que fuera tan intenso y satisfactorio. Y, francamente, ya no puedo pensar en otra cosa que no sea tenerlo entre mis piernas.

Su manera de embestir es salvaje y primitiva. Y eso, para mí, es un punto muy a su favor. Pero también lo es la forma en que me mira, me toca, me besa, me hace sentir…

Siento que vuelo en sus brazos. Parecerá una tontería, pero jamás he sentido una conexión igual con nadie durante el sexo. Y después de él tampoco.

Nos quedamos dormidos después de correrno s de nuevo, entre risas debido a la borrachera, pero completamente saciados de sexo y relajados.

Menos mal no me pidió que me fuera a mi cama, porque no habría podido levantarme si quiera. Y cuando hoy lo he hecho, casi no podía ni andar por la brutalidad de sus embestidas de la noche anterior.

Ha sido divertido también despertar a su lado. Esta vez me tenía agarrada por completo mientras dormía. Y no me he quejado en toda la noche porque prácticamente entré en coma tras todo lo vivido. Pero lo desperté dándole golpes y llamándolo acosador. Él se despertó con una cara de adormilado adorable y riéndose con voz ronca ante mis acusaciones.

Nos hemos duchado juntos en su enorme ducha de niño rico. Y gracias a dios no ha insistido cuando ha intentado volver a tener sexo conmigo y yo le he dicho que estaba muy dolorida y no podría aguantar tan pronto otro round de sexo de tan alto nivel.

Él sonrió altivo. Yo había alimentado su ego con tal afirmación. Y no me ha importado lo más mínimo. Se merecía los halagos. No hay mejor amante que él. Y espero que aún me queden bastantes polvos que disfrutar a su lado.

El día ha ido bien. Nos hemos divertido en la piscina y hemos trabajado en conjunto también en su despacho, diseñando líneas de acción para blanquear sus cuentas y sus negocios.

Pero ahora estoy a punto de despedirme de él, de volver a mi apartamento y de tener una cita con Blake que sé que Dominic no aprueba, pero que ha accedido a ella, muy a regañadientes, siempre y cuando yo le prometa que llevaré conmigo un micro que él me ha dado y un localizador en un collarcito que ha decidido regalarme.

Un collarcito de un par de millones de dólares. Una preciosidad de copo de nieve, mucho más grande que la baratija que yo me compré una vez, de titanio, y con numerosos diamantes incrustados en él. He prometido llevarlo conmigo, pero también que se lo devolveré. Que no pienso sentirme pagada por follar con él. A lo que él se ha enfadado porque no ha sido ese el motivo por el que me lo ha comprado, ya que lo hizo antes de saber que yo acabaría "suplicándole" que me follase.

Ya sabía yo que me iba a echar en cara su victoria.

Pero verlo tan exultante de felicidad es también gustoso.

Me miro en el espejo mientras ajusto el collar que Dominic me ha regalado. Sé que es más que un simple regalo. Lo siento en el peso que tiene sobre mi piel, lo sé por el brillo que tiene en sus ojos cuando me lo coloca. Es un recordatorio, un amuleto de control.

—No te lo quites bajo ningún concepto —me dice, su voz baja pero firme. Su mirada no se aparta de mí mientras me habla, como si quisiera tatuar esas palabras en mi mente.

—Tranquilo, no lo haré —respondo con suavidad, sintiendo el leve roce del collar en mi clavícula. Entiendo que para él significa que es su forma de tenerme cerca, incluso cuando no lo está.

Me entrega un pequeño micro, casi imperceptible, y me pide que lo adhiera al reloj que llevo puesto. Lo hago sin cuestionarlo, sabiendo que esto es parte del juego, parte del control que él necesita. Dominic no es de los que se conforman con observar desde lejos, necesita tener todo bajo su radar, siempre.

—Tampoco te olvides de esto —dice, su tono más serio que antes—. Lo veré todo, lo oiré todo. No me traiciones, Valeria. Sabes lo que está en juego.

Lo miro a los ojos y veo la preocupación detrás de su aparente dureza. Dominic es el hombre más controlador que he conocido, pero ahora que sé lo que le pasó con Tatiana, entiendo mejor de dónde viene esa desconfianza. Su miedo a que alguien lo traicione de nuevo está ahí, siempre presente, incluso conmigo.

—Blake no significa nada —repito por enésima vez, tratando de tranquilizarlo, pero sus ojos se oscurecen, como si la simple mención de su nombre fuera una amenaza.

—Más te vale que no lo olvides —me advierte, acercándose más a mí, su mano en mi nuca, sujetándome con firmeza—. No dejes que ese tipo te haga perder la cabeza. No quiero enterarme de que te estás involucrando más de la cuenta.

—Lo dices como si alguna vez hubiese perdido la cabeza por alguien —me burlo, pero él no sonríe si quiera.

—Cuidado, estás cada vez más cerca de hacerlo por mí —susurra con severidad.

—Cuidado, puede que tú también estés cerca de hacerlo por mí —respondo a su reto.

Respira con pesadez y me mira con intensidad.

—¿Es esto un nuevo reto? ¿Tengo que ganarte otra batalla? —me estremezco ante su proposición, porque, de repente, he sentido unas ganas asfixiantes de escucharle decir que se está enamorando de mí. Y no entiendo por qué. Pestañeo y me quedo atónita en su mirada.

—¿Querrías que yo te amara? —mi pregunta sale casi sin fuerza. Y me aterra que conteste que no. Porque si alguna vez en mi vida he estado cerca de amar a un hombre es ahora mismo. Él me mira y sé que está meditando su respuesta.

—Ya sabes que quiero todo de ti, Valeria. ¡Y sobre todo quiero que te olvides de involucrarte con ese tipo! He leído sobre él y es muy embaucador. Es un cabrón con una sonrisa de anuncio y un historial impecable. Aunque lo siento ¡no es una opción para ti! No mientras yo siga en pie.

Lo dice con tanto énfasis que casi puedo sentir los celos emanando de él. Me sorprende lo vulnerable que lo hace sentir esta situación. Dominic no está acostumbrado a compartir.

Por primera vez, siento una leve ternura por él. Sus celos no me incomodan; de hecho, hay algo en ellos que me hace sentir más conectada a él. No es el Dominic arrogante y seguro que siempre controla la situación. Es un hombre que teme perder lo que tanto esfuerzo le ha costado conseguir, entre esas cosas estoy yo. Y aunque nunca lo he experimentado de la misma forma, porque nunca he estado enamorada, entiendo un poco mejor ese miedo. Quizás, si hubiera amado alguna vez, sabría lo que se siente.

—Lo sabré si me traicionas, Valeria —repite, con esa intensidad que siempre tiene cuando se trata de mí—. Y no me obligues a hacer algo que no quiero hacer.

Asiento, pero lo que realmente me impacta es el miedo en su mirada, aunque nunca lo admitiría. Me acerco a él y lo beso, aferrándome a su nuca, tirando de él hacia mí. Siento su cuerpo tenso al principio, como si quisiera controlarse, pero poco a poco cede. Responde a mi beso con urgencia, aunque noto que no puede sacarse de la cabeza lo que viene. Esta cita que está a punto de desatar sus inseguridades.

Cuando nuestros labios se separan, ambos estamos jadeantes, pero él sigue con el ceño fruncido, su mirada cargada de incertidumbre. Sé que está preocupado, y eso me incomoda más de lo que debería.

—Te prometo que todo estará bien —le digo, tratando de suavizar el ambiente.

Él asiente con rigidez, aún sin soltarme la mirada. Pero admiro el esfuerzo que está haciendo por confiar en mí.



Estoy nerviosa mientras me dirijo al restaurante donde he quedado con Blake. El aire fresco de la noche me calma un poco, pero el cosquilleo en el estómago no desaparece. ¿Dominic estará viendo esto ahora mismo? No puedo evitar pensar en ello. Respiro hondo y entro.

Blake llega poco después, con esa sonrisa suya tan deslumbrante. "Valeria, estás increíble", me dice al acercarse. Me ofrece su brazo, y mientras me lleva a la mesa, sintiendo el calor de su mano en mi espalda mientras me guía, siento su confianza natural. Él tiene esa energía relajada, diferente a la de Dominic, quien parece estar al borde de un estallido siempre. Nos sentamos, y el ambiente se siente ligero.

—¿Todo bien en el trabajo? —le pregunto mientras me entrega el menú.

—Tan bien como puede estar cuando te pasas los días tras narcotraficantes —responde con una sonrisa traviesa.

—Debe ser todo glamour, ¿verdad? Coches rápidos, persecuciones, vidas de película... —bromeo, arqueando una ceja.

Blake suelta una carcajada que llena el espacio entre nosotros.

—Oh, claro. Todo es exactamente como en las películas. Bueno, si las películas incluyeran un montón de papeleo y horas de aburrimiento vigilando almacenes vacíos —responde, mirándome con diversión.

Sonrío, disfrutando de su compañía. Hay algo en la manera en que me mira que me hace sentir sexi, como si toda su atención estuviera centrada en mí.

—Parece que necesitas un poco más de acción —le digo, bajando la voz un poco y jugando con mi copa de vino— Tal vez deberías dejar que te atrapen más seguido, así tendrías una excusa para algo emocionante.

Él se inclina hacia mí, apoyando los codos sobre la mesa, con los ojos fijos en los míos.

—¿Y cómo propones que lo haga? —pregunta con una chispa en la mirada.

—Oh, no lo sé... —murmuro, mordiéndome el labio— Supongo que tendrías que ser más... atrevido.

La sonrisa de Blake se ensancha.

—Atrevido, ¿eh? —responde, divertido—. Creo que podría tomar esa sugerencia, pero

me temo que mi jefe no estaría de acuerdo.

—Qué aburridos son los jefes, ¿no? —me burlo, dejando que una risa suave escape.

—Eso lo sabes mejor que nadie, ¿verdad? —bromea, refiriéndose a Dominic sin saberlo, lo que me provoca una risa nerviosa. Aunque mi jefe es de todo menos aburrido.

A lo largo de la cena, la conversación fluye con naturalidad. Nos reímos de anécdotas tontas, compartimos historias y me siento cómoda. Pero a medida que la cena avanza, noto un cambio en Blake. Su postura se relaja aún más, pero su mirada se vuelve más intensa, más enfocada en mí.

—¿Y tú? —pregunta finalmente, inclinándose hacia adelante—. Nunca me has contado mucho sobre tu trabajo. Debe ser interesante trabajar tan cerca los tipos más poderosos en la ciudad.

Levanto una ceja, manteniendo mi tono ligero.

—No es tan emocionante como lo pintan. Sólo me ocupo de que todo funcione sin problemas. Cifras, contratos... números aburridos.

—No creo que todo sea tan aburrido. Me imagino que debe haber cosas muy interesantes entre manos —dice, sus ojos nunca apartándose de los míos—. He visto cosas... en mi línea de trabajo. Y a veces las personas como las que contratan servicios de abogados laboralistas están más involucradas de lo que parece. Algunos están de mierda hasta el cuello.

Aprovecho la oportunidad que me da su comentario, inclinándome un poco más hacia él y dejando que mi tono se vuelva un poco más bajo, más seductor.

—¿Ah, sí? ¿Qué has visto últimamente? —pregunto, intentando parecer casual.

Blake se toma un momento antes de responder, como si estuviera sopesando hasta dónde puede llegar.

—Hay algo en marcha... algo grande. No puedo dar nombres, claro, pero hay un caso importante que involucra a alguien de peso. Está relacionado con un movimiento de droga internacional. Y no estamos hablando de cantidades pequeñas. El problema es que la persona detrás está protegida por todos lados. Aún no podemos atraparlo.

La forma en que lo dice me confirma lo que ya temía. Está hablando de Dominic, aunque no lo menciona. Mi corazón late con fuerza, pero mantengo la calma exterior.

—Debe ser difícil —comento, dejando que mi voz suene interesada—. Tener a alguien así en la mira y no poder hacer nada... frustrante, imagino.

Blake asiente.

—Exacto. Pero estamos cerca. Solo necesitamos una pieza más. Hay alguien cercano a él que podría tener la información que necesitamos.

—¿Y sabes quién es esa persona? ¿Has hablado directamente con el topo? —pregunto con cuidado, notando cómo mis palabras parecen calar en él.

Blake sonríe de lado, dándose cuenta de que he captado el hilo de la conversación.

—No, pero lo sabremos pronto. Ha prometido darnos algo gordo en persona a cambio, como no, de protección. Supongo que en ese mundo todos tienen miedo de ser traicionados. No me puedo imaginar vivir como esos gánsteres, siempre alerta por si alguien de tu entorno te traiciona. Aunque gracias a eso, siempre tenemos un soplón que nos facilita mucho la investigación. Hay que saber proteger al hombre adecuado para hacer que caigan los peces gordos a su alrededor.

Esta información es valiosa para Dominic, pero sé que puedo sacar más de Blake. Así que, para asegurarme de que no pierda el interés en mí, dejo que mi mirada se suavice y bajo la guardia solo un poco más.

Cuando termina la cena, Blake insiste en llevarme a casa. Durante el trayecto en el coche, bromeamos, pero siento que su atención está más centrada en mí que nunca.

Al llegar a mi edificio, Blake estaciona frente a la entrada y apaga el motor. Me giro hacia él, y por un momento hay un silencio cómodo entre nosotros. La tensión entre ambos ha ido creciendo a lo largo de la noche, y lo siento más ahora, en este espacio cerrado. Su mirada baja a mis labios por un segundo, antes de volver a mis ojos.

—Ha sido una noche fantástica —me dice con su tono suave, una pequeña sonrisa dibujándose en su rostro—. Me alegra que al fin hayamos podido vernos sin la presión de las obligaciones diarias.

—Sí, yo también lo he disfrutado —respondo, sincera en parte. Lo he pasado bien, pero mi mente está en otro lado. En alguien más. Sentirse vigilada es una mierda si necesitas crear una situación de intimidad.

Blake se inclina hacia mí, despacio, dándome tiempo para detenerlo si quisiera. Pero no lo hago. Dejo que sus labios rocen los míos. Es un beso suave al principio, como si estuviera tanteando el terreno. No hay prisa, no hay desesperación, solo el toque de sus labios buscando algo más. Siento su mano en mi mejilla, cálida, y por un instante me dejo llevar. Pero algo falta. Algo esencial que no está ahí, y lo sé desde el primer segundo.

El beso es dulce, pero no me remueve como lo hace Dominic. No hay esa intensidad, esa oscuridad que me arrastra. El roce de Blake es cuidadoso, casi temeroso de invadir mi espacio, mientras que Dominic siempre irrumpe, siempre posee. Es ahí donde está la diferencia. Sin embargo, no puedo decir que no me ha gustado. Nathan Blake es un hombre cautivador y muy cuidadoso al tratar con las mujeres. Aunque se nota que también es un seductor, él no irrumpe, él espera a tu momento. Paciente. Sereno. Observador.

Cuando me aparto ligeramente, Blake me mira con una mezcla de deseo y frustración. Sé lo que está esperando. Sé que, en su mente, este beso debería haber sido la invitación para algo más.

—¿Me invitas a subir? —pregunta, su voz baja, casi como si temiera la respuesta.

Lo miro a los ojos, viendo el deseo reflejado en ellos. Pero sé que no puedo hacerlo. No

por Dominic solo, sino porque realmente no puedo. Algo en mi interior me está gritando que estoy metiéndome en un buen lío y, además, no paro de dar vueltas a mi situación con Dominic. Sé que algo entre los dos ha cambiado. No hemos hablado de ello, pero la dinámica entre los dos va tomando caminos mucho más íntimos y la conexión es mucho mayor. Me saltan las alarmas cuando verdaderamente soy consciente de que ahora mismo no follaría con nadie en este planeta que no fuese él. No me apetece. No lo deseo. Por otro lado, esto es una misión laboral, no de placer. Me encanta desquiciar a Dominic, pero no hacer algo que le causase dolor. No podría perdonármelo. Y todo el mundo sabe y yo también a estas alturas lo que para él significa la traición.

—Me encantaría, pero... —respiro hondo y me llevo una mano a la frente, actuando el papel que ya había decidido interpretar—. Tengo un dolor de cabeza horrible. Resaca de anoche... no sabes lo mal que lo estoy pasando.

Blake frunce el ceño con preocupación. No parece convencido, pero tampoco quiere presionarme.

—Lo siento, Valeria. No quería hacerte sentir mal... —dice, mirándome con una ternura que casi me incomoda—. Podríamos dejarlo para otro momento. ¿Qué te parece si nos vemos la semana que viene? Te llevo a un sitio más tranquilo. Prometo que esta vez seré más considerado con tu agenda.

Su oferta suena genuina, pero antes de que pueda responder, mi móvil vibra en mi bolso. Lo saco, tratando de disimular la curiosidad, pero cuando leo el mensaje, mi corazón se detiene un segundo.

"Ni se te ocurra."

El mensaje es breve, pero el significado es claro. Dominic está presente en esta escena. Está escuchando, vigilando, como me advirtió. Siento un nudo en el estómago al imaginar su reacción, a su control omnipresente sobre mí incluso ahora.

—¿Todo bien? —pregunta Blake, notando la sombra que ha pasado por mi rostro.

Levanto la vista, esbozando una sonrisa forzada.

—Sí, todo bien. Solo... trabajo.

Blake asiente, comprensivo, pero sé que está frustrado. Se le escapa de las manos la oportunidad que esperaba, y lo siente. Pero también es astuto, sabe que no debe insistir más.

—Está bien. Entonces te escribiré pronto —dice suavemente, inclinándose para darme un beso en la mejilla. Esta vez, no hay duda ni tensión en el gesto, solo una despedida suave y respetuosa.

—Sí, por favor. Nathan, lo he pasado verdaderamente bien contigo esta noche. No pienses que es otra cosa. Solo que… no me siento bien y, además, tengo la regla —respondo, intentando que mi sonrisa parezca real y avergonzada. No se me ocurre otra forma de justificarme y seguir manteniendo el lazo con él para que no piense que ha perdido su oportunidad conmigo. Sé que puedo extraer más información de él. Lo sé —pero la próxima vez

podríamos quedar en otro lugar más íntimo, menos público, no sé, ¿tu casa? —propongo a trompicones, sabiendo que Dom me está escuchando cuando vuelve a vibrar mi móvil, pero lo ignoro esta vez. Nathan sonríe y acaricia mi rostro, colocando un mechón de pelo tras mi oreja.

—Tranquila, sé reconocer cuando una mujer tiene miedo a ser interceptada por los ojos menos adecuados en una situación íntima —joder ¿lo sabe? ¿sabe lo que hay entre Dominic y yo? —¿Qué es? ¿Un ex celoso? Si es así, yo podría encargarme de…

—No es eso —interrumpo su alegato, no quiero que me investigue o sabrá que estoy seduciéndolo para sonsacarle información —es que hoy no puedo dar de mí lo que me gustaría. No debí salir anoche —me reprendo falsamente —pero mis colegas del trabajo son a veces muy insistentes. Por favor, dime que podemos vernos en otra ocasión, Nathan —suplico con mi mejor cara de pena y surte efecto.

—No trates de impedírmelo —sonrío, le doy un rápido beso en los labios y salgo de su coche.

—Buenas noches, agente —me despido de forma seductora y le guiño.

—Muy buenas noches, letrada. Espero con ansias la próxima cita.

Blake me mira una última vez antes de arrancar el coche y alejarse. Yo lo observo irse, sintiendo un pequeño peso en el pecho, no tanto por él, sino por lo que acaba de pasar.

Mientras subo a mi apartamento, me pregunto cómo reaccionará él.

Llego a mi apartamento y cierro la puerta con suavidad. Siento el eco del beso que le di a Blake aún en mis labios, pero mi mente está en otra parte. En Dominic. En cómo se sentirá ahora mismo. Mi dedo vacila sobre el botón de llamada por un segundo, pero al final lo presiono. Necesito saber cómo está.

El teléfono suena solo una vez antes de que conteste.

—Valeria —su voz está tensa.

—Hola, Dominic —respondo, intentando sonar tranquila, pero la pesadez en su tono me preocupa.

Silencio. Siento que está procesando algo, quizá tratando de contenerse.

—Lo has visto, ¿verdad? —pregunto, pero no obtengo respuesta, solo su respiración pesada al otro lado —Dom, no ha significado nada. Era parte del papel. Por favor, no te pongas obtuso con esto.

—Que no me ponga obtuso —ríe sin ganas —¿Es que acaso estás tú al mando de esto definitivamente y yo no me he enterado? ¡Me prometiste que nada de acercamientos íntimos, Valeria! No me hace ninguna gracia tus jueguecitos para desquiciarme.

—Dom, eres un exagerado. ¿Qué querías que hiciera? ¡He conseguido que confíe en mí! ¡De eso se trataba!

—Exagerado… ¿sabes qué? No pasa nada, Valeria. La próxima vez te acuestas con él y

ya consigues toda la información que necesitamos. ¿Prefieres que te diga algo así? —suspiro.

—No. No quiero llegar a eso. Yo…

—¡Ese no es tu jodido trabajo! ¡Además de que tengo ganas de partirle todos los huesos del cuerpo por poner un dedo sobre ti, también estás poniendo tu vida en peligro! Si el tipo se entera de para quién trabajas, te pueden acusar de extorsión, ¿no lo has pensado?

—Sí, lo he pensado. Por eso creo que en la próxima cita debería decirle que trabajo para ti, de forma inocente, como si yo no supiera que tú estás involucrado en… nada turbio. Así no levantaré sus sospechas.

—La próxima cita… —suspira con pesadez —¿Qué me estás haciendo, Valeria? —Su pregunta me toma por sorpresa. Hay una mezcla de frustración y desconcierto en sus palabras—. ¿Por qué me tienes así? ¿Qué es lo que tienes que ha infectado mi mundo y mi percepción de las cosas tan drásticamente?

Mi corazón se acelera. No esperaba esta contestación. Siento cómo mi estómago se revuelve ante su pregunta. ¿Infectar su mundo? Él siempre ha sido tan seguro de sí mismo. Y ahora, suena... agotado.

—Dominic, no sé qué quieres que te diga —respondo, buscando palabras que puedan calmarlo—. Solo estamos haciendo lo que planeamos. Hoy he sacado información importante de Blake. Puedo explicarte lo que...

—No me importa una puta mierda el tal Blake ahora mismo, Valeria —interrumpe, con frialdad. No es enojo, es algo más profundo. Está apático, sin entusiasmo—. Esto no tiene nada que ver con él. Tiene que ver contigo. Desde que llegaste a mi vida, todo ha cambiado. No soy el mismo. Me estás volviendo loco.

Esa afirmación queda suspendida en el aire entre nosotros, como un cuchillo. No sé qué responder. No entiendo por qué está reaccionando de esta manera. Parece a punto de explotar de rabia. Y yo soy la causa.

—Dominic... yo… no te enfades, por favor—dudo por un segundo—. ¿Quieres colgar? ¿Quieres que te deje tranquilo para que medites más relajadamente sobre mis verdaderas intenciones? Porque yo sabía que tú estabas vigilando, Dom, y no he hecho esto por otro motivo que no sea ayudarte. Pero si quieres que cuelgue y descanses y medites que… que yo…

Lo digo con la esperanza de que tal vez lo que necesite sea espacio. Quizá está abrumado por todo. El club, los negocios, la presión. Yo. Pero su respuesta me desarma.

—No lo hagas, por favor —su voz es casi un susurro, cargada de desesperación.

Cierro los ojos, sintiendo cómo su tono me afecta más de lo que esperaba. Algo en mí se remueve. Dominic no es el tipo de hombre que pide nada. Siempre lo toma. Pero ahora, está pidiendo. Y eso me duele más de lo que debería.

—No aceptaré más citas con Blake sin hablar contigo antes —le digo, buscando algún terreno firme entre nosotros—. Discutiremos hasta dónde me permites llegar para que no te

sientas así. Tú llevarás el control. No quiero que pienses que te voy a traicionar. Jamás lo haría, Dom.

Otro silencio. Está procesando mis palabras, pero no puedo saber si lo que le estoy ofreciendo es suficiente. Nunca sé con él. Pero esta vez, quiero que lo sea. No puedo soportar verlo de esta manera.

—No entiendo qué me pasa —murmura finalmente, con una sinceridad que rara vez muestra—. No sé por qué me tienes así.

Escucharle me agita. Dominic, el hombre que tiene la ciudad bajo su poder, ahora parece no poder manejar lo que provoca mi intromisión en su mundo. Le desestabilizo y me da miedo que piense que está mejor sin alguien como yo. Me da miedo que me aleje de él para que no pueda desquiciarlo más. Quizás he ido demasiado lejos con tanta provocación y desafío. Quizás… pero es como soy. Aunque desde que apareció en mi vida, todo ha cambiado. Ha movido cosas dentro de mí que ni siquiera sabía que existían. Y lo peor es que no sé si eso es algo bueno o malo.

—No sé qué decirte —admito, con una honestidad que rara vez permito salir—. Esto tampoco es fácil para mí.

La línea queda en silencio por un largo momento. Sé que sigue ahí, lo siento en la respiración lenta y pesada al otro lado del teléfono. Y en ese instante, algo en mi interior tambalea.

Estoy comprendiendo cómo se siente. Porque yo me siento exactamente igual. Y no ha sido el beso con Blake el problema. El problema es lo que está sucediendo entre los dos, que ninguno previó ni imaginó posible.

Dominic me ha cambiado. Lo que pensaba que sabía sobre mí misma, ya no es lo mismo. Él lo ha desordenado todo. Y ahora no puedo evitar sentir que ambos estamos cayendo, sin saber bien hacia dónde.

—Valeria... —comienza a decir, pero se queda callado. No tiene respuestas, ni yo. Solo estamos en medio de esta tormenta que hemos desatado juntos, sin saber cómo detenerla.

CAPÍTULO 31



Dominic

La tensión aún flota en el aire cuando Valeria rompe el silencio.

—¿Hablamos mañana? —pregunta, su tono entre juguetón y provocador.

No puedo evitar una leve sonrisa. Ella sabe cómo jugar sus cartas. Sabe que no puedo decirle que no a nada cuando me habla así.

—No trates de impedírmelo —respondo, dejando que mi voz resuene con una suavidad que a veces me sorprende a mí mismo.

—Jamás lo haría —replica, con una risa suave—. Me gusta oír tu voz y tu tonito autoritario para darme energías.

—Cuidado, puede parecer que comienzas a necesitarme, Señorita Santoro —le digo en un tono que intento que suene ligero, aunque sé que la seriedad está detrás.

—Cuidado, puede parecer que usted ya lleva tiempo necesitándome a mí, Señor Volkov —su respuesta es mordaz, juguetona, y la chispa en su voz hace que mi corazón se acelere de forma inesperada. Joder, no sabes cuánto lo hago, nena. Ojalá estuvieras aquí. Ojalá pudiera retenerte, a mi lado, dormir contigo cada noche, darte… mierda, Volkov. Estás jodido. Muy jodido. Y ni siquiera soy capaz de decirle todo esto a ella y mostrar mis cartas, porque tengo la sensación de que me remataría al descubrirle mi alma oscura, pero a la vez tan suya ya.

Mantenemos la conexión a través del teléfono, y aunque no puedo verla, puedo imaginarla sonriendo, desafiándome con sus palabras, atrapándome en su juego. Esos momentos son peligrosos, pero me gustan. Me encanta, en cierto sentido, esta danza entre nosotros.

Finalmente, el silencio se hace nuevamente, pero esta vez es cómodo. Antes de colgar, inhalo profundamente, buscando el control que parece escurrirse entre mis dedos.

—Buenas noches, *cristalito* —digo, utilizando el diminutivo que le he asignado. Es una palabra que a veces parece tener más peso del que debería.

Cuelgo, y el vacío que queda tras su voz me deja en un estado de inquietud. Con el teléfono aún en la mano, me recuesto contra el respaldo de la cama, sintiendo cómo todo se desmorona en mi interior.

Me quedo en la oscuridad de mi habitación, el teléfono y la pantalla del portátil apagados, recordando su voz burlona y desafiante. *Cristalito*. Esa palabra resuena en mi mente, y aunque debería molestarme, me encuentro enredado en la complejidad de lo que significa. *Ella se ha colado en mi interior y bajo mi piel*. Es una jodida locura, pero he llegado a un punto en el que sé que no puedo evitarlo.

Me paso la mano por la cara, intentando sacudirme la sensación de pérdida de estabilidad que me persigue. Todo en mí se revuelca, una tormenta de deseos y frustraciones. *No sé qué me pasa*, repito en mi mente, como un mantra que se convierte en un eco constante. Hay algo en Valeria que me desafía y me seduce, algo que he intentado ignorar pero que ahora me quita el sueño. Siempre he sido el que maneja los hilos, el que juega mejor sus cartas. Pero ella ha cambiado las reglas del juego, y me encuentro sin estrategia.

Desde que la introduje activamente en mi vida, he sentido cómo mi mundo se desmorona. *¿Por qué?* Es solo una mujer, una provocadora, y debería poder ignorarla. Pero cada vez que su voz, traviesa y sexi, me lanza un desafío, siento que se rasga algo dentro de mí. No puedo permitirme caer en este juego. La última cosa que necesito es sentirme vulnerable, y ella... ella es un campo de minas. Cada risa, cada palabra provocadora me lleva más cerca de la destrucción. No puedo dejar que esto continúe. No puedo dejar que ella me controle así.

¿Qué es lo que tienes, Valeria? La pregunta queda suspendida en el aire, como un grito silencioso. Sé que no debería dejar que se acerque más. Sé que no debería dejar que esta sensación se arraigue. Pero a cada paso, a cada palabra, a cada sonrisa burlona, me empuja más cerca de lo que temía: *quedarme sin ningún tipo de defensa*.

Me siento en la oscuridad de mi habitación, el silencio solo interrumpido por el suave sonido del whisky al caer en el vaso. El cristal choca contra la madera de la mesita de noche, y durante unos segundos solo observo el líquido ámbar, perdiéndome en mis propios pensamientos. El teléfono está junto al vaso, pero las palabras de Valeria todavía resuenan en mi mente. Ella es como una tormenta que lo revuelve todo.

Llevo el vaso a mis labios, el alcohol ardiendo mientras baja por mi garganta, y el calor me desgarra. Desde que apareció en mi vida, todo se ha descontrolado. Y lo odio.

Frunzo el ceño y miro la pantalla del portátil frente a mí y vuelvo a encenderlo. Con un gesto rápido, accedo a las grabaciones de seguridad de *Nebula*. Allí estamos, la noche anterior, cuando finalmente la hice mía. Mis dedos se mueven casi por instinto al reproducir el video, y pronto la imagen de Valeria aparece en la pantalla. Esa noche... fue el principio del fin de todo lo que creía conocer sobre mí mismo.

Miro cada detalle. Sus movimientos, cómo su cuerpo responde al mío, cómo nuestros alientos se mezclan en ese vaivén violento y descontrolado. No es solo la necesidad física —aunque el deseo es abrumador—, es algo más profundo. Algo que me consume por dentro. Ella se me ha metido bajo la piel, y lo peor de todo es que lo sé. No puedo evitarlo. Como tampoco puedo evitar tocarme mientras nos veo consumidos a los dos por el erotismo tan fascinante que provocamos el uno en el otro.

Bebo un largo trago de whisky mientras la veo. Sus susurros, su piel ardiendo bajo mis

manos, su cuerpo encajando perfectamente con el mío. Nunca había experimentado algo así. He estado con muchas mujeres, pero ninguna me hizo sentir... esto. Como si, con cada movimiento, cada gemido, me estuviera marcando, tatuándose en mi alma. Su olor, su intensidad... todo fue diferente con Valeria.

El vaso aún entre mis dedos, cierro los ojos por un momento, dejándome arrastrar por el recuerdo. No solo fue placer físico. No. Fue mucho más. Fue como si todo lo que soy se disolviera en ese instante. Una parte de mí que no reconocía la dejó entrar y ahora no sé cómo sacarla. Es un vacío que crece cuando no está cerca. Mi polla se endurece más entre mis manos y ante los recuerdos. Pero tengo un nudo en la garganta que no me deja culminar ni relajar la tensión. Pensar en ella así, pero con ese tal Blake, simplemente me enloquece. No poder mandar en sus sentimientos, por más que quiera hacerlo. Tener esa batalla perdida de antemano, porque ella nunca ha amado a nadie y yo soy el peor de los candidatos para que empiece a hacerlo, me deprime. No soy digno de ella. No sé ser como ella quiere. No podría soportar verla alguna vez libre de mí, despojándome de su presencia para siempre.

La dureza en mis músculos, la tensión que me recorre el cuerpo... Todo responde al recuerdo de esa noche. Mi cuerpo la reclama. Miro la pantalla un último segundo, antes de apagarla, frustrado por lo que me provoca. Nunca nadie me había desarmado de esta manera. Y ella lo hace con una facilidad que me irrita y me excita al mismo tiempo.

Me reclino en la cama, agotado. El whisky ya no me calma, mi propia mano tampoco, nada lo hace. Miro la cama vacía y un suspiro pesado escapa de mis labios. Estoy jodido. Lo sé. Porque ella no es solo una más. Es una droga, y cuanto más la tengo, más la necesito.

Finalmente, el sueño me vence. Y ahí está ella, como siempre, en mis sueños. Valeria, con su cuerpo cálido y suave abrazándome desde atrás. Puedo sentir su aliento en mi cuello, sus brazos envolviéndome. Y lo peor de todo es que, en ese mundo, no tengo que luchar. No tengo que mantener el control. Ella está allí, conmigo, y todo parece en calma. Es un sentimiento que no reconozco, pero que, en el fondo, deseo. Como si... como si me hiciera sentir querido. Protegido.

Y así me quedo dormido, con esa imagen de Valeria en mi mente, sabiendo que cuando despierte, esa paz no estará. Solo quedará el vacío que ella dejó, y mi maldita necesidad de tenerla cerca de nuevo.



Leonid está sentado frente a mí, con una expresión que no me gusta ni un poco. Me observa como si supiera lo que pasa por mi cabeza, y lo peor es que probablemente lo sepa. No puedo engañar a Leonid. Lo conozco desde siempre. Si alguien entiende mis debilidades, ese es él. Pero hoy es distinto. Hoy, esa debilidad tiene nombre, y me está destrozando.

—Valeria, ¿eh? —comienza, con esa media sonrisa de sabiondo que me irrita—. No me digas que esto te toma por sorpresa, Dominic. Sabías desde el principio que esa mujer te atraía más de lo que estabas dispuesto a admitir.

Aprieto la mandíbula y me sirvo otro trago de whisky. La frustración me quema por dentro, y no quiero hablar de esto. No quiero que nadie vea lo que está ocurriendo dentro de mí, mucho menos Leonid. Pero él no se calla. Nunca lo hace.

—Es solo deseo, Leonid —gruño, intentando mantener la compostura, aunque siento que me estoy resquebrajando por dentro—. Nada más. Me gustaba verla moverse, como a cualquier otro hombre. Sabía lo que quería de ella desde el principio: información, lealtad, utilidad. Lo tuve todo bajo control.

Leonid ríe, ese sonido bajo y gutural que me saca de quicio.

—¿Bajo control? ¿De verdad, Dominic? —mueve la cabeza, negando, como si estuviera hablando con un niño que no entiende lo evidente—. Tú ibas a verla bailar cuando ni siquiera sabías que la necesitarías para tus planes. Ibas porque ella te atraía, te hacía sentir algo... diferente. Y ahora que la tienes más cerca, ¿qué? ¿Pensabas que esa atracción no iba a mutar en algo más?

Golpeo el vaso contra la mesa con más fuerza de la que pretendía, y el líquido salpica el borde. Los ojos de Leonid no se apartan de mí, como si estuviera esperando esta reacción. Claro que sabía que me gustaría más. ¡Me gustan las mujeres, joder, ¿cómo no me iba a gustar?! Pero esto… este nivel de ansiedad por ella, no lo esperaba.

—Esto no es amor —mascullo entre dientes, tratando de convencerme más a mí mismo que a él—. No tiene nada que ver con eso. El amor es una maldita trampa, y no me dejo atrapar. Lo que siento por Valeria es veneno, una ponzoña que se filtra en cada fibra de mi ser, llenando mi corazón de angustia, de desesperación —siseo martilleándome el pecho con el dedo índice—. Me juré que nunca volvería a sentir esto por nadie después de Tatiana.

El nombre de Tatiana cuelga en el aire como una maldición. Leonid lo sabe. Él fue testigo de todo. Vio cómo me destrozó, cómo me hizo perder la fe en cualquier cosa que pareciera ser amor. Y aquí estoy de nuevo, atrapado en la misma red, y otra vez la presa soy yo.

—Tatiana era una traidora —dice Leonid, con tono despreocupado, como si estuviera hablando del clima—. Pero Valeria no es ella. Sabes bien que Valeria no juega al mismo juego. Es astuta, sí, pero no tiene nada que ver con lo que te hizo Tatiana.

—¿Y qué demonios importa eso? —le espeto, mis palabras afiladas como cuchillos—. El punto no es si Valeria es o no como Tatiana. El punto es que pensé que tenía esta mierda bajo control. Pensé que ella caería en mis redes, como lo hacen todas las demás. Yo sería quien dictara las reglas, pero ahora... —me detengo, porque admitirlo es casi como escupir mi propia debilidad— ahora es ella quien me tiene enredado. Y lo odio, Leonid. Lo odio con cada maldito átomo de mi ser. Es como si mi maldita estabilidad emocional estuviese en sus manos, como si estuviese siempre a expensas de lo que ella quiera hacer conmigo.

Leonid me mira en silencio por un momento, como si estuviera sopesando mis palabras.

Luego, con un tono más suave, me dice:

—Es porque no puedes soportar la idea de que alguien te haga sentir así. Dominic Volkov, el hombre que siempre tiene el poder... y Valeria lo está destruyendo, ¿verdad?

Lo que más me irrita es que tiene razón. Desde que apareció Valeria, mi vida ha dejado de ser lo que era. La seguridad con la que me movía, la certeza de que siempre iba un paso por delante, todo eso se desvaneció en el momento en que ella cruzó la puerta de mi vida. La veo en cada esquina, en cada pensamiento, y es como un veneno que me consume lentamente. Un veneno que no puedo dejar de beber.

—Necesitas relajarte, Dominic —continúa Leonid—. No puedes presionarla. No es una de esas mujeres que caerán rendidas a tus pies con un par de palabras lascivas o una mirada autoritaria. Si sigues empujándola, terminará huyendo de ti. Y si eso pasa...

—¿Si eso pasa qué? —le interrumpo, con un tono de advertencia.

—Si eso pasa, te destruirás a ti mismo. Porque estás demasiado jodidamente metido en esto, y lo sabes. Lo que sientes por ella te está consumiendo, Dominic, y si no aprendes a manejarlo, va a ser tu ruina.

—Ya mandé una vez a la mierda a la mujer de la que me enamoré perdidamente. Puedo hacerlo con Valeria también —contesto irritado.

—Con el debido respeto, Dominic, te conozco desde que ambos éramos niños y nunca has perdido la cabeza por alguien como por Valeria. Tatiana te tenía embelesado, sí, pero porque era mayor que tú, tenía la experiencia que a ti te faltaba y la capacidad de manipular a un crío, pero en cuanto la superaste en esas artes, dejó de ser capaz de desestabilizarte. Abriste tú solito los ojos con respecto a lo que esa mujer era realmente y lo que viste no te gustó. Estuviste enamorado de una ilusión, de algo que en realidad nunca existió. Pero lo que veo que está pasando entre tú y Valeria es muy real, Dominic. Y muy intenso. Nadie está manipulando a nadie. Creo que no estás acostumbrado a lo que realmente es sucumbir a una mujer que verdaderamente merezca la pena y no puedas encontrar razones de peso para impedir que eso pase. Eso es lo que te irrita más. Que no puedes evitar sentir como quiera que llames a lo que sientes por Valeria.

Mis puños se cierran involuntariamente, mis nudillos blancos contra la piel tensa. No quiero oírlo, pero sé que Leonid tiene razón. No estoy acostumbrado a sentir de esta manera. El control que siempre he tenido se me está escapando entre los dedos, y es porque Valeria me hace sentir cosas que nunca quise volver a sentir. Cosas que me debilitan. Y, con ella, no sé cómo evitarlo.

—¿Y qué demonios sugieres que haga? —le digo, irritado, casi desesperado.

Leonid sonríe levemente, como si ya hubiera previsto esta pregunta.

—La gala benéfica —dice, con esa seguridad que siempre tiene cuando se trata de negocios—. Valeria te sugirió esa idea para blanquear dinero, ¿recuerdas? Monta una de esas galas elegantes, invitas a la gente de nombre, haces el espectáculo. Y la llevas a ella como tu

acompañante. La conviertes en el centro de atención. Que vea que puedes ser caballeroso, encantador. Que vea que eres el hombre que puede darle lo que necesita.

Frunzo el ceño. La idea de una gala benéfica me parece estúpida en este momento, pero Leonid sigue hablando.

—No estoy diciendo que la compres con joyas o promesas vacías. Lo que te digo es que le muestres que puede ser más que una pieza en tu tablero. Que puede ser una reina en tu mundo. Pero tienes que darle espacio. Deja que ella se acerque a ti por su propia voluntad. No puedes atraparla como a las demás, Dominic.

Respiro hondo, tratando de calmar la tormenta que bulle dentro de mí. Sé que Leonid tiene razón. Sé que Valeria no es como las otras. No puedo simplemente imponerme y esperar que ella se quede. Pero al mismo tiempo, no puedo soportar la idea de que se me escape de las manos. Me estoy encaprichando como un gilipollas, pero es un sentimiento que me desgarra por dentro. Es un deseo que se mezcla con la angustia, con el miedo, con una desesperación que no he sentido en años.

—La gala, entonces —murmuro, cediendo ante la sugerencia de Leonid, aunque con una sensación de derrota.

—Sí, la gala —responde él, con un leve asentimiento—. Haz que sea su noche. Que vea lo que puede tener si decide quedarse a tu lado.

Miro el vaso vacío en mi mano, la tentación de romperlo contra la pared es demasiado grande. No me gusta esto. No me gusta sentirme así. Pero sé que, si no hago algo, si no encuentro una manera de mantenerla cerca, la perderé. Y lo peor es que ya no sé si puedo permitirme perderla.

—Cuidado, Dominic —añade Leonid, mirándome con seriedad—. Ella te necesita tanto como tú a ella, pero si sigues jugando de esta manera, podrías convertirte en su peor enemigo.

—O en su peor pesadilla —replico con una media sonrisa amarga, aunque ni siquiera yo me lo creo del todo.

Leonid se ríe, pero el sonido es apagado, casi ausente.

—Solo ten cuidado. Valeria es fuerte, pero todos tenemos un punto de quiebre.

Y ese es mi mayor miedo: que sea yo quien la rompa... o que, al final, sea ella quien me destruya a mí.

CAPÍTULO 32



Valeria

El martes siempre ha sido un día común, rutinario. Pero hoy, mi oficina se siente como una prisión. El silencio es ensordecedor, y la pantalla de mi teléfono parece un juez implacable. Tres días. Tres días sin una verdadera palabra de Dominic. Todo lo que he recibido de él son esos malditos monosílabos: "Sí", "No", "Ok". No soporto más. Cada mensaje es como una bofetada que no esperaba, y la incertidumbre me está volviendo loca. Nunca pensé que alguien pudiera hacerme sentir tan fuera de mis casillas. Me siento pequeña y prescindible, algo que no he permitido jamás que nadie me haga sentir.

¿En qué está pensando? ¿Por qué ese silencio? Sé que Dominic es impredecible, que su mundo es caótico, pero... esto es diferente. Hay algo en esos mensajes que me dice que me está apartando, y eso me hiela la sangre, y no para bien. No soporto la idea de que se esté cansando de mí. No él. Nadie ha tenido jamás el poder de hacerme sentir así.

¿Por qué me importa tanto? Nunca antes me importó lo que pensaran los hombres de mí. Si alguno no mostraba interés, lo eliminaba de mi vida sin miramientos. Los bloqueaba, los ignoraba, y seguía adelante como si no hubieran existido. Pero con Dominic... todo es diferente. Él ha movido algo dentro de mí que no entiendo, y eso me pone furiosa. Mi mente vuelve una y otra vez a sus caricias, a su mirada intensa, a cómo me hacía sentir en sus brazos. Nunca he tenido nada así con nadie. Y es precisamente eso lo que me asusta, lo que me consume.

Apoyo las manos en mi escritorio, tratando de controlar mi respiración. ¿Cómo puede afectarme tanto? Esto no es propio de mí. No soy de las que se dejan arrastrar por los sentimientos, por la angustia. Pero Dominic tiene una forma de meterse bajo mi piel, de desbaratar todo lo que creía saber sobre mí misma.

Miro el teléfono otra vez. Siento la urgencia de hacer algo. No puedo seguir así, en este limbo de silencio. Necesito respuestas, o al menos una señal de que esto no ha terminado. No quiero sentirme a su merced, no quiero dejar que el miedo me consuma. Pero necesito hablar con él. Necesito saber por qué me está haciendo esto.

Llamo. No sé si es la decisión correcta, pero es lo único que puedo hacer para no volverme loca. El tono suena en mis oídos como un martilleo. Una, dos, tres veces. Nada. No

contesta. Y mi paciencia, mi control, se quiebra de golpe. Suena su voz de repente y mi corazón da un vuelco: “Deja un mensaje tras la señal” seguido de un bip. ¿Cómo puede ser tan seco y autoritario hasta para su mensaje del contestador?

—¡Dominic, maldita sea! —mi voz es más aguda de lo que esperaba, cargada de frustración y furia—. ¿Qué demonios te pasa? ¿Por qué no me das la cara? ¿Es que ahora, después de todo, has decidido que ya no te intereso? Porque si es eso, si ahora que por fin me has follado como un animal ya no me necesitas, entonces sé un hombre y dímelo. ¡Dímelo a la cara, no juegues conmigo! No soy una niña, Dominic. No te permito que me trates de esta manera. Si ya no te sirvo, ten el valor de decírmelo. Porque, créeme, no me voy a quedar esperando a que decidas lo que quieres. No soy de las que suplican, Dominic. Así que, o me dices lo que está pasando, o desaparece de mi vida. —Cuelgo antes de que mi voz tiemble, antes de que la emoción que me está ahogando salga a la superficie.

El teléfono resbala de mi mano y cae en la mesa con un golpe sordo. Me dejo caer en la silla, respirando entrecortadamente. ¿Qué acabo de hacer? No sé si lo que acabo de decir fue lo correcto, pero no puedo evitarlo. Este silencio me está matando, me está destrozando por dentro. Y la idea de que Dominic esté cansado de mí... es más de lo que puedo soportar.

Mis manos tiemblan ligeramente. No, no voy a llorar. Me niego a ser esa mujer. No por él. Pero la presión en mi pecho no disminuye, y sé que estoy al borde de las lágrimas. ¿Cómo es posible que Dominic Volkov me tenga en este estado?

De repente, alguien toca la puerta. Me enderezo, apartando rápidamente las emociones de mi rostro. Un repartidor entra, cargando un enorme ramo de rosas en sus manos. Rojas y azules. Mi corazón da un vuelco. El repartidor deja el ramo sobre mi escritorio, junto con una pequeña nota. Sé quién las ha enviado. Lo sé antes de leerlo. Mi corazón late desbocado mientras abro la nota, y las palabras de Dominic me envuelven como una brisa intoxicante.

"Valeria,

No soy bueno con las palabras cuando se trata de ti. Siempre pensé que tenía todo bien calculado y medido, pero desde que llegaste a mi vida, me has desarmado. No puedo sacarte de mi mente ni un solo segundo. Mañana haré una gala benéfica, como me propusiste y deseo firmemente que seas mi acompañante. Quiero que estés a mi lado en la gala. No es solo por mostrarte al mundo de mi mano, aunque no negaré que lo deseo. Pero esta vez no me mueven motivos tan “territoriales”. Hay cosas en mi mente, cosas que llevo tiempo intentando entender y que no sé cómo poner en palabras. No, al menos, con las palabras adecuadas. Si elijo mal mis términos, temo que te alejes. Y créeme, no quiero que huyas de mí. Pero hay algo que necesito que veas, algo que no puedo simplemente decirte. Es demasiado... complicado. Si me concedes el honor de ser mi acompañante esa noche, intentaré mostrártelo a mi manera, sin palabras, pero con actos.

Estas rosas no son solo un gesto. Las rojas y las azules... representan algo más profundo, algo que no puedo ignorar cuando se trata de nosotros. El fuego y el hielo. Tú y yo. Mira bien lo que ocurre cuando se encuentran. La belleza que nace, y la fuerza que puede

destruir. Sé que sientes lo que pasa cuando estamos juntos, esa energía que lo consume todo a su paso. Esa unión tan peligrosa como embriagadora. Si aceptas, lo verás tú misma. Y entonces, tal vez, comprendas lo que realmente eres para mí. Y lo que podrías llegar a ser.

Dominic."

El nudo en mi estómago se aprieta más con esas palabras. ¿Alejarme? Lo cierto es que llevo días temiendo que *él* sea el que se aleje de mí. Estos últimos tres días, con su maldita distancia, solo monosílabos a través de un teléfono. Esa maldita sensación de que quizá se estaba cansando de mí, que tal vez había jugado mal mis cartas y que Dominic ya no me veía como al principio. Pero ahora, leyendo esto, siento que no es tan simple. Es como si las cosas se hubieran retorcido, como si el poder de atracción entre nosotros hubiera subido de nivel y él también lo estuviera sintiendo.

Mis manos siguen temblando. Debería sentirme aliviada por la nota. ¿No es esto lo que quería? Saber que Dominic sigue ahí, interesado, deseándome en su vida. Pero no es solo eso. Él está abriéndose, aunque sea a su manera. Está dejando caer una pieza de la armadura, y lo que veo me inquieta tanto como me atrae. No soy una mujer que se deje llevar fácilmente, pero Dominic... *Dominic no es un hombre cualquiera.*

Mis ojos se posan en las rosas. Rojo y azul, fuego y hielo. Me inclino sobre el ramo, aspirando su aroma. Es tan intenso que casi me marea, pero no aparto la mirada. Las rosas son un símbolo, una representación de lo que somos juntos. Peligrosos, complementarios, explosivos. ¿Cómo puede algo tan antagónico ser a la vez tan idóneo? El fuego de Dominic me consume, pero no lo odio. Y mi frialdad, la que siempre me ha protegido, parece desmoronarse poco a poco cada vez que él me toca. Cada vez que sus ojos se posan en mí, como si me desafiara a quedarme.

"Esa unión tan peligrosa como embriagadora. Si aceptas, lo verás tú misma. Y entonces, tal vez, comprendas lo que realmente eres para mí."

La forma en que lo dice... *lo que realmente soy para él.* Una oleada de confusión me inunda. ¿Qué soy para Dominic? ¿Quiero realmente saberlo? ¿Qué es él para mí? Para mí, hasta hace poco, él era solo un hombre más en una lista de hombres poderosos, manipuladores, que creían que podían controlarme y que yo solo contemplaría como una conquista más que no sabe darme lo que quiero. Y, sin embargo, Dominic ha demostrado ser mucho más. Más peligroso, más profundo... más embaucador de lo que había imaginado. Y esa atracción me está costando caro. Cierro los ojos, sintiendo una lágrima de alivio formarse detrás de mis párpados. No. No voy a llorar. Ni aunque sea de alivio.

Pero cuando abro los ojos de nuevo, mis dedos rozan la carta, mis labios se tensan en una sonrisa amarga, porque lo que siento es... inevitable. Ya estoy demasiado involucrada. Dominic ha logrado, de alguna manera, meterme en su mundo, pero también se ha colado en mi alma. El problema es que yo también estoy enredada en la suya, aunque lo niegue cada vez que me lo pregunto a solas.

Siento cómo la lágrima se desliza finalmente por mi mejilla. La borro con rapidez, furiosa conmigo misma por dejar que esa emoción tome el control. Pero al mismo tiempo, una

sonrisa se dibuja en mis labios. Él quiere que esté con él en esa gala. Y quiere mostrarme lo que soy para él.

"Dominic Volkov... ¿Qué diablos me estás haciendo?" murmuro para mí misma.

Pero ya sé la respuesta.

Antes de que pueda pensar en cómo contestar, veo que la pantalla de mi teléfono se ilumina con su nombre y suspiro. Seguro que se ha tenido que reír de lo lindo con mi mensaje de mujer despechada. Suspiro y contesto su llamada.

—Eres un cabrón de mierda —gruño y su carcajada al otro lado me indica que ha escuchado mi mensaje en el buzón de voz.

—Yo también te he echado de menos, *cristalito* —susurra y hago un mohín, porque no debería gustarme tanto oír eso.

—Me has hecho sentir que ya no te era de utilidad. Que te habías cansado de mí y que solo me querías para follar —le reprocho.

—¿En serio crees que alguna vez podría cansarme de alguien como tú? Estás muy equivocada, Valeria. Creo que no has visto lo que significas en esta historia de verdad.

—Alguna vez te cansarás. ¡Y cuando lo hagas espero que me lo hagas saber como me merezco que me digas las cosas! ¡De frente y sin chorradas! —le ordeno.

—No voy a cansarme de ti, Valeria. Olvídate de eso —me muerdo los labios. No quiero creerlo, pero una estúpida parte de mí lo hace. Intento provocarlo para que admita que no lo dice tan en serio.

—¿Ah, no? ¿Y qué harás? Ahora me dirás que pretendes convertirme en la esposa de la mafia —su silencio al otro lado me dice que a lo mejor mi broma ha ido demasiado lejos y me arrepiento en el acto.

—No le desearía una esposa tan desquiciante, desobediente, desafiante, toca pelotas, arrogante ni incontrolable a ningún ser humano por el que sintiese un mínimo de aprecio —dice con voz profunda y yo me entristezco al oír sus palabras —, pero si alguien merece tal castigo, ese sin duda soy yo. Así que cuidado con lo que deseas, Valeria. Que yo también puedo convertirme en tu castigo.

—¡Ya lo eres! —contesto, irritada, aunque también algo más relajada y divertida por saber que sigo presente en sus planes y en su vida.

—Quizá sea esa la razón de todo. El karma nos ha unido para castigarnos mutuamente por nuestros pecados — añade juguetón —. Dime que vas a venir conmigo mañana. Por favor.

—Dile a Leonid que me traiga a mi apartamento el traje plateado de seda que compraste y pusiste en mi armario. ¡Que lo traiga al menos dos horas antes de que vengas a recogerme o no me dará tiempo a estar lista! —contesto con firmeza antes de arrepentirme de cruzar otra línea más con él.

—Vaya… ni siquiera he tenido que pedirte matrimonio y ya te has convertido tu solita en la “esposa de la mafia” —se burla y yo sonrío como una tonta.

—Pues dile que haga caso o me convertiré en la “viuda de la mafia” —su carcajada es infectante. Me hace sentir grandiosa. Verlo tan feliz y exultante me llena el pecho.

—Como ordene, ama.

—Te veo mañana, torturador de mujeres.

—Te veo mañana, torturadora de torturadores de mujeres.

Sonrío y sonrío sin cesar cuando cuelgo y me siento tan, pero tan estúpida, y a la vez tan, pero tan feliz, que se me ha olvidado la última vez en mi vida que estuve así de feliz.

CAPÍTULO 33



Dominic

La limusina se desliza por las calles de la ciudad mientras me recuesto contra el respaldo, observando el reflejo de las luces de la ciudad rebotar en los cristales tintados. Me he acostumbrado a los lujos, a los movimientos precisos de la máquina, pero esta noche hay algo en el ambiente que se siente distinto. Un leve nerviosismo, apenas perceptible, recorre mi espalda, y sé exactamente de dónde viene. El pensamiento de ver a Valeria en ese vestido, en el mismo que elegí para ella, me acelera el pulso de un modo que odio reconocer.

Leonid ya me ha confirmado que la entrega fue un éxito. Él le llevó el vestido como parte de los preparativos, asegurándose de que todo saliera a la perfección. Aún puedo escuchar sus palabras, cargadas de ironía y complicidad: *"Se va a ver increíble, Dominic. Prepárate."* Y eso es exactamente lo que me tiene así. *¿Por qué diablos me siento como un maldito adolescente esperando ver a su cita para el baile de graduación?*

La limusina se detiene frente al edificio de Valeria. Me inclino hacia adelante y contemplo el portal, esperando a que aparezca. Cuando la veo salir, siento como si el tiempo se detuviera por un segundo. Ahí está. El vestido plateado de seda le cae como una segunda piel, abrazando sus curvas, acentuando cada parte de su cuerpo que me ha vuelto loco desde el primer momento. La tela refleja la luz de las farolas, haciéndola parecer etérea, como si flotara sobre el suelo.

Siento que casi me da un infarto. "*Maldita sea, Valeria. Sabes cómo dejarme sin aire."*

Pero lo que realmente me arranca una sonrisa no es solo cómo le sienta el vestido. Es verla con esa mirada tan suya, esa chispa desafiante mientras saluda a una vecina que parece estar plantada en la entrada, observándola con demasiada curiosidad. Valeria la ignora, le dedica una sonrisa cortante, pero cuando la mujer se da la vuelta, le hace el corte de mangas con la sutileza que solo ella puede manejar.

Cuando Valeria finalmente entra en la limusina, la puerta se cierra tras ella y el ruido de la calle desaparece. Me mira, consciente de la sonrisa que no puedo contener.

—Es una cotilla que siempre está husmeando donde no debe, —me aclara, con su tono de voz cargado de sarcasmo.

—Lo he notado —le respondo, agarrando suavemente su rostro entre mis manos. Mi

pulgar acaricia su piel mientras inclino mi rostro hacia ella. El beso que le doy no es como los otros. Es cálido, lento, profundo. Cierro los ojos por un segundo, dejándome arrastrar por la sensación de tenerla así, tan cerca, tan mía. Cuando me separo, la miro directamente a los ojos. —Te ves... — dudo por un segundo, buscando las palabras, pero solo consigo añadir—perfecta.

Ella se aparta un poco, cruzando las piernas con una actitud que intenta no parecer afectada, pero lo está. Lo noto.

Durante el trayecto, mis ojos no pueden dejar de observarla. Entonces, reparo en un pequeño detalle que me hace sonreír de nuevo. Está usando el colgante de copo de nieve que le regalé. Ese símbolo de lo que ella representa: el hielo que siempre ha proyectado, la frialdad con la que me desafía y que, de alguna manera, logra mantenerme fascinado. Estiro la mano hacia el compartimento oculto de la limusina y saco una caja pequeña que he estado guardando para este momento.

—Tengo algo para ti, —le digo, depositando la caja en sus manos.

Valeria me mira con desconfianza, una de esas miradas que me hacen reír por dentro. Al abrirla, sus ojos se iluminan, aunque lo intenta disimular. Dentro está la pulsera, hecha de diamantes y azabaches. El contraste entre el blanco y el negro es un reflejo de lo que somos.

—Otra joya para mi reina del baile —susurro, inclinándome hacia ella.

Ella respira hondo, claramente resistiéndose a la tentación de rechazar el regalo.

—Dominic...— empieza, pero yo levanto una ceja, anticipando su objeción. —No puedo aceptar algo tan caro. Si la pierdo, jamás me lo perdonaría.

—No la perderás, —le aseguro, tomando su muñeca y cerrando la pulsera alrededor de ella. Mis dedos rozan su piel y siento el calor subir por mi brazo. Me acerco y la beso de nuevo, esta vez con más intensidad. —Además, si la pierdes, te regalaré otra. Y otra. Hasta que no quieras quitarte ninguna.

Ella me mira a los ojos, y en ese momento, sé que no tiene escapatoria. No de mí.

Cuando finalmente llegamos a la gala, las puertas de la limusina se abren y el bullicio de las cámaras y los murmullos de la multitud nos envuelve. Al bajar, siento el peso de las miradas sobre nosotros. Somos la pareja que todos observan, y lo sabe. No porque seamos los más glamorosos, aunque Valeria lo es. No. Nos miran porque irradiamos poder. Un poder que, en el fondo, está alimentado por algo más oscuro, algo que solo ella y yo entendemos.

El lugar de la gala es un antiguo palacio reformado. Las paredes de mármol, las columnas que parecen tocar el cielo, los candelabros colgando como joyas del techo. Cada rincón exuda lujo y decadencia. Es el tipo de lugar donde la élite se reúne, donde los acuerdos más importantes se cierran tras copas de champán. Aquí no hay inocencia. Aquí, todo tiene un precio. Y yo, soy el hombre que puede ponerle precio a cualquier cosa.

Valeria camina a mi lado, sus tacones resonando sobre el mármol pulido. Las miradas se dirigen a ella, hombres que la desean, mujeres que la envidian. Pero ninguno se atreve a acercarse. No mientras yo esté a su lado.

Dentro, la música flota en el aire, suave y envolvente. La sala está llena de políticos, magnates, figuras públicas que fingen sonrisas mientras ocultan secretos sucios bajo capas de maquillaje y trajes a medida. Veo caras conocidas. Algunos son aliados, otros enemigos. Pero esta noche, todo es juego. Todo es apariencia.

Llevo a Valeria hacia el centro de la sala. Nos movemos con una precisión calculada, como si fuéramos los dueños del lugar. En cierto modo, lo somos. Cada paso que damos, cada mirada que intercambiamos, refuerza esa verdad.

Me inclino hacia su oído, susurrando con una voz cargada de intenciones.

—Esta noche, todos van a saber quién eres, Valeria. De mi mano.

Desde el momento en que entramos en la gala, todo el ambiente cambia. La gente se detiene a mirarnos, algunos con admiración, otros con envidia. Lo noto en los ojos de los hombres: el deseo de tener a Valeria, aunque solo por un segundo, y la frustración al saber que nunca la tendrán. Ella camina a mi lado con la elegancia de una reina, su cuerpo envuelto en ese vestido plateado que parece hecho a medida para hacer que todos los presentes contengan el aliento.

Mientras avanzamos por el salón, comienzo a hacer las presentaciones. Las caras más conocidas de la ciudad están aquí: actores, cantantes, celebridades, aquellos que forman la élite de la sociedad, pero que para mí solo son piezas en un tablero mucho más complejo. Me acerco primero a David Torrance, uno de los actores más célebres, y luego a una cantante famosa que ha llenado estadios en todo el mundo. A cada uno, les presento a Valeria con una simple, pero poderosa frase:

—Ella es Valeria Santoro, mi compañera.

Esas palabras parecen resonar en el aire como un desafío. Nadie se atreve a cuestionarlo. Nadie osa contradecirme. Valeria es mi igual, algo que quizás ellos no entiendan del todo, pero que está grabado en cada uno de mis movimientos. Ella no solo está a mi lado como una mujer más; está conmigo porque pertenece a mi mundo, aunque aún no lo sepa por completo. Al menos su cara de sorpresa al escuchar tal afirmación me dice que no está tan segura de sentirse así, aunque no me contradice, sino que veo como se muerde el labio, complacida.

Siento su sorpresa al escucharlo, al ver cómo me comporto de un modo tan distinto al Dominic Volkov que conoce. No soy el hombre autoritario de siempre. Esta vez soy algo más. Soy el hombre que la muestra al mundo con orgullo, pero también con la suficiente oscuridad como para mantener la distancia que marca nuestro poder.

Después de las presentaciones, la música cambia. Los acordes oscuros y profundos de *"How Villains Are Made"* de Madalen Duke comienzan a llenar el ambiente, una elección perfecta para lo que viene a continuación. Extiendo mi mano hacia Valeria.

—Baila conmigo, — le digo, sin darle opción.

Ella toma mi mano, y cuando la traigo hacia mí, el mundo a nuestro alrededor desaparece.

—Estás loco —dice sonriente mientras posas sus palmas sobre las mías y las llevo hasta mi pecho.

—Mucho —le aseguro aferrando su cintura y haciéndola girar en círculo hacia atrás hasta que sus ojos vuelven a conectar con los míos.

Agarro una de sus piernas que gracias a la raja lateral de su vestido puede mover con libertad y la engancho a mi cintura. Con una de mis manos sigo sujetando con firmeza su cintura y con la otra, posada sobre su pecho, la empujo hacia atrás y recorro su esternón hasta su ombligo con uno de mis dedos. De pronto la levanto en el aire y doy un giro con ella en brazos, su ombligo a la altura de mi nariz, y la hago descender mientras me empapo de su aroma y la vuelvo a tener de frente.

—No sabía que podías bailar —dice en un susurro con voz muy sexi.

—Los que follamos bien también bailamos bien, y viceversa —contesto juguetón con una sonrisa traviesa. Ella lanza una risita que me llena el pecho.

Nos movemos al ritmo de la canción, una danza cargada de intensidad, de deseo, pero también de control. Mis manos en su cintura, sus dedos aferrándose a mi nuca. El salón, las personas, todo desaparece mientras nuestras miradas se entrelazan, y es como si cada paso que damos fuera una conversación sin palabras, cargada de todo lo que no hemos dicho, de lo que estamos sintiendo y no queremos admitir. Ella me mira como… como… joder, jamás me ha mirado así. Pareciera que su escudo de hielo se ha derretido finalmente ante mí.

La forma en que Valeria se mueve contra mí, el roce de su cuerpo, el modo en que nuestras respiraciones se sincronizan, es casi una tortura. Una deliciosa tortura que me hace sentir como si estuviera a punto de perder el control por completo, pero que, al mismo tiempo, no puedo permitir que suceda. No todavía. Cada giro, cada movimiento está perfectamente calculado, como si fuera una extensión de la guerra que libramos el uno con el otro. No hay ternura en este baile, no en la forma en que la pasión entre nosotros fluye como un torrente indomable. Hay poder, fuego, deseo. Es una danza de dos depredadores.

Cuando la canción llega a su fin, ambos quedamos quietos, nuestras respiraciones entrecortadas, nuestros cuerpos aún demasiado cerca. El salón estalla en aplausos y vítores, pero todo eso es ruido lejano. Lo único que importa en este momento es la sensación de su cuerpo junto al mío, de su mirada fija en la mía.

Valeria me mira con una intensidad que no había visto antes.

—Tenemos que hablar, en privado, — dice, su voz baja pero firme.

Asiento, sin romper el contacto visual. La llevo a una habitación pequeña, cercana al salón principal, lejos de los ojos curiosos de la multitud. El lugar está decorado con gusto, pero lo único que noto es a Valeria, parada frente a mí, con el vestido aún abrazando su cuerpo como si fuera parte de ella.

Cierro la puerta detrás de nosotros y en el mismo instante en que estamos solos, el control que he mantenido durante toda la noche se desmorona. La tomo por la cintura,

acercándola a mí de nuevo, y esta vez no hay público, no hay espectadores. Solo somos ella y yo, dos fuerzas que se han estado conteniendo demasiado tiempo. La beso, no con suavidad, sino con la urgencia de alguien que ha estado reteniendo un deseo insoportable.

Sus labios responden a los míos, su cuerpo se funde con el mío y ya no puedo esperar más. Levanto su vestido hasta enrollarlo en su cintura, le aparto el fino tanga que lleva puesto, acaricio su raja y sonrío con malicia al notar como me empapo el dedo y ella lanza un gemido con un suspiro al notar el tacto de mi piel en su tan necesitado de atenciones coño. La agarro de las piernas y se la clavo entera contra la puerta de la habitación. Ambos gemimos con fuerza. Estar dentro de ella es demasiado bueno. Mi polla resbala con facilidad por la enorme cantidad de fluidos que mi cristalito expulsa por mí. Solo por mí. Incluso puedo metérsela hasta el fondo sin que le duela. ¡Es perfecta! Su coño es perfecto. Sus tetas se tambalean por las fuertes arremetidas a las que la someto. Y esos ojos azules… joder. Tiene una cara de diosa de la lascivia que me la pone dura con solo mirarla. Para silenciar sus gritos de placer le como la boca y los absorbo para mí, como si así pudiera absorber su alma también. Ella me agarra del pelo con fuerza y me provoca susurrando en mi boca que le de más duro. Es de las mías. Y me encanta. El sexo suave no va conmigo.

La hago mía allí, en ese pequeño refugio lejos de la mirada del mundo. Pero esta vez, algo es diferente. Mientras la follo, mientras nos movemos juntos en una sinfonía que parece haber estado escrita para nosotros, la miro. La miro como no he mirado a nadie antes. En cada toque, en cada suspiro, en cada jadeo que escapa de sus labios, siento algo que no había sentido antes, algo que me consume. No puedo apartar la mirada de ella. La venero. Maldita sea, la venero.

—Dom… Dom… —joder, la forma en que sus labios invocan mi nombre mientras tiene la mirada fija en mí.

—Dime que vas a correrte ya —le imploro porque no puedo esperar a vaciarme en ella.

Ella sonríe y asiente entre jadeos. Entonces pone los ojos en blanco y yo me descargo en su interior atrapando sus labios con los míos, soltando una de sus piernas para acariciarle el rostro. Y conecto de nuevo nuestras miradas. Entre jadeos nos miramos sin decir nada y a la vez diciéndolo todo.

Cuando finalmente nos relajamos, cuando el placer ha dejado nuestras mentes nubladas y nuestros cuerpos exhaustos, Valeria me mira con una mezcla de confusión y vulnerabilidad que nunca había visto en ella.

—¿Qué está pasando entre nosotros? —pregunta, su voz casi temblorosa. —¿Por qué me siento así contigo?

Sé lo que quiere decir, aunque probablemente no lo entienda por completo. Ella nunca ha permitido que nadie la afecte de esta manera. Nadie ha logrado romper sus barreras. Pero yo estoy a punto de hacerlo. De entrar. Y ahora, está atrapada en esto, como lo estoy yo.

Acerco mi nariz a la suya, acariciando suavemente su rostro, mis dedos recorriendo la curva de su mandíbula.

—No sé lo que te está pasando a ti, —le digo, mi voz baja y cargada de una intensidad que me sorprende incluso a mí mismo. —Pero yo sí sé lo que me pasa a mí. —Hago una pausa, mi mirada penetrando en la suya. —Te amo, Valeria. Te amo con toda la intensidad de mi oscura alma.

Sus ojos se abren ligeramente, sorprendida. No es una confesión que esperaba, y menos de mí. No de Dominic Volkov. Ella se queda en silencio, sin saber qué decir, y por primera vez, me doy cuenta de que he dejado caer mis defensas por completo. Soy vulnerable. Y eso me enfurece tanto como me alivia.

Su silencio podría considerarse doloroso para mí, aunque no necesito oírlo de sus labios para saber que ella también está empezando a sentir algo fuerte por mí. Quizá no tan fuerte como lo que siento por ella. O quizá solo tiene miedo de admitirlo. Yo también estoy aterrado, joder.

—Ven, volvamos a la fiesta —digo ofreciéndole una sonrisa vergonzosa. No quiero alargar más la espera, si no ha dicho nada, no lo va a hacer hoy. —Aún falta la subasta.



La subasta avanza sin contratiempos al principio, aunque una inquietud insidiosa me invade, sin razón aparente. No es común que me sienta así. Pero el silencio de Valeria después de mi confesión hace que algo se remueva en mi interior. Mi mente, normalmente impenetrable, ahora se siente expuesta, y no puedo dejar de pensar en lo que ella estará sintiendo. ¿La habré asustado? ¿Sentirá lo mismo que yo? ¿Lo habré interpretado todo mal? Mis pensamientos se agitan como serpientes venenosas.

Valeria está sentada junto a mí, pero no mueve un músculo y no desvía los ojos del escenario. ¿Qué estará pasando por esa cabeza?

Tras largos minutos de subasta, el subastador anuncia la joya que más significado tiene para mí. La diadema de mi madre. Una pieza que representa no solo mi pasado, sino el poder y la fragilidad de mis raíces. Alzo la vista, viendo el brillo en las piedras preciosas, pero la única persona que puede hacerle justicia es Valeria.

De modo que me levanto y me subo al escenario. En esta ocasión sus ojos al fin me siguen.

Le hago un gesto, y ella me mira con una mezcla de sorpresa y algo más, tal vez curiosidad o duda. Se levanta con esa elegancia imperturbable que la caracteriza, y cada paso suyo hacia el escenario es como un golpe sordo en mi pecho. No debería afectarme de esta manera, pero lo hace. Me sitúo junto a ella, sintiendo los ojos de todos los presentes clavados en nosotros, como si estuvieran observando una obra maestra que ellos mismos no podrían comprender.

Tomo la diadema entre mis manos y, con una suavidad casi reverente, la coloco sobre su cabeza. Los diamantes y rubíes chispean bajo las luces, pero nada brilla más que ella. Es como si esta joya hubiera estado destinada solo para adornar su belleza, como si mi madre hubiera predicho esto de alguna manera. Mi madre... El pensamiento me provoca una punzada en el pecho, pero lo ignoro.

—No hay diosa más bella que Valeria Santoro — digo, con la voz tan firme como el metal de la diadema que ella porta ahora. Y al pronunciar esas palabras, siento algo más. No solo orgullo o deseo. Algo más profundo, más visceral. Es un reconocimiento silencioso de lo que realmente siento, de lo que ella realmente significa.

Los murmullos de asombro se propagan por la sala. Sé lo que están pensando. Están asombrados. Deslumbran ante la imagen de la mujer capaz de gobernarlos a todos. La estoy exponiendo más de lo que debería, y lo sé. Y, aun así, no puedo detenerme. Ella no es solo una mujer al azar. Es la mujer, la única que ha logrado atravesar las murallas que construí alrededor de mi corazón.

Sin embargo, justo cuando el subastador levanta el martillo para comenzar la puja, algo

capta mi atención. Al principio, es solo un destello en el borde de mi visión. Y entonces la veo. Tatiana. Entre la multitud, como un fantasma que vuelve para arrastrarme al infierno.

Mi corazón da un vuelco, no de miedo, sino de pura adrenalina. Ella no debería estar aquí, pero ahí está. Y antes de que pueda procesar por completo lo que significa su presencia, mis ojos se mueven con rapidez a las zonas altas del salón. Francotiradores. Discretos, pero letales. Mi cuerpo reacciona antes de que mi mente lo haga, como si mi instinto supiera que algo va terriblemente mal.

El peligro se cierne sobre nosotros. Mi instinto toma el control, y antes de que pueda pensarlo dos veces, ya me he lanzado sobre Valeria, cubriéndola con mi cuerpo mientras el primer disparo rasga el aire. El impacto me atraviesa la espalda con una fuerza que me quita el aliento, pero no es suficiente para detenerme. No puedo detenerme. No cuando Valeria está en peligro.

El dolor es feroz, como fuego líquido que se esparce por mi columna vertebral, pero lo ignoro. Con una fuerza nacida de la desesperación, la arrastro fuera del escenario, buscando cualquier refugio entre el caos que ha explotado a nuestro alrededor. Gritos, balas, el estruendo de mesas volcadas y personas corriendo por sus vidas llenan el salón, pero yo solo tengo un objetivo: mantenerla a salvo.

—¡Muévete, ahora! — le gruño, mis palabras cargadas de urgencia. Siento su miedo, pero ella se mueve conmigo, siguiendo mis pasos apresurados mientras el mundo parece desmoronarse a nuestro alrededor. No hay tiempo para pensar, solo para actuar. La adrenalina es lo único que me mantiene en pie mientras mis fuerzas empiezan a flaquear.

Nos lanzamos entre los invitados que están en el suelo, cubriéndonos con sus cuerpos temblorosos mientras los disparos continúan. Siento la humedad caliente de mi propia sangre empapando mi camisa, pero no hay lugar para la debilidad. Tengo que protegerla. Es lo único que importa. La arrastro hasta una habitación cercana, un lugar donde podríamos estar a salvo, pero justo antes de llegar, otro impacto me golpea en el costado. El dolor es insoportable esta vez, y mis rodillas casi ceden. Pero no me detengo.

Finalmente, logramos entrar en la habitación. Cierro la puerta tras nosotros, y en ese instante, mi cuerpo finalmente me traiciona. Caigo al suelo con un gemido ahogado, incapaz de mantenerme de pie. Todo comienza a volverse borroso, como si el mundo se estuviera alejando de mí a cada segundo que pasa.

Valeria está a mi lado en un instante, su rostro una máscara de terror y desesperación. Puedo ver la confusión en sus ojos, la impotencia. Sus manos están presionando mi herida, pero no es suficiente. Lo sé. He perdido demasiada sangre.

—Dominic, no te atrevas...— Su voz está temblando, al borde del pánico. La siento moverse frenéticamente, rasgando su vestido para hacerme un torniquete, tratando desesperadamente de detener el flujo de sangre. El calor de su cuerpo se siente distante mientras mi conciencia comienza a desvanecerse.

—No te duermas — me suplica, lágrimas corriendo por sus mejillas. —No puedes dejarme ahora, Dominic. ¡Resiste!

Su voz es un ancla, pero es débil. Muy débil. Intento aferrarme a ella, a su fuerza, pero siento que me estoy yendo. Cada respiración es más difícil que la anterior. Mi visión oscila, todo se está volviendo negro, pero no puedo dejar que esto sea el final. No todavía.

Levanto una mano temblorosa, acariciando su mejilla con la última pizca de energía que me queda. Su piel es suave, y me concentro en esa sensación, en la realidad de que ella está aquí conmigo. Si esto es lo último que voy a hacer, quiero sentirla.

—No te... dejaré...— intento decir, pero las palabras se pierden entre susurros débiles, apenas audibles. El dolor se apodera de todo mi cuerpo, y finalmente, la oscuridad comienza a tragarse mi visión por completo.

Pero justo cuando el abismo está a punto de consumirlo todo, la escucho. Su voz se quiebra, pero sus palabras salen claras como un grito ahogado de su alma:

—Te amo, Dominic... —La intensidad en sus palabras me atraviesa más que cualquier bala. —No puedo vivir sin ti... ¡No me dejes! Eres el amor de mi vida. No me hagas esto, Dominic... ¡Por favor!

La fuerza de su confesión me devuelve de las tinieblas, aunque solo sea por un instante. Siento mis labios esbozar una sonrisa débil, casi imperceptible, mientras me aferro a esas palabras. El amor de mi vida... Mis ojos la miran con devoción, y sé que, pase lo que pase, esas palabras serán lo último que recordaré.

Entonces, el mundo desaparece, y lo último que siento es su rostro húmedo contra el mío, sus gritos desesperados llamándome de vuelta.

CAPÍTULO 34



Valeria

Estoy derramando todas las lágrimas que nunca pude derramar en mi existencia por el hombre que me hizo sentir el único amor que la vida me ha permitido saborear de verdad. Su rostro, inconsciente, en mi regazo, me hace plantearme la situación de que posiblemente ya no se encuentre aquí, conmigo, de que, probablemente, ya no pueda volver a ver esos ojos, escuchar esa risa, besar esos labios, tocar su piel, sentir su calor…

Y me desmorono porque sé que no podré soportarlo. Porque después de él no podrá haber nadie, ¿cómo podría? No hay otro como él y yo lo quiero. Lo quiero maldita sea. Lo quiero con todo mi ser.

Le llamo a gritos, susurrando *te amo* una y otra vez, rogando que me escuche, que vuelva. Que vuelva a mí. Mis lágrimas caen sobre su piel fría, mis manos tiemblan al acariciar su rostro. Estoy muriendo con él, cada segundo que pasa en silencio me hunde más en la desesperación.

La puerta se abre de una patada. Ni siquiera me molesto en mirar si han venido a matarme. Nada importa si Dominic ya no está.

—¡Están aquí! ¡Lleváoslo! ¡De prisa!

Levanto la vista al fin y veo a los hombres de Dominic. Lo levantan con cuidado, casi reverencialmente. No aparto los ojos de él, con el corazón palpitando en mi garganta. Mis piernas se sienten pesadas, como si estuvieran a punto de ceder, pero camino tras ellos. El sonido de las sirenas de la policía se hace más intenso, y mi mente, en una nebulosa de pánico y agotamiento, apenas procesa lo que ocurre a mi alrededor.

Lo suben a una furgoneta blindada. Todo dentro de mí grita por estar a su lado, por no dejar que se lo lleven sin mí, pero mis piernas no responden. Estoy atrapada en el horror, viendo cómo mi vida es cargada en ese vehículo. Y no hay ni un ápice de vida en el cuerpo de Dominic. Camino lentamente hacia ellos, con las manos temblando, luchando contra las lágrimas. La ansiedad me está ahogando, cada paso es más pesado que el anterior. No puedo respirar…

De repente, una mano firme me agarra el brazo, deteniéndome en seco. Me giro, y ahí está él. Blake. Su mirada es penetrante, y mi corazón se acelera aún más.

—Valeria, —me dice con esa voz grave, cargada de autoridad. —Tienes que venir conmigo.

No. No… Dominic. Me giro a mirarlo, antes de que desaparezca de mi vista y me pregunto qué hacer. No puedo separarme de Dominic. No puedo irme y no saber qué está pasando. Pero, no puede irse así. No puede dejarme. Y me necesita en esto para protegerlo si sale con vida.

Mi mente se activa de golpe. No puedo dejar que Blake sepa la verdad, no puedo darle ni un solo indicio de lo que realmente siento por Dominic. No puedo permitirme ese lujo. Si Dominic sobrevive —y tiene que hacerlo—, seguiré necesitando su información. No puedo echar a perder todo lo que he hecho hasta ahora. Me esfuerzo en recuperar el control de mis emociones, tragando el pánico y ahogando el llanto que me amenaza desde el fondo de mi garganta. Mi mente fría, calculadora, toma el control.

Me aclaro la garganta y lo miro a los ojos, endureciendo mi expresión.

—Ha sido un atentado contra el gobernador, —digo con una calma que no siento, aunque mi corazón late frenéticamente. —Pero mi cliente y amigo Dominic Volkov está gravemente herido y necesito saber su estado. No puedo dejar que muera sin saberlo.

Blake me observa, su expresión seria pero no hostil. Sabe que estoy involucrada con Dominic de alguna manera, pero no tiene idea de la profundidad de mis sentimientos, y no voy a permitir que lo descubra.

—No te preocupes, —dice con un tono más suave de lo que esperaba. —Voy a averiguar cómo está tu cliente, pero tienes que venir conmigo. Necesito protegerte y obtener tu declaración. Tenemos que saber qué ha pasado exactamente y dar con el culpable.

Su tono es firme, pero hay una sombra de preocupación en sus ojos. Está claro que no solo es un asunto profesional para él, pero tampoco puedo arriesgarme a que descubra más de lo que ya sospecha. Mantengo mi expresión neutral, asintiendo con una mezcla de aceptación y cautela. No tengo elección más que seguirle el juego, al menos por ahora.

Me dejo guiar por él, pero mi mente está muy lejos, siguiendo la furgoneta que desaparece en la oscuridad con Dominic dentro. Mi corazón se siente pesado, desgarrado entre el deber y la angustia que me consume por dentro. Me trago las lágrimas como puedo, aunque algunas furtivas se escapan de mis ojos. Pero no puedo mostrar debilidad, no frente a Blake. Necesito que crea que soy solo la abogada preocupada por su cliente, una amiga leal atrapada en un ataque inesperado. Todo lo que quiero es correr tras esa furgoneta, estar con Dominic, pero no puedo.

El sonido de las sirenas me envuelve mientras Blake me conduce fuera de la escena, y solo una cosa sigue resonando en mi mente. Dominic.

“Joder, no te atrevas a dejarme, Dom. No te atrevas a hacerme esto. No puedes hacerlo.”

Me dejo llevar por Blake, aún con la imagen de Dominic inconsciente en mis brazos y su

sangre impregnando mi vestido como una marca imposible de borrar. Todo lo que sucede a mi alrededor me parece lejano, irreal. Estoy aturdida, como si una niebla espesa me envolviera y no me dejara respirar. Las luces de la calle se distorsionan, y el silencio entre Blake y yo es tan denso que me cuesta mantenerme en pie. Él no me lleva a la comisaría, algo que me desconcierta. En cambio, me conduce hacia su coche, me abre la puerta y se asegura de que esté cómoda antes de arrancar. No puedo pensar con claridad. Solo veo la sangre… La sangre de Dominic en mis manos, pegajosa, fría. ¿Y si no sobrevive? ¿Cómo puedo seguir con mi vida normal si él no está?

Finalmente, llegamos a la casa de Blake. Es como si supiera que no estoy en condiciones de afrontar un interrogatorio formal. Me acomoda en el sofá de su salón, y el silencio vuelve a hacerse pesado mientras él se sienta frente a mí, observándome con esos ojos penetrantes. Me siento como una presa bajo su escrutinio, pero no puedo dejar que lo note. Mis emociones están al límite, pero debo mantener la calma. Al menos en apariencia.

—Valeria, necesito que hables conmigo —dice Blake finalmente, su tono firme, pero no cruel. Suena más preocupado que inquisitivo.

No puedo evitar que una lágrima silenciosa ruede por mi mejilla al escuchar su voz, pero rápidamente la borro con el dorso de la mano. Respiro hondo, tratando de calmarme. Tengo que ser convincente, tengo que proteger a Dominic. No sé si está vivo o muerto, y la incertidumbre me está matando. Pero sé que no puedo dejarme llevar por las emociones frente a Blake. Él es el enemigo en este momento, aunque no lo sepa.

—¿Trabajas para Volkov? —me pregunta, su voz teñida de incredulidad, como si no pudiera creer lo que acaba de escuchar.

Mi corazón da un vuelco. No puedo permitirme parecer insegura o vacilar, no ahora, no cuando la vida de Dominic podría estar en juego. Me trago el nudo en la garganta y asiento lentamente, intentando mantener una fachada controlada, aunque mi interior esté en caos.

—Sí, trabajo para él —respondo, mi voz firme pero quebrada por la angustia.

Blake me estudia durante unos segundos, como si estuviera procesando lo que acabo de decir. Luego, su rostro se endurece, y la preocupación que noto en sus ojos me pone nerviosa.

—¿Sabes en lo que está implicado ese tipo? —pregunta con más fuerza, casi acusatorio, pero también parece haber una nota de urgencia en su tono.

Mi estómago se revuelve. Sé que Blake está a punto de soltar información importante, algo que podría cambiarlo todo. Pero tengo que mantener mi compostura. Si quiero proteger a Dominic, necesito manejar esto con cuidado.

—¿En qué está implicado? —replico, manteniendo la calma, aunque mi mente esté corriendo a toda velocidad.

Blake suspira profundamente y se pasa una mano por el cabello, como si estuviera decidiendo cuánto decirme. Finalmente, se inclina un poco hacia adelante, su expresión más seria de lo que jamás la he visto.

—Mira, esto es información confidencial, pero te lo voy a decir porque… porque me importas, Valeria. Quiero que estés a salvo. No sé hasta qué punto sabes lo que está haciendo Volkov, pero no puedo permitir que te metas más en esto sin saberlo todo —su voz se suaviza, pero su mirada no pierde ese filo de preocupación—. Dominic Volkov está siendo investigado por tráfico de drogas de diseño en la ciudad. Y no es algo pequeño, es una red importante que podría estar controlando todo el mercado de estupefacientes de alta gama. Y ahora, con el atentado de esta noche… —hace una pausa, como si midiera sus palabras—, las cosas han escalado. El gobernador era el objetivo, y Volkov estaba en esa gala. Necesito saber si tú sabías algo de esto, si estabas al tanto.

El mundo se me viene abajo por un segundo. La gravedad de las acusaciones me golpea como un puño en el estómago. Pero no puedo permitirme el lujo de mostrarle a Blake lo que realmente siento. Mi mente da vueltas, intentando procesar todo lo que acaba de decir. No puedo dejar que dude de mí, ni mucho menos de Dominic. Tengo que ser convincente, por él, por los dos.

—Dominic no está implicado en nada de eso, Nathan —respondo rápidamente, mi voz firme, pero sin sonar defensiva—. Todo esto que estás diciendo no tiene ningún sentido. Sus empresas son legítimas, y yo he revisado cada uno de sus movimientos financieros. No hay nada ilegal. Todo esto es parte de una conspiración para destruirlo. Él no tiene nada que ver con el tráfico de drogas ni con el atentado. Dominic ha sido disparado, varias veces. Él es una víctima aquí. Alguien más estaba detrás de todo esto, y ellos son los que querían la cabeza del gobernador, y Dominic estaba en el lugar equivocado en el momento más inoportuno.

Blake me observa en silencio durante un largo momento, sus ojos fijos en los míos, intentando discernir si estoy diciendo la verdad o simplemente cubriendo a Volkov. Puedo ver la duda en su expresión, pero también una chispa de comprensión. Él no sabe todo lo que está ocurriendo, y por eso duda. Eso es lo que debo aprovechar.

—Valeria —dice finalmente, su tono más suave, aunque aún cargado de preocupación—. Entiendo que quieras creer en él, que pienses que es inocente. Pero tengo pruebas, testigos… Dominic Volkov ha estado bajo nuestro radar desde hace tiempo. Y aunque no lo parezca, ahora con el atentado, podría estar más complicado de lo que piensas. Podría ser un ajuste de cuentas. Te necesito para que me ayudes. No solo para resolver esto, sino para protegerte. Quiero que estés a salvo. Y si Volkov está involucrado, no quiero que te arrastre con él.

Su preocupación por mí me desconcierta. No es el típico interrogatorio frío y calculado que esperaba de un agente del FBI. Blake está… preocupado por mí. De una forma personal. Pero no puedo dejarme llevar por esa compasión. Si Dominic está vivo, todavía lo necesito. Necesito mantenerlo a salvo y, sobre todo, necesito la información que Blake tiene.

—Nathan, Dominic no es ese tipo de hombre —insisto, intentando sonar lo más convincente posible—. Lo que tú piensas que sabes está basado en información falsa. Alguien está jugando contigo y está usando a tus informantes para destruirlo. Lo sé porque lo he visto con mis propios ojos. No hay ninguna red de drogas, no hay crimen organizado en sus empresas. Él es un empresario legítimo que ha hecho todo lo posible por mantener su negocio limpio. Yo misma superviso sus cuentas, Nathan, ¿crees que si hubiera algo sospechoso no lo habría visto?

Blake frunce el ceño, claramente luchando con sus propias dudas. Puedo ver que está empezando a dudar de la información que tiene. Eso es bueno. Necesito que siga dudando.

—¿Estás segura de lo que me estás diciendo? —pregunta, su tono bajo pero serio—. Porque si hay algo que no me estás contando, Valeria, ahora es el momento de decirlo. Si Volkov está implicado, y tú lo sabes, no podré ayudarte.

—Estoy segura —respondo, sin vacilar—. Nathan, no puedo quedarme aquí mientras él está gravemente herido. Necesito verlo, necesito saber cómo está. Dominic no es el criminal que piensas que es. Todo esto es una trampa, y alguien está intentando destruirlo. Alguien más estuvo detrás del atentado, no Dominic. Y él… es mi amigo.

Blake se queda en silencio de nuevo, como si estuviera procesando cada palabra que le digo. Finalmente, suspira profundamente, frotándose el rostro con las manos antes de mirarme de nuevo.

—Está bien —dice, casi resignado—. Voy a intentar averiguar cómo está tu… cliente. Pero necesito que confíes en mí, Valeria. No puedo dejarte ir ahora, pero tampoco quiero que estés en peligro. Quiero protegerte, pero para eso necesito que me digas todo lo que sepas. Sé sincera conmigo.

—Nathan —empiezo, eligiendo mis palabras con cuidado—, tú sabes que soy la persona indicada para demostrarte que lo que estás pensando sobre Dominic es una trampa. Tengo acceso a todos sus documentos, sus cuentas, sus operaciones. Si me dejas ir, puedo regresar con esos papeles para que tú mismo los veas. Si algo está mal, lo sabrás al verlos, pero te aseguro que todo está en regla. Lo sabes, porque seguro que conoces mi historial, mi integridad. Estoy segura de que, como agente del FBI, me has investigado. Si no me creyeras capaz, jamás te habrías fijado en mí, ¿verdad? Eres lo suficientemente listo para saber en quién confiar.

La manipulación es sutil, pero necesaria. Puedo ver que le he dado en el blanco cuando me estudia detenidamente, con una mezcla de interés y preocupación. Él seguro que tiene ese ojo afilado para las personas, para detectar las mentiras, y necesito que vea que estoy jugando limpio... en su percepción.

—Yo también me fijé en ti por esa razón, Nathan. Sabes reconocer el carácter, igual que yo. No me habrías considerado si no fueras capaz de ver lo mismo en mí. Y ahora mismo te necesito, Nathan. No tengo a nadie más que a ti. Y confío en ti. Espero que tú también en mí, porque no te miento —añado, inclinándome un poco hacia él, bajando la voz, buscando crear una conexión emocional que incline la balanza a mi favor.

Blake cruza los brazos, pensativo. Sé que lo estoy haciendo dudar, y eso es lo que necesito. No puede pensar que estoy simplemente encubriendo a Dominic. Tiene que creer que estoy aquí para limpiar su nombre, para ayudarlo a hacer justicia.

—Lo que me estás pidiendo… es complicado, Valeria. No puedo simplemente dejarte ir. Pero —dice con un tono más suave, casi resignado—, si me traes esos papeles y compruebo que todo está en orden, lo consideraré. Eso sí, no me hagas quedar mal, porque sabes lo que está en juego aquí.

—No lo haré —respondo rápidamente, con más ímpetu del que esperaba—. Solo necesito una oportunidad para demostrarlo. Si Dominic está limpio, como sé que lo está, quiero que también me des el nombre de la persona que ha vertido esa información falsa. Necesito saber quién está tratando de destruirlo.

Blake me mira fijamente, claramente sopesando mi petición. La idea de revelar la identidad de su informante no es algo que vaya a tomar a la ligera, pero también sabe que, si no accede a mi condición, no podré confiar en él.

—No puedo darte el nombre de nuestra fuente, Valeria —dice al final, su voz firme—, aunque cuando tengas toda la documentación y yo esté seguro de que Volkov no tiene nada que ver con esto, me pensaré qué soplón. Pero no antes, ¿queda claro?

Asiento, sintiendo una pequeña chispa de alivio. Es un paso, pero necesito correr. Dominic me necesita. Lo que sea que haya pasado en esa gala, lo que sea que esté ocurriendo en este momento en su vida, necesito estar a su lado. No puedo permitirme perder más tiempo.

Blake me acompaña hasta su coche y durante el trayecto hacia mi apartamento, el silencio es denso. Mi mente sigue dando vueltas mientras me pregunto si Dominic sigue vivo, si alguien ya lo ha atendido, si está consciente… si me ha oído cuando le dije que lo amo. Cada segundo que paso lejos de él se siente como una eternidad. Miro mis manos, aún manchadas de sangre seca, la sangre de Dom, y mi pecho se comprime con fuerza. No puedo soportar pensar en lo peor.

Cuando llegamos a mi apartamento, Blake estaciona frente al edificio y me sigue hasta la entrada. Mi cuerpo entero está agotado, pero no hay tiempo para detenerme. Necesito cambiarme, volver a ser funcional. Dominic me necesita fuerte.

—Tómate tu tiempo, Valeria —dice Blake cuando entramos al salón—, pero no mucho. Las cosas están moviéndose rápido y necesito saber qué ha pasado realmente.

Asiento sin mirarlo mientras me adentro en mi apartamento. El vestido está pegajoso, una mezcla de sangre y sudor, y me lo arranco tan pronto como cierro la puerta de mi habitación. Camino desnuda hacia el baño y abro el grifo, dejando que el agua fría limpie mi piel, pero no puede limpiar mi mente. El agua no puede borrar lo que acaba de suceder. Los balazos, el terror en los ojos de los invitados… y Dominic, colapsando en mis brazos. Comienzo a llorar entonces como una estúpida y mi cuerpo tiembla porque algo en mí se espera lo peor. Algo en mí cree que no volveré a ver a Dominic con vida.

Después de despojar todas las lágrimas que la presencia de Blake no me ha permitido, me vuelvo a colocar la máscara, la de “reina de la mafia” que acabo de estrenar esta noche y me centro de nuevo en mi papel.

Salgo de la ducha y me visto rápidamente con ropa cómoda, unos vaqueros ajustados y una camiseta negra. Práctico, fácil de moverme si lo necesito. Cuando vuelvo a la sala, Blake me está esperando, de pie junto a la ventana, observando la calle.

—Ya sé dónde está Volkov —dice sin rodeos, dándose la vuelta para mirarme y mi corazón se encoge—. Está en un hospital privado, uno para gente de dinero. El mejor lugar

donde podría estar ahora.

—¿Está… vivo? —pregunto en un susurro. No sé si estoy preparada para oír la respuesta. Blake se gira y me mira. Me lanza una mirada que recorre mi cuerpo y suspira.

—No lo sé. Nadie quiere dar información sobre su estado y no sé si es una estrategia o qué.

Suena distante, pero sus palabras me dan un mínimo de alivio. Dominic no se rinde nunca. Debe estar todavía en este mundo. Aunque sea con un hilo de vida. Y, al menos, si está vivo, está siendo atendido. Dios. Necesito verlo, necesito saber que está bien.

—¿Cuál es el hospital? —pregunto, mi voz más apremiante de lo que quería.

—St. Katherine's —responde Blake—. Está a unos veinte minutos de aquí. Puedo llevarte, pero necesitas prometerme que mantendrás la calma cuando estemos allí. Esto no es solo por ti o por Volkov. Hay mucha gente involucrada, y las cosas están calientes ahora.

Asiento y le sonrío con ganas. Es la primera vez que verdaderamente tengo ganas de besar a Blake y lo hago. Me acerco a él, me aferro a su nuca y le beso con ganas en los labios. No tengo más opción que aceptar su condición. Pero en cuanto vea a Dominic, nada más importará.

—Gracias por todo, de verdad, Nathan. No sabes lo que valoro tu ayuda.

Sus ojos brillan cuando despego mis labios de los suyos y se pierden en la redondez de mi boca.

CAPÍTULO 35



Valeria

El coche se detiene frente al hospital, y antes de que Blake siquiera apague el motor, ya estoy abriendo la puerta y saliendo a toda prisa. Corro hacia la entrada sin mirar atrás, sin esperar a Blake, sin pensarlo dos veces. Mi corazón late desbocado en el pecho, y cada segundo que pasa sin saber qué le está ocurriendo a Dominic es una tortura.

Empujo las puertas de cristal del hospital, sintiendo cómo el frío aire acondicionado golpea mi piel. Mis manos tiemblan, y no puedo controlar los escalofríos que recorren mi espalda. Me acerco a la recepción con el corazón en la garganta y apenas puedo articular las palabras.

—Dominic Volkov —le digo a la recepcionista, casi sin aliento—. ¿Dónde está? Necesito saber su estado.

La mujer me mira con expresión seria, casi inmutable, como si ya hubiera visto demasiadas situaciones como esta y nada la sorprendiera. Teclea algo en su ordenador, y cada segundo se me hace eterno. Me siento como si el tiempo se hubiera detenido, como si el mundo entero estuviera suspendido entre este momento y lo que pueda pasar con él.

—Está siendo intervenido ahora mismo —responde al fin, sin levantar la vista de la pantalla—. Ha perdido mucha sangre y ha sufrido varias paradas cardíacas.

Sus palabras caen como un mazazo sobre mi pecho. Siento cómo me falta el aire de nuevo, y mi visión se nubla por un segundo. ¿Varias paradas cardíacas? Mi mente empieza a dar vueltas. ¡Maldita sea, no puede ser!

—¿En qué quirófano está? —pregunto rápidamente, mi voz entrecortada, desesperada—. Necesito verlo, estar con él.

La mujer levanta la mirada, sus ojos mostrando una mezcla de profesionalismo y compasión.

—Lo siento, señorita, pero no puede pasar. Está siendo custodiado por la policía. Tendrá que esperar en la sala de espera.

Me tambaleo hacia atrás, como si sus palabras me hubieran empujado. Mi impulso inicial es seguir corriendo, abrirme paso a la fuerza, pero sé que no servirá de nada. Estoy atrapada en esta impotencia, sin poder hacer más que esperar. Asiento con la cabeza, aunque no estoy segura de si ha sido un movimiento consciente, y me dirijo hacia la sala de espera.

Al entrar, me encuentro con caras conocidas. Leonid está allí, de pie, con una expresión de tensión que nunca había visto en él antes. Junto a él, otros hombres de Dominic están sentados, sus rostros sombríos, las miradas perdidas en el suelo. Todos parecen estar en la misma mezcla de preocupación y desasosiego que yo. La angustia en el aire es palpable, como una nube oscura que pesa sobre todos nosotros.

Leonid me ve acercarme y me da una leve inclinación de cabeza, pero no dice nada. No hace falta. Ambos sabemos lo que está en juego, lo que Dominic significa.

Me siento en una de las sillas de plástico de la sala de espera, con la mente a mil, intentando controlar las lágrimas que amenazan con desbordarse. Mis manos están empapadas de sudor, y mi corazón sigue latiendo dolorosamente rápido.

De repente, noto que alguien se me acerca. Levanto la vista y veo a una mujer, joven, de unos veintitantos años, extremadamente guapa. Es rubia, con el cabello lacio y brillante, que cae sobre sus hombros con una perfección que parece irreal en medio de toda esta pesadilla. Sus ojos, grandes y azules con pequeñas motitas más oscuras, me estudian con una mezcla de curiosidad y empatía. Es el tipo de belleza que es imposible ignorar, pero lo que más me impresiona es la fuerza tranquila que emana de ella. Hay algo en su postura, en la forma en que se para frente a mí, que me recuerda a Dominic.

—Eres Valeria, ¿verdad? —pregunta con voz suave, aunque con una firmeza que no deja espacio para duda.

Asiento lentamente, sin palabras. Ella ya sabe quién soy, lo veo en su mirada.

—Soy Katya —continúa—. La hermana de Dominic.

Mi pecho se aprieta de nuevo al oír su nombre. No me esperaba que fuera su hermana, y mucho menos que ella estuviera aquí. La observo con ojos llenos de incertidumbre, pero ella se sienta a mi lado, su expresión claramente afectada por la situación.

—No sé si Dominic va a salir de esta —dice de repente, su voz quebrándose levemente —. Estoy aterrada, pero... sé que tú significas mucho para él.

Mis ojos se abren un poco más, y las lágrimas que había estado reteniendo finalmente empiezan a caer. Ella me mira directamente, sin rodeos.

—Me ha hablado de ti —añade—. Sé que mi hermano no es fácil de entender ni de llevar. A veces es tan cerrado, tan reservado... Me desespera su manera de guardar todo para sí mismo. Pero me dijo que contigo es diferente. Aunque lo desafíes constantemente, aunque le saques de quicio, él te ha dejado entrar de una forma que nunca ha dejado a nadie antes. Tú te has colado en su corazón, Valeria. Y eso no lo hace cualquiera.

Mis lágrimas caen silenciosas al oír esas palabras. Dominic… ¿hablaba de mí? ¿Le

importaba tanto como me dice su hermana? El peso de esas emociones me golpea como un torrente. La desesperación de perderlo, mezclada con la confirmación de lo que he comenzado a sentir de manera tan profunda por él, me destroza por dentro.

—No puedo perderlo —susurro, mi voz quebrada mientras trato de hablar entre sollozos —. No después de todo... No puedo.

Katya asiente lentamente y coloca una mano sobre mi brazo, en un gesto de consuelo que no esperaba pero que agradezco más de lo que puedo decir.

—Él es fuerte, Valeria. Si alguien puede salir de esto, es Dominic. Pero... sé que él necesita que sigas luchando también. Por él, por los dos.

Asiento, aunque no estoy segura de cómo lo hago. Mi mente sigue atrapada en ese quirófano, imaginando lo peor, temiendo cada segundo que pasa. Pero las palabras de Katya me dan una pequeña chispa de esperanza. No puedo rendirme, no ahora. No mientras él aún tenga una oportunidad.

El tiempo parece detenerse en esta maldita sala de espera, donde el mundo continúa girando allá afuera, pero aquí, todo está suspendido en la incertidumbre, en este abismo donde solo queda esperar.

Estoy sentada junto a Katya, mi mente un caos, los pensamientos corriendo tan rápido que apenas puedo detenerme en uno solo. Las palabras de su hermana siguen reverberando en mi cabeza, un eco distante en medio del torbellino de emociones que me consume. ¿Me ha dejado entrar? ¿De verdad? Intento mantener la calma, pero mi corazón está a punto de desbordarse. Cada vez que cierro los ojos, veo la imagen de Dominic desvaneciéndose entre mis brazos, y me doy cuenta de que nunca he estado tan asustada en mi vida.

De repente, la puerta de la sala de espera se abre con un golpe y veo entrar a un chico que rápidamente descubro que es Sergei, el hermano menor de Dominic. Es como si una energía completamente distinta inundara la habitación. Sergei se parece mucho a su hermano físicamente: la misma estructura alta, el cabello oscuro, y esos ojos penetrantes. Pero mientras Dominic emana control y presencia, Sergei parece todo lo contrario. Está completamente fuera de sí. Sus ojos están rojos, llenos de lágrimas, y camina de un lado a otro con pasos rápidos y erráticos, como un animal acorralado.

—¡¿Cómo está?! —grita, sin dirigirse a nadie en particular, su voz rota por la angustia—. ¡¿Alguien sabe cómo está mi hermano?!

Su desesperación es palpable. No se parece en nada a la calma tensa que Katya y yo hemos tratado de mantener. Sergei no puede controlarse. Es como un torbellino, una fuerza desbocada, pienso mientras lo veo tambalearse hacia una silla, cubriéndose la cara con las manos y sollozando ruidosamente. Parece incapaz de lidiar con la incertidumbre, con el miedo de perder a Dominic. Y esa fragilidad, ese descontrol... es una imagen que choca con la fuerza con la que siempre he asociado a su hermano.

—Lo van a sacar de esta... lo tienen que sacar de esta, maldita sea... —murmura, aunque sus palabras se pierden entre los sollozos.

Katya se levanta y se acerca a él, poniendo una mano suave en su hombro, intentando calmarlo, pero Sergei apenas reacciona. Lo entiendo; no hay palabras que puedan calmar este tipo de miedo.

Mientras tanto, Blake entra en la sala. Su presencia es tan imponente como siempre, pero noto algo distinto en su forma de moverse. Sus ojos se posan sobre mí al instante, y lo que veo en su mirada me provoca una incomodidad que no puedo sacudirme. Sabe algo... pienso. O sospecha algo.

Su mirada es escrutadora, como si estuviera tratando de desentrañar lo que no se atreve a preguntar en voz alta. Me revuelvo en mi asiento, intentando no mostrar nerviosismo, pero es difícil. Todavía siento en mis manos la sangre de Dominic, aunque ya no la tenga. Y la angustia de esta espera, y su atención no hace más que aumentar la presión que siento en el pecho.

Katya, que parece haber captado la fascinación de Blake por mí, se mueve rápidamente. La veo alejarse de Sergei y dirigirse hacia el agente con la gracia que solo un Volkov podría tener en una situación tan desesperada. Es impresionante cómo, incluso en este estado de angustia, mantiene ese aire de serenidad. Cuando llega hasta Blake, sus ojos ya están llenos de lágrimas.

—Es terrible... —dice con la voz temblorosa, y luego, como si no pudiera contenerse más, se echa en los brazos de Blake, llorando abiertamente en su hombro—. No sé qué haré si lo pierdo...

Blake, visiblemente desconcertado por la súbita cercanía, la rodea con un brazo, su rostro suavizándose ante la evidente belleza y vulnerabilidad de Katya. Ella lo manipula con una habilidad que casi me hace sonreír, incluso en medio de esta locura. Le está dando exactamente lo que necesita: alguien a quien proteger, alguien que haga que se olvide por un momento de sus dudas sobre mí.

Mientras Blake está completamente absorto en consolarla, no puedo evitar sentir un breve alivio. Quizá eso le aleje de mis pasos durante un rato. Si supiera lo que realmente pienso, lo que intento proteger…

De repente, las puertas dobles del pasillo quirúrgico se abren, y un médico vestido de blanco aparece. Mi corazón se detiene en ese instante, el aire en mis pulmones se congela. El doctor se toma su tiempo, pero para mí todo ocurre en cámara lenta.

—¿Familia de Dominic Volkov? —pregunta el médico, mirando alrededor de la sala.

Sergei levanta la cabeza bruscamente, y Katya se separa de Blake, limpiándose las lágrimas de las mejillas.

—Soy su hermana —dice Katya rápidamente, acercándose al doctor. Yo me levanto también, incapaz de quedarme sentada, aunque no me atrevo a hablar. Mi respiración está entrecortada, y siento que las piernas me tiemblan.

El doctor nos mira con una expresión que no es completamente tranquilizadora, pero tampoco aterradora.

—Dominic ha salido de peligro —dice al fin, y siento cómo mi corazón da un vuelco, pero luego añade—. Sin embargo, ha perdido mucha sangre y ha sufrido varias paradas cardíacas. Lo hemos estabilizado, pero deberá permanecer en observación toda la noche, por si sufre algún otro episodio.

El alivio llega en oleadas. Me dejo caer de nuevo en la silla, sintiendo que mis piernas ya no pueden sostenerme más. Las lágrimas fluyen, pero esta vez son diferentes. No son de miedo ni de desesperación, son de alivio. Está vivo. Está vivo.

Katya suspira profundamente, y Sergei empieza a llorar otra vez, aunque esta vez parece más calmado. Casi puedo ver cómo la tensión en sus hombros se relaja, aunque sus manos aún tiemblan.

Miro al doctor, incapaz de formular una pregunta. Solo quiero verlo, aunque sé que aún no será posible. Mi mente está dividida entre el alivio y la urgencia. Necesito estar con él, sentirlo cerca. Pero por ahora, todo lo que puedo hacer es esperar.

CAPÍTULO 36



Valeria

El sonido constante del monitor cardíaco de Dominic es lo único que llena el vacío de la habitación. La luz tenue del hospital suaviza las sombras que se proyectan sobre su rostro, haciéndolo parecer casi frágil, una imagen que nunca creí posible de un hombre como él. Llevo días a su lado, esperando, temiendo. Ha estado clínicamente muerto en más de una ocasión. El miedo de perderlo, de no volver a escuchar su voz, ha sido como una garra en mi pecho, implacable. Pero aquí sigo. Y cuando, por fin, sus ojos se entreabren por primera vez, casi pierdo el aliento.

—¿Dominic? —mi voz sale entrecortada, no quiero quebrarme, no ahora.

Sus pestañas parpadean lentamente y sus ojos finalmente se enfocan en mí. Su mirada, siempre tan afilada y segura, ahora está nublada por el dolor y la debilidad. Pero lo primero que veo es su leve sonrisa, una que me hace sentir como si el mundo pudiera volver a girar de forma normal.

—Valeria... —su voz es un susurro, pero es suficiente.

Las lágrimas brotan sin permiso, pero trato de contenerlas, sabiendo que Dominic odia las cursilerías casi tanto como yo. Por lo que, para quitar hierro a mi estado, decido bromear.

—Que sea la última vez que me declaras tu amor y luego te mueres, ¿me oyes? —le digo, intentando sonar ligera, pero con un nudo en la garganta.

Él parpadea lentamente, y una sonrisa cansada se dibuja en sus labios. A pesar de todo, sigue siendo él, desafiando incluso en sus momentos más débiles.

—Que sea la última vez que tardas tanto en contestarme que tú también me amas —responde en un hilo de voz, sus ojos brillando con algo que se parece demasiado al Dominic que conozco ya bien.

Me río, aunque el sonido es amargo por la mezcla de alivio y miedo. Le tomo la mano, suave y fría al tacto, y siento cómo la realidad se desploma sobre nosotros. Hemos estado jugando este juego durante demasiado tiempo, y casi lo pierdo. Casi lo pierdo para siempre.

—Tienes razón, tardo demasiado en decir las cosas importantes —admito, apretando su mano un poco más fuerte—. Pero no voy a permitir que te escapes de esta tan fácilmente. No después de todo lo que hemos vivido juntos.

Sus ojos vagan por mi rostro, y por primera vez, veo algo más que desafío. Hay vulnerabilidad en él. Su voz, aunque débil, se vuelve más grave.

—Si estás aquí, es porque no me has abandonado… pero sé que debería pedirte que lo hagas —murmura, rompiendo el momento de humor—. Mi mundo es peligroso, y tú ya te has arriesgado demasiado.

El aire se vuelve pesado entre nosotros, y no puedo soportar verlo así, tan derrotado. Me inclino un poco más cerca, mis ojos clavados en los suyos, desafiándolo.

—No voy a ninguna parte —le digo con firmeza, pero el dolor en mi voz es imposible de disimular—. No hasta que me canse de que me hagas el amor cada mañana, después de la siesta y cada noche antes de dormir. Y ni pienses en pedírmelo.

—No entiendes… —intenta replicar, pero lo callo con un gesto.

—No, Dominic. Eres tú quien no entiende. Yo elijo esto. Elijo quedarme contigo cuando lo fácil hubiera sido huir, cuando cualquier persona sensata lo habría hecho. Pero soy yo, ¿recuerdas? No hago lo que se espera. Nunca lo he hecho.

Él cierra los ojos por un momento, agotado. Sé que está luchando consigo mismo, pero también sé que esta vez, es diferente. Dominic, el hombre invencible, se está desmoronando.

—Estoy cansado, Valeria —admite, sin abrir los ojos—. No sé a quién estamos enfrentando, pero está bien protegido y sabe bien cuáles son mis puntos débiles. Y... si algo te pasa, no lo soportaría.

Esas palabras me golpean con fuerza. Siempre supe que Dominic tenía enemigos, pero el miedo en su voz es nuevo. Y eso me aterra aún más.

—No tienes que enfrentarlo solo —susurro—. Me tienes a mí. Déjame ayudarte.

Él me mira por largo tiempo, y por un segundo, creo que va a rechazarme de nuevo. Pero, en cambio, su mano, aún débil, aprieta la mía.

—Ven a vivir conmigo —dice de repente, su voz más fuerte de lo que esperaba—. Hasta que esto termine. Hasta que sepamos quién está detrás de todo esto.

Me quedo congelada por un momento. No sé si es una orden o una súplica. Pero sé lo que significa. Significa que está asustado. Que necesita protección tanto como yo. Y que, aunque le cueste admitirlo, me quiere a su lado, cerca.

—No sé si será lo más seguro para ti —digo, con un tono que intenta ser juguetón para aligerar la tensión—. ¿Qué pasa si soy yo quien termina matándote abusando de ti?

—Quizás ya lo estás haciendo —responde, su sonrisa regresando, esta vez más genuina —. Te necesito, Valeria. Lo he sabido desde hace mucho, pero hasta ahora… no me atreví a

admitirlo.

Sus palabras me desarman. Pero también sé que son un arma de doble filo. Si acepto, me lanzo por completo a su mundo, un mundo que me asusta, pero que, al mismo tiempo, me atrae como una fuerza magnética.

—Me lo pensaré —le digo, tratando de sonar indiferente, pero no puedo evitar sonreírle.

—¿Te lo pensarás? —responde con una carcajada suave, entre toses—. No me hagas esperar tanto esta vez.

Nos quedamos en silencio, mirándonos. El peso de todo lo que hemos pasado, de lo que está por venir, está entre nosotros. Pero, por primera vez, siento que hay algo más que miedo y peligro. Hay algo más fuerte.

Y es en ese momento que sé que nunca lo dejaré. No importa lo que pase. Estamos hechos el uno para el otro.



Han pasado doce días desde que Dominic abrió los ojos por primera vez, y aunque sigue recuperándose, mi preocupación no ha disminuido ni un ápice. Cada día vengo al hospital a verlo, a asegurarme de que sigue respirando, de que su corazón, a pesar de haber fallado tantas veces, sigue latiendo. Pero hoy, cuando entro en su habitación, el aire es diferente. Hay una energía que no estaba ahí los días anteriores.

Al abrir la puerta, me encuentro con Dominic sentado, con un cabestrillo que sostiene su brazo izquierdo, donde las balas estuvieron peligrosamente cerca de arrancarlo de mi vida. Lo veo conversar con Leonid y Nikolay, dos de sus hombres más cercanos, y por un momento, la escena me deja atónita. Él se ve tan… él mismo. Incluso herido, rodeado de su leal círculo, Dominic parece haber recuperado su trono invisible. Su presencia llena la habitación.

Cuando entro, Nikolay y Leonid hacen un gesto que jamás habría esperado. Se inclinan ligeramente, con un respeto que me desconcierta, casi reverencial. Mis ojos se dirigen hacia Dominic, buscando alguna explicación. Él está sonriendo, una sonrisa ladeada, con la que parece estar disfrutando de la situación.

—Bueno, bueno… parece que ya te has camelado a mis hombres —bromea Dominic, alzando una ceja mientras me mira con una chispa en los ojos—. Ya actúas como toda una reina oscura, ¿eh?

Me acerco a él, tratando de ocultar la sonrisa que sus palabras provocan, pero no puedo evitar reír suavemente. Me inclino y le doy un beso en los labios, sintiendo su piel tibia bajo mis labios. Está tan vivo…

—¿Reina oscura? —le respondo, divertida—. Quizá deberías recordar que aún soy la abogada. Mi reino se reduce a papeleos, no a soldados.

—Abogada, reina... para mí, ya no hay diferencia —murmura él, con su tono siempre cargado de esa mezcla de autoridad y humor que solo él puede manejar tan bien.

Su mirada se suaviza cuando me siento a su lado. Me toma de la mano con la que no está herido y siento el calor de su piel, la presión suave pero firme de su agarre. Los últimos días han sido una montaña rusa de emociones. Pensé que lo perdería. Y aunque todavía no está completamente fuera de peligro, el hecho de verlo así, sentado, bromeando, me devuelve una sensación de normalidad que hace tiempo que no sentía.

—Voy a pedir el alta voluntaria —dice de repente, su tono firme y sin lugar a discusiones.

Lo miro, incrédula.

—¿Estás loco? Apenas puedes moverte, Dominic. No puedes salir de aquí tan pronto.

—Puedo y lo haré. —Su tono es inquebrantable—. He perdido suficiente tiempo aquí, y hay demasiadas cosas que resolver afuera. No puedo permitirme estar sentado mientras el mundo sigue girando.

Me esfuerzo por mantener mi expresión firme, aunque en el fondo sé que es inútil. Cuando Dominic toma una decisión, rara vez cambia de opinión.

—No te precipites. Necesitas tiempo para sanar. Si no lo haces ahora, podrías complicar las cosas aún más. —Intento apelar a la lógica, sabiendo que probablemente no me escuche.

Dominic me observa por un momento, como si considerara mis palabras, pero lo siguiente que dice me toma por sorpresa.

—Vendrás a vivir conmigo. —No es una pregunta, es una orden. La deja caer sobre mí con la misma naturalidad con la que respira.

Mi cuerpo se tensa. No sé si es la seriedad en su tono o la imposibilidad de seguir llevándole la contraria sin que esto termine en una pelea.

—Dominic, no creo que... —comienzo, pero él me interrumpe sin dudar.

—No hay peros, Valeria. —Su voz es firme, pero no agresiva—. Estás en peligro, y no voy a permitir que sigas corriendo riesgos. Necesito tenerte vigilada en todo momento.

—¿Vigilada? —repito, alzando una ceja—. ¿Eso es lo que soy ahora, una especie de prisionera en tu mansión?

Él se inclina hacia adelante, aunque la mueca de dolor en su rostro me hace ver que ese simple movimiento le cuesta más de lo que quiere mostrar.

—No eres una prisionera. Eres lo más valioso que tengo. —Su tono es serio, y veo la preocupación en sus ojos—. No quiero perderte.

Sus palabras me desarman, pero no voy a dejar que lo vea tan fácilmente. No puedo ceder cada vez que él me lo pida, incluso si en el fondo una parte de mí quiere lo mismo.

—Dominic, soy capaz de cuidarme sola. Lo he hecho durante mucho tiempo antes de que tú llegaras. No puedes pretender controlarlo todo.

—No es control —dice, acercándose más, sus ojos fijos en los míos—. Es protección. Y lo haré, aunque tenga que obligarte.

Sonrío, aunque es más una mezcla de resignación y cariño. Esta es la parte de él que nunca cambiará: su necesidad de controlar el caos a su alrededor, su necesidad de proteger a quienes le importan, aunque a veces lo haga de la manera más frustrante posible.

—Ya vuelve el Dominic que conozco... —susurro, casi para mí misma.

Él sonríe, una sonrisa auténtica, y veo un destello de ese hombre al que he llegado a amar y a odiar con la misma intensidad.

—Siempre he sido yo, Valeria —responde con un tono burlón—. Solo he estado un poco... ocupado sobreviviendo.

Nikolay y Leonid intercambian una mirada, sabiendo que esta conversación ha llegado a un punto en el que nadie más puede intervenir. No quiero que vean mi derrota, pero también sé que Dominic tiene razón en algo: este peligro que nos rodea no va a desaparecer solo porque yo lo quiera. Aceptar su protección, aunque me cueste admitirlo, es lo más sensato en este momento. Además, así podré intervenir si hace cualquier locura.

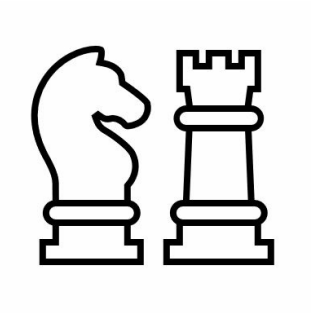
—Está bien —cedo finalmente—, me quedaré contigo. Pero esto no significa que voy a seguir todas tus órdenes ciegamente, Volkov. Lo sabes, ¿verdad?

Él sonríe, satisfecho, y me lanza una mirada desafiante.

—Lo sé, pero, de todos modos, te las arreglarás para seguirlas.

No puedo evitar reírme, aunque lo que está por venir me aterra. Mi vida está a punto de cambiar de una manera que no puedo controlar. Pero si algo he aprendido de Dominic, es que el control es una ilusión, y cuando estás cerca de él, lo único que puedes hacer es seguir adelante.

CAPÍTULO 37



Blake

La puerta de la habitación del hospital se cierra tras Valeria, y por un instante, todo parece en calma en la sala de esperas. Respiro hondo, intentando mantener la concentración. Mi trabajo es claro: investigar, desentrañar los hilos de esta red enredada de poder y traición y vigilar los movimientos de Volkov. Pero en el último tiempo, nada ha sido tan claro. Y lo que siento por Valeria solo complica más las cosas. No entiendo cómo una mujer se me ha podido colar en la cabeza de una forma tan rápida, pero así ha sido. Bueno, no una mujer. Ahora mis pensamientos los ocupan dos mujeres. ¿Estará pasándome factura la época de sequía sexual que me autoimpuse? Pensaba que desechar tener relaciones sexuales me ayudaría más a concentrarme, pero está siendo justo lo contrario. Debería mantenerme al margen de una mujer tan problemática como Valeria, pero no puedo.

—Agente Blake —una voz suave y femenina interrumpe mis pensamientos.

Me giro, encontrándome de frente con Katya, la otra mujer que recientemente se ha hecho un hueco en mis pensamientos. Llevamos doce intensos días coincidiendo en este hospital y Katya ha acaparado mi atención la práctica totalidad del tiempo, secuestrando mis horas muertas en este hospital donde custodiamos a Volkov para que la invite a comer a en la cafetería del recinto o simplemente para que la consuele en la sala de espera. Todo en esa mujer grita "¡Peligro, Blake, no te acerques!", pero desde que la vi por primera vez, mi mente la ha recreado una y otra vez, y sin ropa, para qué negarlo. Su presencia, imponente y discreta al mismo tiempo, me corta la respiración. Al igual que su hermano, hay algo en ella que exige atención, pero donde Dominic es fuerza y autoridad, ella es sutileza y seducción. Su cabello rubio cae en cascada sobre sus hombros, y esos ojos azules, con motitas oscuras, me miran como si ya supiera exactamente lo que estoy pensando, como si pudiera ver dentro de mi alma y usar lo que ve a su favor. Mi corazón da un vuelco, pero me obligo a recomponerme. Soy un profesional, y ella es la hermana de Volkov.

—Katya —respondo, intentando mantener mi tono neutral—. Necesitamos hablar.

Ella asiente lentamente, sus ojos clavados en los míos con una intensidad que me hace sentir incómodo, aunque también atraído de una manera que no logro comprender del todo. "Tengo que masturbarme más" me digo, a modo de nota mental, para evitar ensuciar mis

pensamientos con alguien que podría estar involucrada con el enemigo a combatir. Nos movemos hacia una zona más tranquila del pasillo, lejos de las miradas curiosas. Hoy estoy aquí para interrogarla, ahora que Volkov ha salido de peligro y me he ganado su confianza, me digo recordándome a mí mismo por qué estoy en esto. Es la hermana de Volkov, y eso significa que puede saber mucho más de lo que deja ver.

—Sé que tu hermano ha estado metido en cosas raras —comienzo, intentando marcar la pauta desde el inicio, para no dejarme llevar de nuevo por la necesidad de consolarla antes de que empiece a mostrarme su vulnerabilidad ante lo que está pasando y yo no pueda hacer más que abrazarla de nuevo, porque me gusta demasiado cómo encaja entre mis brazos—. ¿Hay algo que me puedas decir sobre los movimientos recientes de Dominic? Necesito información.

Katya me mira, sus labios se curvan en una leve sonrisa, como si mi pregunta fuera casi divertida para ella. Se cruza de brazos, y el leve movimiento de su cuerpo me resulta hipnótico, aunque no quiero admitirlo.

—¿Información? —pregunta con una suavidad casi peligrosa—. ¿Por qué crees que yo tendría respuestas para ti, agente? —Sus ojos, esos ojos azul intenso con motas oscuras, se clavan en los míos. Es como si cada palabra suya estuviera diseñada para distraerme, para confundirme—. Mi hermano maneja sus asuntos. Yo no me involucro demasiado en eso. Pero son todos lícitos.

—No me lo creo —respondo, intentando mantener el control de la situación, pero noto que mi voz se quiebra un poco al final. No es nerviosismo, es... otra cosa. Algo que crece en mí sin que pueda detenerlo.

Katya da un paso hacia mí, no lo suficiente como para romper la distancia profesional, pero lo justo para que mi respiración se acelere un poco. No debería estar reaccionando así. Estoy aquí para trabajar, para descubrir la verdad, pero cada gesto de ella parece desarmar mis defensas, capa por capa. ¡Joder, ¿cómo puede estar una tipa tan buena?!

—¿Y por qué no? —Su tono es inocente, casi juguetón, pero hay una intención más profunda detrás de sus palabras—. ¿Es que acaso me ves capaz de involucrarme en asuntos turbios? ¿A Dominic y a mí? —Sus ojos brillan con una mezcla de diversión y desafío—. Siempre he pensado que los agentes del FBI tenían más... tino en sus instintos. ¿Qué es lo que le dicen sus instintos, agente Blake?

La sangre me late en los oídos. Todo lo que dice suena simple, pero hay algo en la forma en que lo dice que me desconcierta. Siento que estoy perdiendo el control de la conversación, pero no puedo apartar la mirada de sus labios, de cómo se mueven con una sutileza que me provoca. Me obligo a retomar el control.

—Esto no es un juego, Katya. —Intento sonar firme, pero mi voz sale más suave de lo que esperaba. Estoy perdiendo la compostura y ella lo sabe—. Si sabes algo que pudiera poner a tu hermano en el ojo de mira, ahora es el momento de hablar. Esto podría volverse peligroso para todos vosotros, para ti también.

—Peligroso... —murmura, y su mirada se intensifica, sus labios se curvan en una sonrisa casi imperceptible—. Blake, tú de todos deberías saber que ya estoy en peligro. Soy una mujer

soltera en un mundo de hombres con mucho poder... yo siempre he estado en peligro, ¿no crees? Quizá necesito más tu protección que tu acusación, agente Blake.

Hay una mezcla de vulnerabilidad en su tono que me hace dudar. ¿Es posible que ella también esté atrapada en este caos, como Valeria? ¿Está siendo usada por su hermano, por Volkov? Katya da otro paso hacia mí, esta vez lo suficiente como para que el aire entre nosotros se sienta cargado, casi tangible. Puedo oler su perfume, suave pero embriagador. Quiero apartarme, pero algo me mantiene pegado al suelo, inmóvil.

—Blake... —susurra mi nombre como si fuera un secreto compartido entre nosotros—. No todo es blanco y negro. Hay más de lo que ves, pero... no tienes que cargar con todo el peso solo. Puedo ayudarte. —Su mano roza mi brazo, un gesto simple, pero el calor de su contacto me quema la piel—. Valeria, Dominic... todos están en peligro, pero yo puedo ayudarte a protegerlos. —Se inclina un poco, su voz baja y seductora—. Solo tienes que confiar en mí.

Mi mente es un caos. Sé que debería mantenerme alejado, que esto es peligroso, pero sus palabras resuenan en mí, como una promesa que no puedo ignorar. Quiero confiar en ella, pero también sé que es la hermana de Dominic. No debería sentir esto, no debería estar permitiendo que sus gestos, su cercanía, me afecten. Y, sin embargo, lo hace. Más de lo que estoy dispuesto a admitir.

—Katya, esto no es... —Mi voz titubea mientras busco las palabras correctas. Ella sigue acercándose, y mis pensamientos se vuelven más nublados, más difusos—. No puedo...

Ella se inclina aún más, lo suficiente para que su aliento roce mi mejilla. Estoy completamente atrapado en su mirada, en la cercanía de su cuerpo. Todo en ella es un canto de sirena, un imán que me arrastra sin remedio.

—Blake... —susurra, casi como si fuera un suspiro, sus labios tan cerca de los míos que la distancia entre nosotros parece inexistente—. Quiero ayudarte. Solo dime lo que sabes, y prometo que te daré la información que necesitas.

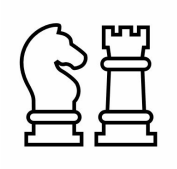
No debería decir nada más, pero sus palabras, su proximidad... me desarman. No puedo apartarme, no puedo pensar con claridad. La atracción que siento por Valeria se mezcla con esta nueva sensación, este deseo irrefrenable que Katya despierta en mí. Me siento atrapado, y no puedo, o no quiero, escapar.

—Hay alguien en las filas de tu hermano que lo está traicionando —confieso, apenas consciente de lo que estoy diciendo—. No puedo decirte quién, pero hay un soplón.

Katya sonríe, una sonrisa suave y peligrosa. Sus dedos rozan mi mejilla, y siento cómo mi piel se enciende bajo su toque.

—Gracias, Blake. Sabía que confiarías en mí. Ven conmigo, te enseñaré lo que necesitabas ver para poder creer.

Trago saliva y asiento. ¿A dónde me lleva? ¿Por qué me siento en peligro y a la vez en el paraíso con esta mujer?



Katya

El pasillo del hospital parece alargarse, silencioso, mientras camino al lado de Blake. He jugado con él, movido las piezas a mi favor, pero noto que algo más está empezando a tomar forma dentro de mí: voy a demostrar al fin mi lugar en esta familia. No puedo permitir que las emociones interfieran. Este es un juego que mi hermano y yo llevamos luchando por el control desde hace años, saliendo él siempre victorioso, y no puedo fallar esta vez. Porque la derrota implica que lo tenga que seguir obedeciendo en todo. Dominic es muy autoritario, pero yo tengo el poder en mi vida, no él. Aun así, mientras veo cómo Blake lucha por mantener el control, su mirada perdiéndose en la mía, no puedo negar que su vulnerabilidad me resulta... intrigante.

Cuando salimos al aire libre, tomo las llaves del apartamento de Valeria de mi bolso. Blake me sigue, su paso decidido, pero puedo sentir la tensión en sus músculos, la guerra interna que está librando. La atracción que siente por Valeria es clara, pero algo lo está arrastrando hacia mí. Lo sé, y lo usaré. Valeria tenía razón en cómo seducirlo fácilmente y no nos ha costado mucho a ninguna de las dos. Parece que el tipo está necesitado de contacto femenino y no entiendo por qué. Está bueno de cojones. Alto, rubio, ojos azules intensos, lo suficientemente musculoso para empotrarte sin miramientos contra la pared... Nos dirigimos hacia el coche, y mientras nos subimos, le explico, con tono suave y convincente:

—Valeria me dejó las llaves de su apartamento. Hay algo que tienes que ver allí, Blake. —Mi tono es de inocencia, como si solo estuviera cumpliendo una tarea más. Pero sé lo que estoy haciendo. Cada palabra, cada gesto, está calculado.

Conduzco hacia el apartamento de Valeria, el lugar donde todo ha sido orquestado cuidadosamente. Es Valeria quien comenzó con este plan, y me ha propuesto continuarlo yo porque entre ella y mi hermano ahora hay algo serio y no puede hacerse hora cargo de Blake. Amo a mi nueva cuñada, quien ha ido más lejos de lo que Dominic sabe. Maquinando este plan conmigo a sus espaldas. ¡Y me encanta! Cuando Dom vea lo que hemos sido capaces de hacer dos mujeres sin su supervisión, las dos mujeres más importantes de su vida, no va a tener más remedio que rendirse a nuestros pies y besar por donde caminamos. Bueno, no creo que llegue a tanto, pero me conformo con que, al menos a mí, me dé más libertad y me deje tomar más decisiones, porque yo también soy una jodida Volkov. Ahora soy yo la que lleva las riendas de esta operación. Y Blake, con cada segundo, está más cerca de caer en la red.

Cuando entramos al apartamento, el ambiente es silencioso, íntimo. Las luces tenues del lugar añaden un aire de complicidad. Lo guío hacia la mesa del comedor, donde están los documentos que Valeria ha estado trabajando en secreto. Cuentas blanqueadas, transacciones que muestran la inocencia de Dominic, o al menos eso es lo que queremos que Blake crea.

—Mira esto —le digo, mi voz baja, casi un susurro—. Valeria ha estado recopilando toda esta información. Creo que necesitas verla.

Blake asiente, sus ojos recorriendo los papeles. Puedo ver la duda en su mirada, cómo cada vez que observa las pruebas, su convicción de que Dominic es culpable comienza a desmoronarse. Pero no lo dejo pensar demasiado. Me acerco, mi mano rozando su brazo mientras finjo revisar los documentos junto a él. El contacto es ligero, apenas perceptible, pero lo suficiente como para distraerlo. Para mantenerlo vulnerable.

—No sé qué pensar... —murmura Blake, sus ojos todavía fijos en los papeles.

—Lo sé, Blake. No es fácil entender todo ese papeleo —mi voz es suave, calmada—. Pero no tienes que hacerlo solo, déjame que te ayude a decirte dónde tienes que mirar exactamente. —Mis dedos rozan la nuca de su cuello mientras me inclino sobre él, como si fuera un simple gesto de apoyo.

El ambiente entre nosotros comienza a cambiar. Puedo sentir cómo su cuerpo responde a mi cercanía, cómo su mente, cada vez más confundida, empieza a desviar su atención de los documentos y concentrarse en mí. Mi plan está funcionando. Mi mano se desliza por su espalda, inocente en apariencia, pero sé exactamente lo que estoy haciendo. Y lo mejor es que Blake lo sabe también, aunque no puede resistirlo. Su respiración ha cambiado y lo noto. Casi estoy húmeda por la satisfacción que siento por el éxito de mi misión.

—Katya... —su voz es un susurro, cargado de deseo y confusión. Mi nombre en sus labios suena como una rendición, y es justo lo que esperaba.

—Blake... —susurro de vuelta, mis labios rozando su oído mientras me acerco aún más —. Lo… lo siento… me pones nerviosa y no sé… es que tú… joder, estás muy bueno, Blake.

Mis dedos se deslizan sobre su piel, subiendo por su cuello, y siento cómo su respiración se vuelve más rápida, más irregular. Todo esto es un juego peligroso, lo sé, pero estoy disfrutándolo más de lo que debería. Hay algo en Blake, algo que me atrae. Quizá sea su lucha interna, o la manera en que intenta mantener el control y falla estrepitosamente.

Nuestros ojos se encuentran finalmente, y en ese momento, veo cómo toda su resistencia se rompe. Sin decir una palabra más, Blake se gira y me agarra por la cintura, acercándome a él de golpe. Nuestras bocas se encuentran en un beso cargado de furia, deseo y necesidad. Siento su urgencia, cómo me desea tanto que le duele, como también siento su dura erección contra mi estómago. ¡Soy la puta ama! Sonrío para mis adentros y comienzo a lanzar gemiditos en su boca para volverlo aún más loco.

El beso se vuelve más intenso, más desesperado. Me empuja contra el escritorio, los documentos de Valeria cayendo al suelo sin que ninguno de los dos se moleste en detenerse a recogerlos. Todo en este momento se reduce al calor entre nosotros, a su imperiosa necesidad de mí y de poseerme.

Blake es fuerte, pero vulnerable. Me toma con determinación, y por un momento pierdo el control que tanto me esfuerzo por mantener. Sus manos recorren mi cuerpo, y me doy cuenta de que lo deseo tanto como lo estoy manipulando. El conflicto en mi interior comienza a crecer, pero no lo dejo ganar. No ahora.

Con una sonrisa lasciva, le desabrocho la bragueta y saco su polla más que erecta. Me

relamo de satisfacción al ver el tamaño. ¡No está nada mal! Y acto seguido me abro de piernas para él, frotando con mi mano mi sexo y empapando así mis bragas de la creciente humedad que emana de él. Blake me observa tan fascinado como perturbado. Sabe que ha caído en mi red y dudo mucho que pueda echarse atrás en este momento.

De repente veo en sus ojos al hombre rudo, fuerte y seductor que habita en este estirado pero buenorro federal tomando las riendas de la situación y me aparta las bragas a un lado para clavar su preciosa polla en mi mejor arma letal. Gimo ante su intromisión con más fuerza. Y le miro con la cara de zorra calenturienta mejor ensayada de mi repertorio. Haciéndole caer en el abismo de su desesperación por mí. Te tengo, Blake. Me río en mi interior a la par que me retuerzo de placer.

—Sí que sabes cómo follar a una mujer necesitada —lo animo y él gruñe más.

—Calla, por lo que más quieras, o no podré esperar a que termines —dice tratando de tomar el control, pero esto me gusta demasiado, más incluso que el orgasmo que sin duda mi cuerpo le está reclamando.

—Tienes una polla perfecta para este coñito necesitado —¡qué mala soy! ¡Me encanta! Y su cara de dolor al tratar de controlar su eyaculación me fascina igual.

—Calla… —sisea. Sus manos comienzan a trazar círculos sobre mi clítoris y me hace callar el muy maldito. ¡Joder, me voy a correr! ¿Ya? ¿Tan rápido?

Lo que comenzó como una seducción calculada ha evolucionado en algo más. Mientras Blake me posee con una furia que nunca había experimentado, una parte de mí empieza a sentir que me gusta de verdad lo que este hombre sabe hacer. No es solo un peón en mi juego. Hay algo más en él que me atrae, algo que no había anticipado.

De repente exploto en un orgasmo intenso y desgarrador y Blake saca su polla rápidamente para verter su semilla sobre mi estómago.

Ambos nos miramos preguntándonos en silencio qué ha sido esto.

Cuando todo termina, estamos respirando con dificultad, todavía atrapados en la intensidad del momento. Blake me mira, sus ojos cargados de emociones contradictorias. No sé si se siente más perdido o más seguro, pero una cosa está clara: lo he atrapado. Quizá demasiado.

—Iván Petrov —dice simplemente y no hace falta que diga nada más.

Tenemos al soplón, cuñada.

Blake se guarda de nuevo la polla en los pantalones y se da la vuelta, confundido y seguramente avergonzado por su actitud.

—Gracias, Blake. Gracias por tu ayuda y por… no dudes en llamarme si necesitas algo más de mí —digo y casi me lo creo. Él me mira una última vez antes de salir de ese apartamento y poner una distancia entre los dos que seguro necesita.

—Mujeres como tú deberían venir con un letrero de peligro en la frente —sus palabras me hacen sonreír y cuando la puerta del apartamento de mi nueva cuñada se cierra, me quedo

pensativa y no comprendo por qué no estoy disfrutando más de mi victoria.

CAPÍTULO 38



Dominic

La casa está en silencio cuando llego. Aún siento el cuerpo dolorido, pero mi mente está más despejada que en días. Me he pasado todo el trayecto pensando en Valeria, preguntándome si de verdad ha aceptado quedarse aquí. Todos sabemos lo mal que se le da a Valeria acatar mis órdenes…

Me detengo en la puerta de mi habitación, y una sonrisa se dibuja en mis labios al ver sus cosas esparcidas por el cuarto. La chaqueta que llevaba ayer está tirada sobre una silla, sus zapatos junto a la cama. Valeria está aquí. Y me complace más de lo que me gustaría admitir.

El sonido del agua corriendo me llama la atención. La puerta del baño que da a mi habitación está entreabierta, y se escucha el chisporroteo del agua mezclado con las dulces notas que entona Valeria mientas se ducha. Me acerco despacio, sintiendo una oleada de satisfacción ante la idea de encontrarla en mi ducha. Desnuda. Mojada… Ella está en mi espacio, compartiendo mi vida. Si lo pienso demasiado me da un poco de vértigo, pero peor es la sensación de tenerla lejos, y más con algún cabrón al acecho nuestra. Lentamente, abro la puerta un poco más y me adentro sin hacer ruido, espiando su silueta tras el vidrio empañado.

Su voz suena tibia, como el metal líquido. Pero algo me sorprende: no hay vapor de agua por ningún lado.

Doy un paso más y me meto en la ducha tras ella, sintiendo el frío intenso del agua que golpea mi piel. "¡Mierda!" se me escapa un gruñido por el impacto del frío. No puedo evitar lanzar un grito suave. Valeria, al escucharlo, gira de golpe y suelta otro grito al verme allí, invadiendo su espacio.

—¡Dominic! —chilla, sus ojos enormes, y por un segundo ambos estamos congelados, literalmente, hasta que estallamos en carcajadas.

—¿Qué demonios estás haciendo con el agua a esta temperatura? —la miro incrédulo, aguantando el escalofrío que me recorre todo el cuerpo—. Podrías matar a alguien con esto. A mí, por ejemplo.

Valeria se ríe, aún sorprendida. Me lanza una mirada burlona, entrecerrando los ojos.

—Lo que pasa es que eres un cobarde, Volkov. El agua helada es buena para los músculos —me responde con esa arrogancia que me vuelve loco—. Tú necesitas algo así

después de estar en esa cama de hospital.

—¿Cobarde? —levanto una ceja, retándola—. No, lo que necesito es una ducha hirviendo, y tú lo sabes.

—Estás loco. Esa agua hirviendo te va a cocer vivo —replica, pero veo cómo sus labios se curvan en una pequeña sonrisa, como si ya estuviera disfrutando de la pequeña batalla.

Acerco mi cuerpo al suyo, el agua fría resbalando por nuestras pieles, y ella se retuerce un poco, consciente de mi proximidad. No quiero que esta lucha de temperaturas termine pronto, pero no puedo soportar mucho más este frío.

—¿Qué tal si llegamos a un acuerdo? —sugiero, acercándome aún más, hasta que mi aliento roza su oído—. Un punto medio. Agua templada, para que los dos podamos disfrutar.

Ella lo piensa por un segundo y sonríe, inclinando la cabeza hacia mí.

—Acepto el acuerdo, pero solo porque soy generosa. Y porque no quiero que mueras de hipotermia en tu propia ducha.

Me río, y ella hace lo mismo, y ambos nos movemos hacia los controles para ajustar el agua. Poco a poco, el frío se desvanece y el calor nos envuelve, creando un equilibrio perfecto. Valeria se gira para mirarme, y la luz suave del baño refleja en su piel húmeda. Sus ojos, del color del hielo y provocadores, se encuentran con los míos.

—Mejor, ¿no? —murmura, acercándose mientras el agua cae como una cortina alrededor de nosotros.

—Mucho mejor. Ahora sí puedo disfrutar. —Mis manos encuentran su cintura, deslizándose por su piel mojada. La acerco a mí, con una sonrisa de satisfacción. Lo que comenzó como una pequeña broma se ha convertido en algo mucho más íntimo.

La beso, despacio al principio, saboreando cada segundo de contacto, mientras nuestras respiraciones se entrelazan en el vapor de la ducha. Sus manos suben por mi pecho, explorando las heridas que han comenzado a cicatrizar, y siento cómo su cuerpo se amolda al mío. La sensación de su piel húmeda contra la mía, el calor de la ducha, y el aroma que siempre la rodea me embriagan. Este momento, aquí, es todo lo que necesito.

—Podría acostumbrarme a esto —murmuro contra sus labios, mis dedos trazando líneas sobre su espalda.

—No te hagas ilusiones —me responde, su tono burlón, pero sus ojos brillan con algo más—. Esto no significa que puedas invadir mi ducha cuando quieras.

—Lo dices ahora… pero ya te veo suplicándome que te la meta duro contra el cristal de la ducha —le contesto, con una sonrisa ladeada.

Sus ojos se suavizan por un segundo, pero la chispa de desafío sigue ahí. Nos besamos de nuevo, más profundo esta vez, las manos perdiéndose en el calor, en la cercanía. No hay prisa, no hay miedo. Solo nosotros, bajo el agua que finalmente ha encontrado el punto perfecto.



El aire en la sala es denso, cargado de tensión y silencio, roto solo por el eco distante de una gota que cae desde alguna tubería olvidada en las profundidades de la mansión. La sala subterránea de confesiones. Aquí, el lujo queda a un lado. Aquí, las reglas no existen más que las que yo dicto. Frente a mí, Iván Petrov, con las manos atadas detrás de la espalda, sudando y respirando con dificultad. Un hombre que alguna vez pensé leal, uno de los pocos en los que confiaba. Pero, gracias a las argucias de mi hermanita y la temeraria de mi novia, ahora sé que es él el traidor. Tengo que admitir que me ha fascinado que esas dos arpías se hayan entendido tan bien y hayan creado un tándem tan letal. Pero tendré que dejarle claro a Valeria que no permitiré que se exponga a más peligro mientras estemos juntos en esta especie de relación que hemos creado. No podría soportar que le pasara algo. Y menos si es por mí.

Me quedo de pie frente a Petrov, la oscuridad llenando el espacio a mi alrededor. Nikolay y Leonid flanquean la sala, listos para actuar si es necesario. Pero esto lo manejo yo. Esto es personal.

—Iván —pronuncio su nombre con calma, pero mi voz es un filo cortante, helado—. ¿Te has vuelto estúpido, o siempre fuiste un traidor y yo no lo vi?

—Yo… no te he traicionado, Dom, yo no… —le paro en seco dándole una bofetada con toda mi rabia.

—¡No me tomes por imbécil! ¡Sé que me has vendido, joder! ¡¿Para quién cojones trabajas a mis espaldas y qué demonios quieren de mí?! —le grito con la más profunda de las iras azotando todo mi ser. Iván se estremece.

—Dom yo…

—¡Que hables, maldita rata! —saco el punzón que tengo en el bolsillo y se lo aproximo a un ojo—. Sabes lo que viene detrás si no quieres hablar. Ya conoces mis técnicas. Así que tú mismo.

Él me mira, los ojos dilatados, aterrados, pero trata de mantener la compostura. No le va a durar mucho. El hombre está arrodillado, encorvado como si el peso del mundo le cayera encima. Pero no es el peso del mundo. Es el mío.

—Dominic… yo… puedo explicarlo —su voz tiembla, y eso me enferma. No hay excusa, y él lo sabe. Pero, aun así, lo dejo hablar. Quiero escuchar sus mentiras antes de hacerle gritar la verdad.

—¿Explicarlo? —repito con sorna, dando un paso más cerca—. ¿Explicarme por qué me vendiste? ¿Por qué traicionaste a tu familia por un poco de dinero sucio? —No soporto más las ganas de destrozarlo y le clavo el punzón sobre su muslo derecho, arrancándole un graznido de

dolor intenso que retumba en la oscura sala. Después solloza.

Iván baja la mirada, incapaz de sostener la mía. Puedo oler el miedo en él, lo palpo en el aire, y mi paciencia empieza a desmoronarse. Me agacho, quedando a su altura, y lo obligo a mirarme asiéndole de la barbilla.

—Mírame, Iván. —Mi tono es bajo, pero el poder detrás de mis palabras es innegable—. Tienes una oportunidad para contarme la verdad. Pero si me mientes, si siquiera lo intentas, no volverás a ver el sol. ¿Entendido?

La sala queda en completo silencio. El hombre traga saliva, y sé que estoy a punto de romperlo.

—Vas a matarme —susurra aterrado y un líquido apestoso forma un charco a su alrededor. Se ha meado del miedo. Bien.

—Puedo hacerlo con o sin dolor. Tú eliges.

—¡No me mates, por favor! ¡Te lo contaré todo, pero no me mates! —su llanto me sabe a mierda ahora mismo.

—Yo tampoco quería morir, y lo he hecho hasta cinco veces en un día por culpa de tu puta ambición y tu mala cabeza, Iván. Casi matan a mi novia también y has hecho a mi familia y a mi chica pasar por un auténtico calvario. Así que o hablas ya o te juro por lo más sagrado que vas a sufrir como nadie, maldito cabrón. He regresado de entre los muertos para vengarme y quiero putos nombres. ¡Ya!

—Kirikov… me hizo una oferta —balbucea—. Una oferta que no podía rechazar, Dominic. Estaba... desesperado. He jugado casi todo mi dinero en carreras y… me ha ido mal. Tengo familia en Rusia, que necesitan mi ayuda. ¡Tú lo sabes!

—El muy hijo de puta de Kirikov… —pienso en voz alta—. ¿Qué cojones pretende ese imbécil?

—¡No lo sé! Solo me ofreció dinero. ¡Mucho dinero! Por saber sobre algunas cuentas tuyas. Me hacía mucha falta esa pasta, jefe, perdóname…

—No me hables de ofertas que no se pueden rechazar —le corto, hundiendo el punzón sobre su otra pierna y esta vez Iván llora, pero se traga como puede los gritos de dolor—. Si hubieras acudido a mí, te habría ayudado. ¡Sabes que no dejo a ninguno de mis hombres en la estacada! Pero decidiste traicionar mi confianza, a la gente que siempre te ha cuidado. Sabes lo que pasa con los traidores, ¿verdad, Iván?

Se estremece, y un susurro de desesperación escapa de su boca. Es un sonido patético, pero necesario. Es lo que quiero. Alargo la mano lentamente, rozando el costado de su cara con la yema de los dedos. Él se tensa, sin saber si el siguiente gesto será un golpe o una caricia.

—¿Qué más? —susurro, como si no fuera a arrancarle el alma de cuajo en un momento —. ¿Qué quiere Kirikov? ¿Y quién lo respalda? Y no me digas que no sabes nada o la próxima vez el punzón te lo hundiré en un ojo.

Iván parpadea rápidamente, los ojos luchando por mantenerse en el presente. El miedo ha empezado a hacer su trabajo, y puedo verlo desmoronarse.

—Él... él no es el cerebro —finalmente dice, con la voz quebrada—. Kirikov es solo una marioneta. Detrás de él hay alguien más… una mujer. Alguien a quien tú conoces bien.

Mi cuerpo se tensa al instante. Tatiana. ¡Lo sabía! No fue una alucinación. ¡Estaba allí! Esa serpiente. Lo supe desde el primer momento. Algo me decía que tenía que ver con todo esto. Mi respiración se vuelve más pesada, los recuerdos del pasado empiezan a arremolinarse en mi cabeza, pero no dejo que me nublen el juicio. No ahora.

—Tatiana —susurro su nombre con veneno, un rastro de fuego oscuro recorriendo mi piel. Me enderezo, alejándome de Iván por un momento. Mi mano se cierra en un puño, reprimiendo la rabia que amenaza con consumir todo.

Iván levanta la cabeza, con la respiración entrecortada, como si se sintiera aliviado al ver que ya he juntado las piezas. No tiene idea de lo que se le viene.

—Dominic, yo… no tenía opción —gime, el miedo tan palpable que casi puedo saborearlo—. Kirikov me ofreció protección… dinero… no podía decir que no. Sabes cómo es estar desesperado. ¡Sabes cómo es ella! Ella sabe engatusar y convencerte.

—¿Protección? —me río, una risa seca, carente de humor—. ¿De quién crees que te protege? Tatiana no protege a nadie. Solo juega. Solo destruye. Manipula, usa y luego traiciona a quien le ha tendido la mano. Y ahora tú eres uno de sus peones caídos.

Me acerco de nuevo, pero esta vez no hay suavidad en mi toque. Agarro a Iván del cuello de la camisa y lo levanto con una fuerza que lo sorprende, a pesar de las heridas que aún llevo en mi cuerpo. Su respiración se corta cuando lo obligo a mirarme de nuevo, mis ojos clavándose en los suyos.

—Escúchame bien, Iván —gruño—. Quiero saber todo lo que sabes sobre Kirikov. Sus movimientos. Sus contactos. Y, sobre todo, qué quiere Tatiana. Habla ahora o te arrepentirás de no haber muerto por esas balas que me llevé yo.

Él jadea, sintiendo que mi paciencia está al límite. Pero finalmente, las palabras salen de su boca.

—Kirikov está planeando algo grande… va a mover su base al puerto. Hay un cargamento en camino… drogas. Pero no es eso lo que quiere realmente. Es tu territorio, Dominic. Y lo que Tatiana quiere… es el control que ella dice que te dio una vez. Quiere recuperar lo que cree que es suyo.

Mis dedos se aflojan un poco en su camisa, dejándolo respirar, pero la ira arde más fuerte que nunca dentro de mí. Tatiana quiere mi imperio. Quiere lo que una vez me hizo ganar para ella. Y lo más preocupante de todo: tiene a Kirikov bajo su control.

—¿Sabes lo que sigue para ti, Iván? —susurro, acercándome para que solo él pueda escucharme—. Ya no tienes lugar aquí. Pero por esta información… te daré una salida rápida.

Los ojos de Iván se agrandan en pánico, pero antes de que pueda protestar, Leonid y Nikolay ya están acercándose. Lo arrastran fuera de la sala, y el eco de sus súplicas se desvanece mientras lo sacan de mi vista.

Me quedo en silencio, sintiendo la oscuridad envolviendo la sala. Tatiana está moviendo sus fichas, pero... no la dejaré ganar.

Con Tatiana de vuelta en el tablero y Kirikov como su aliado, me doy cuenta de que este juego apenas comienza. Y esta vez, la victoria será mía... o no será de nadie.

CAPÍTULO 39



Valeria

Han pasado tres semanas desde que comencé a vivir en su mansión, tres semanas en las que Dominic y yo apenas hemos encontrado razones para separarnos del cuerpo del otro. Es como si el tiempo se hubiera detenido y solo existiéramos nosotros, una burbuja de deseo y pasión que nos envuelve y nos consume. Todo lo que nos había costado abrirnos, todo lo que nos habíamos guardado durante tanto tiempo, ahora fluye entre nosotros sin barreras. Nunca pensé que este hombre, tan impenetrable, tan enigmático, pudiera volcar tanto de sí mismo en mí, y, sin embargo, aquí estamos.

Estoy en su cama, mi cuerpo aún envuelto en las sábanas de seda mientras lo observo moverse por la habitación. Está de pie junto a la ventana, con la luz del amanecer perfilando su figura. No puedo evitar sonreír al verlo, sin camisa, con el cabello desordenado y esa calma que solo yo conozco. El Dominic que el mundo teme y respeta, aquí es mío. Solo mío.

—¿Qué miras? —me pregunta sin volverse, pero sé que está sonriendo.

—A ti, Volkov —respondo con picardía, dejándome caer de espaldas en la cama—. Estoy apreciando la vista.

Él se gira, con una ceja arqueada, y camina hacia mí. Hay una mirada en sus ojos que hace que mi corazón se acelere.

—¿Te gusta lo que ves, Valeria? —pregunta mientras se inclina sobre la cama, sus labios rozando los míos sin llegar a besarme.

—Demasiado —susurro, sintiendo cómo mi piel se eriza ante su proximidad.

Dominic me observa por un segundo más antes de besarme con esa intensidad que me deja sin aire, que parece devorarme por completo. Su mano se desliza por mi cuello, luego baja lentamente hasta mi cintura, apretándome contra él.

—Cada vez que te veo —murmura contra mis labios, sus dedos jugando con el borde de mi camisón—, no puedo evitar pensar en lo mucho que te deseo, lo mucho que te necesito. Y eso me asusta.

Mis ojos se encuentran con los suyos, y durante un segundo, veo esa vulnerabilidad que rara vez muestra. Dominic Volkov, el hombre que controla su mundo con puño de hierro, tiene miedo de lo que siente por mí, y eso solo hace que lo quiera más.

—¿Asustado? —bromeo, acariciando su mandíbula con mis dedos—. ¿El gran Dominic Volkov tiene miedo?

—Miedo de ti, sí —confiesa, pero hay una chispa de diversión en su voz—. Nadie ha sido capaz de hacerme sentir esto. Nadie me ha tenido así, tan a su merced.

—¿A mi merced? —repito, disfrutando del poder que esas palabras me otorgan. Le rodeo el cuello con los brazos, arrastrándolo más cerca de mí—. Creo que es mutuo, Dominic. Yo también estoy a tu merced.

—Deberías tener cuidado con lo que dices —me advierte, con esa sonrisa oscura que me vuelve loca—. Podría aprovecharme de eso.

—¿Y qué te detiene? —provoco, desafiándolo con mis ojos mientras mis manos recorren su espalda.

Él gruñe, como si no pudiera contenerse más, y me besa de nuevo, esta vez más profundo, más demandante. Nos enredamos en las sábanas, su cuerpo sobre el mío, su piel ardiente contra la mía. Cada caricia, cada beso, es un recordatorio de lo mucho que hemos reprimido, de lo mucho que nos hemos negado hasta ahora. Y ahora, es como si estuviéramos recuperando todo ese tiempo perdido de una sola vez, sin detenernos.

Dominic se aparta ligeramente, sus labios rozando mi cuello mientras murmura:

—¿Sabes? Nunca pensé que esto fuera posible. Nunca pensé que podría tenerte así… tan cerca.

—Ni yo lo creía —respondo, sintiendo cómo mis emociones se arremolinan dentro de mí —. Pero ahora que te tengo, no pienso soltarte.

—Esa es la actitud —dice él, con una sonrisa que me derrite—. Porque tampoco pienso dejarte ir.

Sus palabras, cargadas de promesas, me envuelven, y me doy cuenta de lo profundo que ha llegado esto. Lo que comenzó como un desafío entre dos personas que no querían ceder, ahora es algo mucho más grande, más real. Algo que nos supera.

—¿Nunca? —lo desafío, entrelazando mis piernas con las suyas—. ¿Ni siquiera si te pido que me dejes sola un rato para recuperar el aliento?

Él ríe, esa risa suave y grave que rara vez escucho, pero que cuando aparece, me hace sonreír. Me inclino hacia adelante y lo muerdo suavemente en el hombro, un gesto de juego que sé que disfrutará.

—¿Estás insinuando que no te doy espacio? —pregunta, fingiendo estar ofendido mientras sus manos continúan acariciando mi cuerpo—. Porque si es así, puedo darte todo el espacio que necesites… en otro cuarto, por supuesto.

—Jamás —le respondo, tirando de él de nuevo hacia mí—. Si te vas, te seguiré. Ya sabes cómo soy.

—Perseguidora implacable —bromea, pero su tono se vuelve más suave mientras su mirada se oscurece con deseo—. Valeria, no tienes ni idea de lo que me haces sentir.

Sus palabras me toman por sorpresa, y por un momento, me pierdo en sus ojos. Ese hombre, que siempre parece tan impenetrable, ahora está completamente abierto frente a mí. No hay máscaras, no hay juegos. Solo somos él y yo.

—Lo mismo que tú me haces sentir a mí —susurro, trazando con mis dedos el contorno de sus labios—. Me has derribado cada muro, cada barrera. Y no quiero volver a ser la misma de antes. No quiero estar lejos de ti.

Nos quedamos así, mirándonos en silencio, nuestras respiraciones entrelazadas, el mundo exterior desvaneciéndose a nuestro alrededor. No hay lugar donde prefiera estar. No hay otro cuerpo que quiera sentir junto al mío. No hay otro hombre al que pueda pertenecer.

Él acaricia mi mejilla con una ternura que me hace estremecer, y se inclina para besarme de nuevo, despacio, con una devoción que me deja sin aliento. Este es el hombre que el mundo teme. Este es el hombre que podría destruirlo todo. Pero conmigo, es solo Dominic. Mi Dominic.

Nos quedamos así, envueltos el uno en el otro, perdiendo la noción del tiempo, como si el amanecer nunca fuera a llegar y el mundo más allá de estas paredes no existiera. Porque aquí, en este espacio que hemos creado, somos todo lo que necesitamos.



Debí haber escuchado a Dominic. Lo sé, pero no puedo estar encerrada como si fuera una prisionera. Además, no podía dejar que nadie más encontrara esos documentos; son clave para el caso, y no confío en nadie más para recogerlos. Por eso, a pesar de sus advertencias, estoy aquí, en mi apartamento, rebuscando entre mis cosas, con el corazón latiendo a mil por hora. Mientras busco entre los cajones, siento esa inquietud familiar en el estómago, esa que me dice que Dom se va a enfadar de lo lindo si no me ve en casa. Pero no puedo detenerme, necesito esos papeles.

El apartamento está en silencio, tan diferente de la calidez que siento cuando estoy con Dominic. Es curioso cómo en solo cuatro semanas, su hogar se ha convertido también en el mío. Pensar en él me provoca una sonrisa, pero también una punzada de culpa. Sé que montará en cólera cuando se entere de que he venido aquí sola. Pero esto es importante. No puedo depender de él para todo, y esta es mi forma de demostrarme a mí misma que sigo siendo capaz de manejarme sola.

Entonces, escucho el sonido. Algo suave, casi imperceptible, pero suficiente para hacer que mi cuerpo se tense. Me doy la vuelta lentamente. Y no lo veo, pero sé que hay alguien aquí,

conmigo. Mierda. Dom se va a poner hecho una maldita furia.

—¿Qué tenemos aquí? —una voz femenina rompe el silencio, y el pánico me invade de inmediato.

Tatiana. No necesito conocerla para saber que es ella, Dom me ha contado sobre esa víbora venenosa y, al parecer, está detrás del atentado que sufrimos. Esa voz está impregnada de veneno, como un perfume que me rodea. Me congelo, intentando no mostrar miedo, pero mis manos tiemblan ligeramente mientras intento esconder los documentos detrás de mí. Sopeso la idea de correr como alma que lleva al diablo, pero creo que la voz proviene de esa parte de mi apartamento, así que no es una opción válida.

—Tatiana... —mi voz es un susurro, pero me obligo a sostenerle la mirada cuando finalmente la veo al otro lado del apartamento. Está apoyada con indiferencia contra la puerta, su figura esbelta y elegante envuelta en una gabardina oscura. Parece un espectro, alguien que pertenece a las sombras, no a la luz del día.

Es una mujer guapa, pero bastante más mayor que yo. Con el pelo largo y oscuro como también lo son sus ojos. La odio al instante. Sin conocerla. Por todo el dolor que le causó a Dom cuando apenas era un crío.

Ella sonríe, una sonrisa fría, cortante.

—Así que tú eres la famosa Valeria —dice, avanzando lentamente hacia mí, sus tacones resonando en el suelo de madera. Mis músculos se contraen uno a uno con su avance. No ha venido a matarme, ¿verdad? Ya lo habría hecho—. No puedo decir que no me sorprende… pero debo admitir que Dominic tiene buen gusto.

Mi garganta se seca. Intento retroceder, pero estoy atrapada entre la pared y la mesa del comedor. Los documentos se me escapan de las manos y caen al suelo.

—¿Qué quieres? —pregunto, aunque sé que la respuesta no será algo que desee escuchar.

Tatiana se detiene justo frente a mí, inclinándose lo suficiente para que pueda sentir su perfume, dulce pero amargo al mismo tiempo.

—He venido a hacerte un favor, *cristalito* —mis ojos se abren mucho cuando escucho el apodo por el que Dom me llama de sus labios ¿Hasta dónde sabe esta mujer de nosotros? —He venido a quitarte la venda y que veas quién es verdaderamente tu querido Dominic Volkov. Quiero que veas a Dominic por lo que realmente es —responde con una voz suave, casi compasiva, aunque sé que no hay nada de benigno en ella—. Quiero que entiendas que el hombre que tanto amas no es más que un monstruo disfrazado de salvador.

Mis ojos se entrecierran. No quiero escucharla, no quiero creer ni una sola palabra que salga de sus labios.

—Lo dice la zorra que sedujo a un crío, lo usó a su antojo y después se folló a su tío —le increpo—. Sé quién es mi novio y hasta dónde puede llegar y él no destruiría por placer como lo haces tú. Él solo saca sus uñas para defenderse. Si has venido a ponerme en su contra, tendrías

que cambiar de planes, Tatiana.

Tatiana suelta una risa baja, como si estuviera disfrutando de mi resistencia.

—¿De verdad crees que te ha dicho la verdad sobre todo? —pregunta, inclinándose más cerca de mí—. ¿Sabes quién estaba detrás de la quiebra de la empresa de tu padre?

¿Cómo? Su pregunta me golpea como un puñetazo. Mi cuerpo se tensa, pero niego con la cabeza, sintiéndome atrapada.

—Dominic no tiene nada que ver con eso —respondo, pero mi voz tiembla.

—Oh, *cristalito*, estás muy equivocada. Créeme que llevo siguiendo los pasos de tu "novio" mucho tiempo y él lleva en tu vida más tiempo de lo que crees —Tatiana susurra como si fuera un secreto bien guardado—. Él fue el responsable. Dominic Volkov. Él destruyó a tu familia. Fue él quien lo planeó todo para hacerse más poderoso. Engañó a tu padre, le prometió convertir su hotel en algo lujoso y selecto y se quedó con todo. No contento con eso, también quiso quedarse con su hijita única. ¿Sabes que Dominic te seguía el rastro en el club donde bailabas, *cristalito*? ¿O debo llamarte Crystal? Ese era tu nombre de furcia en ese local, ¿no es así? Seguro que disfrutó al ver tu hundimiento como mujer. Seguro que se rio de ti de lo lindo cuando, años después, conseguiste sobreponerte a todo, y decidió volver a tu vida para darte el toque de gracia final y rematarte. ¡Mírate! ¡Tan enamorada del cabrón que te jodió la vida y lo sigue haciendo! ¡Una y otra vez!

Mi mente empieza a girar. Esto no puede ser verdad. Dominic jamás me haría algo así. No después de todo lo que hemos vivido juntos.

—No… no puede ser verdad… —murmuro, sintiendo las lágrimas acumularse en mis ojos. Intento alejarme de Tatiana, pero ella me agarra del brazo con una fuerza inesperada.

—Lo es —dice con una frialdad que me estremece—. Y ahora, estás atrapada en su juego, como todos los demás. Eres una pieza más en su tablero, Valeria. Y lo peor es que ni siquiera lo sabes.

Las lágrimas finalmente escapan de mis ojos. La duda empieza a instalarse en mi mente como una semilla venenosa. Tatiana me observa con satisfacción, como si hubiera conseguido exactamente lo que quería.

—¿Por qué me dices esto? —pregunto, con la voz quebrada—. ¿Qué ganas con hacerme daño?

Tatiana sonríe y me acaricia la mejilla con un gesto maternal, lo que solo me hace sentir más enferma.

—Porque quiero que entiendas lo que se siente ser traicionada por alguien a quien amas —dice suavemente—. Y porque sé que Dominic haría cualquier cosa por ti… incluyendo destruir todo lo que ha construido. Y eso, querida, es lo que necesito.

Antes de que pueda procesar sus palabras, siento un pinchazo en el cuello. Un dolor agudo. Tatiana se aleja de mí y noto cómo la fuerza se escapa de mi cuerpo. La vista se me

nubla, el pánico se apodera de mí mientras caigo al suelo, incapaz de mantenerme en pie.

—No te preocupes, Valeria —escucho la voz de Tatiana, distante, como si viniera de un lugar lejano—. Esto no será el final para ti. Solo un nuevo comienzo… uno que te unirá aún más a Dominic.

Lo último que veo antes de que la oscuridad me envuelva por completo es la silueta de Tatiana alejándose, con una sonrisa victoriosa en sus labios.

Luego, todo se desvanece.

CAPÍTULO 40



Dominic

El ruido constante de las voces que llenan la habitación parece lejano, casi irreal. Los murmullos, las llamadas frenéticas, los pasos apresurados. ¿Dónde cojones estás, Valeria? Llevo toda la puta tarde dando tumbos por cada recoveco de la mansión sin dar con ella. No ha podido ser tan estúpida de desobedecer mis órdenes de no salir sin escolta y sin decírmelo. Aunque automáticamente sé que la respuesta es que sí. Que le encanta desobedecerme más que nada en este mundo. ¡Pienso darle unos buenos azotes cuando la vea! ¡Y no de los que le gustan! Esta endiablada mujer va a volverme loco… Pero todos esos pensamientos se disuelven cuando la noticia llega a mis oídos, como una bomba que estalla en lo más profundo de mi ser cuando uno de mis hombres termina una llamada telefónica.

—Valeria ha desaparecido.

Mis dedos se tensan alrededor del vaso que tengo en la mano. La presión es tal que, en un segundo, el cristal cede y se rompe, los fragmentos se clavan en mi piel, pero el dolor físico es insignificante comparado con la ola de rabia que me consume.

Leonid es quien pronunció las palabras, su expresión tensa, sabiendo que no hay una manera suave de darme esa información. Mis ojos se alzan hacia él, y puedo ver la incertidumbre en los rostros de mis hombres. La lealtad de Nikolay, la preocupación en los ojos de Yuri, pero lo único que me importa en este instante es ella.

—¿Qué demonios acabas de decir? —mi voz es un gruñido, bajo, lleno de amenaza.

—Señor —continúa Leonid, firme, pero con una gota de duda en su tono—. Acaban de informarme que Valeria fue vista por varios testigos en su apartamento, inconsciente… una mujer, acompañada de hombres armados, la sacaron por la puerta trasera del edificio donde tiene su apartamento.

Me giro bruscamente, mis pensamientos son un torbellino. La furia se arremolina en mi interior, una tormenta imparable. Tatiana. Solo puede ser ella. Nadie más tendría la audacia… o el veneno suficiente como para atacarme donde más duele.

—¡Maldita sea, Valeria! —maldigo en mis adentros, lleno de frustración y estrello la botella de whisky contra la pared. Ella me desafió, desobedeció mis órdenes de no salir sola, y ahora está pagando el precio. Estoy tan furioso con ella como aterrorizado por lo que pueda

sucederle en manos de Tatiana.

—Señor, estamos movilizando a todos los hombres. Vamos a investigar en cada rincón de la ciudad, pero... —Nikolay intenta darme algún tipo de consuelo, pero nada de lo que me digan me calmará. No hasta que la tenga de vuelta. Viva.

—Esto es por mi culpa —susurro entre dientes, apenas reconociendo mi propia voz—. Si le tocan un solo pelo… —mi mandíbula se tensa mientras la rabia se mezcla con la desesperación, empujándome al borde de un abismo del que no sé si podré regresar—. No quedará nada de lo que alguna vez fui. La destruiré a ella, destruiré a Tatiana y a todos los que la rodean.

Mis palabras reverberan en la habitación, cargadas de veneno y promesas de destrucción. Los hombres intercambian miradas entre sí, nerviosos. Saben de lo que soy capaz, pero también saben que esto es diferente. No se trata de territorio, ni de poder. Esto es personal. Valeria lo es todo para mí, y perderla... simplemente no es una opción.

—¡Quiero cada maldito centímetro de esta ciudad bajo vigilancia! ¡Ahora! —rujo, y todos se apresuran a obedecer, pero eso no es suficiente. Nada lo es. El miedo se aferra a mi pecho como una garra afilada, amenazando con aplastarme.

Salgo de la habitación sin mirar atrás. Mis pasos me llevan directamente al ala de la casa donde están las habitaciones en busca de Katya, que lleva una temporada presente en mi vida. Necesito hablar con ella, que me ayude, que saque la información de donde sea. Ella ha sabido ganarse al poli ese. ¡Algo podrá hacer, joder! Golpeo la puerta con fuerza, sin control sobre mis emociones.

—¿Qué pasa? —pregunta Katya, abriendo la puerta con el ceño fruncido. Al ver mi expresión, su mirada cambia de inmediato—. ¿Dominic?

—Se la llevaron… Valeria… Tatiana tiene a Valeria —las palabras salen de mi boca con dificultad, apenas puedo contener las lágrimas que amenazan con salir, algo que nunca he permitido. No soy débil, no puedo serlo. Pero ahora…

Katya me mira, y veo en sus ojos algo que no he visto en mucho tiempo. Empatía, comprensión. Sabe lo que estoy sintiendo. Porque sabe que yo no me desmoronaría así.

—Ven —me dice suavemente, llevándome al interior de la habitación.

No sé cómo mantener la compostura. Me siento impotente, algo que no tolero. Me paso las manos por el rostro, desesperado, con el corazón latiendo a un ritmo frenético.

—La encontraremos —dice Katya, su voz firme pero suave. Me mira como la hermana que siempre ha sido, incluso en los peores momentos—. Voy a hacer todo lo que sea necesario, Dominic. Conseguiré información. Voy a sonsacar a quien sea, no me importa cuántos enemigos tenga que enfrentar. Pero prométeme que mantendrás la calma. Si pierdes la cabeza ahora, no podremos salvarla.

—Si le hacen daño… —mi voz se quiebra por un segundo, pero me obligo a recuperar el control—. No puedo perderla, Katya. No a ella.

—No la perderás —responde con seguridad—. Pero necesito que seas fuerte, hermano. Confía en mí.

Asiento, aunque dentro de mí todo se siente frágil, como si una sola palabra equivocada pudiera hacerme estallar. La única mujer que ha conseguido romper las murallas que construí a mi alrededor está en peligro, y cada segundo que pasa sin saber dónde está me carcome por dentro.

De repente, uno de mis hombres irrumpe en la habitación, con el rostro pálido y preocupado.

—Señor —dice, agitado—. Es Tatiana. Está en la línea.

El aire en la habitación se congela. Miro a Katya, quien me da una leve inclinación de cabeza, antes de levantarme de un salto. Mis dedos tiemblan ligeramente cuando tomo el teléfono, pero me obligo a controlar la respiración.

—Tatiana —gruño su nombre, lleno de rabia contenida.

—Hola, Dominic —su voz es melosa, casi burlona—. Lamento tanto haberte interrumpido. Estoy segura de que debes estar muy ocupado buscando a tu querida Valeria.

Cada palabra suya es como un puñal, hundiéndose más y más en mi piel.

—Dime dónde está, o te juro que no tendrás tiempo de arrepentirte de esto.

Tatiana suelta una risa suave al otro lado de la línea.

—Tan impetuoso como siempre. Pero esta vez no puedes hacer nada, Dominic. Eres tú el que está a merced de mis decisiones. Vuelves a la casilla de partida, pequeño Dom, en la que haces las cosas como yo quiero, cuando yo quiero y para lo que yo quiera. ¿Pensabas que era tan fácil deshacerse de mí?

Aprieto el puño con tanta fuerza que me sorprende no haber destrozado el teléfono.

—Si le haces algo… si tan solo la tocas…

—Oh, tranquilo —me interrumpe, como si estuviera hablando con un niño—. Tu "cristalito" está perfectamente bien. Por ahora. Pero, si quieres verla de nuevo, te sugiero que sigas mis instrucciones al pie de la letra.

—¿Qué quieres? —pregunto con una frialdad que ni siquiera yo reconozco en mi voz.

—Te daré solo una dirección, Dominic —dice suavemente—. Ven solo, y no intentes nada estúpido. Si lo haces, no volverás a ver a tu amada Valeria con vida.

Ella me da una dirección y cuelga antes de que pueda decir nada más. La desesperación me golpea como una tormenta. Me quedo mirando el teléfono en silencio durante unos segundos, procesando lo que acaba de suceder.

—¿Qué dijo? —pregunta Katya, ansiosa.

—Tengo que irme —murmuro, con la mente ya fijada en un solo objetivo. Rescatar a

Valeria, cueste lo que cueste.

CAPÍTULO 41



Valeria

El aire en el almacén está impregnado de humedad y polvo, un lugar lúgubre, con paredes desgastadas que parecen haber sido testigos de historias siniestras. Mi respiración es lenta, controlada, aunque por dentro siento que estoy al borde del colapso. Las cuerdas que atan mis muñecas son ásperas y cortan mi piel cada vez que intento moverme. El dolor físico es nada comparado con la tormenta que ruge dentro de mi cabeza.

Tatiana. Su nombre me quema por dentro. Esa mujer, ha sido un espectro en mi vida desde el momento en que apareció con esa sonrisa venenosa, sus palabras cargadas de malicia. Pero lo peor no fue su amenaza, ni la amenaza sobre Dominic. No. Lo peor fue lo que me reveló, algo que me arrancó el corazón de un solo golpe.

"Dominic destruyó a tu familia."

Esas palabras siguen resonando en mi mente como un eco interminable. La incredulidad fue lo primero que sentí. Luego, una ráfaga de dolor, una herida invisible que se abrió en lo más profundo de mi ser. Dominic, el hombre al que he amado de una manera que nunca pensé posible, el hombre que había sido mi refugio, había sido también el verdugo de mi familia. El responsable de mis horas más bajas. De sentirme sola en este mundo durante mucho tiempo. De todo lo que he luchado por superar y había conseguido hacerlo, hasta que se plantó delante de mí aquel día en mi oficina, con su porte de dios del inframundo, su mirada tan peculiar, el deseo chispeando en sus pupilas y sus promesas lascivas de esos maravillosos y carnosos labios. No puedo aceptar que sea verdad. No quiero aceptarlo. Pero la certeza en los ojos de Tatiana cuando me lo dijo, la manera en que me miraba con lástima, me hace pensar que es verdad.

Lucho contra las lágrimas. No voy a romperme, no aquí, no frente a estos hombres que me vigilan como si fuera una presa a punto de ser devorada. Los hombres de Kirikov no me han quitado la vista de encima, y, aunque se mantienen a distancia, puedo sentir sus ojos sobre mí, como buitres esperando que caiga.

A pesar de todo, sé que Dominic vendrá por mí. No importa lo que Tatiana haya dicho, no importa si es verdad. Él vendrá. Dominic nunca me dejaría en las manos de estos monstruos. Lo conozco, sé de lo que es capaz, y aunque ahora mi corazón está roto, una parte de mí lo sigue

anhelando. Pero esa parte está en conflicto con otra que grita de rabia, que exige respuestas. ¿Por qué me mintió? ¿Por qué nunca me contó la verdad sobre lo que le hizo a mi familia?

De repente, el sonido de pasos fuertes resuena en la entrada del almacén. Mi cuerpo se tensa, y mi corazón comienza a latir más rápido. Es Dominic. Tiene que ser él.

El sonido de una puerta de metal al abrirse con violencia rompe el silencio tenso. Unos cuantos hombres de Kirikov murmuran algo entre ellos, pero no puedo entender sus palabras. Estoy demasiado concentrada en lo que está por venir.

Entonces lo veo. Dominic, con el rostro endurecido, sus ojos oscuros como la noche, llenos de furia. Parece un huracán en carne viva, un hombre al que no le queda más remedio que destruir todo lo que se le cruce en su camino para recuperarme. Pero, al mismo tiempo, hay algo más. Algo que me asusta. Es culpa.

Él también me ve. Nuestros ojos se encuentran, y en ese momento, es como si el mundo se detuviera por un segundo. Su rostro se suaviza al verme, pero solo por un breve instante. Sabe que estoy bien, pero la tormenta sigue ahí, imparable.

Antes de que pueda siquiera decir su nombre, Tatiana aparece detrás de mí, como una sombra oscura.

—Qué conmovedor —dice con su tono gélido, mientras avanza hacia el centro del almacén—. Pero no tan rápido, Dominic. No creas que puedes simplemente llevártela de aquí sin escuchar lo que tengo que decir.

—Déjala ir —gruñe Dominic, su voz temblando de rabia—. Si la tocas de nuevo, te juro que no saldrás viva de este almacén. Y, si me haces algo a mí, mis hombres llevarán toda la información que he conseguido recabar sobre Kirikov y sobre ti a la policía y pasaréis el resto de vuestras vidas en la cárcel.

Tatiana suelta una risa suave, burlona, y me inclino hacia adelante, deseando poder zafarme de las cuerdas y atacar a esa maldita mujer. Pero estoy indefensa, y eso solo aviva el fuego en mi interior.

—Oh, Dominic —dice Tatiana, con esa sonrisa que parece más un desafío que una amenaza—. Siempre tan violento, tan predecible. No se trata de lo que quieras. Se trata de lo que ella quiere saber. Porque, ¿sabes? Ya lo hice, Dominic. Le conté todo. Le conté cómo tú fuiste el responsable de destruir a su familia. Cómo tu ambición destruyó la vida de su padre y los llevó a la ruina. Ella sabe lo que hiciste, Dominic. Todo el amor que construiste, lo destruiste con tus propias manos.

Las palabras caen como bombas entre nosotros. Dominic se queda paralizado por un segundo, su rostro se oscurece, y sé que Tatiana ha tocado una herida profunda. La verdad. Ahora lo sabe, y yo también.

—No —susurro, mi voz apenas un hilo, pero suficiente para romper el silencio—. Dime que no es cierto, Dominic. Dime que no destruiste a mi familia… que todo esto es una mentira.

Él me mira, y lo que veo en sus ojos me destroza por dentro. No hay palabras, pero no

las necesito. La respuesta está escrita en su rostro. Es verdad. Todo lo que Tatiana dijo es verdad.

—Valeria… —comienza a decir, dando un paso hacia mí, pero yo retrocedo. Siento como si un abismo se abriera entre nosotros, uno que quizás nunca podamos cruzar.

—¡No me toques! —le grito, el dolor brotando como lava, abrasándome por dentro—. ¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste destruir a mi familia? ¿Es verdad que me seguías también cuando trabajaba como bailarina en ese club? —Dominic no dice nada y yo comienzo a entenderlo todo. —Soy parte de un juego, ¿no es así? Es eso lo que siempre he sido para ti: tu juego favorito. Te divertiste hundiéndome económicamente, viéndome en la estacada y, no contento con eso, cuando al fin estaba saliendo del hoyo, apareciste por mi oficina, me sedujiste y te reíste de mí. Yo… confié en ti. Te amé… ¡te amaba, Dominic!

Mi grito es desgarrador, lleno de rabia y traición. Dominic se queda quieto, como si mis palabras lo hubieran golpeado directamente en el pecho. Puedo ver la culpa en sus ojos, el arrepentimiento, pero nada de eso importa ahora. Lo que hizo… lo que me ocultó… ha roto algo entre nosotros que no sé si podrá ser reparado.

—Valeria, no fue así… no como tú crees —su voz es baja, y hay una desesperación en sus palabras que me hace querer escuchar, pero no puedo. No puedo.

Tatiana se cruza de brazos, satisfecha. Disfruta de nuestro sufrimiento, de nuestra desintegración.

—Lo destruiste todo, Dominic —dice Tatiana, triunfante—. Todo el amor que construiste, lo destruiste con tus propias manos. Y ahora, todo lo que queda es tu ruina. ¿Te sientes ahora mejor que yo? ¿Viendo cómo has destruido, otra vez, a tu *cristalito*?

Me siento débil, como si mi cuerpo no pudiera soportar el peso de todo lo que acaba de desmoronarse a mi alrededor. Él destruyó mi vida. Mi familia. Y, aun así, lo amo. No puedo arrancarme ese sentimiento de mí. ¡Maldita sea, quiero arrancarlo!

Dominic, en un movimiento repentino, se gira hacia Tatiana, sus ojos llenos de odio. La tensión en la sala es palpable, pero antes de que pueda hacer algo, uno de sus hombres se acerca con el teléfono. Lo coloca en su mano sin decir una palabra, su expresión preocupada.

—Tatiana —dice, con una voz tensa, casi rota—. Llévate lo que quieras. Mi poder, mi imperio. No me importa. Pero devuélveme a Valeria.

Tatiana sonríe. Sabe que ha ganado.

—No tengo prisa, Dominic. Tienes una última decisión que tomar. Su corazón puede que ya lo hayas perdido, pero eso ha sido solo labor tuya. Si lo que quieres es su libertad y que viva, entonces yo a cambio quiero tu destrucción.

Dominic levanta la mirada buscando la mía. Veo que está hundido en las más profundas de las miserias y, a pesar de todo lo que le hizo a mi familia y a mí, no puedo alegrarme. Al contrario. Su dolor me desmorona. Y la decisión que veo en sus ojos también.

CAPÍTULO 42



Dominic

Tatiana suelta una carcajada, pero yo ya no la escucho. Mi mente está en lo que tengo que hacer ahora. No puedo salvar este amor con palabras. Sólo puedo sacrificarme, porque es lo único que me queda por darle.

Cojo el teléfono con las manos temblorosas, la pantalla azulada brilla mientras marco el número. Valeria me mira, confundida, con las lágrimas aún brotando de sus ojos.

—Dominic, ¿qué estás haciendo? —pregunta, su voz rota, suplicante.

—Lo que sea necesario, mi amor —le digo, sin apartar la vista de ella. No hay vuelta atrás.

El teléfono suena. Una. Dos veces. Y entonces escucho la voz de Nathaniel Blake al otro lado de la línea.

—Blake —responde al fin al otro lado.

Respiro hondo, sintiendo cada palabra como una sentencia.

—Soy Dominic Volkov. Voy a entregarme, agente Blake. Estoy en el almacén del puerto. Envíen a alguien. Valeria está aquí, y quiero que la lleven a un lugar seguro. No se demoren.

El silencio de Blake dura apenas unos segundos, pero siento su incredulidad palpitar en el aire.

—¿Qué demonios estás diciendo, Volkov? —gruñe Blake, sin comprender.

—He cometido errores, Blake. Y quiero que lo detengas todo. Quiero entregarme voluntariamente. Tienes que venir aquí y hacer lo que sea necesario. —Hago una pausa, dándome cuenta de lo irreversible que es esto. La sonrisa siniestra de Tatiana es también claro síntoma de mi inminente caída, así como el gesto desconsolado y aterrorizado de Valeria—. Estoy en el almacén abandonado en el puerto. Valeria está aquí… necesito que la salves.

—¿Valeria? —La sorpresa en su voz es palpable, y siento su furia crecer al otro lado de la línea—. ¿Qué le hiciste, Volkov? ¿Dónde está?

—Nada —respondo, con una calma que no siento—. Todo lo que he hecho ha sido por ella, y lo único que me queda es asegurarme de que esté a salvo. Haz tu trabajo, Blake —escupo, agotado de mantener esta conversación—. Tienes la dirección. Lleguen rápido.

Cuelgo antes de que pueda responder. Esto es todo. No hay más trucos. Este es mi final.

—Dominic, no. No puedes hacer esto. —La voz de Valeria suena más desesperada que nunca, y al ver su rostro marcado por la desesperación, me siento morir por dentro.

—Tengo que hacerlo, Valeria —susurro, acercándome a ella. Quiero abrazarla, pero sé que no soy digno de eso ahora—. No sabía quién eras cuando hundí a tu familia. Si lo hubiera sabido... jamás lo habría hecho. Te lo juro. Pero ahora lo único que puedo darte es esto.

Las lágrimas corren por sus mejillas mientras me mira, destrozada.

—Dominic… Si te entregas, será tu fin.

El dolor en su voz es casi insoportable, pero debo ser fuerte. Debo hacer esto. Me acerco y rozo su mejilla con la yema de mis dedos, memorizando su piel, su calor, porque sé que será la última vez que lo sienta.

—¡Qué romántico! —dice Tatiana, aunque tanto Valeria como yo la ignoramos—. Estás sacrificando tu libertad y tu imperio por su vida —Valeria gira levemente la mirada hacia Tatiana, después hacia mí.

Le ofrezco una sonrisa triste a modo de disculpas por todo lo que le estoy haciendo pasar, otra vez. Es lo mínimo que puedo hacer por ella. Sacrificarme.

—Dom… no… —susurra y niega con la cabeza.

—Lo siento… por todo. —Mi voz se quiebra—. Nunca debí tocar a tu familia. No sabía que ese hombre había traído a la vida a la mujer más maravillosa de todas —digo con la voz descontrolada por un nido de lágrimas que se me arremolinan en la garganta— A la persona que se iba a convertir en mi mundo entero. Y ahora que sé que eres tú, la mujer más increíble que he conocido, la que se ha llevado mi corazón para siempre, sé que no merezco nada de ti.

Justo en ese momento, se escuchan sirenas a lo lejos, el sonido que indica el final de todo lo que alguna vez fui. Están aquí.

Tatiana se endereza y señala a sus hombres, dándoles una señal silenciosa. Varios hombres se ciernen sobre mí y rápidamente me atan las manos a la espalda para después atar esa cuerda a una aldaba que hay en el suelo, frente a Valeria, que me mira con ojos llorosos y desolados. Después, todos se retiran rápidamente, como sombras en la noche. Nos dejan a Valeria y a mí solos en el almacén, mientras las luces de los coches de policía empiezan a iluminar las paredes de metal.

—Perdóname, por favor —le suplico con ojos llorosos. Valeria tiene la cara inundada de lágrimas y sacude la cabeza como si se negase a creer que esta pesadilla sea cierta.

—Dominic, nos has destrozado —susurra entre lágrimas y yo bajo la vista al suelo—. Te has cargado la única oportunidad que le había dado al amor. Pero no deberías haber cedido. A

pesar de todo, no quiero verte terminar así. No deberías asumir acusaciones que no son tuyas y que van a hacer que te pudras en la cárcel. ¡Deberías haber huido! —Valeria me recrimina, su voz desgarrada por el miedo.

Pero yo ya tomé mi decisión y es tarde para todo esto. Lo único que podía hacer para que me odiara un poco menos es ofrecer mi cabeza por su vida. Sacrificarme por ella. Blake ya sabe que me he inculpado y, si hubiera elegido huir, si lo eligiera ahora mismo y dijera que no soy culpable de nada, tendría que huir de aquí y de todo sin Valeria a mi lado. Y no quiero eso. No quiero huir si no es con ella. Y dudo mucho que Valeria accediera a huir con el culpable de todas sus penas. Miro hacia la entrada, viendo cómo las puertas se abren de golpe y Blake entra con varios agentes detrás de él. Su mirada está cargada de rabia, y al ver a Valeria en ese estado, se vuelve hacia mí como si fuera el demonio que la ha destruido.

—¡Volkov! —grita Blake, corriendo hacia Valeria—. ¿Qué le hiciste?

Me mantengo en silencio. No hay nada que decir. Dejo que su furia me alcance, porque no importa lo que piense de mí. He terminado con todo esto.

Blake corta las cuerdas que me atan al suelo y me empuja contra la pared, mi rostro choca con el metal frío mientras siento las esposas cerrarse con fuerza alrededor de mis muñecas. Este es mi final. Este es mi castigo. Aunque aún peor es saber que Valeria me odia y no puedo volver el tiempo atrás para deshacer el daño causado.

—Blake, no… él no… —balbucea Valeria, tratando de detenerlo, pero Blake la aparta suavemente, con una mirada de preocupación.

—Súbete al coche de mi compañero, Valeria. Yo me encargaré de este bastardo. —Su voz es áspera, sus palabras afiladas como cuchillos.

Valeria se resisten un poco, pero al final cede, sabiendo que no puede detener lo inevitable. Me lanza una última mirada, llena de dolor y de algo peor… desilusión. Y en ese momento sé que la he perdido para siempre.

El coche de policía está frente a mí. Las luces giran, el fin de mi imperio. Me meten dentro y cierro los ojos, dejando que la oscuridad me consuma. He perdido todo lo que alguna vez me importó.

Mientras el coche arranca y nos alejamos del almacén, no puedo evitar sentir que he muerto por dentro. Valeria, mi imperio, mi vida... Todo se ha ido.

CAPÍTULO 43



Dominic

Llevo dos semanas en este agujero y cada día me siento más cerca de la locura. Las paredes grises de esta celda son un recordatorio constante de todo lo que he perdido, de todo lo que he destruido con mis propias manos. Aquí dentro, el tiempo se descompone en horas interminables de silencio, interrumpidas solo por los gritos de otros prisioneros y el eco de mis propios pensamientos. Mis manos, acostumbradas a sostener el poder, ahora están vacías, esposadas por mi propio sacrificio.

Pero no es el hecho de estar aquí lo que más me mata; es ella. Es no saber nada de Valeria.

He intentado todo para ponerme en contacto con ella. Le he pedido a mis hombres que la busquen, que le lleven un mensaje, que la mantengan a salvo. Pero lo único que recibo son silencios. Valeria se ha ido. Nadie sabe dónde está. Cada vez que escucho esas palabras, algo dentro de mí se parte un poco más. La angustia me consume. Me estoy ahogando en esta impotencia.

Golpeo la mesa de la celda con los nudillos hasta que me sangran, pero el dolor físico no es nada comparado con lo que siento por dentro. Si tan solo pudiera hablar con ella, si pudiera explicarle, decirle que todo lo hice por amor. Pero no tengo ese derecho, ¿verdad? Lo que hice… no hay disculpa que pueda redimirlo. He perdido a Valeria, y siento como si mi alma hubiera sido arrancada de mí.

—¡Volkov! ¡Tienes visita! —me informa el poli de guardia y me pongo en pie de un salto. ¿Será ella?

Me dirijo más nervioso de lo que he estado en mi vida a la sala de visitas, con las manos esposadas por delante y con un policía a cada lado. La sala es amplia y está llena de mesas con una gran separación entre sí y sillas alrededor para los visitantes.

Cuando miro a la mesa que hay más a la derecha, veo a mi hermana Katya allí y por fin suelto el aire que estaba guardando en los pulmones.

La veo sentada, esperándome llegar, con su elegancia habitual, pero hoy no hay sonrisas, ni bromas. Incluso ella sabe que algo dentro de mí está muriendo lentamente.

—Dominic —su voz es suave cuando me siento frente a ella y pongo mis manos

esposadas sobre la mesa—. Tenemos que hacer algo. Tienes que declarar de nuevo y reconocer que lo que dijiste era falso. Que lo hiciste coaccionado para que dejaran a tu novia en libertad esos cabrones —algo se mueve dentro de mis tripas al escuchar la palabra “novia” e inspiro con fuerza.

—Ya es tarde para eso, Kat. Ya habrá un juicio sí o sí contra mí y necesito saber que está todo bajo control ahí fuera para poder defenderme como es debido.

—No te preocupes, hermano. Está todo bajo control. Sergei me está ayudando. Lo creas o no está más centrado que nunca y solo piensa en tu libertad. Pero el club va bien, los hoteles van bien. Todo está limpio y no hay nada extraño en ninguna de tus empresas. Además, Valeria hizo una gran labor con tus cuentas antes de irse y…

—Valeria... —interrumpo, mi voz áspera, cargada de desesperación—. ¿Sabes algo de ella? ¿Dónde está?

Katya baja la mirada, y sé que la respuesta es la misma que he escuchado durante días. Pero antes de que pueda pronunciarla, la interrumpo.

—Por favor, Katya, por favor, llámala. No puedo seguir así. Necesito saber si está bien. No puedo… —mi voz se quiebra y por un instante, siento una presión en el pecho tan fuerte que apenas puedo respirar—. No puedo perderla de esta manera.

—Ya intenté hablar con ella, pero no me contestó. No ha contestado a nadie, Dom —mi hermana me mira con ternura y lástima en sus ojos. Trago saliva.

—¡Prueba otra vez, por favor! Tengo… tengo que saber que está bien. Que está en algún lugar seguro. No podré defenderme en el juicio si ella sigue en peligro y accesible. ¿No lo ves? Tatiana y Kirikov siguen ahí fuera, esperando a que me declaren culpable en el juicio para hacerse con todo lo que es de nuestra familia. Y yo no podré defender mi inocencia si sé que ella sigue en peligro, Kat. ¡Llámala! ¡Ahora mismo!

Katya suspira, claramente incómoda, pero asiente. Saca su teléfono móvil y marca el número de Valeria. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, como si cada latido fuera una súplica para que ella conteste. Cuando Katya pone el teléfono en altavoz, cierro los ojos, rogando en silencio por escuchar su voz.

El sonido de la llamada retumba en mis oídos. Una. Dos veces. El miedo me invade, el miedo a que no conteste, a que esté demasiado herida para siquiera dignarse a coger el teléfono. Y entonces, de repente, escucho su voz.

—¿Katya? —pregunta Valeria al otro lado de la línea. Su voz es suave, pero hay un cansancio, una tristeza, que me destroza al instante. Me quedo quieto, cada músculo de mi cuerpo tenso, saboreando el simple hecho de oírla después de semanas de silencio. Pero esa paz se desvanece en cuanto empieza la conversación.

—Valeria, ¿cómo estás? —pregunta Katya, tratando de sonar despreocupada, pero ambas sabemos que este es un intento desesperado por saber algo, cualquier cosa.

—No lo sé, Kat. Estoy… estoy… estoy… intentando estar bien, pero es tan difícil —la

voz de Valeria se quiebra ligeramente y sé que está llorando, por lo que mi corazón se detiene por un segundo. Saber que ella está sufriendo, saber que soy la causa de ese sufrimiento, me consume de una manera que no puedo describir —¿Cómo está él? —su pregunta me toma de sorpresa. Pensaba que se alegraría de que estuviera pagando por todo lo que le hice a su familia y a ella.

—Dom está… como tú, yo creo. Hecho polvo. Pero está haciendo todo esto por ti y por protegerte —las lágrimas de Valeria se hacen más sonoras y yo me siento cada vez más maldito —. Lo siento mucho por todo lo que ha pasado —dice Katya, tratando de mantener la calma—. Sé que esto es difícil, pero Dominic... él está sufriendo mucho también, Valeria. Él te necesita.

El silencio que sigue es más frío que cualquier castigo que podría recibir aquí. Siento cómo Valeria respira al otro lado, y me preparo para escuchar lo que tenga que decir. Pero lo que sale de su boca es una daga que se clava en mi corazón.

—No quiero saber nada de él —dice finalmente, su voz firme y cargada de rabia—. Dile que me olvide, Katya. No puedo… no puedo hacer como si nada hubiera pasado. No puedo volver a su lado y ponernos a los dos en peligro y, además, no puedo creer en sus palabras más. Me engañó. Tuvo tiempo de sobra para contármelo todo, pero me hizo creer que lo nuestro era algo… más, algo genuino, diferente. Cuando todo el tiempo lo tuvo orquestando en su mente para utilizarme como un peón más de su tablero.

Las lágrimas arden en mis ojos, pero no las dejo caer. No delante de mi hermana. No delante de nadie. Cada palabra que sale de su boca es como un cuchillo desgarrando mi pecho.

—Valeria, por favor... eso no es así. Quizá… al principio Dom quería algo de ti que… la cuestión es que se enamoró perdidamente de ti, Val, y no puede vivir sin ti y sin saber que estás protegida y fuera de peligro —Katya trata de intervenir, pero Valeria no le da tregua.

—No, Katya. No quiero que me busque. Estoy a salvo, dile eso. He desaparecido de Chicago y no sé si algún día volveré. El dolor que siento es demasiado profundo. Hice mal al confiar en él. Me destruyó a mí y a mi familia, pero lo peor de todo fueron sus mentiras, cuando me miraba a los ojos y me decía que me quería, cuando hacíamos el amor y… —unos sollozos rompen sus palabras y mi corazón —y no puedo perdonarlo por eso. Dile que no soporto saber que está en la cárcel, pero… es Dominic Volkov, ¿no? Él sabrá salir de ahí. Siempre sabe jugar sus cartas para salir victorioso. Yo ya no tengo nada que ofrecerle, Kat. Él se lo llevó todo y ahora… ahora… tengo que empezar de cero y, lo peor de todo, con el corazón hecho trizas.

El peso de esas palabras cae sobre mí como una losa. Cada palabra que pronuncia está cargada de un odio sutil, de un dolor que no sé si alguna vez podré curar. Siento que el aire me falta, y lo peor de todo es que tiene razón. Me muerdo la lengua para no decirle con mi propia voz lo equivocada que está en todo. Pero sé que mi voz es lo último que quiere oír. Aun así me admira su confianza en mi solidez. Soy Dominic Volkov. Yo debía salir de esto, debía ser el fuerte, el invulnerable. Pero ahora, aquí estoy, atrapado, impotente. He perdido lo único que importaba.

—Valeria, él… —Katya trata de continuar, pero Valeria la interrumpe, y su voz se suaviza un poco, aunque sigue cargada de desilusión.

—Dile que lo siento. Lo siento por haber creído que las cosas podían ser diferentes. Por haberme ilusionado a pesar de que él me dejó claro desde un principio que era un ser lleno de oscuridad. Pero no quiero que me busque. No quiero volver a verle nunca más. No quiero volver a pasar por esto. No…

El silencio que sigue es devastador. Katya no sabe qué decir, y yo... yo no puedo respirar. No puedo moverme. Es como si cada palabra que acabo de escuchar hubiera terminado de enterrarme.

Valeria finalmente cuelga el teléfono y Kat me mira a través de sus ojos azules llenos de compasión, pero yo ya no la veo. Mis ojos están llenos de lágrimas, y no puedo contenerlas más. Valeria me ha dejado. Me ha dejado para siempre, y no hay nada que pueda hacer para cambiarlo.

—Dominic… —la voz de Katya es suave, preocupada, pero no puede decir nada que me alivie ahora.

Las lágrimas corren libremente por mi rostro, y no hago ningún esfuerzo por detenerlas. Todo lo que alguna vez fui, todo lo que alguna vez tuve, se ha ido. Soy una sombra de lo que alguna vez fui. Un hombre roto, destruido por su propio amor. No queda nada para mí ahora.

CAPÍTULO 44



Dominic

La sala del tribunal es un escenario de tensión controlada. El murmullo constante de los periodistas, las cámaras de los medios de comunicación que capturan cada gesto, cada mirada. Y, en el centro de todo, yo. Sentado detrás de la mesa de los acusados, vestido con un traje que me resulta extraño tras semanas usando el uniforme de prisión. Todo a mi alrededor parece irreal. Como si este juicio fuera un mal sueño del que no puedo despertar.

El fiscal, un hombre enjuto con rostro de serpiente, ya ha comenzado su arenga. Se pasea de un lado a otro, dirigiéndose tanto al jurado como a la audiencia. Me estudia con esos ojos calculadores, buscando el momento exacto para lanzarse al ataque.

—Dominic Volkov —comienza, en un tono que ya sé que será el de todo el juicio, cuando jamás, nadie se atrevió a pronunciar mi nombre con tanto desdén en mi presencia—. Hoy nos encontramos aquí para juzgar a un hombre que ha dirigido, con mano de hierro, una organización criminal responsable de tráfico de drogas de diseño, lavado de dinero y, sobre todo, la destrucción de vidas inocentes, ¿no es así, Señor Volkov?

Cada palabra cae pesada en la sala. Puedo sentir los ojos de todos sobre mí. Pero no reacciono. No puedo. Mis ojos permanecen fijos en la mesa, la mandíbula apretada. No tengo derecho a defenderme. No mientras Tatiana y Kirikov estén sueltos. No mientras Valeria siga en peligro. Pero esa sucia rata de Tatiana me las va a pagar todas. Una a una. Aunque sea lo último que haga. Aunque lo tenga que orquestar todo desde prisión.

El fiscal hace una pausa, intentando evaluar si sus palabras tienen el impacto que busca. Al no obtener reacción alguna de mi parte, continúa, cada vez más desafiante.

—El señor Volkov, heredero de un imperio criminal, ha utilizado su poder e influencia para expandir su red de narcotráfico. Las evidencias son abrumadoras, señoras y señores. Este hombre ha construido un imperio sobre los cuerpos de aquellos que cayeron en sus garras.

Siento cómo mi garganta se cierra. Cada palabra es un recordatorio de lo que está en juego, de lo que he perdido. Y mientras este juicio avanza, mis hombres siguen buscando a Tatiana y Kirikov, los responsables de esta pesadilla. Sin ellos capturados, sin pruebas para limpiar mi nombre, no puedo hacer nada. No puedo permitir que Valeria sufra las consecuencias de mi vida.

Miro al frente, pero no veo al fiscal, ni al juez, ni al jurado. Solo siento el eco de las palabras de Valeria, aquella conversación que escuché a través del teléfono de Katya. "Dile que me olvide." Esas palabras aún me atraviesan como cuchillos. ¿Que la olvide? ¿Cómo se hace eso? Si esa mujer lo ha atravesado todo, ¡todo, maldita sea! Las paredes de piedra que protegían mi corazón y después la cámara acorazada donde también lo resguardaba. Mi corazón, ahora hecho añicos, late con dolor, pero no hay salida. Estoy atrapado en este infierno, sabiendo que, aunque me rompa en mil pedazos, ella nunca volverá a confiar en mí.

—Señor Volkov —la voz del fiscal me saca de mis pensamientos—. ¿Tiene algo que decir en su defensa?

Levanto la vista lentamente y me encuentro con los ojos de ese hombre. Todo el mundo espera una respuesta. Pero mi silencio se alarga, y el fiscal sonríe, pensando que tiene el control.

No digo una palabra.

—Es curioso —continúa el fiscal, volviendo a dirigirse al jurado—. El señor Volkov, tan poderoso en las sombras, ahora guarda silencio. ¿Por qué? Porque no tiene nada que decir. Porque sabe que sus crímenes lo han alcanzado.

Escucho un murmullo desde el público, pero no giro la cabeza. Sé quiénes son. Katya y Sergei están allí, observando, sufriendo por mi falta de defensa. Katya siempre ha sido la que me protegía, la que intentaba mantener la familia unida. Pero sé que ahora mismo debe estar al borde de la desesperación.

—No tengo más que añadir, entonces —dice el fiscal y se retira.

Ahora le toca el turno a mi abogado defensor.

—Señor Volkov, creo que debería contarle a este tribunal cómo se ha orquestado esta farsa para culparlo a usted injustamente. Los verdaderos culpables de lo que le acusan a usted están ahí afuera, e incluso intentaron matarle a usted hace unos meses. Aunque en vista, su señoría, de que no pudieron hacerlo, a pesar de que la vida de mi cliente pendió de un hilo y sufrió hasta cinco paradas cardiacas, decidieron entonces cargarle sobre sus espaldas la culpa de algo que está fuera de sus líneas de actuación. ¿No es así, Señor Volkov?

Me pregunta mi abogado, pero yo solo lo miro con profundidad y rabia acumulada al saber que no puedo asentir ni defenderme hasta que me llegue la puta noticia de Leonid o de cualquiera de mis hombres de que ya han dado con el paradero de Tatiana y Kirikov. Así que me mantengo con la cabeza alta, pero en silencio.

—Dominic, por favor, tienes que cooperar —me pide mi abogado acercándose a mí y yo mantengo mi actitud silenciosa, mirando de vez en cuando la puerta de la sala, esperando mi ansiado momento con ganas.

—¡Esto es una farsa! —escucho la voz de Sergei, iracundo, desde las bancas del público. Al girar ligeramente la cabeza, veo cómo se pone de pie, dirigiendo su furia hacia el juez—. ¡Mi hermano no es culpable de nada!

—¡Dominic, maldita sea! ¡Haz algo! —Katya se une a la protesta, sus ojos brillando de

angustia.

El juez golpea con su mazo, exigiendo orden en la sala. Mi hermano y mi hermana continúan gritando hasta que los guardias se acercan a ellos. Los empujan fuera del tribunal, sus voces aún resonando en mis oídos cuando desaparecen por las puertas.

Un vacío se instala en mi pecho. Me siento completamente solo en esta sala abarrotada. Sin mi hermana, sin mi hermano, sin Valeria. Solo.

—Dado que el acusado no parece tener intención de cooperar, solicito un receso —dice el fiscal, irritado por mi falta de respuesta.

Mi abogado vuelve a suplicarme con la mirada, pero sin éxito.

El juez asiente y concede un descanso. Todos empiezan a levantarse. Los murmullos aumentan, las conversaciones se multiplican mientras el caos momentáneo se desata en la sala. Yo no me muevo. Mi mente está fija en un solo pensamiento: Kirikov y Tatiana. ¿Dónde están? ¿Qué están haciendo? Mis hombres deberían haberme informado ya, pero la maldita espera continúa.

El dolor en mi pecho no cede. Si Tatiana sigue libre, Valeria no estará segura. No puedo declararme inocente aún. No puedo arriesgarme a que le hagan daño, aunque eso signifique destruirme a mí mismo.

El receso dura más de lo esperado. Los guardias me llevan de vuelta a la sala, donde todo parece detenerse por unos segundos. Mientras camino hacia mi asiento, veo a los miembros del jurado reubicándose, murmurando entre ellos. Los periodistas están tomando notas apresuradamente, esperando que algo explote.

Y entonces, el tribunal queda en silencio.

Un murmullo recorre la sala. Algo ha cambiado, puedo sentirlo. El juez regresa, pero mi abogado defensor no está. ¿Dónde diablos está mi abogado? Mi confusión crece al ver cómo las puertas del tribunal se abren de nuevo.

Y es entonces cuando la veo.

Valeria.

Mi corazón se detiene al instante, como si el tiempo mismo hubiera decidido detenerse con su presencia. Está de pie en el umbral de la sala, con la cabeza alta, vestida impecablemente. Con un vestido con falsa apariencia de recatado, aunque más bien es sexi a rabiar, ciñéndose a cada curva de su cuerpo. Esas curvas que tan bien conozco y que tanto he recreado en mi mente durante mi larga estancia en la cárcel. Siento que voy a desfallecer con solo verla. Sin embargo, ella no parece sentir lo mismo que yo al saberme tan cerca. Su mirada es firme, decidida, pero fría. Fría como nunca antes la había visto.

Ella camina hacia adelante, sus tacones resonando en el suelo como un golpe sordo en mi pecho. Cada paso que da se siente como una eternidad.

No puedo respirar. Me falta el aire. Se está acercando más y más a mí y tengo que

agarrarme con fuerza a mi asiento para no levantarme en el acto y abalanzarme sobre ella para abrazarla y pedirle de nuevo perdón.

Pero ella está aquí por otra razón. Lo sé cuando llega a mi lado, toma asiento en la silla contigua mía y solo mira hacia el frente, ignorando por completo mi presencia.

La sala entera enmudece. Todos los ojos están puestos en ella. Al igual que yo, que no puedo apartar la mirada de mi diosa de hielo.

Valeria va a defenderme.

O tal vez no. No lo sé. Su expresión es impenetrable, sus ojos fijos en el juez. Ni una sola vez me mira, ni una sola señal de reconocimiento. Es como si yo fuera invisible para ella.

—¿Quién es usted? —pregunta el juez, levantando una ceja ante la aparición inesperada.

—Soy la abogada de Dominic Volkov —dice Valeria con voz firme y clara, sin titubear.

El juez, sorprendido, parpadea, pero no objeta. El fiscal parece desconcertado, pero también guarda silencio. Nadie entiende lo que está pasando, y yo menos que nadie.

¿Está aquí para salvarme o para hundirme aún más?

Miro sus ojos, tratando de encontrar alguna pista, algún atisbo de lo que realmente siente. Pero no hay nada. Solo hielo. Solo vacío.

Mi garganta se seca. El juicio está a punto de reanudarse, pero en este momento, lo único que importa es Valeria. Ella está aquí. Pero lo que realmente está haciendo, lo que realmente siente… eso, no lo sé. Y eso me aterra.

Valeria está junto a mí, a punto de hablar. Y yo no sé si las palabras que salgan de su boca serán mi salvación o mi condena final.

—Solicito hacerle unas preguntas a mi cliente, señoría —el juez sigue tan atónito como lo estoy yo y supongo que también el resto de la sala.

La irrupción de Valeria de nuevo en el peor momento de mi vida es lo único que ha conseguido que vuelva a sentir la chispa de nuevo en mí. A pesar de que es débil, está ahí. Latiendo en mi pecho.

Sigo mirándola, para comprobar que no es un espejismo, que no es fruto de mi imaginación, pero sé que mi imaginación no la reflejaría tan distante y carente de emoción.

CAPÍTULO 45



Valeria

El aire en la sala es denso, cargado de una tensión palpable. Mis pasos resuenan con fuerza, pero mi corazón late más fuerte aún. No sé cuántas miradas caen sobre mí mientras me aproximo al estrado, ocupando el lugar del abogado defensor de Dominic Volkov. Él se ha levantado y ha ocupado su lugar, junto al juez, para ser interrogado por mí, en completo silencio y sé que no sabe muy bien cuáles son mis intenciones. La incertidumbre que inunda la sala es casi tangible. Y él... Dominic me observa, pero no lo miro. No puedo permitírmelo todavía. No puedo mostrar nada, al menos, no ahora.

Lo que estoy a punto de hacer va en contra de todo lo que pensé que quería. Este hombre, sentado frente a mí, es el que destruyó mi vida. El mismo que hundió a mi padre, que me condenó a aquella oscuridad, me llevó a bailar en clubes y me dejó sin familia, sin amor, sin seguridad. Y, aun así, aquí estoy, tomando su defensa en un juicio que puede hundirlo para siempre.

Todo esto lo orquesté yo, sin que él lo supiera. Leonid y Nikolay han sido leales a él, pero han confiado en mí también sin saber bien si era para bien o para mal, siguiendo mis instrucciones de no decirle ni una palabra a Dominic sobre mi plan. Sabía que merecía sufrir como yo sufrí. Sentirse solo. Desamparado. Vacío. Como yo me sentí después de perderlo todo, sin una sola mano que me ayudara. Dominic merecía pagar por aquello.

Y, aquí estoy, en el tribunal, dispuesta a saldar mi deuda con él. El hombre que más he amado y también odiado. Durante semanas, el odio lo ocupó todo. Pero algo cambió dentro de mí después de semanas de reflexión. Los videos que Leonid me mostró fueron el golpe final. Ver a Dominic, en su propia casa, lejos de la máscara de frialdad que lleva ante el mundo, confesando su amor por mí, hablando con Leonid de su miedo a perderme. Fue como si todo lo que yo necesitaba para renacer de mis cenizas explotara en mi cara de golpe. Quise hundirlo al principio, no obstante, me di cuenta de que ni siquiera hice eso por mi padre. No lo hundí, y mi padre sí que me repudió para siempre. Dominic no era mi padre. Él se entregó para salvar mi vida. Se sacrificó por mí. Y yo... quiero pensar que soy mejor que mi padre, también.

Tomo una respiración profunda, preparándome para lo que viene. Mi fachada sigue intacta. No debe saber aún cuáles son mis intenciones. Me detengo frente a él y, por fin, lo miro

directamente a los ojos. La confusión en su rostro es clara, sus ojos buscan respuestas en mí, pero no las encontrará todavía. Dominic debe esperar, como yo esperé.

—Señor Volkov —digo con voz firme, mi tono no deja lugar a dudas de que no me ando con rodeos—. ¿Podría explicarnos su relación con Kirikov y Tatiana?

Él parpadea, sorprendido por la pregunta. Su mirada recorre la sala, como si buscara algún tipo de explicación, pero yo mantengo el control. Sé lo que está pensando. No entiende qué hago aquí. Aún no puede leer mis intenciones.

—No... —titubea, y luego se aclara la garganta—. No tengo nada que ver con ellos.

Su respuesta es automática, pero se nota que está desconcertado. No sabe si confiar en mí o si estoy aquí para hundirlo aún más. Mis ojos permanecen fijos en los suyos, helados, sin permitirle ningún indicio de lo que estoy planeando. Cada segundo de su confusión es necesario.

—Creo que eso no es del todo cierto, Señor Volkov. Le repetiré la pregunta. ¿Conocía usted a Tatiana Mendoza de algo? —Dominic traga saliva, aún con sus ojos clavados en mí, sabe que lo que conteste puede ser su liberación o su condena.

—Tatiana me sedujo cuando yo era menor de edad —confiesa sin más delante de todo el mundo y los cuchicheos no se hacen esperar.

—Y, ¿qué más, Señor Volkov? —él mira hacia el suelo y continúa su respuesta.

—Me enseñó a negociar. A llegar a grandes acuerdos. Me metió en el mundo de los negocios de lleno. Aprendí a ser un empresario duro a su lado. Pero, sobre todo, aprendí a ser utilizado, abusado y abandonado. Ella me engañó con alguien muy cercano de mi familia. Y me dejó secuelas emocionales que con el tiempo aprendí a ignorar —alega y por fin vuelve a conectar sus ojos con los míos, implorando piedad en mí, puedo sentirlo.

—¿Le puso en contacto con el mundo de las drogas? —Dominic frunce el ceño, confundido.

—No, yo no he tenido nunca nada que ver con el mundo de las drogas. Yo siempre he odiado las drogas. No he tenido nada que ver. Tengo otros defectos, letrada, pero ese no es uno de ellos —me dice tan directamente que me flaquean las piernas.

—¿No ha tenido nada que ver? ¿Seguro? —insisto y veo que está perdiendo los nervios.

—¡Absolutamente no! Después de ver a Tatiana sufrir tres sobredosis a mi lado, cuando yo solo era un crío, fue el aprendizaje que necesitaba para no codearme con drogas. Jamás.

—¿Nada? ¿Nada de nada? —replico, caminando lentamente por la sala, dando la vuelta hacia él—. Entonces, ¿por qué han encontrado drogas de diseño en uno de tus almacenes? ¿Cómo explicas eso, Dominic?

Él me mira, desconcertado. Está claro que no esperaba que fuera yo quien lo interrogara en este juicio, mucho menos con preguntas tan directas. Siento la tensión acumulándose en la sala. Los miembros del jurado intercambian miradas nerviosas, la prensa no deja de tomar fotos y el fiscal me observa, esperando que esto termine en un desastre para Dominic.

—No... no es así —responde él finalmente, confuso, casi perdido—. Esas drogas no son mías. Yo… ¿de qué cojones estás hablando, Valeria? ¡Sabes que no, joder! ¡Tú lo sabes mejor que nadie! —me acusa, apuntándome con el dedo. Por fin consigo una reacción de él. Esa técnica de guardar silencio ante todo solo iba a complicar más las cosas.

—¿No son tuyas? —pregunto, acercándome aún más a él, clavándole la mirada. Mi tono sigue afilado, pero mi corazón late con fuerza. Está esperando que lo traicione, pero no lo haré. No como él teme, al menos—. ¿Y cómo puedes probarlo?

No responde. Porque no puede. No hasta que yo le dé la clave que necesita. No hasta que le muestre que ya no está solo en esto.

Mantengo la mirada durante unos segundos más, hasta que siento que es el momento. Abro mi maletín con calma, saco una carta cuidadosamente doblada y la coloco sobre la mesa frente a él. Su mirada baja hacia ella, confundido.

—Léela —digo en voz baja, lo suficiente para que solo él me escuche.

Dominic toma la carta, desdoblándola con manos temblorosas. Sus ojos recorren las líneas rápidamente, y lo veo. La chispa de alivio. La esperanza. Kirikov y Tatiana han sido capturados. El almacén que les pertenecía ha sido incautado, y toda la droga que se le atribuía a él ahora es evidencia contra ellos. Todo está dispuesto para liberarlo.

Él levanta la vista hacia mí, y por un segundo, veo gratitud en sus ojos. Pero mi expresión no cambia. No puedo mostrarle más de lo que él ya sabe. No puedo permitirme flaquear.

—¿Qué dice la carta, señor Volkov? —pregunto en voz alta, y el fiscal se tensa al notar el cambio de tono.

Dominic traga saliva y, finalmente, habla con voz firme:

—Kirikov y Tatiana han sido arrestados en una redada. Las drogas de las que me acusan... no eran mías. Eran de ellos.

—Han escuchado bien, señores —me dirijo a la audiencia— señoría, señores del jurado —miro al juez y al jurado popular —Dominic Volkov no ha mentido cuando ha dicho que no ha tenido jamás que ver con el tráfico de drogas. Ha sido extorsionado por Tatiana Mendoza para que asuma sus culpas, la misma mujer que abusó de él cuando solo era un niño, que le enseñó a ser un empresario implacable, pero ese es su único delito: haber construido un imperio desde cero. Nada más. Nada de drogas, ni tráfico de ningún tipo. Solo empresas destinadas al ocio y libres de cualquier tipo de actividad ilegal. Sin embargo, Tatiana y su amante, Kirikov, han sido detenidos esta misma tarde por traficar con droga de diseño y poseer en sus instalaciones, curiosamente, la misma cantidad de droga que se le acusa a mi cliente de poseer. ¿Casualidad? No lo creo. Máxime cuando a mi cliente no se le ha encontrado ni un solo gramo de mercancía. ¡Jamás!

El murmullo en la sala crece de inmediato. La noticia cae como una bomba, desatando un torbellino de sorpresa. Las cámaras hacen clics frenéticos. El fiscal parece perder el control

por un momento, pero antes de que pueda intervenir, me acerco al juez.

—Su señoría —digo, entregándole los papeles que he traído conmigo—. Aquí tiene la documentación que respalda la declaración de inocencia del acusado. Las pruebas fueron obtenidas durante la operación dirigida por las autoridades. Creo que queda claro que mi cliente no es responsable de los crímenes de los que se le acusa. —Presento ante el tribunal pruebas irrefutables —digo, levantando los documentos—. Aquí están las pruebas bancarias que muestran transacciones entre Kirikov y un cartel de drogas en Europa del Este, realizadas a través de cuentas offshore que Tatiana ayudó a gestionar. Y no solo eso, tengo grabaciones de conversaciones entre ambos, obtenidas de los dispositivos que las fuerzas de seguridad intervinieron durante la redada en sus propiedades.

El juez toma los documentos y los revisa en silencio, su rostro impasible. La sala queda en silencio, expectante. Todos esperan su decisión.

—Esto... cambia las cosas —murmura el juez, levantando la vista tras unos minutos. Se aclara la garganta y, golpeando el mazo, declara—: Este juicio queda visto para sentencia. El tribunal se tomará unos días para deliberar antes de anunciar un veredicto.

El alivio en la sala es palpable, pero no para mí. No siento alivio, no aún. Guardo mis papeles y cierro mi maletín. El sonido es nítido en el eco del silencio. Dominic me observa, todavía perdido, intentando procesar lo que acaba de suceder.

Me giro y comienzo a caminar hacia la salida, sin mirarlo. No puedo mirarlo. No aún. Cada paso que doy hacia la puerta me pesa, pero no me detengo. La fachada de hielo que he construido sigue intacta. No estoy lista para derrumbarla. Al menos no hasta que decida qué hacer con mi vida ahora.

Atrás dejo a Dominic, desorientado, sin respuestas. Pero vivo y libre.

CAPÍTULO 46



Valeria

El aire en la sala de la corte es denso, pesado. Casi puedo oír el latido de mi corazón en los oídos mientras me siento al lado de Dominic, quien, sin mirarme, proyecta una energía tensa, como un cable a punto de romperse. Han pasado solo dos días desde mi aparición estelar en su juicio, como su abogada defensora, pero se han hecho los dos días más largos de mi vida. Únicamente con saber que volvería a verlo, a estar a tan pocos centímetros de él… mi cuerpo entraba en combustión y no puedo ni enumerar la de duchas heladas que me he dado durante estos dos días para calmar las necesidades de mi cuerpo, que no son las mismas que las de mi mente. Cuando lo vi durante el juicio, su imagen me impactó mucho más de lo que me había esperado. Ya me imaginaba que estaría perturbado por tanto caos a su alrededor, lo que no me imaginaba es que había entrenado tanto en prisión que su presencia se había hecho casi gigantesca. Sus músculos se apretaban a la chaqueta del traje de forma que haría a cualquier persona babear, le gustasen o no los hombres. Su porte era la de un dios griego. Y ahora… Estoy a solo unos centímetros de él, pero la distancia entre nosotros se siente infinita. Su traje gris, elegante y bien ajustado, hace que parezca un ángel caído, un ser forjado entre el cielo y el infierno. El tipo de hombre que puede hundirte o salvarte, pero al que siempre estás condenada a volver. Su presencia es sofocante; lo noto en el aire, en mi piel, en el simple hecho de estar a su lado.

Intento mantener mis ojos en el frente, fijos en el estrado, pero la tentación de mirarlo es más fuerte que mi resolución. No quiero mirarlo hasta que todo haya terminado, hasta que el veredicto nos dicte si Dominic Volkov será libre o si su vida será condenada al caos para siempre. Pero el peso de su nerviosismo me rodea. Puedo sentirlo sin tocarlo, sin hablar. La energía entre nosotros sigue viva, incluso después de todo lo que ha pasado. Una fuerza que no puedo negar, no importa cuánto me esfuerce por controlarla.

Entre el público, puedo ver a Katya y Sergei, sus rostros duros pero expectantes. Leonid y Nikolay también están aquí, sentados un par de filas más atrás. Son los hombres de Dominic, leales hasta la médula, esperando la señal de que su líder será absuelto, de que su imperio no se desmoronará como tantos otros que han caído en las garras del sistema.

Le doy las gracias por todo a Leonid con una sonrisa desde la distancia que me devuelve.

Sin su ayuda, yo no habría podido salvar a nuestro hombre. Sí, digo nuestro, porque Dominic ya será una parte de mí, aunque no volvamos a vernos nunca más. Leonid me informó que las órdenes de Dominic eran dar con el paradero de Tatiana y Kirikov y matarlos a sangre fría y sin miramientos. Algo que habría hecho su condena mucho más larga, pues, dudo mucho que no le hubieran implicado en el asesinato de ambos. Cuando le dije a Leonid que esto había que hacerlo a mi manera o de lo contrario Dominic nunca saldría de prisión, no dudó en mi palabra en ningún momento, me escuchó y se puso a trabajar, codo con codo conmigo, para construir la defensa de Dominic.

Blake también fue una pieza clave en este juego. Sé que le gusto, como también sé que le gusta Katya. La hermana de Dominic se puso en contacto conmigo un par de veces y, en la segunda ocasión, le dije que estaba dispuesta a hacer algo por su hermano. Pero también le pedí discreción máxima en el asunto, o no saldrían las cosas como lo esperado. Sé que Blake y ella intimaron, pues Katya me lo contó. Así que orquesté una cita de tres: Katya, Blake y yo. Quedamos en mi apartamento y entre Katya y yo convencimos a Blake de que nos ayudara a demostrar la inocencia de Dominic y a capturar a los verdaderos culpables, Kirikov y Tatiana, y él se llevaría no solo las medallas, sino también una noche de sexo con las dos.

Ha sido el primer trío que he hecho en mi vida y todavía siento un poco de vergüenza al recordarlo. Estuvo muy bien. Blake es un amante apasionado y yo soy una mujer soltera ahora. Fue bastante placentero, aunque la verdad es que entre Katya y Blake había mucha más conexión que entre ellos conmigo. Y eso me hizo extrañar a Dom… sobre todo porque no he sentido esa conexión jamás con nadie. Pero bueno, el final fue lo que necesitábamos. Blake se implicó, puso de su parte y ha sido quien ha desmantelado el negocio de Kirikov y Tatiana y los ha apresado. Después de eso, Katya no volvió a saber de mí, por lo que no sabía que yo también estaba trabajando en la defensa de su hermano.

Su hermano, que sigue perturbándome con su presencia, junto a mí, en esta sala atiborrada de gente y es como si solo estuviéramos él y yo. Como si el aire que expulsasen sus pulmones viajara directo a los míos, para infectarlos de nuevo.

Y entonces, el juez aparece. Toda la sala se pone de pie en un solo movimiento sincronizado. El aire cambia, un suspiro colectivo que parece arrastrar consigo las esperanzas y miedos de todos en la sala. Pero justo en ese momento, cuando debería estar más centrada que nunca, siento la mano de Dominic buscar la mía, deslizarse hacia mis dedos y apretarlos con fuerza.

Mi corazón se detiene. Todo se desvanece por un segundo, salvo ese apretón, esa conexión silenciosa y desesperada. Mi cuerpo responde con una rigidez instintiva, un impulso de retirarme, de resistir. No puedo flaquear ahora. Pero entonces, siento la fuerza en su mano, un gesto cargado de necesidad, una súplica muda de alguien que no sabe cómo pedir ayuda. Es un apretón que dice más de lo que las palabras podrían.

Sin pensar, sin quererlo realmente, mis dedos se cierran sobre los suyos. Le devuelvo el gesto.

Mis ojos se elevan, y por primera vez en todo el día, lo miro. Sus ojos me encuentran, esos ojos que siempre han sido mi perdición. Uno de ellos verde, claro como el agua de un mar

traicionero; el otro, mitad verde, mitad negro, una mezcla de sombras y luz que refleja la dualidad de este hombre tan complejo. Un hombre que ha sido mi salvador y mi condena.

Por un segundo, me pierdo en él, en la intensidad de su mirada, en la desesperación silenciosa que emana de su ser. Es imposible no ver la lucha interna que se libra dentro de él. Dominic Volkov tiene oscuridad, sí, pero también una luz que yo he visto brillar, una luz que casi me hizo olvidar todo lo que perdí por su culpa.

Siento que me tiemblan las piernas, pero sacudo la cabeza, volviendo a mí misma, volviendo a la frialdad que necesito para mantenerme fuerte. Esto no ha terminado. No puedo permitir que el roce de su piel, la calidez de su mano entrelazada con la mía, derrumbe todo lo que me he prometido.

El juez empieza a hablar, y el mundo se detiene. Sus palabras resuenan como un eco en la sala.

—Después de revisar todas las pruebas presentadas, y tras la deliberación del jurado, este tribunal encuentra al acusado, Dominic Volkov, inocente de todos los cargos.

El alivio en la sala es casi palpable. Un suspiro colectivo, murmullos, el sonido de las cámaras de los periodistas capturando cada segundo de este momento histórico. Pero para mí, todo se reduce a una cosa: el apretón de Dominic en mi mano se intensifica. Siento cómo se libera de una presión invisible, cómo su cuerpo finalmente se relaja después de semanas, meses de tensión.

Dominic lanza un gruñido de alivio, una mezcla de emociones que lo desborda. Su mirada se vuelve hacia mí, y por un instante, estoy tentada a corresponderla. Veo el brillo en sus ojos, la gratitud, el amor, todo lo que ha sido contenido durante tanto tiempo, todo lo que nunca me atreví a aceptar completamente.

—Valeria… —su voz es un susurro, un latido en el caos que se desata alrededor nuestro. Veo cómo se mueve hacia mí, su mano soltando la mía solo lo suficiente para intentar atraerme hacia él.

Pero no tiene oportunidad. Katya y Sergei se lanzan hacia él, envolviéndolo en abrazos efusivos, mientras la fiel Antonella y algunos de los empleados de *Nebula* también se abalanzan sobre él. Dominic es arrastrado por esa ola de afecto, alejado de mí, su rostro desbordado de emociones.

Yo solo lo observo desde la distancia. Mi mano, la que hace solo unos segundos estaba entrelazada con la suya, se siente vacía, extraña. La conexión entre nosotros se ha roto.

Y entonces, una oleada de tristeza me invade. La realidad me golpea con fuerza. Se acabó. No puedo volver a caer en su red. No puedo permitirme volver a ser esa mujer que se pierde por Dominic Volkov, que se sacrifica, que olvida quién es. Ya estamos en paz. Él se sacrificó por mi vida y yo he sacrificado la barrera que estoy volviendo a reconstruir alrededor de mi corazón por la suya.

Siento el nudo en mi garganta, las lágrimas amenazan con salir, pero me mantengo firme.

No puedo flaquear ahora. No después de todo lo que he hecho para llegar hasta aquí. Lo salvé, como él me salvó a mí entregándose. Pero no puedo dejarlo entrar de nuevo en mi vida.

No puedo mirarlo más. No puedo quedarme aquí, viendo cómo todo se desmorona de nuevo. Así que, sin decir una palabra, sin despedirme, empiezo a caminar hacia la salida, mis pasos rápidos pero silenciosos.

Cada vez que pienso en mirar atrás, algo me detiene. Si lo miro de nuevo, caeré.

Y no puedo permitírmelo.

El sonido de las voces se aleja, el murmullo de las felicitaciones para Dominic, los flashes de las cámaras, todo se convierte en un ruido de fondo mientras atravieso las puertas del tribunal. El aire frío del exterior me golpea el rostro, pero no es suficiente para apagar el fuego que arde en mi pecho.

Me he marchado sin decir adiós. Y esa es la única manera en que podré salvarme de él.

Porque sé, con cada fibra de mi ser, que si vuelvo a caer en los brazos de Dominic Volkov, nunca más podré escapar.

CAPÍTULO 47



Dominic

El mundo afuera de los juzgados es un caos, pero no puedo ver nada. Lo único que tengo en mente es encontrarla.

Valeria.

Ella se fue sin despedirse, sin darme una mirada, una palabra, nada. Después de todo lo que ha hecho, después de lo que significó para mí el simple hecho de verla ahí, en la sala, tomando mi defensa, exponiéndose, salvándome. Ella se ha ido, sin más. Y eso solo puede significar una cosa: que sigue creyendo que no soy digno de ella.

Pero la necesito. No hay más. Ya no hay nada más. Solo Valeria.

Mis ojos buscan entre la multitud. La gente sale del edificio, agolpándose en las puertas, los periodistas buscando su historia, los abogados departiendo entre ellos, pero todo eso es un ruido sordo, lejano. Mis manos tiemblan mientras aparto cuerpos en mi camino, sintiendo que el tiempo se me acaba.

Y entonces la veo.

Valeria, con su falda negra ajustada y su blusa de seda blanca, de pie en la acera, esperando un taxi. Está de espaldas a mí, su figura tensa, la cabeza inclinada ligeramente hacia abajo. Mi corazón se desboca, un impulso casi visceral me mueve hacia ella.

—¡Valeria! —grito, pero no me oye o no quiere oírme.

Mi cuerpo actúa antes de que mi mente lo haga. Corro hacia ella y la alcanzo justo antes de que suba al taxi. Mis dedos se cierran en su brazo, firmes, pero no bruscos, y la hago girar hacia mí. Tiene que mirarme. Tiene que verme.

Y por fin lo hace.

Dios, sus ojos. Están llenos de lágrimas. Lágrimas que me rompen por dentro, porque sé que esas lágrimas son por mí, por todo lo que he hecho, por todo lo que no he podido ser para ella. Ella llora por nosotros.

Valeria me mira con esa mezcla de dolor, rabia, y algo más que no puedo descifrar. Quiero decir algo, cualquier cosa, pero mi garganta está seca. Me siento atrapado en este

momento, como si mi vida entera dependiera de lo que ella diga o haga ahora.

—Escúchame. —Mi voz sale más áspera de lo que esperaba. No sé si es el miedo o la desesperación lo que habla, pero no me importa. Tiene que escucharme. Tiene que saber lo que siento. Se lo debo a lo que hubo entre nosotros, y a lo que aún siento tan profundamente dentro de mí, más allá del dolor, más allá de la traición, más allá de todo.

Valeria baja la mirada un momento, sus labios tiemblan, pero no dice nada. Está intentando huir, de nuevo. Siempre intenta huir, pero yo no puedo dejarla ir. No esta vez.

—Por favor, —le ruego—. Escúchame solo una vez más. Solo una. —Mi voz se quiebra, pero no me importa. ¿Qué me queda ya? Todo lo que me importa está frente a mí, temblando con las mismas emociones que me consumen. Ella se lo debe a lo que fue, porque para mí, lo que hubo entre nosotros fue todo. Fue real, fue sincero, lo más intenso que he sentido jamás.

Levanto su rostro suavemente, obligándola a mirarme. Sus lágrimas caen sin control, una tras otra, mojando sus mejillas. Cada lágrima es como una daga para mí. Cada una de ellas me recuerda todo lo que he fallado, todo lo que he hecho mal. Quiero limpiarlas todas. Quiero borrar todo el dolor que le causé.

—Si alguna vez… —empiezo, pero mis palabras se atragantan. Me obligo a respirar, a seguir—. Si alguna vez sientes que puedes perdonarme, dímelo. Házmelo saber. Porque yo te esperaré, Valeria. Siempre. —Mi voz es un eco de todo lo que me ha consumido desde que la conocí, desde que la dejé entrar en mi vida, desde que me destrozó con su partida.

Valeria sigue llorando en silencio, mirando al suelo. No me responde.

—No hay nadie más para mí. Nunca lo habrá. No amaré a nadie más que a ti.

Siento que el dolor me consume al decir esas palabras, porque son más ciertas de lo que cualquier cosa podría ser. No hay más mujer que tú, Valeria. Nadie.

Veo cómo sus hombros tiemblan. Sus lágrimas caen sin cesar, su labio inferior tiembla, y sé que ella no quiere creerme. Sé que está luchando contra lo que siente, que teme dejarse caer en mis brazos de nuevo. Ella no confía en mí. Y lo entiendo. Lo entiendo, pero me está matando.

—Por favor, Valeria, —insisto, mi voz ahora solo un murmullo desesperado—. Te amo. Te amo más de lo que jamás pensé que podría amar a alguien. Eres lo mejor que me ha pasado.

Siento cómo mi propio pecho se sacude mientras las palabras salen de mí. Estoy al borde de las lágrimas, pero me niego a llorar. No aquí, no ahora. No frente a ella.

—Dime lo que tengo que hacer. Dime lo que sea, y lo haré. No me importa lo que tenga que sacrificar. —Mi mano sigue aferrada a la suya, como si al soltarla todo el mundo fuera a desmoronarse.

Ella finalmente levanta la vista, y lo que veo en sus ojos me rompe en mil pedazos. Es miedo, pero también hay amor. Lo sé. Puedo verlo allí, enterrado bajo capas de dolor y traición, pero está. Aún me ama, aunque no quiera admitirlo.

—No puedo, Dominic, —susurra finalmente, su voz rota por el llanto. No puede mirarme

más.

Y entonces, antes de que pueda detenerla, ella me besa.

Es un beso desesperado, cargado de todo lo que no hemos dicho, de todo lo que hemos perdido. Siento sus lágrimas mezclarse con las mías mientras nos aferramos el uno al otro, como si estuviéramos tratando de salvarnos de un naufragio. Mis brazos la rodean, tirando de ella, deseando que el mundo se detenga aquí, en este momento. Pero siento que se está escapando. Lo sé.

Cuando el beso termina, ella me mira con los ojos hinchados y llenos de dolor. No dice nada.

Se da la vuelta y se introduce en el taxi sin mirarme de nuevo.

Me quedo allí, solo en medio de la calle, mirando cómo el coche se aleja, llevándose consigo todo lo que me importa. Mis piernas se sienten como si fueran a ceder, pero no lo hacen. No puedo moverme, no puedo hacer nada. Solo verla irse, una vez más.

Y esta vez, no sé si volverá.

El mundo sigue girando a mi alrededor, pero yo estoy destrozado. Vacío.

Valeria se ha ido, y no sé si podré soportarlo esta vez.

Una vez mi hermana Katya me preguntó si en tan poco tiempo se puede amar a alguien y yo le contesté: “Solo bastan unos minutos de diluvio incontrolado para provocar una inundación. Solo basta una chispa descontrolada con el viento a su favor para crear un incendio devastador”. Y eso hemos sido el uno para el otro, una inundación que ha arrasado todo a su paso. Un incendio que nos ha abrasado en sus llamas y lo ha dejado todo carbonizado.

CAPÍTULO 48



Dominic

El juicio ha terminado, pero no me siento libre. Mi vida, el imperio que he construido con años de sacrificio y sangre, ahora parece una prisión. Valeria se ha ido, y con ella, se ha llevado todo lo que me hacía sentir algo. Recuperé mi libertad, sí, pero a costa de perder lo único que realmente importaba. Valeria. Su nombre es una maldita daga clavada en mi pecho.

La primera semana después de que ella desapareció fue un infierno. La busqué por todas partes, en cada rincón de la ciudad, en los lugares donde solía moverse, pregunté a cada contacto, a cada aliado, pero nadie sabe nada. Es como si se la hubiera tragado la tierra. Leonid y Nikolay hicieron todo lo que pudieron para rastrear su paradero, pero volvieron con las manos vacías. Valeria no quiere ser encontrada, y la verdad es que no la culpo. Después de todo lo que le hice, lo que le hice a su familia, quizás… no merezco encontrarla.

Regresar a *Nebula* es como entrar en un cementerio en plena noche. Las luces parpadean en el club, los ritmos siguen llenando el aire, pero todo se siente vacío. Yo estoy vacío. Los rostros familiares me rodean, pero no encuentro el consuelo que solían ofrecer. Mi libertad es una victoria hueca porque, aunque vencí al sistema, he perdido a Valeria. Todo lo que construí parece insignificante sin ella.

Nebula, que antes era mi refugio, ahora es una jaula. Todo sigue igual, pero yo no soy el mismo. Los encuentros, las negociaciones, las celebraciones, todo me resulta vacío sin ella a mi lado. Incluso la mansión, mi santuario, me parece inhóspita, llena de recuerdos que no quiero confrontar. A veces cierro los ojos y la veo allí, caminando por los pasillos, mirándome con esos ojos tan llenos de vida… de desafío.

Mis hombres notan mi cambio, incluso Leonid y Nikolay, quienes siempre han sido imperturbables, se muestran inquietos. Nadie lo dice, pero todos saben lo que me pasa. Mi imperio aún está aquí, intacto, pero el corazón que me impulsaba a luchar por él ha desaparecido.

El juicio terminó. Soy un hombre libre, o al menos, eso parece a ojos de los demás. Pero por dentro… estoy atrapado. Cada día despierto con el peso de mi traición hacia ella. La traicioné mucho antes de que ella supiera de mi existencia, cuando destruí a su familia. No puedo quitarme la imagen de su rostro, de su voz temblorosa, cuando me rogaba que no le insistiera, que la dejara ir… Y luego… se fue. Valeria se desvaneció de mi vida como un susurro en la noche, dejándome solo con mi culpa. La busqué, pero no hay rastro de ella. Es como si hubiera

desaparecido del mundo.

Katya ha intentado acercarse a mí, ofrecerme su apoyo. Mi hermana siempre ha sido una roca en mi vida, pero ahora ni siquiera ella puede levantarme del abismo en el que me encuentro. A veces me habla de cosas triviales, tratando de distraerme, pero yo apenas la escucho.

Una noche, en la oficina privada de *Nebula*, Katya entra sin avisar. Me mira con una mezcla de molestia y preocupación, pero yo ni siquiera levanto la vista del vaso de whisky que tengo en la mano. Llevo días así, bebiendo sin sentir el golpe del alcohol, como si mi cuerpo hubiera quedado insensible al dolor físico. Todo lo que siento está en mi mente, en mis recuerdos.

—Dominic, esto tiene que parar. —Su voz suena fuerte, demandante. Quiere ser escuchada, pero yo no tengo nada que decir.

No respondo. No puedo. Las palabras no me salen. Me limito a beber otro sorbo mientras miro la vida a través de las pantallas de control de mi oficina. La ciudad sigue girando, los negocios continúan, la gente entra y sale de *Nebula* como siempre, pero yo estoy congelado en este momento, en este vacío.

—Olvídala, Dominic. —Katya da un paso más cerca, su perfume llenando el aire de la sala—. Hay otras mujeres, otros caminos. El imperio aún es tuyo.

—¿El imperio? —repito, mi voz baja, casi inaudible. ¿De qué me sirve? respondo, pero no quiero seguir hablando. No quiero explicar que Valeria no es una de tantas. Que ella es lo único que me ha hecho sentir vivo en años. —No entiendes, Katya, —le digo, mi voz apenas un susurro. Valeria no es algo que se pueda reemplazar. Era lo único que me hacía sentir vivo.

Katya lo entiende, aunque intente hacerme olvidar. Ha sido amiga de Valeria, y sé que en parte su consejo viene del amor fraternal que me tiene. No soporta verme destrozado, pero también sé que ella misma está rota al perder a Valeria. La última vez que me lo dijo, la vi apretar los labios, conteniendo su propio dolor, como si le doliera tanto como a mí. Ella era más que mi hermana para Valeria, era su confidente, su aliada.

—Tienes que intentarlo. Por Sergei. Por mí. Estamos preocupados, Dom.

—Lo sé, Katya. Sé que tienes razón —susurro, pero no puedo sentirlo. No cuando cada día sin ella se siente como una herida abierta.

La vida sigue en el club y en mi imperio, pero yo no puedo.

En mi mansión tampoco es mejor.

Me despierto en medio de la noche, sudando, creyendo escuchar su voz o el eco de su risa. Me doy cuenta de que estoy obsesionado, pero no puedo dejar de pensar en ella. Ella me salvó cuando menos lo merecía, y después se fue sin dejar rastro.

A veces me pregunto si ella sigue pensando en mí. ¿Se habrá arrepentido? ¿O ha decidido que lo mejor es olvidarme por completo, tal como Katya sugiere que yo haga con ella? No puedo soportar esa idea. No quiero olvidarla, no puedo.



Días después, en la mansión, me siento en el salón oscuro, rodeado por la opulencia que alguna vez me enorgullecía, pero que ahora me asfixia. He perdido la cuenta de cuántos días han pasado desde que Valeria desapareció. Sigo buscando. Mis contactos rastrean sus movimientos, pero no hay pistas, ningún rastro. Su apartamento está vacío, sus cuentas están cerradas. Es como si nunca hubiera existido. Pero no puedo dejarla ir.

Sergei intenta animarme a volver a los negocios, recordándome que el imperio necesita a su líder. Pero el imperio no significa nada sin Valeria. Leonid y Nikolay están más callados de lo habitual, sabiendo que no hay palabras que puedan llenar este vacío.

Una noche, estoy sentado en mi despacho, mirando viejos informes, cuando me llega una invitación de Katya. Un mensaje directo, claro y conciso. Quiere celebrar mi victoria, la libertad que tanto nos costó ganar. Ella ha organizado una fiesta en *Nebula*, y me invita a asistir. Desde hace semanas ella se está encargando de *Nebula* más activamente que yo.

Normalmente, hubiera ignorado ese mensaje. Pero algo en mí se quiebra. Quizás es la culpa, el deber hacia mis hombres, mis hermanos, hacia los que han estado a mi lado en cada paso de este oscuro camino. Se lo debo a ellos.

Nebula ya no me trae satisfacción, pero mi imperio aún me necesita, aunque sea para mantener la fachada. Acepto la invitación de Katya, aunque la idea de celebrar algo me parece ridícula. ¿Celebrar qué? He ganado el juicio, pero lo he perdido todo. La única persona que alguna vez importó se ha desvanecido, y con ella, se ha llevado todo lo que me hacía sentir humano.



La noche de la celebración llega. Me visto con el mismo traje oscuro que usé para mi juicio, la tela impecable y perfectamente ajustada, pero en lugar de sentirme poderoso, me siento vacío. Valeria estaría aquí, pienso, si todo hubiera sido diferente. Si no hubiera traicionado a su familia. Si no hubiera destruido lo único que le importaba.

Pero el pasado no se puede cambiar. Lo que hice es irreparable.

Al llegar a *Nebula*, las luces brillan como de costumbre, y la música resuena por los altavoces, pero todo parece opaco. Mis hombres me saludan con entusiasmo, pero yo solo asiento, un hombre que sigue los rituales que alguna vez le importaban.

Katya me recibe en la entrada de la zona restringida, su sonrisa amplia y orgullosa. Sus

ojos están fijos en mí, buscando algo que yo no puedo darle. Ella espera una victoria, una muestra de poder, pero yo ya no soy el hombre que cree que soy. No soy el hermano que siempre conoció.

Mientras cruzo la pista central abarrotada y me dirijo a la zona de los sillones, siento la mirada de todos sobre mí, como si esperaran que volviera a ser el Dominic Volkov que gobernaba con mano firme y sin dudas. Pero ese hombre se fue con Valeria.

Katya ha dispuesto una zona con muchos sillones y mesas llenas de aperitivos caros y bebidas aún más ostentosas, además de puros, alguna bolsita de “polvos mágicos” como llama ella a la cocaína para los invitados más descocados y varios cuencos de chuches. Casi sonrío ante esa estupidez.

Todos los grandes nombres de la ciudad están aquí, haciendo especies de reverencias a mi paso. Entre las caras reconozco a Lev Tolstov, Giovanni Mancini, Andrei Petrov y varios políticos influyentes de Chicago. Ofrezco una escueta sonrisa y comienzo a saludar, dando estrechones de manos firmes e incluso recibo alguna palmadita en la espalda. Todos están felices de verme. Eso es buena señal.

CAPÍTULO 49



Dominic

La fiesta está en su máximo esplendor. La música retumba en las paredes, pulsando como el latido de un corazón frenético. El club, mi imperio, sigue en su apogeo, ajeno a mis pensamientos oscuros. Las luces neón tintinean sobre las cabezas de los que bailan y beben, una masa de cuerpos que parecen no tener más propósito que perderse en la noche. Pero para mí, todo esto ha perdido la fuerza que solía inyectarme en las venas. Estoy aquí, en uno de los sillones de cuero negro que han colocado sobre una de las tarimas, como si fuese un rey sobre su trono, rodeado de algunos de mis allegados, observando como un espectador más a las bailarinas que esta noche actúan para mí y mis invitados en mi honor. Me siento desconectado de todo, como si la luz de mi propio mundo se hubiera apagado.

La invitación a esta celebración era inevitable. Acepté venir porque, al fin y al cabo, esto sigue siendo mi reino, y mis súbditos esperaban que apareciera tras mi absolución. El juicio terminó, me exoneraron de todo, pero no siento la victoria. No sin ella.

Bajo la vista, el cristal de whisky entre mis dedos refleja la luz de las estroboscópicas. Un instante de calma en medio del caos. Algunas de las bailarinas han intentado llamar mi atención subiéndose a la tarima donde está mi sillón y contoneando sus caderas en mis narices, restregando sus tetas prácticamente en mi cara y sus culos también. He fingido una sonrisa de satisfacción de cara a la galería, pero, si soy sincero, apenas me he fijado en ellas. Vuelvo a centrar la atención en mi vaso de licor, dando un largo trago del mismo y… entonces, lo noto. Algo cambia en el ambiente. Una energía diferente, más tensa, como un murmullo que crece y me inquieta. Alzo la vista hacia el escenario central, hacia la pista de baile que domina *Nebula*. Ahí, en medio de la multitud, aparece una mujer. De cabello rubio platino y un vestido minúsculo que resalta su figura. Se mueve con una sensualidad fluida, pero hay algo en esos movimientos que me resulta… familiar.

Mi corazón, que se había aletargado, se acelera. Esa forma de moverse… Esa gracia peligrosa, como si cada paso estuviera calculado para desatar el caos a su alrededor. Ese rostro… ¿Valeria? No, no puede ser. Mis ojos no me engañan. O sí lo hacen. Me inclino hacia adelante en mi asiento, tratando de discernir algo más bajo esa peluca rubia. La multitud la vitorea, embelesada por la forma en que se contonea. Mi respiración se agita. No puede ser ella, ¿verdad? Y, sin embargo, cada fibra de mi ser me grita que es Valeria.

Katya me lanza una mirada de soslayo, y veo la sonrisa traviesa en sus labios. El maldito

brillo de complicidad en sus ojos. Esa mujer ha estado conspirando otra vez. Lo sé. Me pongo en pie de golpe, mi mente hierve con preguntas que no pueden ser respondidas todavía. La mujer en el escenario, esa figura que no puede ser otra que ella, se mueve con una seguridad abrumadora. Y entonces lo hace: en un movimiento dramático, se quita la peluca, revelando el oscuro cabello de Valeria.

El mundo se detiene.

Su mirada se cruza con la mía, y es como si todo el aire del club desapareciera. No hay dudas. Es ella. Mi Valeria, la mujer que me dejó, que desapareció después de salvarme en ese juicio. Ha vuelto. Pero, ¿para qué? ¿Qué diablos está haciendo aquí?

Cada paso que da hacia mí es un reto. Los vítores crecen mientras la multitud se da cuenta del espectáculo privado que está a punto de desarrollarse. Mi mente intenta poner sentido a lo que está sucediendo, pero no puedo. ¿Por qué está bailando? ¿Por qué aquí? Y, lo que es más importante, ¿por qué se acerca a mí con esa mirada?

Valeria sigue avanzando, provocadora, lenta, con una sonrisa torcida que promete tanto peligro como deseo. Mi pecho se aprieta. Siento que estoy atrapado en una red que ella ha tejido y que, como siempre, soy incapaz de resistir. Mi mandíbula se tensa mientras nuestras miradas se cruzan una y otra vez. Su proximidad es una maldición y una bendición. ¿A qué juego está jugando?

De repente, se sube a la pequeña tarima donde estoy. La multitud enloquece a nuestro alrededor. Ella está a escasos centímetros de mí, mirándome con esos ojos que tantas veces me han desarmado. Está tan cerca que puedo oler su perfume, ese aroma que es pura adicción para mí.

—¿Qué estás tramando, Valeria? —mi voz es un gruñido bajo, apenas contenido, luchando entre la confusión y el deseo—. ¿Has venido a salvarme o a terminar de rematarme?

Valeria no responde de inmediato. Se yergue ante mí, y el calor de su cuerpo me envuelve. Podría apartarla, podría detener todo esto, pero no puedo moverme. Estoy paralizado por su cercanía, por el magnetismo que ejerce sobre mí. Ella pasa las manos por mis hombros, y su toque es fuego. Me siento hundido y exaltado al mismo tiempo. Cada fibra de mi cuerpo clama por ella, y ella lo sabe. Lo disfruta.

—Te dije que nunca dejaría de sorprenderte —murmura, su voz cargada de ese tono seductor que me enloquece—. Pero esta vez… vamos a ver si puedes mantener el control, Dominic.

Su risa suave me desarma. Coloca sus manos sobre mi pecho, saboreando cada segundo de ese contacto y me empuja para obligarme a tomar asiento sobre mi sillón de nuevo. No puedo hacer otra cosa que obedecer a su orden silenciosa.

Valeria comienza a bailar, lenta, sensual, sin apartar la vista de mí. Mis puños se cierran alrededor del borde del sillón, luchando por mantener la compostura mientras el mundo alrededor parece reducirse a ella, solo a ella. Me siento hundido en un torbellino de emociones: deseo, ira, dolor… y un amor que no puedo apagar.

De repente, se acerca a mí y coloca cada una de sus rodillas junto a mis caderas, sentándose sobre mí a horcajadas. ¡Joder! Mi polla da un salto y despierta como hace siglos que no lo hacía. Valeria se mueve sobre mí, deslizándose en mi regazo como un susurro de tentación. Deslizando su coño por encima de mi erección y arrancándome gemidos de placer involuntarios y demasiado sonoros. Y yo sigo inmóvil. Aferrando con mis manos con todas mis fuerzas el borde del sillón, porque si la toco, no podré parar, a pesar de que estemos rodeados de curiosos. Simplemente no podría parar y ella lo sabe por la sonrisa maliciosa que me dedica mientras me folla delante de todo el mundo con la ropa puesta. La multitud ruge, pero yo apenas escucho nada más allá del latido furioso de mi corazón. Su cuerpo se arquea, sus manos rozan mi pecho, y siento que estoy al borde de romperme. Esto es lo que hace Valeria. Es mi perdición, es oscuridad y luz en un solo ser, y soy su prisionero.

Me tenso cuando ella se inclina cerca de mi oído, su aliento cálido sobre mi piel.

—No sabes cuánto tiempo he esperado para este momento —susurra, su tono una mezcla de burla y promesa—. ¿Me extrañaste, Dominic?

—Cada segundo. —No intento ocultar el dolor en mis palabras. Me siento como si fuera a desmoronarme—. ¿Qué estás haciendo?

Ella sonríe. Esa maldita sonrisa que me ha vuelto loco tantas veces. Pero algo en sus ojos me dice que todo esto no es solo un juego. Hay algo más. Algo que se oculta detrás de su máscara.

—Tal vez, Dominic… —Valeria se inclina aún más cerca, casi rozando mis labios con los suyos—. Tal vez es hora de que lo descubras por ti mismo.

Y con esa última provocación, se levanta de mi regazo y se da la vuelta, caminando lentamente hacia el escenario otra vez, dejando un rastro de caos y deseo en su camino. La multitud aplaude, pero todo lo que yo siento es la necesidad desesperada de seguirla, de entenderla… de no perderla de nuevo.

Mis ojos la siguen, mi cuerpo se inclina hacia adelante, y mi mente se tambalea entre lo que quiero y lo que temo.

La reina en la oscuridad ha vuelto… ¿pero para salvarme o para destruirme?

La música en *Nebula* sigue latiendo como un corazón furioso mientras Valeria se aleja hacia el escenario, sus movimientos llenos de esa mezcla perfecta de gracia y provocación. Mis ojos no pueden apartarse de ella, ni quiero hacerlo. Es como si el tiempo se hubiese detenido, como si solo existiera ella, irradiando poder y sensualidad en cada paso que da. Y entonces, justo cuando pienso que no puede ser más descarada, ella se vuelve, sus ojos clavándose en los míos. Esa mirada que siempre me desarma.

Comienza a sonar “A Little Wicked” de Valerie Broussard a todo volumen. Con una lenta y calculada provocación, levanta su mano y me señala, invitándome con un solo dedo a seguirla. Una sonrisa ladeada se forma en sus labios, un desafío silencioso que me retuerce las entrañas de deseo. Todo mi cuerpo se tensa. Sé lo que está haciendo. Es una caza, una seducción pública, y yo soy su presa. Pero no puedo resistirla. Nunca he podido.

Mis piernas se mueven por sí solas, como si una fuerza mayor me empujara a seguirla hasta el centro de la pista de baile. La multitud se aparta a nuestro alrededor, las luces estroboscópicas parpadean sobre nuestras cabezas mientras Valeria sigue moviéndose, lenta, felina, retadora. Sus caderas oscilan al ritmo de la música, y cada pequeño movimiento parece diseñado para hacerme perder la cordura.

Cuando llego a ella, mis manos van directamente a su cintura, tomando control de su cuerpo como si fuera lo más natural del mundo. Siento la corriente eléctrica recorriendo todo mi cuerpo. Es el Efecto Valeria, inundando mis sentidos y mi pecho como un aguacero. Mi toque es posesivo, fuerte, y siento cómo se arquea hacia mí, su respiración entrecortada, sus labios rozando apenas mi cuello. No hay palabras, no hay necesidad de ellas. Nos entendemos en ese lenguaje primitivo de miradas, caricias y tensión acumulada.

Comienza a bailar conmigo, pero esto no es solo un baile. No. Esto es algo mucho más oscuro, más íntimo. La sostengo contra mí, presionando su cuerpo con el mío, mis manos recorriendo su espalda, sus caderas, presionando sus nalgas y empujándola contra mi cuerpo, guiando cada uno de sus movimientos con una precisión controlada, pero peligrosa. No la suelto ni por un segundo, y ella se deja llevar, como si hubiera esperado este momento durante siglos.

Mis labios encuentran su cuello, y no puedo evitar saborearlo, lamiendo su piel con una necesidad casi feroz. Valeria exhala un suspiro suave, y esa pequeña respuesta me enciende aún más. ¡Joder, me está matando! Pero no me importa. Si tengo que morir, ¿qué mejor manera que ésta? Mis manos suben por su espalda, acariciando la curva de sus hombros, bajando por su cintura, asegurándome de que cada contorno de su cuerpo esté bajo mi control. Cada roce, cada caricia es una promesa oscura que ambos conocemos demasiado bien.

La música nos envuelve, el mundo exterior se desvanece, y los aplausos y vítores que nos rodean son solo un eco lejano. Para mí, solo existe este momento, este baile en el que no estoy seguro si estoy bailando con Valeria o follándome a Valeria… o si ella me está follando a mí. Mis manos aprietan su culo con fuerza mientras la guío en un giro sensual, y ella lanza un pequeño gemido en mi oído al notar el tamaño de mi erección que me hace perder el control casi por completo.

—Dominic… —susurra entre jadeos, sus labios rozando los míos. Su aliento cálido se mezcla con el mío, y puedo sentir cómo tiembla levemente contra mí. Ese temblor, esa vulnerabilidad oculta bajo su provocación, me hace quererla aún más. Valeria siempre ha sido un enigma, y es esa dualidad la que me consume.

Quiero besarla. Joder. Quiero saborearla. La necesito. Más que al aire. Más que a nada.

El baile continúa, pero ya no importa quién nos mira. Cada movimiento de nuestras caderas, cada susurro de nuestros cuerpos es una declaración. Nos pertenecemos. Siempre lo hemos hecho. No puedo dejar de acariciar su piel, de besar su cuello, su mandíbula, cada parte de ella que puedo alcanzar sin arrancarle la ropa en medio de todos y mientras ella me lo permita. Mis labios rozan su oreja, y sus gemidos suaves son música para mis oídos. Beso cada rincón, excepto sus labios, por si ella me rechaza y acaba con la magia de este baile de un plumazo.

Finalmente, la música disminuye, pero la intensidad entre nosotros no cede. Estoy al

borde de la locura cuando Valeria me aparta con una mirada desafiante. Sus ojos brillan con esa mezcla de peligro y deseo que me ha enloquecido desde el principio. Ambos estamos jadeantes. Al borde de la puta locura. Me toma de la mano y, sin decir una palabra, me lleva a una esquina menos transitada de *Nebula*, lejos de las luces brillantes y los ojos curiosos.

La oscuridad nos envuelve cuando me empuja suavemente contra la pared, mirándome con esa intensidad que amenaza con quemar todo a su paso.

—¿Qué haces aquí, Valeria? —le pregunto, mi voz un susurro bajo y tenso, tratando de entender qué demonios está pasando. Mi mente está hecha un nudo. Ella se fue, me dejó. Y ahora está aquí, retándome, provocándome de nuevo.

Ella no responde de inmediato. Solo me mira, sus ojos oscuros y brillantes, llenos de algo que no puedo descifrar del todo. Finalmente, habla, su voz suave pero cargada de una determinación implacable.

—He vuelto a reclamar lo que es mío —dice, y esas palabras hacen que mi corazón dé un vuelco.

La observo, tratando de entender el significado detrás de esas palabras. Mi imperio… ¿es eso lo que quiere? ¿Ha venido a quitarme todo lo que construí? Me doy cuenta, en ese momento, de que estaría dispuesto a dárselo todo si eso significara que se queda. Si eso significara que no volvería a perderla.

Pero cuando le pregunto, con la voz baja y cargada de tensión, temiendo lo peor, ella siempre me sorprende.

—¿Y qué es eso que reclamas como tuyo? —su respuesta me corta la respiración.

—Tú, Dominic Volkov. Tú eres mío y de nadie más. —Sus palabras son claras, precisas, como un golpe directo a mi corazón. Me mira con esa mirada desafiante que siempre me ha hecho arder y casi dejo de existir ante su declaración de intenciones—. Y he vuelto del infierno al que me mandaste dispuesta a dejarlo claro, para que todo el mundo lo sepa. A la mierda si eres un ser oscuro y dominante. Yo me enamoré de ti por como eras. Te he odiado como nunca, pero ese odio estaba sobre todo dirigido a mí, porque no podía dejar de desearte, de necesitarte, de amarte. A pesar de todo. Y me di cuenta de que, aún con todo lo vivido, no cambiaría nada, porque me has hecho sentir más viva que nunca, y no he podido volver a sentirme así desde que te dejé. Y tú también te enamoraste de mí y mis desafíos. De mis demonios. De mi lado más frío y calculador. Nos hemos retado y llevado al límite, pero siempre, todo, me llevaba a ti. Nos llevaba el uno al otro. Ahora bésame o vete si crees que vas a intentar cambiarme. Porque yo ya he decidido que no quiero cambiar nada de ti, Dominic. Te quiero poseer con todo. Con tus luces y tus sombras.

El aire se vuelve denso entre nosotros. Mis manos están temblando cuando la tomo por la cintura, atrayéndola hacia mí. Todo lo que siento, todo lo que he reprimido durante tanto tiempo explota en ese momento. Sus labios están ahí, tan cerca, y ya no puedo controlarme.

La beso.

Es un beso violento, desesperado, cargado de una pasión que no he podido soltar desde que se fue. Es un beso que lo dice todo. Mis manos recorren su cuerpo con una necesidad feroz, mientras ella responde con la misma intensidad, aferrándose a mi cuello como si no pudiera soltarme jamás.

La oscuridad nos envuelve, y en ese momento no hay nada más. Solo Valeria y yo, perdidos en un abismo de deseo y emociones. Mis labios se mueven sobre los suyos con hambre, mis manos la sostienen como si fuera a desaparecer si la suelto. Y ella, mi Valeria, no se aparta. Me devuelve cada beso, cada caricia, con una pasión que me consume.

Levanto una de sus piernas y la enrosco a mi cintura, haciéndonos girar a ambos y empotrándola a ella contra la pared ahora. Ella sonríe lasciva en mis labios. Ya no puedo más.

—Por lo que más quieras, Valeria, déjame entrar en ti.

Su respuesta no viene con palabras, sino que sus manos viajan directamente a mi bragueta y la abren, liberando a mi polla de la prisión de los pantalones y los bóxers. La miro incrédulo. No quiere ni siquiera esperar a que estemos en algún lugar íntimo, como mi oficina. Y, francamente, yo tampoco puedo esperar. Así que, si alguien nos ve, que se recree en la vista. Porque esta mujer, aquí y ahora, vuelve a ser mía. Mi perdición y mi salvación. Todo. Y yo soy solo de ella.

Entro en ella de una estocada y comenzamos a gemir como dos locos. Valeria se contonea para hacer más profundas mis embestidas y finalmente acabo agarrando sus dos piernas en mis brazos para abrirla todo lo posible a mí y reventarnos a los dos hasta que no podamos más. Le doy duro. Con todas las ansias de mi maldito ser. Y me deleito en cada gemido que expulsan sus labios, así como en mi nombre lanzado por ellos como una súplica. Cuando la siento a punto de correrse me vacío en ella y volviendo a comerle la boca para acallar nuestros gemidos.

Esto era todo cuanto necesitaba para resurgir, como el ave fénix que tengo tatuado en mi espalda, de mis cenizas.

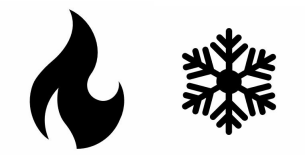
Cuando finalmente nos separamos, ambos estamos jadeando, nuestros cuerpos pegados, nuestras respiraciones entrecortadas. Sus ojos se clavan en los míos, y sé, en ese momento, que todo ha cambiado. No puedo dejarla ir. No puedo perderla de nuevo.

—Eres mía —gruño, mis labios rozando los suyos—. Y no dejaré que te vayas otra vez.

Valeria sonríe, esa sonrisa oscura y peligrosa que siempre ha sido mi perdición.

—Lo mismo digo, Volkov.

EPÍLOGO 1



Dominic

La espera se me hace interminable mientras observo la salida del edificio donde Valeria trabaja. El cielo empieza a oscurecer, y las luces de la ciudad se encienden a nuestro alrededor. Estoy apoyado en el coche, con los brazos cruzados, revisando mi reloj de vez en cuando. La veo salir finalmente, su cabello brillante bajo las luces de la calle, caminando apresurada, con la cabeza gacha y los dedos volando sobre la pantalla de su móvil.

Sus labios se curvan ligeramente mientras escribe, pero no me mira. Algo en su expresión me pone en alerta. Ella siempre está ocupada, pero esta vez... Hay algo diferente en su rostro, algo que me hace sentir una punzada de celos.

Cuando se acerca al coche, le abro la puerta con una sonrisa que más bien parece una mueca.

—Vas tarde —digo, tratando de sonar casual, pero ya puedo notar cómo la tensión en mi voz lo traiciona todo.

—Sí, sí, lo siento —murmura sin siquiera mirarme mientras sigue escribiendo.

Sube al coche, y yo rodeo el capó, incapaz de apartar los ojos de ella. Valeria sigue escribiendo sin levantar la mirada, sus dedos moviéndose con una rapidez casi irritante.

—¿Tan interesante es la conversación? —pregunto finalmente, con un tono que intento que suene ligero, pero que está lleno de esa habitual mezcla de posesión y necesidad que siempre siento con ella.

Valeria ni siquiera levanta la cabeza. Su dedo sigue deslizándose sobre la pantalla mientras se acomoda en el asiento.

—Podría decirse —responde, con esa sonrisa juguetona que apenas puedo distinguir de reojo.

Frunzo el ceño mientras arranco el coche. Hay algo en cómo se ríe suavemente para sí misma, algo que me quema el pecho. ¿Quién diablos le está escribiendo? Y más importante, ¿por qué no me está prestando atención a mí?

—¿Es Lev? —disparo sin pensarlo. Mi tono es más frío de lo que pretendía.

Valeria finalmente levanta la cabeza y me lanza una mirada burlona, como si hubiera estado esperando que mordiera el anzuelo.

—¿Lev? —pregunta, fingiendo sorpresa—. ¿Por qué piensas en Lev?

—En la última reunión en *Nebula* no te quitó los ojos de encima —farfullo—. Es viernes por la noche. Lo último que deberías estar haciendo es escribirle a alguien más que a mí —gruño, apretando el volante con más fuerza de la necesaria.

Ella se ríe con una risa suave y burlona que me hace querer frenar el coche y besarla hasta que se olvide de cualquier cosa que no sea yo. Se inclina ligeramente hacia mí, sin dejar de sonreír.

—Vaya, Dominic. ¿Estás celoso?

Mi mandíbula se tensa. Es obvio que lo estoy. Siempre lo estoy con ella. Pero nunca se lo admitiré. No de esa forma.

—No estoy celoso —miento, mis ojos fijos en la carretera. Valeria sabe exactamente cómo provocarme, y lo peor es que lo disfruta—. Solo creo que tu atención debería estar donde corresponde.

Ella se ríe más fuerte, y puedo sentir su mirada fija en mí. Me está observando como un gato que acecha a su presa.

—¿Y dónde corresponde, Dominic? —pregunta en un tono seductor, inclinándose un poco más hacia mí.

—Conmigo —respondo con firmeza, desviando la mirada de la carretera para encontrármela de lleno con sus ojos del color del hielo y brillantes—. Siempre conmigo.

Ella me lanza una mirada intensa, sus labios curvándose en una sonrisa desafiante.

—Relájate, Volkov. Nadie te va a quitar lo que es tuyo.

Mi corazón da un vuelco con esas palabras. Esas malditas palabras que siempre tienen el poder de hacerme sentir como si hubiera ganado el mundo. Pero también sé que Valeria nunca me dejará tenerlo fácil.

—Mejor que no —gruño, mientras finalmente apaga el móvil y lo guarda en su bolso.

El resto del trayecto lo pasamos en una mezcla de silencio cómodo y miradas cómplices. A pesar de mis celos, no puedo evitar sentirme completo cuando estoy con ella. Han pasado tres meses desde que retomamos lo nuestro, pero todo sigue siendo igual de intenso, igual de visceral. Pasamos los fines de semana juntos, alternando entre su apartamento y mi mansión. Y aunque quiero más, quiero que vuelva a vivir conmigo, no me atrevo a presionarla. No quiero perderla otra vez.

Cuando llegamos a la mansión, Valeria se apresura a salir del coche antes de que yo pueda abrirle la puerta, lo que ya me parece sospechoso. Camino detrás de ella, observando cómo se mueve con una energía extraña. Algo está tramando, y no tengo ni idea de qué es.

Abro la puerta de la mansión y en cuanto entramos, el sonido de un estallido de confeti me golpea de lleno. Miro alrededor, desconcertado, y veo a varias caras conocidas sonriendo y

vitoreando.

—¡Sorpresa! —gritan todos al unísono.

Mi mente tarda un par de segundos en procesar lo que está pasando. Veo a Katya, a Sergei, a Lev, Mancini, al Gobernador, incluso a algunos de mis hombres más cercanos, todos reunidos alrededor de una mesa enorme con una tarta gigante en el centro.

Es entonces cuando caigo en la cuenta. Es mi cumpleaños. Mierda. No me había acordado en lo absoluto.

Valeria está a mi lado, con los brazos cruzados y esa sonrisa de satisfacción en su rostro. Se acerca a mí y susurra en mi oído:

—¿Sigo hablando con otro hombre o ya te has dado cuenta de que todo esto era para ti, celoso?

Miro a Valeria, luego a la sala llena de amigos, y de vuelta a ella. Nunca he sido de celebrar mis cumpleaños. Siempre fue un día más. Pero ahora, con ella a mi lado, todo se siente diferente. Por primera vez en años, me apetece celebrarlo.

Suelto una risa, genuina, mientras la envuelvo con mis brazos y la atraigo hacia mí.

—Deberías haberme advertido —le susurro antes de besarla suavemente en los labios.

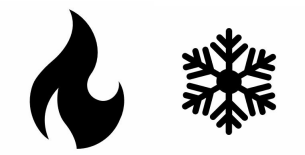
—Y arruinar la sorpresa —replica ella, riendo entre besos—. Además, ¿no te gusta más cuando no tienes el control de todo?

—No te acostumbres a eso —bromeo, aunque sé que ya estoy rendido a sus pies.

La beso de nuevo, más largo, más profundo, mientras la multitud a nuestro alrededor sigue vitoreando. Hoy es mi cumpleaños, pero más que eso, es el día en que me doy cuenta de lo que realmente quiero: a Valeria a mi lado, todos los días, no solo los fines de semana.

Y aunque no lo digo en voz alta, sé que ese será mi próximo reto. Conseguir que se quede. Para siempre.

EPÍLOGO 2



Valeria

Las luces de la ciudad pasan zumbando mientras me acomodo en el asiento del copiloto, mirando de reojo a Dominic. Su mano está firme en el volante, su mandíbula apretada en esa manera en la que lo hace cuando está concentrado, pero hay algo en su expresión que no consigo descifrar del todo. Algo en la forma en que sus ojos se detienen en mí por unos segundos más de lo normal cada vez que me mira.

—¿Qué? —pregunto, levantando una ceja, mientras el viento juega con mi cabello. Es viernes por la noche, y vamos camino a su mansión para pasar el fin de semana juntos. Todo parece perfecto... demasiado perfecto. Dominic siempre tiene algún as bajo la manga.

—¿Qué de qué? —responde él, una sonrisa cruzando sus labios, pero no me engaña. Está tramando algo.

—No sé, pero tienes esa cara —digo, inclinándome un poco hacia él—. Esa de "voy a hacer algo, pero no te lo voy a decir".

Dominic suelta una risa baja, esa que siempre hace que mi estómago dé un vuelco, y me lanza una mirada rápida y ardiente.

—¿Yo? ¿Cara de conspirador? Venga, Valeria, soy un hombre cambiado.

Ruedo los ojos, aunque mi sonrisa lo delata.

—Claro que lo eres. El problema es que cada vez que dices eso, algo termina explotando...

Me río mientras vuelvo la vista hacia el teléfono. Las notificaciones saltan, pero no les presto atención. En vez de eso, comienzo a enviar un par de mensajes y noto que Dominic me observa con más atención.

—¿A quién le escribes tanto, eh? —pregunta casualmente, pero hay un dejo de posesividad en su tono que no puedo ignorar.

Sonrío para mí misma, sabiendo perfectamente hacia dónde va esto.

—¿Celoso otra vez, Volkov?

Él se encoge de hombros, pero sus ojos no me engañan.

—¿Debería estarlo?

Dejo escapar una risa, disfrutando de la chispa en su mirada.

—Siempre estás con lo mismo… Pues mira, tal vez. ¿A quién más crees que le enviaría mensajes un viernes por la noche mientras voy en un coche con mi novio al lado?

—Novio —repite, como si estuviera saboreando la palabra. Luego me lanza una mirada sospechosa—. ¿Estás segura de que no es algún admirador que se muere por saber dónde estás?

—Bueno, si lo fuera, ¿qué harías al respecto? —Me inclino hacia él con una sonrisa retadora.

Dominic suelta una carcajada oscura y divertida, su mano acariciando el volante de una manera que me recuerda exactamente de lo que es capaz.

—Podría hacer que se arrepienta de haber nacido.

Lo miro, sabiendo que, a pesar de la broma, hay una parte de él que lo dice en serio. Y eso es algo que, por extraño que suene, siempre me ha fascinado de Dominic: esa oscuridad bajo su superficie, siempre controlada, pero tan palpable que resulta tentadora.

Estamos en medio de nuestra clásica batalla de voluntades, cuando noto algo. Las luces de un coche que lleva un rato siguiéndonos. Al principio no le doy importancia, pero luego, cuando el coche acelera un poco y se pega más a nosotros, la sensación de alerta en mi pecho aumenta.

—¿Lo has visto? —murmuro, intentando mantener la calma.

Dominic frunce el ceño y echa un vistazo al retrovisor. No responde de inmediato, pero noto cómo sus dedos se tensan ligeramente en el volante.

—Sí —dice finalmente, su voz baja y controlada—. No me gusta.

El coche detrás de nosotros acelera un poco más, y ahora sí, mi corazón comienza a latir más fuerte. No es paranoia. Nos están siguiendo.

—Dominic... —Lo digo en un tono que intenta no mostrar pánico, pero sé que él lo siente también.

—No pasa nada —murmura él, pero lo conozco demasiado bien. Hay una tensión en su voz, algo que no había sentido en mucho tiempo—. Solo quiero asegurarnos de que no es nada.

Y, sin previo aviso, acelera.

Me agarro del asiento cuando Dominic pisa el acelerador, y el coche responde rugiendo por la carretera. El vehículo detrás de nosotros también acelera, y ahora ya no hay duda. Nos están persiguiendo.

—¡Dominic, qué cojones! —exclamo, mirando de nuevo por la ventana. El coche que nos sigue se acerca cada vez más. Mis manos empiezan a sudar, mi mente trabajando a toda velocidad.

—Relájate, Valeria —dice, pero él también está tenso. Su mirada va del camino al

retrovisor, sus ojos afilados como siempre, calculando. Pero lo que me hace sentir un escalofrío es que no parece tener un plan.

El coche detrás de nosotros vuelve a acercarse peligrosamente, y Dominic toma una curva cerrada, desviándose hacia una parte de la ciudad que no reconozco de inmediato. Los edificios se hacen más grandes y viejos, y las calles más estrechas. Nos dirigimos hacia una zona industrial, todo parece más oscuro, más abandonado.

—¿A dónde vamos? —pregunto, mi respiración agitada mientras intento mantener la calma.

—Lejos de ellos —responde con los dientes apretados—. No te preocupes, sé lo que hago.

El coche da un giro brusco hacia un almacén abandonado. Dominic apaga el motor y las luces al instante, y nos quedamos en un silencio absoluto, esperando a ver qué hará el coche que nos sigue.

El corazón se me va a salir del pecho. Miro a Dominic con tanto miedo en los ojos que creo que él lo nota cuando me dedica una sonrisa tierna para calmarme.

El vehículo pasa de largo, y por un segundo pienso que todo ha terminado. Dejo salir el aire que estaba reteniendo.

—¿Estamos... bien? —pregunto, todavía nerviosa, intentando procesar lo que acaba de suceder.

Dominic no responde inmediatamente. En cambio, sale del coche y rodea el vehículo para abrirme la puerta. Su cara ya no tiene esa dureza, sino algo más... oscuro y resuelto.

—¡Vamos, sal! Ven conmigo —dice, y yo pestañeo confundida. Miro a nuestro alrededor y solo veo una nave, como un almacén, abandonada. Y un escalofrío me recorre la espalda—. Por favor, Valeria, sal. Confía en mí. ¡Rápido!

Poso mi mano temblorosa sobre la suya y me doy cuenta cuando estoy en pie que no es mi mano la única que tiembla. Tiemblo entera. De pies a cabeza.

—¿Dónde estamos? ¿A dónde vamos? —Pregunto mientras sigo sus pasos y miro a mi alrededor esperando encontrarme con un cabrón asesino en cualquier momento que descargue sobre nosotros la munición de su recortada.

—No lo sé. Tenemos que escondernos. ¡Ven, entremos ahí!

Me agarro con fuerza a el brazo entero de Dominic y nos dirigimos a la puerta del almacén.

Entramos al almacén oscuro, y mi mente sigue trabajando para entender qué acaba de pasar. ¿Quién nos sigue? ¿Qué está pasando? Pero, cuando Dominic abre una puerta lateral, mi confusión se multiplica.

El espacio al otro lado está iluminado por docenas de velas negras, que proyectan

sombras sobre flores violetas y negras esparcidas por el suelo. Del techo penden retales de tul de los mismos colores que las flores. Todo parece salido de un sueño oscuro y elegante.

Cuando miro a Dominic, perpleja, veo que presiona la pantalla de su teléfono y comienza a sonar de algún recoveco de esta enorme nave industrial la dulce voz de Adele cantando “Set Fire to the Rain”.

—Dominic… ¿qué es esto? —pregunto perpleja.

Él me mira, y en sus ojos ya no hay preocupación. Hay algo mucho más profundo, más antiguo, como si hubiese estado esperando este momento toda su vida.

—Pensé que era hora de que te lo dijera, Valeria —murmura mientras saca una pequeña caja negra de su bolsillo.

El aire se congela a mi alrededor cuando se arrodilla ante mí. No me lo esperaba. No después de todo lo que acabamos de pasar.

—¡Dominic Volkov! ¡¿Me estás diciendo que esta es tu manera de pedirme matrimonio?! ¡¿Haciéndome creer que nos estaban siguiendo y a punto de matarnos?! —grito y no sé si reír o llorar. Estoy todavía temblando de pies a cabeza.

Miro a mi alrededor y sigo sin creérmelo. Lo miro a él, que sigue de rodillas frente a mí y con esa sonrisa juguetona que me gusta y me enfada a partes iguales, porque nunca esconde nada bueno, y sé que lo mataría ahora mismo.

—Valeria Santoro, por favor, cásate conmigo.

—¡Voy a matarte! —le grito apuntándolo con el dedo, aunque no puedo evitar la sonrisa bobalicona que se me forma en el rostro.

—Nena, te prometo que, aunque nos sigan los fantasmas de mi pasado o del tuyo, conseguiremos escapar de todo lo que nos separe, juntos. Porque tú eres lo único que tiene sentido en mi vida —dice, abriendo la caja para revelar un anillo que brilla en la penumbra. Es un anillo con un enorme zafiro en el centro y rodeado de diamantes. ¡Joder, ¿está haciendo esto en serio? —Cásate conmigo, Valeria. Vuélveme loco todos los días de mi vida, pero no te separes más de mí. No puedo ni quiero vivir sin ti.

—¿Estás… Dominic, estás hablando en serio? ¡Mira que si es otra de tus bromas, yo…!

—Valeria. Mi amor. Mírame —lo hago. Me enfoco en sus ojos que son lo más bonito que he visto jamás en mi vida y en ellos veo la verdad que me intenta decir con palabras—. Eres lo mejor de mi vida. Lo único que me importa. La reina de mi inframundo. La futura madre de mis hijos, o de mis perros, o de lo que quieras tener. No me importa. Cualquier futuro juntos que tú me quieras dar será perfecto, porque será junto a la única mujer capaz de domar mis demonios, de entender mis rarezas y desafiar mis instintos. Solo contigo. Siempre contigo, mi amor. Lo demás no importa.

Mi corazón late a mil por hora. El mundo se detiene. Lo miro, mi Dominic, el hombre que ha traído caos y orden a mi vida de formas que nunca imaginé.

Me arrodillo junto a él, tomándolo de la cara y lo beso con todo lo que tengo, sabiendo que este es el final perfecto de nuestra locura, y el comienzo de algo aún más salvaje.

—Sí, Dominic. Sí, me caso contigo. A la mierda todo lo demás.

Dominic me muestra la sonrisa más bonita que le he visto jamás en el rostro. Esa que tenía reservada para mí, para este momento. Tan perfecto mi demonio oscuro…

Y en ese momento, con la oscuridad rodeándonos y sus brazos alrededor de mí, sé que hemos ganado. Contra el mundo, contra nosotros mismos.

—Siempre serás mi refugio de calor en la tormenta helada, Dominic Volkov.

Fin

